AGATHA CHRISTIE

MATRIMONIO DE SABUESOS

Cuando el amable Tommy Beresford, queda desempleado y sin perspectivas de futuro al finalizar la Primera Guerra Mundial, se percata que la vida no es como él imaginaba. No obstante, al reencontrar una vieja amiga de infancia, Prudence Cowley, más conocida como Tommy y Tuppence Beresford, su vida cobra un interés inimaginado. Ambos sin dinero y sin trabajo deciden fundar la *Young Adventures Limited*, colocando un anuncio en el *The Times*, donde Tommy y Tuppence prometen: «… hacemos de todo, vamos a cualquier parte…».

Claro que este irresistible dúo está apasionado por la intriga… y uno por el otro. No pierden la oportunidad de comprar y gerenciar la *Agencia Internacional de Detectives Blunt*. Juntos, resolverán una serie de casos de una forma que ilustra con algo de humor y en gran estilo la manera de actuar de los mayores detectives del mundo.

Tommy y Tuppence se divierten hasta más no poder, mientras intentan resolver los casos más siniestros y mortíferos. En la lista de personajes envueltos en la acción se encuentra una bella actriz, un explorador del Ártico, un embajador americano y mucho más. Cada aventura guía a los recién casados tras la pista de joyas desaparecidas, documentos secretos, chocolates envenenados y otros. Lo más difícil en su tarea es descifrar quién es inocente y qué es legítimo.

Agatha Christie

Matrimonio de sabuesos

Saga: Tommy y Tuppence Beresford - 2

ePub r1.0
guau70 06.05.14

Título original: *Partners in crime*
Agatha Christie, 1929
Traducción: Manuel Amechazurra
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
ePub base r1.1

Capítulo I
El hada madrina

Mistress Beresford cambió de postura en el diván y miró melancólica a través de la ventana de su departamento. El panorama no era en realidad extenso. Se limitaba a un bloque de pisitos como el suyo, situado al otro lado de la calzada. Mistress Beresford lanzó un suspiro. Después bostezó.

—Me gustaría que sucediese algo imprevisto —dijo. Su marido la miró con aire de reproche.

—Cuidado, Tuppence, este inmoderado afán que de pronto te ha entrado por el sensacionalismo vulgar acabará por alarmarme.

Tuppence volvió a suspirar y cerró los ojos en actitud meditativa.

—De modo que Tommy y Tuppence se casaron para vivir felices el resto de sus vidas —declamó—, y por lo que veo llevan camino de conseguirlo.

»Pero es extraordinario —prosiguió, después de detenerse unos instantes— lo diferente que son las cosas de tal como una se las forjó.

—Un pensamiento profundo, Tuppence, pero carente de originalidad. Poetas eminentes y aun grandes predicadores lo han dicho ya repetidamente y, si me apuras, con bastante más ingenio del que tú has empleado para su evocación.

—Hace seis años —continuó Tuppence— hubiese jurado que con suficiente dinero para comprar cuatro chucherías y un marido como tú, la vida hubiese sido un eterno canto, como dice un poeta que a ti tanto parece entusiasmarte.

—¿Es la falta de dinero, o es tu marido lo que te produce ese desaliento? —preguntó fríamente Tommy.

—Desaliento no es exactamente la palabra que pueda describir mi estado de ánimo. Es simplemente que estoy acostumbrada a otro modo de vivir. Del mismo modo que nadie se da cuenta de la bendición que supone respirar por la nariz hasta que no ha cogido un fuerte resfriado que le prive de hacerlo.

—¿No crees que sería conveniente que te descuidara un poco? —sugirió Tommy—. ¿Que me fuera a los clubes nocturnos en compañía de otras mujeres?

—¿Para qué? —respondió, indiferente, Tuppence—. ¿Para que me encontraras allí en compañía de otros hombres? Y con una diferencia a mi favor: yo estaría segura de que a ti no te gustarían las otras mujeres, mientras que tú no podrías decir lo propio con respecto a mí.

—Bueno, ¿quieres decirme de una vez qué es lo que te pasa? ¿A qué vienen ahora esas vehemencias y ese descontento?

—No lo sé. Quiero que sucedan cosas. Algo espeluznante. ¿No te gustaría, Tommy, que volviésemos a salir a la caza de espías alemanes? ¿Te acuerdas qué días más emocionantes aquellos? Claro que me contestarás que, directa o indirectamente, sigues relacionado con el servicio secreto; pero no ya como agente activo, sino como chupatintas.

—¿Quieres decirme que te gustaría que me mandasen otra vez a Rusia disfrazado de contrabandista bolchevique, o algo por el estilo?

—Eso no resolvería mi situación —dijo Tuppence—. No me dejarían ir contigo, y soy yo precisamente quien desea las emociones. Algo en qué emplear mi tiempo. Es lo que vengo diciéndome día tras día.

—¡Bah, cabezonadas tuyas! —contestó Tommy, agitando en el aire una de sus manos.

—Con veinte minutos de trabajo después del desayuno puedo dejar la casa como una patena. ¿Tienes alguna queja de mí en cuanto a orden y limpieza?

—Al contrario. Tus menesteres como ama de casa son tan perfectos que casi resultan monótonos.

—¡Me gusta el agradecimiento! Tú, como es natural, tienes tu trabajo —prosiguió—; pero dime, Tommy: ¿no sientes nunca un

deseo ardiente por algo inesperado, por algo que rompiese esa monotonía, como tú dices, de nuestras vidas?

—No —contestó Tommy—, porque esas cosas que con tanto afán buscas quizá no fuesen tan agradables ni tan interesantes como supones.

—¡Qué prudentes son los hombres! —exclamó Tuppence, lanzando un suspiro—. ¡Y qué poco imaginativos!

—¿Quieres decirme qué clase de novela folletinesca has estado leyendo? —preguntó Tommy.

—¿Has pensado en la emoción que experimentarías —prosiguió Tuppence, haciendo caso omiso de la sátira— si alguien llamase de pronto a la puerta y al abrir te encontrases con un cadáver que entrase tambaleándose y se desplomase de pronto a tus pies?

—Los cadáveres no se tambalean. —Tú sabes lo que quiero decir.

—Bueno, bueno. Te aconsejo un curso de Schopenhauer o de Kant.

—Eso para ti —replicó Tuppence—, que empiezas ya a engordar y a buscar las delicias de un ancho y confortable sillón.

—Eso no es verdad —gritó indignado Tommy—. Eres tú la que hace ejercicios para adelgazar.

—Eso lo hacemos todas las mujeres —replicó ella impertérrita—. Pero al decir que engordabas no me refería precisamente a la materialidad de la panza, sino a ti en general. Que estabas acostumbrándote con exceso a la prosperidad y a la remolonería. —No sé qué mosca te ha picado hoy.

—Es el espíritu de aventura que bulle dentro de mí —murmuró Tuppence—, siempre mejor que el de ansias amorosas, ¿no te parece? Por más que a veces… ¡a qué negártelo!, siempre he sentido el deseo de encontrarme con un hombre verdaderamente apuesto y gallardo.

—¿No me has encontrado ya a mí? ¿O es que no te basto? —Un hombre tostado por el sol, fuerte, que monte a caballo y sepa manejar el lazo…

—Sí, y lleve zahones de piel y sombrero de vaquero —intercaló sarcásticamente Tommy.

—… y que haya vivido en los bosques —continuó Tuppence—.

Me gustaría que se enamorase perdidamente de mí. Claro que yo, fiel a mis votos, y aunque el corazón se me fuera tras él, le rechazaría virtuosamente.

—También yo —dijo Tommy— he sentido a veces el deseo de que una mujer de extraordinaria belleza y temperamento de fuego se enamorase desesperadamente de mí. Sólo que a diferencia de ti, no estoy muy seguro de que… vamos, ya me entiendes. —Tommy, eres un sucio.

—Pero ¿quieres decirme de una vez lo que te pasa? Nunca me has hablado así.

—Lo sé, pero es algo que desde hace tiempo está bullendo en mi cerebro. Como sabes, es muy peligroso eso de acostumbrarse a tener cuanto uno quiere, incluyendo el suficiente dinero para satisfacer cualquier capricho. Menos sombreros, como es natural.

—¿Sombreros? Pero si tienes más de cuarenta. Y todos iguales, por añadidura.

—Eso es lo que a ti te parece. Pero son distintos. Precisamente he visto uno precioso esta mañana en casa de Violette.

—Bien; si no tienes nada mejor que hacer que ir por ahí comprando sombreros…

—Tú lo has dicho —intercaló rápidamente Tuppence—. No tengo nada mejor, de momento. Ojalá lo tuviera. ¡Oh, Tommy! Quisiera que sucediese algo que nos sacara de este enervamiento. Creo… creo que sería beneficioso tanto para ti como para mí. Si al menos se nos apareciese una de esas hadas de las que tanto se habla en los cuentos…

—¿Un hada? —exclamó Tommy—. Es curioso que hayas mencionado esa palabra.

Se levantó y atravesó rápidamente la sala. Abrió un cajón del escritorio y de allí extrajo una pequeña fotografía que entregó a su esposa.

—¡Oh! —dijo Tuppence—. Resulta que las has mandado revelar. ¿Cuál es esta, la que tú sacaste o la que yo saqué de la habitación?

—La que saqué yo. La tuya, como siempre, salió velada. Le das demasiada exposición.

—¡Qué galante eres al suponer que siempre haces las cosas mejor que yo!

—¡No es eso lo que yo he dicho!, pero… En fin, lo que yo quería enseñarte era eso.

Señaló una especie de pequeña mancha que había en la fotografía.

—Eso debe ser una rascadura de la película —dijo Tuppence.

—No. Eso, Tuppence, y aunque a primera vista no lo parezca, es un hada. —¡Tonto!

—Fíjate bien —dijo, entregándole una lente de bastante aumento.

Tuppence la cogió y estudió detenidamente la copia. Vio con sorpresa que, en efecto, la mancha representaba una pequeña criatura con alas posada sobre el guardafuegos de la chimenea.

—¡Que curioso! —exclamo con jubilo Tuppence—. ¡Un hada madrina en nuestro piso! ¿Qué te parece si le escribiéramos a Conan Doyle y le comunicásemos nuestro hallazgo? ¡Oh, Tommy! ¿Crees que nos concedería algo si se lo pidiésemos?

—Pronto lo sabremos —contestó Tommy—. Has estado deseando toda la tarde que sucediese algo y… ¿quién sabe?

En aquel momento se abrió la puerta y un joven alto, de unos quince años de edad, de aspecto entre paje y soldado, inquirió respetuosamente:

—¿Puedo saber si la señora recibe hoy? Acaba de sonar el timbre de la puerta.

—Quisiera que Albert no fuese tan a menudo al cine —dijo Tuppence con un suspiro después que aquel se hubo retirado al recibir una señal de asentimiento—. Ahora está tratando de imitar los modales de un mayordomo de Long Island. Gracias a Dios que le he curado de la costumbre de pedir las tarjetas a los visitantes y traérmelas en una bandeja.

La puerta se abrió de nuevo y con solemnidad casi palaciega anunció Albert:

—Míster Cárter.

—¡Mi jefe! —balbuceó Tommy con sorpresa. Tuppence se levantó de un salto y se adelantó a recibir a un hombre alto, de cabellos grises, ojos penetrantes y sonrisa cansada que acababa de aparecer.

—¡Míster Cárter! —dijo—. No sabe usted lo que me complace su

visita.

—En ese caso la complacencia es mutua, mistress Beresford. Y ahora quisiera que me contestase a la siguiente pregunta: ¿cómo van sus asuntos?

—Bien.

—¿Y la vida?

—Un poco triste por lo general.

—¡Ajá! Entonces espero hallarles en la mejor de las disposiciones.

—Esto parece interesante —exclamó Tuppence. Albert, personificando aún al mayordomo de Long Island, trajo el té. Cuando completó esta operación sin el menor contratiempo y la puerta se hubo cerrado tras él, Tuppence estalló de nuevo:

—Usted ha querido significar algo, ¿no es verdad, míster Cárter? ¿Intenta usted acaso enviarnos en comisión de servicio a algún rincón de la sombría Rusia?

—No es eso exactamente —replicó mister Cárter.

—Pero hay algo de lo que digo, ¿no es así?

—Algo hay, es cierto, y no creo equivocarme al suponer que no son ustedes personas de las que tiemblan ni reculan ante el peligro.

Los ojos de Tuppence brillaron con extraño fulgor.

—Hay un trabajo que preciso llevar a cabo en colaboración con el Departamento y pensé que quizá pudiese convenirles a ustedes dos.

—Continúe —dijo Tuppence.

—Veo que están suscritos al *Daily Leader* —prosiguió mister Cárter, cogiendo el periódico que había sobre la mesa.

Buscó la sección de anuncios, señaló uno con el dedo y pasó el diario a Tommy.

—Lea usted eso —dijo. Tommy obedeció.

—Agencia Internacional de Detectives. Theodore Blunt, gerente. Investigaciones privadas. Plantel competente de agencias. Discreción absoluta. Consultas gratuitas. Calle Halchan, número 118, W. C.

Levantó la vista y miró interrogativamente a Cárter. Este asintió con un movimiento de cabeza.

—Esa agencia de investigación ha estado haciendo una serie de

equilibrios durante los últimos meses —explicó—. Un amigo mío la ha comprado por una bicoca y estamos pensando en hacer una prueba de digamos seis meses para ver si conseguimos volver a ponerla de nuevo en marcha. Como es natural, durante ese tiempo necesitaremos los servicios de un gerente.

—¿Y qué hay de mister Theodore Blunt? —preguntó Tommy.

—Me temo que mister Blunt no mostró la discreción que su cargo exigía y Scotland Yard se vio obligado a intervenir en el asunto. Hoy está hospedado a expensas del Gobierno de Su Majestad, y no creo que logremos extraer de él algunas informaciones, que por cierto nos interesaría grandemente conocer.

—Comprendo —dijo Tommy—. O al menos, pretendo comprender.

—Sugiero que curse usted una instancia solicitando seis meses de vacaciones. Por razones de salud. Y como es natural, yo no sabré nada de que usted dirige, con el nombre de Theodore Blunt, una agencia de detectives privados. Tommy se quedó mirando fijamente a su jefe.

—¿Hay alguna instrucción especial? —preguntó—. Tengo entendido que míster Blunt mantenía correspondencia con el extranjero. Vigile unos sobres azules con sellos de Rusia. Son de un comerciante de jamones ansioso de encontrar a su esposa, que vino aquí como refugiada hace algunos años. Humedezca el sello y encontrará usted el número dieciséis impreso bajo él. Haga copia de estas cartas y mándeme los originales al Yard. Y si alguien se presenta haciendo cualquier referencia al número dieciséis, también comuníquemelo inmediatamente.

—Comprendido, señor —dijo Tommy—. ¿Algo más? Míster Cárter recogió los guantes que había dejado sobre la mesa y se dispuso a partir.

—Puede usted llevar la agencia como mejor le parezca. Se me ocurre también —terminó haciendo un picaresco guiño— que quizá tampoco le disgustaría a mistress Beresford que le diera una oportunidad de probar sus dotes de sabueso.

Capítulo II
El debut

Míster y mistress Beresford tomaron posesión de las oficinas de la Agencia Internacional de Detectives unos días después. Estaban emplazadas en el segundo piso de un edificio bastante ruinoso, por cierto, de Bloomsbury. En la diminuta dependencia exterior, Albert abandonó su papel de mayordomo de Long Island para convertirse en un mensajero de la oficina, cargo que, al parecer, sabía desempeñar a la perfección. Una bolsita de papel llena de caramelos, manos manchadas de tinta y una cabeza desgreñada era el concepto que él tenía del personaje.

Dos puertas comunicaban esta especie de salita de espera con las oficinas interiores. En una de ellas se leía «Empleados». En la otra «Privado». Tras esta última había una pequeña, pero confortable habitación amueblada con una enorme mesa de despacho, unos archivadores artísticamente rotulados, vacíos todos, y unos cuantos sillones de piel. Tras la mesa se sentaba el supuesto míster Blunt tratando de dar la impresión de no haber hecho otra cosa en su vida que dirigir agencias de investigación. Como es natural, había un teléfono al alcance de la mano. Tuppence había ensayado varios efectos telefónicos y Albert tenía también sus correspondientes instrucciones.

En la habitación adjunta estaba Tuppence con una máquina de escribir, un montón de mesas y sillas de clase inferior a las que había en el despacho del gran jefe, y una cocinilla de gas para hacer el té.

Nada faltaba en realidad, excepto los clientes. Tuppence, en el primer éxtasis de su iniciación, abrigaba lisonjeras esperanzas.

—Será maravilloso —declaró—. Atraparemos a los asesinos,

descubriremos los lugares en que se esconden joyas familiares desaparecidas misteriosamente, encontraremos personas secuestradas y desenmascararemos a los impostores.

Al llegar a este punto de sus divagaciones, Tommy se creyó en el deber de intervenir.

—Cálmate, Tuppence —dijo—, y procura olvidar esas novelas folletinescas a las que eres tan aficionada. Nuestra clientela, si llegamos a tenerla, constará exclusivamente de maridos que querrán que vigilemos a sus esposas y de esposas que querrán que vigilemos a sus maridos. Obtención de pruebas para un divorcio será casi la única misión de nuestra agencia.

—Pues yo —contestó Tuppence arrugando la nariz en una mueca de fastidio—, no aceptaría ningún caso de divorcio. Hemos de elevar el valor material y moral de nuestra profesión.

—¿Ah, sí? —respondió Tommy con aire de duda. Una semana después de instalarse volvieron apenadamente a hacer un resumen de sus más que pobres y ridículos progresos.

—Total, tres neuróticas cuyos maridos acostumbran a pasar el fin de semana fuera de sus respectivas casas —suspiró Tommy—. ¿Ha venido alguien mientras yo estaba fuera comiendo?

—Sí, un viejo con una mujer poco enamorada, por lo visto, de las delicias del hogar —respondió Tuppence con desaliento—. Hace años que he venido leyendo en la prensa el alarmante incremento de los casos de divorcio, pero hasta esta última semana no me había dado cuenta de la gravedad del asunto. Estoy ya harta de estar diciendo a cada momento: «No, señor, no admitimos casos de divorcio».

—Lo hemos hecho constar así en nuestros anuncios —le recordó su esposo— y espero que no vuelvan a molestarnos en lo sucesivo.

—¡Quién sabe! —respondió Tuppence con un tono de melancolía en su voz—. De todos modos estoy decidida a no dejarme vencer. Seré yo quien cometa el crimen, si es preciso, y así podrás tú hacerte cargo de su investigación.

—¿Y qué saldríamos ganando con ello? Pienso en su desesperación cuando tuviera que darte mi beso de despedida en la puerta de la cárcel.

—Tú estás pensando en nuestros días de noviazgo —replicó ella

con ironía—. De todos modos —prosiguió—, es preciso que hagamos algo. Aquí estamos tú y yo cargados de talento y de grandes ideas y sin la menor oportunidad de ejercitar el uno y de llevar a la práctica las otras.

—Me admira tu optimismo, Tuppence. ¿De modo que estás segura de tu capacidad mental?

—¡Claro que lo estoy! —estalló Tuppence abriendo unos ojos como platos.

—Y, sin embargo, no tienes la más mínima experiencia en esta clase de asuntos.

—He leído todas las novelas policíacas que se han publicado en los últimos diez años.

—También yo —dijo Tommy—, y no sé por qué, pero tengo la idea de que de muy poco nos va a servir el haberlo hecho.

—Siempre has sido un pesimista, Tommy. Fe en sí mismo, esa es la base del triunfo.

—Y tú, por lo visto, la tienes.

—¡Naturalmente! Claro que en las novelas detectivescas la solución es fácil, puesto que el autor basa sus deducciones en el proceso inverso que ha seguido para llegar a ellas. Quiero decir que si uno conoce la solución de antemano es fácil establecer después las pistas que le han de conducir a ella. Y ahora que pienso…

Se detuvo frunciendo pensativamente el entrecejo.

—Di…

—Se me ha ocurrido de pronto algo que… —prosiguió Tuppence —. Todavía no consigo darle forma, pero… Se levantó resueltamente.

—Creo que debo ir a comprar aquel sombrero del que te hablé el otro día.

—¡Otro sombrero! —exclamó Tommy con desesperación.

—Si, una verdadera obra de arte —respondió ella con dignidad.

Y a continuación abandonó la estancia con un gesto de determinación retratado en su semblante.

Al día siguiente Tommy trató de inquirir acerca de la misteriosa idea de su esposa, pero en vano. Esta se limitó a mover la cabeza pensativamente y a pedirle que le concediera tiempo para madurar debidamente su plan.

Al fin, y en una gloriosa mañana, llegó el tan ansiado primer cliente. Todo lo demás fue echado en el olvido.

Hubo una llamada en la puerta exterior de la oficina y Albert, que acababa de colocarse un caramelo de limón entre los labios, gruñó un displicente «adelante». El deleite y la sorpresa que le produjo lo que vio a continuación le dejó de momento sin habla.

Un joven alto, exquisitamente ataviado, se detuvo indeciso en el umbral.

«Un petimetre», se dijo Albert para sí. Su juicio en esta materia no carecía de exactitud. El joven en cuestión debería tener unos veinticuatro años de edad, pelo meticulosamente planchado y echado hacia atrás, tendencia a la coloración rosácea del círculo que rodeaba sus ojos y prácticamente ausencia absoluta de mentón.

En un éxtasis, Albert oprimió el botón que había bajo su mesa y casi a continuación se dejó oír un furioso tableteo que procedía de la habitación de «Empleados». Se veía que Tuppence había acudido presurosa a su puesto frente a la máquina de escribir. El efecto que en el joven causó esta sensación de actividad fue sorprendente.

—¿Es esta —prosiguió cohibido— la Agencia Internacional de Detectives?

—¿Desea usted hablar con míster Blunt en persona? —preguntó Albert con aire de duda en cuanto a la consecución del propósito.

—Pues… sí, jovenzuelo. Esa es mi idea… si es posible.

—Por lo que veo, no tiene usted visita concertada.

—A decir verdad, no.

—Pues siempre es aconsejable tenerla. Míster Blunt es un hombre terriblemente ocupado. En este momento está conversando por teléfono con Scotland Yard. Una consulta urgente. El joven quedó profundamente impresionado. Albert bajó el tono de voz y, en forma amistosa, se avino a hacer partícipe al visitante de una pequeña información.

—Un importante robo de documentos en una de las oficinas gubernamentales. Desean que míster Blunt se encargue del caso.

—¿Qué me dice?

—Como lo oye.

El joven se sentó en una de las sillas, ignorante del hecho que dos pares de ojos le observaban atentos desde agujeros astutamente

disimulados entre los objetos que adornaban las paredes, los de Tuppence, en intervalos de descanso de su frenético teclear, y los ojos de Tommy, en espera del momento oportuno de la admisión del anhelado cliente.

Poco después, un timbre sonó ruidosamente en la mesa de Albert.

—El jefe está libre. Voy a ver si puede recibirle —dijo Albert encaminándose en dirección a la puerta señalada con el nombre de «Privado». Reapareció casi inmediatamente.

—¿Quiere usted pasar, caballero?

El visitante fue introducido en el despacho del gerente y un joven de rostro placentero, pelo rojo y aire de suficiencia se adelantó a recibirle.

—Siéntese, por favor. ¿Desea usted consultarme alguna cosa? Soy mister Blunt.

—¿Ah, si? Perdone mi sorpresa, pero le creía más viejo.

—Los días de los hombres de edad se han terminado —dijo Tommy, agitando una de sus manos—. ¿Quiénes fueron los causantes de la guerra? Los viejos. ¿Quiénes los responsables del presente desempleo? Los viejos. ¿Y de todo lo malo que siempre ocurre? Los viejos, y sólo los viejos.

—Creo que tiene usted razón —contestó el cliente—. Conozco a un muchacho que es poeta, al menos así lo dice él, que afirma exactamente lo mismo que acaba usted de decir tan convencido.

—Permítame que le diga que ni uno de los miembros que componen mi eficiente plantel de agentes pasa un solo día de los veinticinco años. Esta es la verdad.

Ya que el *eficiente plantel* quedaba reducido a las personas de Albert y Tuppence, la declaración no carecía de veracidad.

—Y ahora los hechos —dijo mister Blunt.

—Quiero que encuentre usted a alguien que acaba de desaparecer —articuló bruscamente el joven.

—Bien. ¿Quiere hacer el favor de contarme los detalles?

—Eso ya es un poco difícil. Quiero decir que se trata de un asunto delicadísimo y que si la interesada llega a enterarse de este paso que doy… En fin, no sé cómo explicárselo.

Miró desesperadamente a Tommy, que empezó a dar muestras

de impaciencia. Había estado a punto de salir a comer y preveía que la operación de extraer los datos que necesitaba iba a tomar más tiempo que el que su vacío estómago estaba dispuesto a concederle.

—¿Desapareció por su propia voluntad o sospecha usted de un rapto? —preguntó con hosquedad.

—No lo sé —contestó el joven—. No puedo decírselo.

Tommy cogió un bloque de papel y lápiz.

—Primero de todo, ¿quiere tener la bondad de decirme su nombre? El muchacho que recibe a las visitas tiene instrucciones de no preguntar el nombre a nadie. De ese modo las consultas se hacen en forma muy confidencial.

—Excelente idea —dijo el joven—. Me llamo… me llamo Smith.

—No, no —exclamó Tommy—. El nombre verdadero, por favor.

Su visitante le miró desconcertado.

—Saint Vincent —dijo, después de titubear unos instantes—. Lawrence Saint Vincent.

—Es curioso el hecho —aclaró Tommy— de que son muy pocas las personas que realmente se llaman Smith. Personalmente le diré que no conozco a nadie con ese nombre. Sin embargo, nueve personas de cada diez acostumbran a dar el de Smith. Estoy escribiendo una monografía sobre el particular.

En aquel momento, un zumbador que había sobre su mesa dejó oír su amortiguado tintineo. Eso quería decir que Tuppence solicitaba permiso para tomar cartas en el asunto. Tommy, cuyo estómago daba ya señales de inquietud y sentía una profunda antipatía contra el joven Saint Vincent, acogió gustoso la transferencia de poderes.

—Perdóneme —dijo cogiendo el auricular del teléfono. Su cara reveló rápidos y consecutivos cambios: sorpresa, consternación, júbilo contenido.

—No me diga —dijo fingiendo una gran sorpresa—. ¿El primer ministro en persona? No, no, en ese caso iré inmediatamente.

Volvió a colgar el auricular y se volvió a su cliente.

—Caballero, quisiera rogarle que me perdone. Se trata de una llamada urgente. Si quiere tener la bondad de dar los detalles a mi secretaria confidencial, ella le atenderá cumplidamente.

Se levantó y abrió la puerta que comunicaba con la habitación

contigua.

—Miss Robinson.

Tuppence, grave y pulcra, con pelo negro liso, y cuello y puños de inmaculada blancura, entró con paso rítmico y solemne. Tommy hizo las presentaciones de rigor y partió apresuradamente.

—Tengo entendido que una dama, por la que al parecer usted se interesa, acaba de desaparecer, ¿es eso, mister Saint Vincent? —dijo Tuppence con voz aterciopelada mientras recogía el bloque y el lápiz de su jefe y se sentaba frente al visitante—. ¿Era joven?

—Bastante —contestó mister Saint Vincent—. No sólo joven sino bonita y con todo cuanto pudiera pedirse de una mujer.

—¡Dios mío! —murmuró ella—. Espero que…

—¿Cree usted que haya podido pasarle algo? —preguntó Saint Vincent presa de verdadero sobresalto.

—Supongo que no —contestó Tuppence con una forzada sonrisa que acabó por deprimir aún más al asustadizo indagador.

—Escuche usted, miss Robinson. Haga cuanto esté en su mano para encontrarla. No vacile en incurrir en cuantos gastos crea usted necesarios. Daría mi vida para que nada le hubiese sucedido. Parece usted comprensiva y no vacilo en confiarle que besaría con gusto la tierra que ella pisase. Es única en el mundo, miss Robinson, única.

—Tenga la bondad de decirme su nombre y cuanto sepa acerca de ella.

—Se llama Janet, no conozco su apellido. Trabaja en una tienda de sombreros, en casa de *madame* Violette, en la calle Brook; pero le garantizo que es una mujer tan seria y decente como pueda serlo la primera. Como de costumbre, fui ayer a esperarla, pero no la vi salir. Después me enteré de que no había acudido al trabajo ni había enviado mensaje alguno. *Madame* estaba furiosa. Conseguí que me diera la dirección de la casa en que se hospeda y allí acudí. Tampoco sabían nada de ella. No se había retirado la noche anterior. Creí volverme loco. Mi primera idea fue acudir a la policía, pero temí que Janet se enfadara si como espero, nada le ha ocurrido, y su ausencia se debe sólo a motivos que más tarde podrán ser explicados con la mayor naturalidad. Después recordé que ella misma me había enseñado uno de los anuncios publicados por esta oficina, y añadió que, según una de sus parroquianas, se

había hecho lenguas de la discreción y la habilidad con que llevan ustedes a cabo sus investigaciones. Así, pues, decidí consultarles, y aquí estoy.

—Bien —contestó Tuppence—, ¿cuál es la dirección de que usted me ha hablado? El joven se la dio.

—Creo que esto es todo —dijo Tuppence después de pensar unos instantes—; es decir, ¿debo presuponer que está usted prometido a esa joven dama? Saint Vincent se quedó rojo como una amapola. —Pues, en realidad, no, no es eso precisamente. Hasta hoy nada le he dicho, pero le juro que en cuanto vuelva a verla, y Dios quiera que así sea, lo primero que haré será pedirle que me conceda su mano.

Tuppence volvió a dejar el bloque de papel que tenía entre las manos.

—¿Quiere usted nuestro servicio especial de veinticuatro horas? —preguntó en tono comercial.

—¿Y qué es eso?

—Los honorarios son dobles, pero dedicaremos al caso cuantos agentes tengamos disponibles. Míster Saint Vincent, si esa mujer está viva, mañana a estas horas podremos darle noticias definitivas del lugar en que se encuentra en la actualidad.

—¿Qué? ¡Eso es admirable!

—Sólo empleamos a gente experta, y garantizamos resultados positivos. Y a propósito, todavía no me ha dado usted las señas de esa señorita.

—Tiene el cabello más maravilloso que pueda usted concebir, un rojo oscuro y radiante como la puesta de sol, eso es, del color de una puesta de sol. Es raro, pero hasta hace poco nunca se me había ocurrido fijarme en una puesta de sol.

—Pelo rojo —dijo Tuppence sin inmutarse y haciendo la correspondiente anotación—. ¿Qué altura diremos que tiene la señorita?

—No lo sé exactamente, pero es más bien alta que baja, y ojos rasgados, creo que de un azul oscuro. Ah… y un andar resuelto y airoso capaz de quitarle el resuello al más pintado.

Tuppence escribió unas cuantas palabras más, cerró su libro de notas y se puso en pie.

—Si viene usted mañana a las dos, creo que podré darle ya

algunas noticias sobre el particular. Buenos días, mister Saint Vincent.

Cuando volvió Tommy encontró a Tuppence consultando unas páginas del *Dehrell*.

—Tengo todos los detalles —dijo sucintamente—. Lawrence Saint Vincent es el sobrino y heredero del conde de Cheriton. Si logramos resolver satisfactoriamente este caso lograremos una grande y muy provechosa publicidad en las altas esferas. Tommy leyó detenidamente las notas escritas en su bloque.

—¿Qué es lo que crees que en realidad le ha pasado a esa muchacha? —preguntó a continuación.

—Creo —contestó Tuppence— que ha huido siguiendo los dictados de su corazón. Quería a este joven demasiado bien y necesitaba un poco de paz para su acongojado espíritu.

Tommy la miró dubitativo.

—Sabía que eso se hacía en las novelas —dijo—, pero no en la vida real.

—¿Ah, no? —replicó Tuppence—. Bien, quizá tengas razón. Pero casi me atrevo a afirmar que Lawrence Saint Vincent se tragará con facilidad esa píldora. Está en este momento lleno de románticos anhelos y, a propósito, he garantizado resultados positivos en el plazo de veinticuatro horas, servicio especial.

—¡Tuppence! ¡Idiota de nacimiento! ¿Qué ventolera te ha dado para hacer una promesa así?

—Fue una idea que me vino de pronto a la cabeza. Creía, al menos, que sonaba bien. No te preocupes. Deja el asunto en manos de Mamá. Mamá sabe muy bien lo que tiene que hacer. Salió dejando a Tommy desorientado. Al poco tiempo se levantó, lanzó un profundo suspiro y salió decidido a hacer algo que enmendara en parte los graves errores cometidos por su esposa.

Cuando a las cuatro y media volvió a presentarse mustio y apenado, encontró a Tuppence extrayendo una bolsa de galletas de su escondrijo en uno de los archivadores.

—Pareces un alma en pena —observó—, ¿qué has estado haciendo?

Tommy dejó escapar un sordo gemido.

—Haciendo un recorrido por todos los hospitales con la

descripción que me has dado de esa muchacha.

—¿No te dije acaso que dejaras ese asunto en mis manos? —preguntó Tuppence.

—¿Cómo vas a poder encontrar a esa muchacha, sola y antes de las dos de la tarde?

—No sólo puedo encontrarla, sino que te digo que la he encontrado ya.

—¿Qué dices?

—Muy sencillo, Watson, muy sencillo.

—¿Y dónde está?

Tuppence señaló con el pulgar en dirección a su espalda.

—En mi oficina.

—¿Qué hace allí? Tuppence se echó a reír.

—Con una marmita, un hornillo de gas y media libra de té —explicó Tuppence mirándole provocativamente a la cara—; la conclusión es sumamente fácil de predecir.

»Los almacenes de *madame* Violette —prosiguió Tuppence con dulzura— era de donde yo me proveía de sombreros, y el otro día, entre las empleadas, me encontré con una antigua amiga y compañera de fatigas del hospital. Había abandonado la profesión de enfermera y empezó por cuenta propia un negocio también de sombreros. Fracasó y tuvo que aceptar un puesto en la casa de *madame* Violette. Entre las dos convinimos en llevar a cabo este plan que estoy desarrollando. Ella se encargaría de refregar nuestro anuncio por las narices de Saint Vincent antes de desaparecer. Eficiencia admirable de los brillantes detectives de la Agencia Blunt, publicidad para nosotros y un papirotazo que haga que el Joven Saint Vincent se decida de una vez a plantear su proposición matrimonial. Janet estaba ya cansada de esperar.

—¡Tuppence! —estalló Tommy cuando aquella hubo terminado —. Esto es lo más inmoral que he oído en toda mi vida. No sólo ayudas, sino que patrocinas los amores de un Joven con una muchacha que no es ciertamente de su clase.

—Tonterías. Janet es una muchacha como pocas, y lo curioso del caso es que está que echa las muelas por ese majadero con pantalones que vino a vernos esta mañana. Ahora verás lo que verdaderamente necesitan algunas de esas empingorotadas familias

que tanto se jactan de su exclusivismo y de su distinción. Una buena inyección de sangre roja y reconfortante. Janet será para ese bobo una especie de ángel tutelar. Cuidará de él, pondrá coto al abuso de «combinados» y de visiteos nocturnos a los clubes y cabarés y hará de él un hombre equilibrado y fuerte que es, hoy por hoy, lo que más falta le hace a nuestro país. Ven conmigo y te la presentaré.

Tuppence abrió la puerta que comunicaba con la habitación contigua y entró en ella seguida de Tommy.

Una muchacha alta, de cara atrayente y una magnífica cabellera de un color pardo rojizo, dejó la tetera que tenía entre las manos y se volvió con una sonrisa que ponía al descubierto dos blancas hileras de dientes.

—Espero que me perdonarás, enfermera Cowley, quiero decir, mistress Beresford. Supuse que, como yo, estarías ansiosa por tomar una taza de té y… Fueron muchas las veces que hiciste lo propio por mí en el hospital y a horas intempestivas de la madrugada.

—Tommy —dijo Tuppence—, permíteme que te presente a mi buena y antigua amiga, la enfermera Smith.

—¿Has dicho Smith? ¡Es curioso! —respondió Tommy estrechando la mano que aquella le tendía—. ¿Eh? No, nada, una monografía que estoy a punto de escribir.

—No te pongas nervioso, Tommy —suspiró Tuppence en su oído, al tiempo que le servia una taza de té—. Ahora bebamos juntos —terminó—, y brindemos por la prosperidad de la Agencia Internacional de Detectives y porque nunca llegue a conocer los sinsabores del fracaso.

Capítulo III
El caso de la perla rosa

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Tuppence al entrar en el santuario interior de la Agencia Internacional de Detectives, alias *Brillantes Detectives de Blunt*, y ver a su amo y señor tirado en el suelo y casi cubierto por un montón de libros. Tommy se levantó haciendo un gran esfuerzo.

—Estaba tratando de arreglar esto en el estante superior del armario cuando de pronto la silla cedió y todo se vino abajo.

—¿De qué tratan estos libros, si puede saberse? —preguntó Tuppence tomando uno de los volúmenes—. *El perro de los Baskerville*. ¡Hombre!, no me disgustaría volverlo a leer otra vez.

—¿Comprendes la idea? —dijo Tommy sacudiéndose cuidadosamente el polvo—. *Media hora con los maestros*, etcétera, etcétera. Comprenderás, Tuppence, que no puedo por menos de comprender que somos hasta cierto punto un par de aficionados y que necesitamos mejorar nuestra técnica. Estos libros son historias detectivescas escritas por verdaderos maestros de la literatura. Intento emplear diferentes sistemas y comparar después los resultados.

—Hum… —gruñó Tuppence—. Me gustaría saber cómo se habrían comportado todos esos detectives en la vida real —cogió otro volumen y prosiguió—, encontrarás dificultades en pretender convertirte en un Thorndyke. No tienes experiencia médica y menos legal, ni tampoco he oído que la ciencia haya sido nunca tu punto fuerte.

—Quizá no —dijo Tommy—. Pero de todos modos me he comprado una buena cámara fotográfica y me dedicaré a tomar fotografías de toda clase de huellas y hacer después las

correspondientes ampliaciones. Ahora, amiga mía, haz uso de la poca materia gris que te debe quedar en el cerebro, ¿qué es lo que esto te trae a la memoria?

Señaló el estante inferior del armario. En él había una bata de diseño un tanto cubista, unas babuchas turcas y un violín.

—Evidente, Watson —contestó Tuppence haciendo un mohín.

—Exactamente —repuso Tommy—. Las características de nuestro inmortal Sherlock Holmes.

Cogió el violín e hizo resbalar perezosamente el arco sobre sus cuerdas con gran consternación de Tuppence.

En aquel momento sonó el zumbador de la mesa, señal que indicaba la llegada de un cliente a la oficina exterior y de que era recibido y atendido por Albert, el cancerbero de la agencia.

Tommy devolvió apresuradamente el violín al lugar que antes ocupaba y empujó con el pie el montón de libros ocultándolos tras la mesa.

—No es que tengamos gran prisa —observó—. Ya Albert se habrá encargado de distraer a quien sea, contándole la consabida historia de mi conferencia telefónica con Scotland Yard. Vete a tu oficina, Tuppence, y empieza a teclear. Ese ruido le da cierta importancia a nuestra oficina. Espera. No. Es preferible que esta vez aparezcas tomando notas taquigráficas. Vamos a echar un vistazo desde nuestro observatorio antes de que Albert se decida a hacer pasar a la víctima.

Se acercaron a la mirilla. El cliente, esta vez, era una muchacha de una edad aproximada a la de Tuppence, alta, morena y con cara más bien macilenta y ojos retadores.

—Vestidos baratos y llamativos —observó Tuppence—. Hazla entrar, Tommy.

Un minuto después la joven estrechaba la mano del supuesto míster Blunt, mientras Tuppence tomaba asiento a su lado, con un cuaderno y un lápiz entre los dedos.

—Mi secretaria confidencial, miss Robinson —manifestó Tommy señalándola con la mano—. Puede usted hablar ante ella con entera libertad.

Después se recostó perezosamente sobre el respaldo de la silla y prosiguió con ojos medio entornados y voz que daba la sensación de

un gran cansancio:

—Debe usted encontrar un tanto incómodo el tener que tomar el autobús a esta hora del día.

—He venido en taxi —contestó la muchacha.

—¡Ah! —repuso Tommy un tanto apesadumbrado. Sus ojos se posaron en señal de reproche sobre un billete azul de autobús que asomaba por entre los pliegues de uno de los guantes. La muchacha siguió la mirada y acabó de sacarlo sonriente.

—¿Se refiere usted a esto? Lo recogí en la acera. Un niño de la vecindad hace colección de ellos. Tuppence tosió y Tommy le echó una angustiosa mirada.

—Vayamos a lo que importa —dijo de pronto—. Veo que necesita usted de nuestros servicios, señorita…

—Kingston Bruce —se apresuró a contestar la visitante—. Vivimos en Wimbledon. Ayer noche una dama que se aloja invitada en nuestra casa perdió una valiosa perla rosa. Mister Saint Vincent, que se hallaba también entre los comensales, mencionó encomiásticamente el nombre de su firma durante la cena, y mi madre me envió aquí para preguntarle si querría usted encargarse del asunto. Esa pérdida es un trastorno.

La muchacha hablaba toscamente. Casi con disgusto. Se veía claramente que no había habido un perfecto acuerdo entre la madre y la hija. Venía contra su voluntad.

—¿Han llamado ustedes por casualidad a la policía?

—¡No, por Dios! —replicó miss Kingston Bruce—. Hubiese sido ridículo llamar a la policía y descubrir después que la dichosa perla no hubiese hecho sino rodar debajo de un mueble o algo por el estilo.

—¡Ah, vamos! —dijo Tommy—. Entonces cabe la posibilidad de que la perla se haya extraviado simplemente.

Miss Kingston Bruce se encogió de hombros.

—Hay personas que por lo visto se complacen en armar un caramillo por cualquier cosa —murmuró.

Tommy carraspeó como tratando de aclarar su garganta.

—Así es —replicó sin gran convencimiento en la voz—. En fin, yo estoy extremadamente ocupado en estos momentos…

—Comprendido —comentó la muchacha levantándose. Hubo un

súbito destello de satisfacción en sus ojos que no escapó a la penetrante mirada de Tuppence.

—Sin embargo —continuó Tommy—, creo que podré componérmelas para ir a Wimbledon. ¿Quiere usted hacer el favor de darme su dirección?

—The Laurels. Calle Edgeworth.

—Tome nota de ello, miss Robinson.

Miss Kingston Bruce titubeó unos instantes y en forma muy poco ceremoniosa añadió:

—Entonces le esperaremos. Buenos días.

—¡Qué muchacha más rara! —dijo Tommy—. No he tenido tiempo de darme cuenta exacta de su verdadera personalidad.

—No me extrañaría que fuese ella misma quien hubiese robado la perla —observó Tuppence quedándose pensativa unos instantes —. Vamos, Tommy —dijo casi a continuación—, pongamos en orden todos estos libros. Después saca el coche y vamos a Wimbledon sin perder un momento. A propósito, ¿insistes en querer personificar a Sherlock Holmes?

—No. Para eso tendría que hacer un poco más de práctica. Estuve un tanto desafortunado en la cuestión del billete de autobús, ¿no te parece?

—Si —contestó Tuppence—. Yo en tu lugar no intentaría nada con esa muchacha. Es más lista que el hambre, y desdichada por añadidura. ¡Pobrecilla!

—No querrás decirme que con sólo haberle visto la forma de la nariz —dijo Tommy con sarcasmo—, ya conoces su carácter y hasta su vida y milagros.

—Te diré mi idea de lo que vamos a encontrar en The Laurels —prosiguió ella inconmovible—. Una familia de esas del «quiero y no puedo», pero ansiosas siempre de moverse entre lo más selecto de la sociedad. El padre, si es que lo hay, con seguridad ostenta algún grado militar. La muchacha se aviene a esta clase de vida por no contradecir a sus padres, aunque ello no signifique tener que despreciarse por su debilidad.

Tommy echó una última mirada a los libros, cuidadosamente ordenados ya en el estante.

—Me parece que habré de decidirme por hacer hoy el papel de

Thorndyke —dijo después de haberse quedado pensativo unos segundos.

—No creía que hubiese nada médico legal en el asunto —observó Tuppence.

—Quizá no, pero tengo unas ganas locas de probar mi nueva cámara. Me han dicho que tiene el objetivo más fantástico del mundo.

—Sí, conozco esa clase de objetivos. Para cuando hayas conseguido ajustar el obturador y calculado el tiempo de exposición, te habrán saltado los sesos y estarás pidiendo, a voz en cuello, que te vuelvan a dar una de nuestras sencillas Brownies.

—Sólo un alma desprovista de ambición es capaz de contentarse con una de esas sencillas Brownies que mencionas.

—Te garantizo que yo obtendré mejor resultado con ellas que tú con las tuyas.

Tommy hizo caso omiso del reto.

—Debería de comprar una botella de Compañero del Fumador —dijo pesarosamente—. Me gustaría saber dónde las venden.

—Al menos tenemos el sacacorchos patentado que la tía Araminta nos regaló por las Navidades pasadas —concluyó Tuppence tratando de secundar la emoción de su marido.

—Es verdad —contestó Tommy—. Un cachivache que yo tomé al principio por una máquina infernal, y que resultaba humorístico por proceder de una tía que jamás supo qué gusto tenía una copa de licor.

—Yo seré Polton —propuso Tuppence. Tommy la miró con desdén.

—Conque Polton, ¿en? No tienes siquiera idea de lo que dices.

Recogieron el sacacorchos y se dirigieron al garaje. Sacaron el coche y se pusieron en marcha en dirección a Wimbledon.

The Laurels era un caserón de aspecto medieval. Tenía el aire de haber sido pintado recientemente y estaba rodeado de pulcros jardines llenos de geranios escarlata.

Un hombre alto, de bigote blanco y recortado y un exagerado porte marcial abrió la puerta antes de que Tommy hubiera podido tocar el timbre.

—Hace rato que le estoy esperando —dijo ruidosamente—.

Supongo que es a mister Blunt a quien tengo el gusto de dirigir la palabra. Yo soy el coronel Kingston Bruce. ¿Quiere usted venir a mi despacho?

Le condujo a una pequeña habitación situada en la parte posterior de la casa.

—El joven Saint Vincent me ha contado cosas admirables acerca de su agencia. He visto también el anuncio que han puesto en los periódicos. Ese servicio de veinticuatro horas que ustedes mencionan debe de ser algo maravilloso. Es precisamente lo que nosotros necesitamos.

Anatematizando en su interior a Tuppence por su irresponsabilidad al inventar este brillante detalle, Tommy replicó:

—Está bien, coronel.

—Todo el caso es en sí desagradable, caballero, verdaderamente desagradable…

—¿Sería usted tan amable de hacerme una relación de los hechos? —interrumpió Tommy con un dejo de impaciencia en la voz.

—Claro que lo haré, ahora mismo. Tenemos en este momento residiendo con nosotros a una antigua y buena amiga nuestra, a *lady* Laura Barton, hija del difunto conde de Carrownay. El conde actual, su hermano, pronunció un brillante discurso en la Cámara de los Lores el otro día. Como digo, *lady* Laura es una antigua y buena amiga nuestra. Unos cuantos estadounidenses amigos míos que acababan de llegar, los Hamilton Betts, tenían muchas ganas de conocerla. «Nada más fácil —les dije—. Se hospeda en mi casa en estos momentos. Vengan a pasar el fin de semana conmigo». Usted sabe la debilidad que los estadounidenses sienten por los títulos nobiliarios.

—No sólo ellos, coronel Kingston Bruce.

—¡Verdad, caballero, verdad! No hay nada que yo deteste más que el esnobismo. Pues como decía, los Betts vinieron a pasar el fin de semana. Ayer noche estábamos jugando al *bridge*, cuando se rompió el cierre de uno de los pendientes que llevaba mistress Betts. Se lo quitó y lo dejó sobre una mesa que había a su lado, con el propósito de recogerlo de nuevo antes de retirarse a sus habitaciones. Por lo visto se olvidó de hacerlo. Debo explicarle,

mister Blunt, que el pendiente consistía en dos pequeños diamantes laterales de los que colgaba una perla rosa. El pendiente fue encontrado esta mañana en el mismo sitio en que mistress Betts lo dejara, pero la perla, una perla por lo visto de un gran valor, había sido arrancada de él.

—¿Quién encontró el pendiente?

—La doncella, Gladys Hill.

—¿Hay algún motivo para sospechar de ella?

—Lleva con nosotros unos cuarenta años y hasta la fecha no hemos tenido queja alguna. Sin embargo, eso no quiere decir nada.

—Exactamente. ¿Quiere usted describirme la dependencia y decirme quiénes estaban presentes en la cena de ayer?

—Tenemos una cocinera que lleva sólo dos meses en la casa, pero no creo que haya podido tener oportunidad de acercarse a la sala, y lo mismo podríamos decir de su ayudanta. Además, tenemos una criada, Alice Cummings. También ha estado con nosotros algunos años. Y la doncella de *lady* Laura, como es natural. Es francesa.

El coronel Kingston Bruce dijo esto último con cierta solemnidad. Tommy, indiferente por la revelación de la nacionalidad de la doncella, dijo:

—Bien. ¿Y los comensales?

—Mister y mistress Betts, nosotros, mi esposa, mi hija y yo, *lady* Laura y el joven Saint Vincent. Mister Rennie estuvo un rato en la casa después de la cena.

—¿Quién es mister Rennie?

—El hombre más pestilente que pueda usted imaginarse. Socialista rabioso. Buena figura, eso sí, y con fuerza persuasiva en la argumentación. Pero un hombre, no me importa decírselo a usted, a quien no confiaría ni siquiera la cabeza de un alfiler. Un hombre peligroso, en suma.

—¿Es entonces de ese mister Rennie de quien usted sospecha? —preguntó Tommy con sequedad.

—Sí, señor, ¿a qué negarlo? Estoy seguro, por los puntos que calza, de que es un hombre sin escrúpulos. ¿Qué le hubiese costado, en el momento en que todos estábamos absortos en el juego, arrancar la perla y guardársela en el bolsillo?

—Todo cabe en lo posible —admitió Tommy—. Y dígame una cosa, ¿cuál fue la actitud de mistress Betts durante todo ese *quid pro quol*?

—Quería que yo llamase a la policía —contestó el general un tanto reacio a abordar el tema—. Quiero decir, después de que nos hubiésemos convencido de que la perla no había rodado por debajo de alguno de los muebles.

—¿Fue usted quien la disuadió de su idea?

—Yo era contrario a esta clase de publicidad, así como también mi esposa y mi hija. Después mi esposa recordó que el joven Saint Vincent había mencionado en el curso de la velada su agencia y su servicio especial de veinticuatro horas. A Tommy le dio un vuelco el corazón.

—Como usted ve —prosiguió el coronel—, no ha habido ningún mal en hacer lo que hemos hecho. Si mañana llamamos a la policía, puede suponerse que nuestro retraso en hacerlo se debió a la duda de que la perla pudiera meramente haberse extraviado. A propósito, esta mañana no se le ha permitido a nadie salir de la casa.

—Con excepción de su hija, como es natural —dijo Tuppence, abriendo la boca por primera vez.

—Es verdad, excepto mi hija —asintió el coronel—, que se ofreció voluntariamente a someter el caso a su consideración. Tommy se levantó.

—Haremos cuanto humanamente nos sea posible para satisfacer sus deseos —dijo—. Ahora quisiera ver la sala y la mesa en que se depositó el pendiente. También desearía hacer unas cuantas preguntas a mistress Betts. Después de eso, mi ayudante, miss Robinson, se encargará de interrogar a la servidumbre.

El coronel Kingston Bruce les condujo a lo largo del vestíbulo. Mientras caminaban, llegó claramente a sus oídos una observación hecha por una persona que estaba en la habitación a la cual se acercaban. La voz era la misma que la de la joven que había ido a verles aquella mañana a la agencia.

—Tú sabes muy bien, mamá, que trajo a casa una cucharita escondida en el manguito.

Un instante después fueron presentados a mistress Kingston Bruce, una mujer patética, de modales lánguidos, que les recibió

con una ligera inclinación de cabeza. Su cara en estos momentos era más hosca que nunca. Mistress Kingston Bruce era voluble.

—… Pero sé, o al menos me figuro, quién debió cogerla —terminó diciendo—; ¿quién va a ser sino ese condenado socialista? Está enamorado de los rusos y de los alemanes y detesta a los ingleses. ¿Qué otra cosa puedes esperar de un hombre así?

—¡Eso no es cierto! —replicó la joven con firmeza—. Le estuve observando toda la noche y no es posible que se me pasara un detalle como ese. Miró retadora a todos los presentes.

Tommy cortó la tensión reinante solicitando venia para ver a mistress Betts. Cuando hubo salido mistress Kingston Bruce acompañada de su esposo e hija en busca de mistress Betts, Tommy lanzó un apagado silbido.

—Me gustaría saber —dijo con intención— quién es esa que trajo una cucharita escondida en el manguito.

—En eso mismo estaba yo pensando —replicó Tuppence.

Mistress Betts, seguida de su marido, irrumpió en la habitación. Era gruesa y de aspecto decidido y resuelto. Su marido era el reverso de la medalla. Seco y pusilánime.

—Tengo entendido, mister Blunt, que es usted un investigador privado y por lo visto poco amigo de andarse por las ramas.

—Así es, mistress Betts. Y ahora que sabe quién soy, ¿me permite que le haga unas cuantas preguntas?

Las cosas se sucedieron rápidamente. Tommy vio el pendiente, la mesa en que fue dejado, y mister Betts salió de su taciturnidad para hacer mención del valor, en dólares, de la desaparecida perla.

A pesar de todo, Tommy tenía la irritante certeza de no haber logrado hacer todavía el menor progreso en ningún aspecto.

—Creo que esto es todo —dijo al fin—. Miss Robinson, ¿quiere usted tener la bondad de traer la máquina especial que dejé en el vestíbulo? Tuppence hizo lo que le pedían.

—Es un pequeño invento mío —explicó Tommy—. En apariencia, como ustedes ven, es como otra cámara cualquiera.

Experimentó una ligera satisfacción al ver el efecto que sus palabras habían producido en los Betts.

Retrató el pendiente y la mesa, y tomó varias vistas generales de la habitación. Después «miss Robinson» fue delegada para

interrogar a las criadas, y en vista de la expectación reflejada en los semblantes del coronel Kingston Bruce y de mistress Betts, Tommy se creyó obligado a emitir su autorizada opinión sobre el particular.

—La posición, como ustedes ven —dijo—, es la siguiente: o bien la perla está todavía en la casa o no lo está.

—Es cierto —afirmó el coronel con más respeto quizá que el que merecía una perogrullada semejante.

—Si no está en la casa, puede estar en cualquier parte; pero si lo está, ha de estar forzosamente oculta en alguna parte…

—Y se impone un registro —intervino exaltadamente el coronel —. Sí, sí, le doy carta blanca, mister Blunt. Revuelva la casa, desde el desván hasta el sótano.

—¡Oh, Charles! —murmuró llorosa mistress Kingston Bruce—. ¿Crees que es prudente llevar a cabo lo que dices? Los criados pueden tomarlo a mal y abandonar el servicio.

—Sus habitaciones serán registradas las últimas —añadió Tommy, tratando de complacerla—. Es seguro que el ladrón habrá escondido la alhaja donde uno menos hubiera podido imaginarse.

—Creo que yo he leído algo acerca de esto último que acaba usted de decir —asintió el coronel.

—Es posible. ¿Recuerda usted el caso de Rex contra Bailey, que fue el que creó ese precedente?

—¿El caso de…? Sí, sí… creo recordar…

—Y el lugar, a mi juicio, en que a nadie se le ocurriría mirar es en las habitaciones de la propia mistress Betts.

—¡Sería realmente ingenioso! —exclamó admirada la aludida. Y sin añadir comentario adicional alguno, condujo a Tommy a sus habitaciones, donde este hizo uso una vez más de su aparato especial para tomar fotografías.

Poco después se le incorporó Tuppence.

—Espero que no pondrá objeción mistress Betts, a que mi ayudante eche una mirada a sus armarios. —¡Claro que no! ¿Me necesita usted para algo más? Tommy le aseguró que no había ya motivo alguno para su retención. Así es que mistress Betts se marchó, dejando el campo enteramente a disposición de los investigadores.

—No tenemos más remedio que proseguir con la farsa —dijo

Tommy—, pero maldita la confianza que pueda yo tener en encontrar lo que buscamos. Y de esto nadie tiene la culpa sino tú y tu dichoso servicio de veinticuatro horas.

—Escucha, Tommy. No creo que sean las criadas las que hayan cometido el robo, pero me las he compuesto para tirarle un poco de la lengua a la camarera francesa. Según esta, *lady* Laura pasó aquí también unos días el año pasado y al volver de tomar té en casa de unos amigos del coronel Kingston Bruce, parece ser que se le cayó, en presencia de todos, una cucharita de plata que llevaba escondida dentro del manguito. Todos creyeron al principio que se trataba meramente de uno de tantos accidentes fortuitos. Pero hablando de robos similares he conseguido ampliar mi información. *Lady* Laura no tiene ni un céntimo y le gusta siempre pasar confortables temporadas con gentes para quienes un título tiene todavía una gran significación. Quizá sea una coincidencia, o quizá no lo sea, pero lo cierto es que cinco robos han tenido lugar en cinco sitios diferentes, en que ella se ha hospedado, unos de objetos insignificantes, y otros de joyas de gran valor.

Tommy dejó escapar de sus labios un prolongado y agudo silbido.

—¿Dónde está el cuarto de esa pájara? —preguntó.

—Frente por frente de este en que estamos.

—Entonces creo que lo mejor será que echemos un vistazo a esas habitaciones.

Por la puerta entornada se podía ver un espacioso departamento con muebles esmaltados y cortinas de un raso brillante. Una puerta interior comunicaba con el cuarto de baño y frente a esta se hallaba una muchacha morena y delgada, vestida con gran pulcritud.

Tuppence vio la expresión de estupor que su súbita entrada hizo aparecer en las facciones de la sirvienta.

—Soy Elise, mister Blunt —dijo tratando de dibujar una de sus más encantadoras sonrisas—. La doncella de *lady* Laura.

Tommy cruzó el umbral de la puerta que separaba la alcoba del cuarto de baño y quedó sorprendido del lujo y modernismo que reinaba en su interior. Se puso a curiosear las diferentes instalaciones con objeto de disipar la mirada de sorpresa que había aparecido en el rostro de la sirvienta.

—Parece que está usted muy entretenida con sus quehaceres, ¿verdad, *mademoiselle* Elise?

—Sí, *monsieur*, estaba limpiando el baño de milady.

—¿Podría usted ayudarme unos instantes a tomar unas cuantas fotografías? Tengo aquí una cámara especial y deseo retratar con ella los interiores de todas las habitaciones de la casa.

Fue interrumpido por el estrépito que produjo la puerta al cerrarse de pronto. Elise dio un respingo.

—¿Qué ha sido eso?

—Debe haber sido el viento —contestó Tuppence.

—Volvamos a la alcoba.

Elise se adelantó para abrirla, pero por más esfuerzos que hizo sólo consiguió arrancar del pomo unos débiles chirridos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tommy.

—Ah, *monsieur*, alguien debe haber cerrado desde fuera —contestó Elise. Tomó un trapo y lo volvió a intentar. Esta vez el pomo giró con facilidad y consiguió abrir—. *Voilá ce qui est curieux*. Debió de haberse atascado. No había nadie en el dormitorio.

Tommy recogió su aparato y se puso a manipularlo ayudado por Tuppence y por la doncella. De vez en cuando no podía por menos de dirigir una furtiva mirada a la misteriosa puerta.

—Tengo curiosidad por saber —se dijo entre dientes— qué demonios le ha pasado a esa puerta.

La examinó detenidamente, abriéndola y cerrándola repetidas veces. La manecilla funcionaba rápidamente y a la perfección.

—Bueno, una fotografía más —exclamó acompañando la petición con un suspiro—. ¿Quiere usted hacer el favor de descorrer un poco esa cortina, *mademoiselle* Elise? Gracias. Manténgala así unos segundos.

Sonó el clic familiar. Tommy entregó la placa a Elise, y a Tuppence el trípode, mientras él reajustaba y cerraba cuidadosamente la cámara. Se valió de un fútil pretexto para alejar a Elise, y cuando esta hubo partido, cogió de un brazo a Tuppence y le habló rápidamente:

—Escucha, Tuppence, tengo una idea. ¿Puedes permanecer aquí unas cuantas horas más? Registra los cuartos uno por uno, esto te dará tiempo. Trata de tener una entrevista con esa pájara, ya sabes

a quién me refiero, a *lady* Laura, pero ¡por Dios!, no la alarmes innecesariamente. Dile que sospechamos de la camarera. Y hagas lo que hagas, no permitas de ningún modo que abandone la casa. Yo me voy con el coche y trataré de estar ausente el menor tiempo posible.

—Está bien —dijo Tuppence—, pero no des por tan seguras tus conclusiones. Te has olvidado de una cosa.

—¿De qué?

—De miss Kingston Bruce. Hay algo en ella que no acabo de comprender. Escucha. Me he enterado de la hora en que salió de aquí esta mañana. Tardó dos horas en llegar a nuestra oficina. ¿No te parece una exageración? ¿Dónde estuvo durante todo ese tiempo?

—Si, parece que hay algo de sentido en lo que dices —admitió su marido—. Bien, tú sigue la pista que quieras, pero vuelvo a repetirte que bajo ningún concepto permitas que *lady* Laura salga de la casa. ¿Qué es eso?

Su fino oído había captado un leve crujido que venía del descansillo. Salió al corredor, pero no vio a nadie.

—Bueno, hasta la vista —dijo despidiéndose—. No tardaré.

Capítulo IV
El caso de la perla rosa (Continuación)

Al ver partir a su marido, Tuppence quedó pensativa. Tommy parecía estar muy seguro de cuanto hacía, y ella, en cambio, no. Había una o dos cosas que, a su juicio, aún quedaban por poner en claro.

Se hallaba todavía junto a la ventana contemplando distraída la calzada cuando vio de pronto que un hombre salía de una de las puertas, cruzaba la calle y hacía sonar la campana de la puerta.

Como un relámpago, Tuppence salió del cuarto y bajó rápidamente las escaleras. Gladys Hill, la camarera, iba a contestar a la llamada, pero Tuppence le obligó con un gesto autoritario a que se retirara. A continuación se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

Un joven larguirucho, con ropas de un corte bastante deplorable y ojos ávidos y oscuros, apareció en el umbral. Titubeó un instante y después preguntó:

—¿Está miss Kingston Bruce?

—¿Quiere usted tener la bondad de entrar?

Se retiró a un lado para dar paso al joven.

—Mister Rennie, ¿no es así? —preguntó con dulzura.

—Sí, el mismo.

—¿Quiere usted venir por aquí?

Abrió la puerta del despacho, que volvió a cerrar una vez hubieron entrado ambos. Estaba vacío.

—Quiero ver a miss Kingston Bruce —dijo Rennie volviéndose a ella y frunciendo el entrecejo.

—No estoy muy segura de que pueda conseguirlo —respondió Tuppence con voz sosegada.

—Oiga, ¿quién demonios es usted? —preguntó Rennie con rudeza.

—Agencia Internacional de Detectives —respondió lacónicamente Tuppence.

Al ver el efecto que sus palabras habían causado en su interlocutor prosiguió:

—Tenga la bondad de sentarse, mister Rennie. Empezaré diciendo que todos estamos enterados de la visita que miss Kingston Bruce le hizo esta mañana.

El tiro, disparado al azar, había dado en el blanco. Dándose cuenta de la consternación de su víctima, prosiguió sin pausa:

—Es la recuperación de la perla lo que en estos momentos les interesa a todos, mister Rennie, no la publicidad. Creo que podríamos llegar a un arreglo. El joven se la quedó mirando fijamente.

—No sé exactamente dónde quiere usted ir a parar —dijo pensativamente—. Déjeme pensar un momento.

Hundió la cabeza entre las manos; después hizo una pregunta tan curiosa como inesperada.

—¿Es cierto que el joven Saint Vincent va a casarse pronto?

—Lo es. Conozco a la novia.

A partir de aquel momento Rennie se hizo más comunicativo.

—He sufrido mucho —confesó—. Han estado invitándole aquí mañana, tarde y noche, y metiéndole a Beatrice por las narices. Y todo porque no ha de tardar en heredar un título. Si las cosas cambian, como espero…

—Bien, no hablemos de política —se apresuró a interponer Tuppence—. ¿Tendrá usted algún inconveniente en decirme, mister Rennie, por qué cree usted que fue miss Kingston Bruce quien robó la perla?

—Yo no lo he creído nunca.

—No intente negarlo —replicó Tuppence con calma—. Espera usted escondido a que se marche el detective y cuando usted cree que el campo está libre, viene y pide permiso para ver a la muchacha. Todo está claro como el agua. De haber sido usted el autor del robo, no estaría ni la mitad de preocupado de lo que está en estos momentos.

—Su conducta era tan extraña… —comenzó a hablar el joven—. Vino a verme esta mañana, antes de ir a no sé qué agencia de detectives y me explicó lo del robo. Parecía como ansiosa de decir algo, sin encontrar la forma de hacerlo.

—Bueno —añadió finalmente Tuppence—. Todo cuanto yo quiero es la perla. Más vale que ahora vaya y hable con ella.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el coronel Kingston Bruce.

—La comida está preparada, miss Robinsón. Espero que nos honrará usted aceptando un asiento en nuestra mesa. El… —Se detuvo, mirando fijamente al indeseado visitante.

—Por lo que veo —dijo mister Rennie—, no se decide usted a extenderme esa misma invitación. Está bien, me voy.

—Vuelva más tarde —susurró Tuppence en su oído al pasar junto a sí.

Tuppence siguió al coronel Kingston Bruce, que aún continuaba mascullando imprecaciones contra la desfachatez de ciertas gentes, a un espacioso comedor, donde se hallaba ya congregada la familia. Sólo una de las personas presentes le era desconocida a Tuppence.

—Esta, *lady* Laura, es miss Robinsón, que está también prestando su ayuda en el esclarecimiento del dichoso caso de la perla.

Lady Laura hizo una ligera inclinación de cabeza y se quedó mirando fijamente a Tuppence a través de las gafas. Era una mujer alta, delgada, de sonrisa triste, de voz suave y ojos duros y astutos. Tuppence le devolvió la mirada sin pestañear.

Al terminar la comida, *lady* Laura entró en la conversación con aire de simple curiosidad. ¿Qué tal seguía la investigación? Tuppence puso un gran énfasis en sus sospechas por la camarera, ya que la persona de *lady* Laura no entraba en sus cálculos. *Lady* Laura podría esconder cucharillas y otras chucherías por el estilo entre sus ropas, pero no una perla como esta.

Poco después, Tuppence prosiguió con el registro de la casa. El tiempo iba pasando sin que Tommy, y lo que aún era peor, Rennie, dieran señales de vida. De pronto, al salir de una de las alcobas, se dio de bruces con Beatrice Kingston, que, completamente ataviada, se encaminaba en dirección a la escalera.

—Me temo —le dijo Tuppence— que no va usted a poder salir a la calle en estos momentos.

—Eso no es asunto de usted —respondió la joven con altanería.

—Quizá no, pero sí lo es el telefonear a la policía en el caso de que se decida a contravenir mis órdenes.

La muchacha se quedó pálida como un muerto.

—No, no, a la policía no… Haré lo que usted diga, pero no llame a la policía.

Extendió los brazos en ademán de súplica.

—Mi querida miss Kingston Bruce —dijo Tuppence con sonrisa compasiva—, este caso lo he visto claro como la luz desde su comienzo. Cuando…

No terminó la frase. El incidente le había absorbido de tal manera que no oyó lo que abajo ocurría. De pronto y con gran sorpresa, vio a Tommy subir apresuradamente las escaleras, mientras en el vestíbulo sonaba una voz recia que decía:

—Soy el inspector Marriot, de Scotland Yard. Con un giro, Beatrice se apartó de Tuppence y descendió rápidamente a tiempo de ver abrirse de nuevo la puerta y aparecer en ella la figura de Rennie.

—Ahora sí que lo has estropeado todo —rugió Tuppence con rabia.

—¡Ah, sí! —replicó Tommy sin detenerse. Entró en la habitación de *lady* Laura, pasó al cuarto de baño y salió a los pocos instantes con una gran pastilla de jabón entre las manos. El inspector llegaba en aquel momento al descansillo.

—No ha opuesto la menor objeción a su arresto —anunció—. Es una antigua cliente del Departamento, y sabe muy bien cuándo el juego está perdido. ¿Qué hay de la perla?

—No sé por qué —dijo Tommy entregándole la pastilla—, pero me figuro que va usted a encontrarla aquí dentro.

El inspector la observó apreciativamente.

—Un viejo truco, y bueno —contestó el inspector—. Cortar la pastilla en dos, escarbar un pequeño hueco para el objeto y volver a juntar los pedazos alisando bien las junturas con agua caliente. Un buen trabajo por parte de usted y de la agencia.

Tommy aceptó agradecido la lisonja. Al descender después las

escaleras acompañado de su esposa, se encontró con el coronel Kingston Bruce, que le estrechó calurosamente las manos.

—Caballero —exclamó—. No sé cómo darle las gracias no sólo en mi nombre, sino también en el de *lady* Laura.

—Oh, de nada, de nada. Lo único que nos complace es saber que están ustedes satisfechos de nuestro trabajo, y ahora nos vamos. Tengo una cita muy urgente. Con un miembro del Gabinete.

Salió apresuradamente de la casa, con Tuppence pisándole los talones, y ambos se metieron en el automóvil.

—Pero, Tommy —observó ella—; después de todo no han arrestado a *lady* Laura.

—¿Ah, no te lo he dicho? —contestó su marido—. No, no arrestaron a *lady* Laura. A quien arrestaron fue a la camarera Elise.

»Verás —prosiguió mientras Tuppence se sentaba dando muestras del más vivo estupor—. He intentado a menudo abrir una puerta con las manos llenas de jabón. Es imposible hacerlo, las manos resbalan. Así, pues, me pregunté: ¿qué es lo que Elise habría estado haciendo para tener las manos tan enjabonadas? Como recordarás, cogió después una toalla y con ella limpió las huellas de jabón que hubiesen podido quedar en el pomo. Pero se me ocurrió que si tú hubieses sido una ladrona profesional, no habría sido un mal plan el de convertirte en camarera de una dama sospechosa de cleptomanía y que se pasaba grandes temporadas en las casas de los demás. Le tomé una fotografía a Elise con el pretexto de sacar una vista general, la induje a que cogiera entre los dedos una de las placas y lo llevé todo, sin pérdida de tiempo, a Scotland Yard. Un rápido revelado del negativo, identificación de las huellas dactilares, y luego una foto. Elise resultó ser una antigua conocida. Para referencias, a Scotland Yard.

—Y pensar —dijo Tuppence cuando al fin pudo articular unas palabras— que esos dos idiotas de Beatrice y Rennie han estado sospechando el uno del otro de esta forma ridícula que sólo se hace en las novelas. Pero ¿por qué no me dijiste lo que tenías entre manos cuando saliste de la casa?

—En primer lugar, porque sospeché que Elise estaba escuchando desde el descansillo, y en segundo…

—En segundo, ¿qué?

—Mi inteligente secretaria parece haber perdido la memoria —dijo Tommy con intención—. Thorndyke nunca dice nada hasta el último momento. Además, Tuppence, recuerda que tú y tu amiguita Janet Smith me jugasteis no hace mucho una mala pasada. Estamos sencillamente en paz, querida, en paz.

Capítulo V
La aventura del siniestro desconocido

—¡Qué día más aburrido! —dijo Tommy bostezando desesperadamente.

—Es casi la hora de tomar el té —contestó Tuppence, haciendo lo propio.

La Agencia Internacional de Detectives no daba muestras de una gran actividad. La esperada carta del comerciante ruso de jamones no había llegado aún y los casos dignos de ser tenidos en cuenta brillaban por su ausencia.

Albert, el mensajero de la oficina, entró con un paquete sellado que dejó sobre la mesa.

—El misterio del paquete sellado —dijo Tuppence—. ¿Contendrá acaso las fabulosas perlas de la gran duquesa rusa? ¿O se trata quizá de una máquina infernal encargada de hacer volar a los brillantes agentes de Blunt?

»A decir verdad —aclaró Tuppence poniendo al descubierto el contenido—, se trata de mi regalo de boda a Francis Haviland. ¿Verdad que es bonito?

Tommy cogió la fina pitillera de plata que aquella le alargaba, se fijó en la fina inscripción: «A Francis, de Tuppence», que había en la tapa, la abrió, la cerró e hizo un gesto de aprobación.

—Veo que te gusta tirar el dinero —observó—. La próxima vez que yo cumpla años, que será dentro de un mes, me pienso comprar una pitillera como esta, sólo que de oro. Me extraña que hagas esos despilfarros tratándose de Francis Haviland, que, como sabes, nació, es y morirá burro.

—Olvidas que yo fui su chofer cuando él era general durante la guerra. ¡Ah, qué días aquellos!

—¡Y que lo digas! —asintió Tommy—. Mujeres hermosísimas, venían a estrechar mi mano en el hospital. Pero ¡vaya!, no se me ha ocurrido pensar que por ello me viera obligado a enviarles regalo de boda a todas ellas. No creo que la novia te agradezca mucho el presente, Tuppence.

—No me dirás que no es bonito.

—No, no —dijo Tommy, metiéndoselo tranquilamente en el bolsillo—. ¡Hombre! Aquí viene Albert con el correo de la tarde. Posiblemente la duquesa nos confíe la misión de encontrar a su desaparecido pequinés.

Entre los dos revisaron la correspondencia. De pronto Tommy lanzó un prolongado silbido.

—Una carta azul con un sello de Rusia —exclamó—. ¿Recuerdas lo que el jefe nos dijo? Que estuviésemos siempre a la expectativa, por si llegaba alguna precisamente con estas señas.

—¡Oh, qué emocionante! ¡Por fin ha ocurrido algo! —gritó Tuppence—. Ábrela y mira si el contenido está de conformidad con lo que nos dijeron. Un fabricante de jamones, ¿no era eso? Espera. Necesitaremos un poco de leche para el té. Se olvidaron de dejarla esta mañana. Voy a enviar a Albert a que compre un poco.

Al volver de dar sus órdenes al mensajero, se encontró a Tommy leyendo una hoja de papel, también azul.

—Como nos figurábamos, Tuppence —observó—. Casi palabra por palabra, lo que dijo el jefe.

Estaba redactada en un inglés pulcro y era, al parecer, de un tal Gregor Feodorsky, que estaba ansioso por tener noticias de su esposa. Se urgía a la Agencia Internacional de Detectives a no escatimar gasto alguno en su búsqueda. Le era imposible salir en aquellos momentos de Rusia debido al gran descenso experimentado en el mercado de la carne de cerdo.

—Me gustaría saber lo que todo esto significa —dijo Tuppence dejando la carta sobre la mesa y tratando de alisar sus arrugas con la palma de la mano.

—Supongo que estará escrita en clave —respondió Tommy—. De todos modos, eso ya no es asunto nuestro. Nuestras instrucciones son copiarla y mandar el original inmediatamente a Scotland Yard. Mejor será que comprobemos si debajo del sello aparece, como nos

dijeron, el número dieciséis.

—Está bien —contestó Tuppence—, pero creo que… Se detuvo en seco y Tommy, sorprendido por la súbita pausa, levantó la vista y vio la figura de un hombre alto y fornido que bloqueaba completamente la puerta de comunicación con la oficina exterior.

El intruso era un hombre de aspecto dominante, cuadrado, de cabeza redonda y un mentón sólido y agresivo que revelaba una gran fuerza de voluntad. Su edad debería de oscilar entre los cuarenta y cuarenta y cinco años.

—Les ruego me perdonen —dijo el desconocido avanzando hacia el interior de la habitación, sombrero en mano—. Encontré vacía la sala de espera y abierta esta puerta, así que me aventuré a entrar. Supongo que esta es la Agencia Internacional de Detectives, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Es usted quizá mister Blunt? ¿Mister Theodore Blunt?

—En efecto, soy mister Blunt. ¿Desea usted consultarme alguna cosa? Permítame que le presente a mi secretaria, miss Robinson.

Tuppence inclinó graciosamente la cabeza, pero continuó observando al recién llegado a través de sus casi entornados párpados. Se preguntaba a sí misma cuánto tiempo podría haber estado aquel hombre esperando en la puerta y cuánto podría, más o menos, haber visto u oído. No se escapó a su perspicacia el hecho de que mientras hablaba con Tommy sus ojos no cesaban de dirigirse al papel azul que su marido tenía en aquel momento entre las manos.

La voz de Tommy, con una nota de advertencia en ella, le hizo recordar las necesidades del momento.

—Miss Robinson, sírvase estar preparada. Y usted, caballero, tenga la bondad de explicarme el motivo de su visita. Tuppence se apresuró a coger su lápiz y libro de notas.

—Me llamo Bower —principió el hombre con voz ronca—. Doctor Charles Bower. Vivo en Hampstead, donde tengo mi consultorio. He venido a verle, mister Blunt, porque desde hace algún tiempo me están ocurriendo cosas extrañas.

—Prosiga.

—Una o dos veces, en el curso de la última semana, me han

llamado por teléfono para un caso de urgencia. En ambas ocasiones comprobé que la llamada había sido falsa. La primera vez creí que se trataba simplemente de una broma de dudoso buen gusto, pero al retirarme a la casa la segunda vez, me encontré con que en mi ausencia alguien había andado curioseando entre mis papeles confidenciales. Hice un detenido examen de todos ellos y llegué a la conclusión de que todos mis cajones habían sido abiertos y los documentos devueltos apresuradamente a sus respectivos lugares.

El doctor Bower se detuvo y miró a Tommy.

—¿Qué me dice usted, mister Blunt?

—¿Y usted qué cree, mister Bower? —replicó el joven, dibujando una sonrisa.

—Pues en realidad no lo sé, y espero que usted me lo cuente.

—Veamos primero los hechos. ¿Qué es lo que guarda usted en los cajones?

—Ya se lo he dicho: mis papeles confidenciales.

—Bien, ¿y en qué consistían esas confidencias? ¿Qué valor podrían tener esos papeles para un ladrón vulgar o una persona cualquiera en particular?

—Para un ladrón vulgar creo que ninguno, pero tratándose en ellos de ciertos alcaloides, llamémosles, *tenebrosos*, podrían tenerlo para cualquiera que poseyera suficiente conocimiento técnico en la materia. Hace años que vengo haciendo estudios sobre ese particular. Estos alcaloides son venenos activísimos y de difícil descubrimiento, pues no dejan rastro alguno de su presencia ni de su acción.

—¿Cree usted entonces que el conocimiento de ese secreto podría reportar algún beneficio material a su poseedor?

—Si es falto de escrúpulos, sí.

—¿Y sospecha usted de alguien? El doctor se encogió de hombros.

—Puertas y ventanas estaban intactas, lo cual me hace suponer que el atentado no procedía del exterior. Sin embargo… Se detuvo de pronto. Después prosiguió:

—Mister Blunt, quiero hablarle con entera franqueza. No me atrevo a encomendar el caso a la policía. De mis tres sirvientes estoy completamente seguro. Todos llevan en mi casa un largo

tiempo y me han servido siempre con fidelidad. Comprendo, no obstante, que… En fin, ya me entiende usted. Tengo, además, conmigo a mis dos sobrinos, Bertram y Henry. Henry es un buen muchacho, muy buen muchacho, que jamás me ha proporcionado el más mínimo disgusto. Trabajador y servicial como ninguno. Bertram, siento tener que decirlo, es el reverso de la medalla, ingobernable, extravagante y gandul.

—Comprendo —dijo Tommy pensativamente—. Usted sospecha que su sobrino Bertram tiene algo que ver en todo este asunto y yo pienso precisamente lo contrario. Yo sospecho del bueno de Henry. —¿Por qué?

—Por tradición. Por precedentes.

Tommy agitó una mano con gesto enigmático.

—En mi opinión, los individuos sospechosos son por lo general inocentes y viceversa. Sí, decididamente sospecho de Henry.

—Perdóneme usted, mister Blunt —dijo Tuppence, interrumpiendo respetuosamente—. ¿He de entender que el doctor Bower guarda estas notas sobre esos alcaloides que mencionaba mezcladas con los demás papeles en un cajón de su mesa?

—Las guardo en la misma mesa, mi distinguida señorita, pero en un cajoncito secreto cuya existencia sólo yo conozco y que ha desafiado siempre cualquier intento de registro.

—¿Y qué es exactamente lo que usted quiere que yo haga, doctor Bower? —preguntó Tommy—. ¿Ha querido darme a entender que anticipa la posibilidad de otra nueva visita del misterioso merodeador?

—Así es, mister Blunt. Tengo motivos para temerlo. Esta tarde recibí un telegrama de uno de mis pacientes que envié no hace mucho a Bournemouth. El telegrama decía que mi paciente estaba en estado crítico y me suplicaban acudiera sin perder un instante. Sospechando ya por los acontecimientos que habían precedido, decidí mandar personalmente un telegrama, contestación pagada, a mi paciente en cuestión. Como supuse, me enteré de que estaba en perfecto estado de salud y de que no me había enviado aviso de ninguna clase. Se me ocurrió que, si fingía haber dado crédito al mensaje y haber salido para Bournemouth, tendríamos una gran oportunidad de agarrar a nuestros malandrines con las manos en la

masa. Quien sea esperará indudablemente a que se haya retirado la servidumbre para empezar sus operaciones. Sugiero que nos encontremos esta noche, a las once, en los alrededores de mi casa y que investiguemos juntos el asunto con todo cuidado y calma.

Tommy repiqueteó pensativo en la mesa con la contera de un pisapapeles.

—Su plan me parece excelente, doctor Bower —dijo al fin—. Veamos, su dirección es…

—Los Pinos, avenida Hangman, un lugar, por cierto, bastante retirado pero con vistas soberbias.

—Así es, conozco el sitio.

El visitante se puso en pie.

—Entonces le espero esta noche, mister Blunt. Junto a Los Pinos a… ¿digamos a las once menos cinco para estar más seguros?

—Conforme. A las once menos cinco. Adiós, doctor Bower. Tommy se levantó, oprimió un botón que había bajo la mesa y Albert apareció para acompañar hasta la puerta al cliente. El doctor cojeaba visiblemente al caminar, pero su fortaleza era evidente a pesar de este pequeño defecto.

—Un cliente difícil de manejar —se dijo Tommy para sí—. Bien, Tuppence, encanto, ¿qué me dices de todo esto?

—Te contestaré con una sola palabra —respondió su esposa—. «Patizambo».

—¿Qué?

—He dicho patizambo. No en vano me he dedicado al estudio de los clásicos. Tommy, esto me huele a chamusquina. Conque alcaloides *tenebrosos*, ¿eh? Jamás he oído una paparrucha semejante.

—Tampoco a mí me ha parecido una historia muy convincente —admitió su marido.

—¿Te fijaste cómo miraba la carta? Tommy, ese es uno de la cuadrilla. Le han informado de que tú no eres el verdadero mister Blunt y vienen en busca de nuestras cabezas.

—En ese caso —dijo Tommy abriendo el armario lateral, e inspeccionando las filas de libros almacenados en él— nuestro papel es fácil de colegir. Seremos los hermanos Okewood. Yo seré Desmond —añadió con firmeza. Tuppence se encogió de hombros.

—Está bien. Como quieras. Yo haré de Francis. Recordarás que Francis es el más inteligente de los dos. Desmond acaba siempre por meterse en callejones sin salida y Francis es quien siempre aparece en el momento oportuno para salvar la situación.

—No olvides que yo pienso ser una especie de «super Desmond». En cuanto llegue a Los Pinos…

—Pero ¿es que piensas ir a Hampstead esta noche?

—¿Y por qué no he de ir?

—Pero ¿es que vas a ir a esa trampa que te tienden con los ojos cerrados?

—No, hija mía, no. Iré a esa trampa, eso sí, pero no con los ojos cerrados como tú dices, sino abiertos, muy abiertos. Ya verás la sorpresa que se va a llevar nuestro querido amigo el doctor Bower.

—No me gusta nada todo esto —replicó Tuppence—. Tú sabes lo que ocurre cuando Desmond desobedece las órdenes y actúa por su propia cuenta. Las nuestras fueron clarísimas. Enviar las cartas e informar inmediatamente sobre cualquier incidente que ocurriese.

—No lo has entendido bien. Debemos informar inmediatamente, en el caso de que alguien venga y mencione el número dieciséis. Hasta este momento nadie lo ha hecho.

—Eso es una sutileza tuya —observó Tuppence.

—Pues, aunque tú creas que lo es, pienso llevar este asunto sólito y en la forma que crea más conveniente. No temas nada, querida esposa. Iré armado hasta los dientes.

—Tommy, ese hombre es fuerte como un gorila.

—¿Y qué? ¿Acaso no lo es también mi automática? Se abrió la puerta que comunicaba con el despacho y entró Albert. Después de cerrarla tras de sí, se acercó con un sobre entre sus manos.

—Un caballero desea verle —anunció—. Cuando empecé a contarle mi monserga habitual sobre su conferencia con Scotland Yard, me dijo que no me molestara. Que se sabía de memoria el disco, puesto que era precisamente de donde él venía. Después escribió algo en una tarjeta, la puso dentro de este sobre y me suplicó que se la entregara.

Tommy tomó el sobre y lo abrió. Al leer el contenido una sonrisa se dibujó en su semblante.

—Ese caballero, Albert, se divirtió a tu costa diciendo la verdad.

Hazle pasar.

Entregó la tarjeta a Tuppence. Llevaba el nombre del inspector Dymchurch y escritas en lápiz, aparecían las siguientes palabras: «Un amigo de Marriot».

Un minuto después el detective de Scotland Yard penetró en la oficina interior. En apariencia tenía una gran semejanza con el inspector Marriot. Ambos eran bajos, rechonchos y con ojos astutos y observadores.

—Buenas tardes —dijo el detective campechanamente—. Marriot ha salido para el sur de Gales y me ha suplicado que venga a echar un vistazo a todo esto. Oh, no se preocupe —se apresuró a añadir al ver el gesto de sorpresa que se dibujó en la cara de Tommy—, *estamos* enterados de todo, pero no acostumbramos a inmiscuirnos en nada que no afecte directamente a nuestro Departamento. Alguien, sin embargo, parece haberse dado cuenta de que no todo es lo que parece. No hace mucho que un caballero ha estado aquí a verles, ¿no es así? No sé qué nombre habrá dado, no me importa, puesto que lo desconozco en realidad. No obstante, sé algo acerca de él y me gustaría ampliar, a ser posible, la información. ¿Les ha dado acaso una cita para esta noche?

—Me lo figuré. ¿En el número dieciséis, Westerham Road, parque de Finsbury?

—No —respondió Tommy con una sonrisa—. Se equivoca. En Los Pinos, Hampstead, lo cual es muy distinto.

Dymchurch pareció sorprenderse. No esperaba, por lo visto, esta respuesta.

—No lo comprendo —murmuró—; debe de ser algún nuevo plan. ¿Dice usted que en Los Pinos, Hampstead?

—Sí. Hemos de encontrarnos allí a las once menos cinco.

—Si quiere seguir mi consejo, no vaya.

—¿Lo ves? —interrumpió Tuppence.

Tommy se puso encarnado como una cereza.

—Si usted cree, inspector, que… —empezó a decir acaloradamente.

Pero el inspector hizo un gesto como tratando de calmarle.

—Le daré mi opinión, mister Blunt, si me lo permite —añadió—. El lugar en que debe usted estar a esta hora es precisamente aquí,

en esta oficina.

—¿Qué? —exclamó asombrado.

—Lo que oye, aquí en esta oficina. No le importe saber cómo me he enterado, a veces los departamentos se extienden más allá de sus jurisdicciones respectivas, pero sé que una de esas cartas «azules» ha llegado hoy a su poder. Es posible que ese pájaro que acaba de salir ande tras ella. Le atrae a usted con cualquier pretexto a Hampstead, se asegura así de su ausencia en estos alrededores y al llegar la noche viene tranquilamente y se entrega al registro sin que nadie pueda molestarle en lo más mínimo.

—¿Y por qué ha de pensar que guardo la carta aquí? ¿No sería más lógico suponer que la llevo encima o que la he remitido ya a su destino?

—Eso es precisamente lo que él no puede saber. Lo más probable es que se haya enterado de que usted no es el auténtico mister Blunt, sino un hombre que, lleno de buena fe, se ha hecho cargo del negocio. En este caso creerá que la carta no tiene para usted más significación que la estrictamente comercial, y que sería archivada en esta oficina junto con todas las demás.

—Comprendo —dijo Tuppence.

—Es preciso que siga creyéndoselo. Será el modo de que podamos sorprenderle esta misma noche en plena operación.

—Entonces, ¿ese es el plan? —replicó Tuppence.

—Así es. Ahora son las seis. ¿A qué hora acostumbran ustedes a salir de la oficina?

—Más o menos a esta.

—Entonces háganlo como de costumbre y volvamos pasado algún tiempo. No creo que vengan antes de las once, pero tampoco está de más el tomar ciertas precauciones. Ahora voy a echar una mirada por los alrededores para ver si hay moros en la costa.

Tan pronto como salió Dymchurch, Tommy y Tuppence iniciaron una acalorada discusión que duró unos instantes.

Al fin, Tuppence hubo de capitular.

—Está bien —dijo—. No hablemos más. Me iré a casa y allí me sentaré como una buena niña mientras tú te entretienes a jugar a los ladrones. Pero me las pagarás. No te olvides de lo que te digo.

Dymchurch volvió en aquel momento.

—Parece que el campo está libre. Salgamos.

Tommy llamó a Albert y le dio instrucciones para que cerrara.

Después, los cuatro se dirigieron al cercano garaje donde acostumbraban a dejar el coche. Tuppence se sentó al volante con Albert a su lado. Tommy y el detective se acomodaron en el asiento posterior.

Poco después quedaron detenidos por el tráfico. Tuppence miró por encima del hombro haciendo una seña. Tommy y el inspector abrieron una de las portezuelas y saltaron en medio de la calle Oxford. Al cabo de uno o dos minutos, Tuppence y Albert prosiguieron solos su camino.

Capítulo VI
La aventura del siniestro desconocido (Continuación)

Mejor será que no vayamos todavía —dijo Dymchurch al tiempo de entrar presuroso en la calle Haleham—. ¿Tiene usted la llave consigo?

Tommy asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué le parece si fuésemos primero a tomar un bocadillo? Es temprano y conozco un lugar desde donde, al mismo tiempo, podemos vigilar cómodamente la casa. Lo hicieron tal como había sugerido el inspector, quien para Tommy resultó un compañero expansivo y agradable, por demás. La mayor parte de su trabajo oficial parecía haber sido realizada entre espías y contó relatos que dejaron maravillado a su sencillo oyente.

Permanecieron en el restaurante hasta las ocho, hora en que Dymchurch aconsejó ponerse en movimiento y seguir su plan.

—Es ya de noche, y cerrada —explicó—; así que podemos entrar sin que nadie note nuestra presencia.

Atravesaron la calle, echaron una rápida mirada a los alrededores y penetraron resueltamente en el portal. Subieron las escaleras y Tommy sacó la llave y la insertó en la cerradura de la pequeña salita exterior.

Al hacerlo oyó un silbido a su espalda que él creyó procedía de Dymchurch.

—¿Por qué silba? —preguntó con aspereza.

—¿Quién, yo? —contestó el inspector mostrando sorpresa—. Creí que era usted el que había silbado.

—Bueno, pues alguien… —empezó a decir Tommy. No terminó la frase. Unos brazos fornidos le sujetaron por detrás y antes de que

pudiera emitir el más ligero grito sintió que una almohadilla empapada de un líquido dulce y sofocante era aplicada fuertemente contra su nariz y boca.

Luchó violentamente, pero fue en vano. El cloroformo empezó a dejar sentir sus efectos. Parecía que todo giraba vertiginosamente a su alrededor y que la tierra le faltaba bajo los pies.

Luego, una ligera sensación de ahogo… Después… la inconsciencia.

Volvió dolorosamente en sí y en plena posesión de todas sus facultades. La dosis de anestésico había sido, por lo visto, insignificante. La precisa para poder ponerle una mordaza y evitar así una posible alarma.

Cuando recuperó el conocimiento se encontró en el suelo, medio recostado contra una de las paredes de su propio despacho. Dos hombres estaban febrilmente ocupados en revolver el contenido de los cajones de la mesa y los estantes de los armarios. Mientras lo hacían no dejaban de lanzar toda suerte de imprecaciones.

—Que me maten si aquí está lo que busca, jefe —dijo el más alto de los dos, con voz aguardentosa.

—Pues ha de estar —respondió el otro volviéndose de pronto—. Encima no la lleva.

La sorpresa de Tommy no tuvo límites al reconocer en el merodeador al propio Dymchurch, quien al ver su estupor se sonrió burlonamente.

—Parece que mi buen amigo ha vuelto a despertarse —dijo—, y por lo visto, bastante estupefacto; sí, sí, he dicho bien, estupefacto. Y sin embargo, la cosa es simple por demás. Sospechamos que algo ocurría en la Agencia Internacional de Detectives. Me presto voluntariamente a investigar. Si mister Blunt, me digo, es, como supongo, un espía, sospechará, y, por lo tanto, no estaría de más el enviar por delante a mi antiguo y querido amigo Cari Bauer. Cari es instruido para comportarse en forma de poder inspirarles confianza contando una historia a todas luces inverosímil. Así lo hace, y entonces aparezco yo en escena haciendo uso del nombre del inspector Marriot para ganar así su confianza. Lo demás no creo que necesite ya de explicación.

Tommy rabiaba por poder decir cuatro cosas, pero la mordaza

que llevaba sobre la boca se lo impedía. También rabiaba por hacer otras cuantas más, especialmente con manos y pies, pero ¡oh desdicha!, también ese detalle había sido tenido en cuenta por los salteadores, y una fuerte cuerda hacía imposible el más insignificante intento de hacer uso de sus extremidades.

El hecho que más llamó su atención fue el sorprendente cambio producido en el hombre que ahora se encontraba ante él. Como inspector Dymchurch, cualquiera le hubiera tomado por un sajón de pura cepa. Ahora, a las claras se veía que no era sino un extranjero de esmerada educación que hablaba el inglés correctamente y sin dejo especial alguno.

—Coggins —ordenó el falso detective dirigiéndose a su rufianesco acompañante—. Saque su «salvavidas» y monte guardia al lado del prisionero. Voy a quitarle la mordaza. Comprenderá, mi querido mister Blunt, que sería una criminal locura por su parte exhalar el menor aullido. Es usted bastante inteligente para su edad y espero que no olvidará mi consejo.

Con gran habilidad extrajo el pañuelo que taponaba su boca y dio un paso atrás.

Tommy movió de un lado a otro la mandíbula inferior, recorrió con la lengua la cavidad bucal y tragó saliva dos o tres veces, pero no dijo nada.

—Le felicito por su cordura —se expresó el otro—. Veo que se hace usted perfecto cargo de la situación. Y ahora recuerde bien y piense si tiene algo que decirnos.

—Lo que yo haya de decir me lo reservo. No creo que la espera pueda perjudicarme en lo más mínimo.

—Pero a mí, sí. En resumidas cuentas, mister Blunt, ¿dónde está esa carta?

—Para contestar a esa pregunta sería preciso primero que yo lo supiera. Yo no la tengo, como usted habrá tenido ocasión de comprobar. Siga buscando. Me gusta verle a usted y al amigo Coggins jugando juntos al escondite. La cara del otro se ensombreció.

—Parece, mister Blunt, que encuentra usted un placer en decir impertinencias —replicó el otro—. ¿Ve usted aquella caja cuadrada que hay sobre la mesa? En ella hay una infinidad de objetos muy

interesantes para los que, como usted, se resisten a hablar. Vitriolo…, sí, vitriolo…, hierros que pueden ser calentados al fuego y aplicados luego a partes sensibles… Tommy movió tristemente la cabeza.

—Un error en la diagnosis —murmuró—. Tuppence y yo habíamos catalogado mal esta aventura. No es una historia de Patizambo, sino una de Bull Dog Drummond, y usted es el inimitable Cari Peterson.

—¿Qué tonterías está usted diciendo?

—¡Ah! —prosiguió Tommy—. Veo que está usted poco familiarizado con los clásicos. ¡Qué lástima!

—Oiga, imbécil, ¿quiere usted decir de una vez lo que le pido o prefiere que diga a Coggins que saque sus herramientas y le haga una pequeña demostración de sus habilidades?

—No sea tan impaciente —exclamó Tommy—. Claro que haré lo que me pidan, siempre y cuando se dignen decirme primero lo que es. No creerá usted que me complace la idea de verme hecho filetes como un lenguado o asado a la parrilla como un lechón.

Dymchurch le echó una mirada desdeñosa.

—¡*Good*! ¡Qué cobardes son estos ingleses!

—Cuestión de sentido común, querido amigo. Deje quieto el vitriolo y vamos a lo que importa.

—Quiero esa carta.

—Ya le he dicho que no la tengo.

—Pero sabe, como también lo sabemos nosotros, quién es la única persona que podría tenerla: la secretaria.

—Posiblemente tenga razón —asintió Tommy—. Quizá se la metiera en el bolso cuando su compinche Cari nos asustó con su súbita aparición.

—Menos mal que no lo niega. Entonces me hará el favor de escribir a Tuppence, como usted la llama, diciendo que venga con ella inmediatamente.

—No puedo hacer eso —empezó a decir Tommy.

—¿Ah, no? —interpuso Dymchurch sin dejarle terminar la frase —. Vamos a verlo. ¡Coggins!

—Oiga, no sea impaciente y déjeme terminar. Decía que no puedo hacerlo a menos que me dejen libres los brazos. No soy

ningún fenómeno de esos que pueden escribir con la nariz o con los codos.

—¿Entonces está usted dispuesto a escribirle? —¡Claro! Si es lo que vengo diciéndole desde el principio. Mi afán es complacerles en todo cuanto pueda. Espero que tengan con Tuppence toda clase de consideraciones. ¡Es tan buena!

—Nosotros lo único que queremos es la carta —dijo Dymchurch con sonrisa maliciosa.

A una señal suya, Coggins se arrodilló para desatar los ya casi entumecidos brazos de Tommy.

—Estoy ya mejor —dijo alegremente—. ¿Quiere ahora el amable Coggins hacer el favor de alcanzarme mi pluma estilográfica? Creo que está sobre la mesa, junto con otros objetos de mi propiedad.

Con gesto torvo, el rufián trajo lo que Tommy le pedía, añadiendo asimismo un pedazo de papel.

—Mucho cuidado con lo que escribe —advirtió Dymchurch ominosamente—. Eso lo dejamos a su elección, pero no olvide que el fracaso significa muerte, y muerte lenta por añadidura.

—En ese caso —respondió Tommy—, procuraré esmerarme. Reflexionó unos momentos y luego se puso a escribir con asombrosa rapidez.

—¿Qué le parece esto? —preguntó entregando la terminada epístola. Decía así:

Querida Tuppence:

¿Puedes venir en seguida y traer contigo la carta azul?

Queremos descifrarla sin perder un instante. Espera con ansia,

FRANCIS

—¿Francis? —inquirió el fingido inspector enarcando las cejas —. ¿Es así como ella le llama?

—Como usted no estuvo presente en mi bautizo, no sabrá nunca si este es o no mi verdadero nombre. Pero creo que en la pitillera que me sacaron del bolsillo encontrará una prueba convincente de

que digo la verdad.

El otro se dirigió a la mesa, tomó la pitillera y leyó la dedicatoria que en ella había grabada. «A Francis, de Tuppence». Sonrió.

—Me alegro de que se haya decidido a obrar cuerdamente —dijo —. Coggins, déle esta nota a Vassiley. Está montando guardia en la puerta. Dígale que la lleve en seguida.

Los veinte minutos siguientes pasaron con lentitud abrumadora. Luego otros que casi podrían calificarse de desesperantes. Dymchurch se paseaba a lo largo de la habitación con una cara que se le iba oscureciendo por momentos.

Una vez se volvió amenazadoramente a Tommy.

—Como nos haya traicionado… —gruñó.

—Si tuviésemos unas cartas —tartajeó Tommy tratando de echarlo a broma—, podríamos echar una partidita de *picquet*. A las mujeres siempre les gusta hacerse esperar. Le pido que no se muestre severo con Tuppence cuando llegue.

—¡Oh, no! —contestó Dymchurch—. Procuraremos que vayan ustedes al mismo sitio… juntos.

—¿Conque sí, eh, canalla? —murmuró Tommy entre dientes. De pronto se oyó un pequeño ruido en la salita exterior y un hombre a quien Tommy no había visto aún asomó la cabeza y dijo unas cuantas palabras en ruso.

—Bien —respondió Dymchurch—. Dice que ya viene… y sola.

Por un momento la ansiedad hizo latir violentamente el corazón de Tommy.

Un minuto después oyó la voz de Tuppence que saludaba con la mayor naturalidad.

—Hola, inspector Dymchurch. Aquí tengo la carta. ¿Dónde está Francis?

De pronto, Vassiley saltó sobre ella, la sujetó y le tapó la boca con una de sus descomunales manazas. Dymchurch le arrancó con violencia el bolso que llevaba entre las manos y vació nerviosamente todo su contenido sobre la mesa.

De pronto lanzó una exclamación de júbilo y agitó en el aire un sobre azul con un sello de Rusia sobre él. Coggins dejó escapar también una especie de aullido.

Pero en aquel mismo instante de triunfo, la puerta que comunicaba con el despacho de Tuppence se abrió silenciosamente y el inspector Marriot con dos agentes, todos con sus correspondientes pistolas, irrumpieron en la habitación al grito unánime de:

—¡Arriba las manos!

No hubo lucha. El trío fue sorprendido en deplorable desventaja. La automática de Dymchurch reposaba tranquilamente sobre la mesa. Los otros dos no iban armados.

—Una bonita redada —dijo el inspector Marriot acabando de poner el último par de esposas— que espero iré engrosando a medida que pase el tiempo.

—¿Conque ha sido usted, viborilla, la autora de todo esto, eh?

—No tanto, inspector, no tanto. Claro que algo me olí cuando mencionó usted esta tarde el número dieciséis. Pero fue la nota de Tommy la que acabó de abrirme los ojos. Así, pues, decidí telefonear al inspector Marriot, mandé a Albert para que le entregara un duplicado de la llave de mi despacho; y yo me vine aquí trayendo el famoso sobre vacío, como es natural. La carta, siguiendo las instrucciones, había sido remitida a su destino tan pronto como me separé de ustedes esta tarde.

Una sola palabra había llamado la atención del fingido detective.

—¿Tommy? —preguntó.

Este, que acababa de ser desprovisto de sus ligaduras, se acercó al grupo.

—Buen trabajo, hermano Francis —dijo tomando entre las suyas las manos de su esposa. Después se dirigió a Dymchurch—: Ya le dije a usted, querido amigo, que debería leer con más frecuencia a los clásicos.

Capítulo VII
Mutis al Rey

Era un día gris para la Agencia Internacional de Detectives. Tuppence dejó caer indolentemente un número del *Daily Leader* que tenía entre las manos.

—¿Sabes lo que he estado pensando, Tommy?

—No lo sé. Acostumbras a pensar en muchas cosas, y con frecuencia en todas a la vez.

—Creo que ya es hora de que pienses en llevarme a algún baile.

Tommy recogió apresuradamente el periódico que había en el suelo.

—Nuestro anuncio se diría que está dando el golpe, ¿no te parece? —observó tratando de cambiar el tema de la conversación —. ¡Los brillantes detectives de Blunt! ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez, Tuppence, que tú y sólo tú resumes en tu persona a todos los brillantes detectives de Blunt? Toda la gloria es para ti, como diría Humpty Dumpty.

—Yo estaba hablando de baile —insistió Tuppence.

—Y hay un punto curioso que he observado en estos periódicos —añadió Tommy sin dar su brazo a torcer—. No sé si te habrás dado cuenta de ello. Toma, por ejemplo, estos tres números del *Daily Leader*. ¿Puedes decirme qué diferencia existe entre uno y otro? Tuppence los cogió con curiosidad.

—Es muy fácil —respondió después de inspeccionarlos unos instantes—. Uno es de hoy, otro de ayer y el otro de anteayer.

—Una contestación verdaderamente conmovedora, querida Watson. Pero no me refería a eso precisamente. Fíjate bien en el encabezamiento, *The Daily Leader*. Compara los de los tres y dime si ves en ellos alguna diferencia.

—No la veo. Es más, no veo que exista.

—Me lo figuraba. Y sin embargo, lees los periódicos igual que yo, más si me apuras. Sólo que yo observo y tú, por lo visto, no. Si te fijas en el número de hoy, veras que en el centro del trozo vertical de la D de DAILY hay un pequeño circulito blanco y otro en la L de la misma palabra. Pero en la edición de ayer los dos circulitos blancos aparecen en la letra L de LEADER, y en la de anteayer los dos en la D de DAILY. En realidad el círculo, o círculos, aparecen siempre en lugares diferentes.

—¿Y por qué? —preguntó Tuppence.

—¡Ah! Eso es un secreto periodístico.

—Lo cual quiere decir que no lo sabes ni puedes imaginártelo siquiera.

—Yo digo meramente que eso es una práctica corriente en toda la prensa diaria.

—¡Qué listo eres, Tommy! —dijo Tuppence con sorna—. Sobre todo en el arte de querer cambiar el curso de una conversación. Volvamos ahora sobre lo que hablábamos antes.

—¿De qué hablábamos?

—Del baile en Las Tres Copas.

—No, no, Tuppence; al baile de Las Tres Copas, no. No soy lo bastante joven para ir a un sitio como ese. Te aseguro que he pasado ya de la edad.

—Cuando yo era una niña inocente —dijo Tuppence— me enseñaron a creer que los hombres, en especial los maridos, eran unos entes disolutos, amigos del baile y de la bebida y de permanecer en los clubes y lugares de recreo hasta altas horas de la noche. De que hacían falta esposas de excepcionales dotes y belleza para mantenerlos recluidos en sus casas. ¡Otra ilusión mía que se ha desvanecido! Todas las esposas que yo conozco están suspirando por salir y bailar y tienen la desgracia de tener maridos que todavía usan gorros de dormir y se acuestan siempre antes de las diez de la noche. ¡Y tú, Tommy, que bailas tan bien…!

—Coba no, ¿eh?

—A decir verdad —prosiguió Tuppence—, no es sólo placer lo que yo busco en ese baile. Estoy interesada por este anuncio.

Recogió de nuevo el *Daily Leader* y leyó en voz alta lo que

acababa de mencionar:

—«Aceptaría subasta con tres corazones. 12 bazas. As de espadas. Imprescindible achicarse al Rey».

—Un modo un poco raro de aprender a jugar al *bridge* —fue todo el comentario que se le ocurrió hacer a Tommy.

—No seas burro. Esto no tiene nada que ver con el *bridge*. Precisamente comí ayer con una amiga en El As de Espadas. Es una especie de tugurio subterráneo que hay en Chelsea y al que, según dice mi amiga, acuden muchos de los que asisten a esos bailes, para tomar huevos fritos con beicon o un plato de conejo al estilo gales. Comida bohemia toda ella. Está lleno de reservados discretamente ocultos de las miradas de los curiosos. En fin, chico, un lugar estupendo para una recalada.

—¿Y tu idea del anuncio es…?

—Que «los tres corazones» pudieran referirse al baile de Las Tres Copas (corazones o copas representan lo mismo); «12 bazas», a las doce de la noche, y el «As de Espadas», al restaurante que hace unos instantes te he mencionado.

—¿Y qué hay de «imprescindible achicarse al Rey»?

—No lo sé; eso es precisamente lo que trataremos de averiguar.

—No sé por qué, Tuppence, pero me figuro que estás proponiéndome una tontería. ¿Quién eres tú para meterte en mensajes secretos de los enamorados?

—No pienso *meterme*. Lo que yo propongo es simplemente algo interesante en nuestra labor. Necesitamos un poco de *práctica*.

—¡Práctica! ¿Por qué no dices claramente que lo que tú quieres es juguetear? Tuppence se echó a reír desvergonzada. —Sé complaciente una vez en la vida, Tommy, y procura olvidar que tienes treinta y dos años y una cana en la ceja izquierda.

—Bien, bien. Nunca he sabido negarme a una súplica de mujer. ¿Qué quieres? ¿Que haga el tonto embutido en uno de esos ridículos trajes de máscaras? ¿Eso sólo deseas? —preguntó.

—Exacto, pero eso déjalo de mi cuenta. Tengo una idea genial.

Tommy la miró con recelo. Sentía verdadero terror por las «genialidades» de su esposa.

Cuando volvió al piso la noche siguiente, Tuppence salió presurosa a recibirle.

—Ya ha venido —anunció gozosa.

—¿Y qué es lo que ha venido?

—El disfraz. Ven a verlo.

Tommy la siguió. Extendido sobre la cama había un uniforme de bombero, sin olvidar el reluciente casco.

—¡Dios mío! —aulló Tommy—. ¿Habrás tenido el humor de inscribirme como voluntario en la brigada de incendios de Wembley?

—Vuelve a pensar —replicó Tuppence—. Veo que todavía no has comprendido mi idea. Usa esa poca materia gris que aún te queda en el cerebro, *mon ami*. ¡Centellea, Watson! Sé un toro que lleva ya más de diez minutos en la arena.

—Espera un momento. Parece que empiezo a comprender. Hay algo siniestro en todo esto. ¿Qué traje piensas tú llevar, Tuppence?

—Un traje viejo tuyo, un sombrero de fieltro y unas gatas de armazón de concha.

—Burdo, pero comprendo su finalidad. McCarty de incógnito; yo, Riordan.

—Lo acertaste. Creí que debíamos practicar un poco los métodos americanos de averiguación. Por una vez voy a ser yo la estrella y tú mi humilde ayudante.

—No te olvides —le advirtió Tommy— de que es una simple observación hecha por el inocente Denny lo que pone a McCarty sobre la verdadera pista. Tuppence, saturada de euforia, se limitó a reír. Fue una noche inolvidable. El gentío, la música, los trajes fantásticos, todo conspiró para que la joven pareja se divirtiera de lo lindo. Tommy acabó por olvidarse de su papel de marido gruñón que a la rastra se deja llevar por las veleidades de una esposa caprichosa y asaz divertida.

A las doce menos diez agarraron el coche y se dirigieron al famoso, o ignominioso. As de Espadas. Como había dicho Tuppence, era un antro subterráneo, de aspecto ordinario e indigno, pero, no obstante, atestado de parejas, todas con su correspondiente disfraz, muchas de ellas alojadas en el sinnúmero de reservados colocados a lo largo de las paredes y cuyas puertas corredizas se cerraban casi invariablemente después de dar acceso a sus alegres ocupantes. Tommy y Tuppence lograron hacerse con uno de estos y se

sentaron, dejando las suyas entreabiertas con objeto de no perder de vista lo que en el exterior ocurría.

—Me gustaría saber dónde está nuestra parejita de marras —dijo Tuppence—. ¿Qué te parece aquella Colombina escoltada por el flamante Mefistófeles?

—Yo creo más bien que son aquel Mandarín y la señorita vestida de Acorazado, de Crucero Ligero diría yo, que le acompaña.

—¡Lo que hace el vino! ¡Ah, aquí se acerca una disfrazada de Reina de Copas! Bonito disfraz, ¿verdad?

La muchacha en cuestión se dirigió al reservado contiguo ocupado por nuestro matrimonio, seguida de cerca por «el caballero vestido con papel de periódico» de *Alicia en el País de las Maravillas*. Ambos llevaban el rostro cubierto por un antifaz y, por la seguridad con que se movían, debían ser asiduos clientes del As de Espadas.

—Estoy segura de que estamos en un verdadero antro de iniquidad, Tommy. Escándalos por todas partes. ¡Y qué griterío!

Un chillido como de protesta partió del reservado adjunto, chillido que fue rápidamente sofocado por una estruendosa carcajada que lanzó el caballero. La cosa no pareció tener importancia alguna. Todos reían y vociferaban allí.

—¿Qué te parece aquella Pastora? —preguntó Tommy—. La que va con el que parece un francés de opereta. Quizá sean los que buscas.

—¡Quién sabe! Pero lo gracioso es que, por la razón que fuere, esto parece divertirme mucho más de lo que nos figurábamos.

—Con otro traje me divertiría más. Pero no tienes idea de lo que estoy sudando con ese que me has dado.

—No digas eso, Tommy. Te advierto que estás monísimo.

—¿Ah, sí? Pues siento no poder decir lo mismo de ti. Tú pareces una rata sabia o un pajarito acabado de freír.

—Habla con un poco más de respeto a tu jefe. ¡Caramba! El caballero empapelado parece que abandona a su dama. ¿Dónde crees que va?

—Seguramente donde yo terminaré por ir. A encargar unas bebidas.

—Parece que tarda un poco más de lo debido —dijo Tuppence, después que hubieron pasado unos cuatro o cinco minutos—.

Tommy, quizá me tomes por una tonta pero… Se detuvo.

De pronto se puso en pie como movida por un resorte.

—Bien, llámame entrometida si quieres, pero yo me voy a ver qué es lo que pasa allí al lado.

—Escucha, Tuppence. No debes…

—Tengo el presentimiento de que algo extraño está ocurriendo en estos momentos. Lo sé. No intentes detenerme. Salió precipitadamente seguida de Tommy y se dirigió al reservado inmediato. Sus puertas estaban cerradas, pero consiguió abrirlas sin gran dificultad.

La muchacha vestida con el disfraz de Reina de Copas aparecía sentada en un rincón, con el cuerpo grotescamente apoyado contra el hueco formado por la pared y una de las mamparas. Sus ojos les contemplaban con fijeza a través de la máscara, pero no hacía el menor movimiento. Su disfraz, de un atrevido diseño de rojo y blanco, mostraba en la parte izquierda más cantidad de rojo que el que naturalmente señalaban las líneas del dibujo.

Con un grito Tuppence se abalanzó hacia la postrada figura y se arrodilló a su lado. El pomo de una enjoyada daga sobresalía por debajo del punto en que debía estar el corazón.

—Pronto, Tommy. Aún respira. Vete a ver al gerente y dile que llame inmediatamente a un médico.

—Está bien. Procura no tocar la empuñadura de ese puñal, Tuppence.

—Así lo haré. ¡Corre!

Tommy salió disparado, cerrando las puertas tras sí. Tuppence rodeó el cuerpo de la herida con uno de sus brazos. Esta hizo un ligero gesto, que Tuppence interpretó como de deseo de quitarse el antifaz, y así lo hizo, y descubrió una cara angelical y unos ojos grandes y azules en los que estaban retratados el terror, el sufrimiento y una especie de aturdimiento doloroso.

—Hija mía —dijo Tuppence con dulzura—, ¿puede usted hablar? Y en tal caso, ¿quiere decirme quién es el que ha hecho esto?

La muchacha clavó en su cara una mirada vidriosa, acompañada de profundos y palpitantes suspiros que presagiaban un próximo y fatal desenlace. Después entreabrió los labios.

—Fue Bingo —susurró con voz casi imperceptible. Al terminar de pronunciar estas palabras dobló la cabeza, que fue a caer pesadamente sobre el pecho de Tuppence.

Entró Tommy acompañado de dos hombres. El más corpulento de los dos se adelantó con aire autoritario como si la palabra «doctor» estuviese escrita por todo su cuerpo.

—Creo que ha muerto —dijo Tuppence con voz grave y depositando suavemente en el suelo su carga. El doctor hizo un rápido examen.

—Sí —comenzó—, nada podemos hacer ya por ella. Mejor será dejar las cosas tal cual están hasta que llegue la policía. ¿Cómo ocurrió esto?

Tuppence lo explicó, omitiendo, como es natural, las razones que le habían impulsado a inmiscuirse en el asunto.

—Es curioso el caso —comentó el doctor—. ¿Y dice usted que el hombre llevaba un disfraz? ¿Podría reconocerle si por casualidad se lo encontrara de nuevo? ¿Sería posible?

—Me temo que no. ¿Y tú, Tommy?

—Tampoco. Sin embargo, tenemos la pista de su disfraz —contestó Tommy.

—Lo primero que debe hacerse es tratar de identificar a esta pobre mujer —suspiró el doctor—. Pero, en fin, este asunto corresponde a la policía dilucidarlo. No creo que el caso presente ninguna dificultad. ¡Hombre, parece que aquí vienen!

Capítulo VIII
El caballero disfrazado de periódico

Eran ya más de las tres cuando el matrimonio, cansado y mohíno, llegó a su casa. Pasaron horas antes de que Tuppence lograra conciliar el sueño. La imagen de aquella muchacha con el horror pintado en sus pupilas no podía borrarse de su memoria.

Por fin quedó dormida. Despertó bien entrada la mañana sólo para encontrar a su esposo ya vestido y en pie junto a la cama.

—Despierta, preciosidad. El inspector Marriot y otro señor desean verte con urgencia.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las once. Voy a llamar a Alice para que te traiga una taza de café.

—Sí, hazlo, por favor. Y dile al inspector que estaré con él dentro de diez minutos.

Un cuarto de hora después entró presurosa en el saloncillo. El inspector Marriot, que estaba sentado con gran seriedad, se levantó para saludarla.

—Buenos días, mistress Beresford. Aquí le presento a *sir* Arthur Merivale.

Tuppence estrechó la mano que le tendía un caballero alto y delgado de esquiva mirada y cabello gris.

—Se trata del triste incidente de ayer noche —dijo el inspector —. Quiero que *sir* Arthur oiga de sus propios labios lo que ayer me contó. Las palabras que la pobre señora pronunció antes de morir. *Sir* Arthur es un hombre difícil de convencer.

—No puedo creer —dijo el otro—, ni creeré jamás que Bingo Hale haya tocado un solo pelo de la ropa de Veré.

—Hemos hecho algunos progresos desde anoche, mistress

Beresford. Primero de todo logramos identificar el cadáver. Se trata de *lady* Merivale. Inmediatamente nos pusimos en contacto con *sir* Arthur, que se presentó en el depósito y reconoció el cuerpo al instante y quedó, como es natural, horrorizado. Después le pregunté si conocía a alguien con el nombre de Bingo.

—Tenga en cuenta, mistress Beresford —dijo *sir* Arthur—, que el capitán Hale, conocido entre sus amistades con el nombre de Bingo, es el mejor amigo que yo tengo. Puede decirse que vive con nosotros. Estaba en mi casa cuando le arrestaron esta mañana. Estoy seguro de que han cometido ustedes un error; que no fue su nombre el que pronunciara mi esposa.

—No hay equivocación posible —replicó Tuppence con dulzura —. Recuerdo muy bien sus palabras: «Fue Bingo».

—¿Lo ve usted, *sir* Arthur?

El desgraciado marido se desplomó sobre una de las sillas y se cubrió el rostro con las manos.

—Es increíble —exclamó—. ¿Qué motivo pudo haberle obligado a cometer un acto así? ¡Oh!, sé lo que usted piensa, inspector Marriot. Cree que Hale era el amante de mi esposa. Pero aunque así fuera, cosa que no admito ni por un solo momento, ¿qué razones pudo tener Bingo para matarla?

—No es muy correcto lo que voy a decir, pero me consta que el capitán Hale ha estado, durante estos últimos tiempos, haciendo la corte a una joven estadounidense, poseedora de una gran fortuna, por cierto. Si *lady* Merivale hubiese querido mostrarse *desagradable*, hubiese podido fácilmente estropear esa boda.

—Esto es un insulto —dijo *sir* Arthur poniéndose súbitamente en pie.

El otro trató de calmarle con un gesto.

—Le ruego que me perdone, si Arthur, pero sé muy bien lo que me digo. Me dice que usted y el capitán Hale decidieron asistir a esa fiesta. Su esposa estaba ausente, según creo, en uno de sus tantos visiteos, y usted no tema la menor idea de que pudiera encontrarse allí presente.

—Así es.

—¿Quiere usted, mistress Beresford, enseñarle el anuncio de que me habló?

Tuppence hizo lo que le pedía.

—Esto, a mi juicio, está claro como el agua. Fue insertado por el capitán para llamar la atención de su esposa. Habían ya convenido de antemano en encontrarse allí. Pero usted decidió hacerlo solo el día anterior, así es que hubo necesidad de advertirla. Esto explica la frase de «imprescindible achicarse al rey». Usted encargó su disfraz a última hora en una ropería de teatro, mientras que el del capitán Hale consistía en uno de manufactura completamente casera. Iba de «caballero disfrazado de periódico». ¿Sabe usted, *sir* Arthur, lo que encontramos entre los crispados dedos del cadáver de su esposa? Un pequeño fragmento arrancado de uno de los periódicos. He dado orden a uno de mis hombres para que vaya a su casa y se hagan con el disfraz del capitán. Con toda seguridad estará ya en Scotland Yard cuando yo vuelva. Si en él encontramos un desgarro que encaje perfectamente con el pedazo que nosotros tenemos, querrá decir que el caso ha tocado a su fin.

—No lo encontrarán —afirmó categóricamente *sir* Arthur—. Conozco muy bien a Bingo Hale.

Después de presentar sus disculpas por las molestias que hubieran podido ocasionar, ambos visitantes se despidieron de Tuppence.

En la noche de aquel mismo día volvió a sonar el timbre de la puerta, y al abrir, y con gran sorpresa del matrimonio, vieron aparecer en ella a la conocida figura del inspector Marriot.

—Supuse que a los brillantes detectives de Blunt les interesaría estar al tanto de los últimos detalles de la investigación —dijo dibujando algo que por lo visto quería parecer una sonrisa.

—Así es —contestó Tommy—. ¿Un traguito? Colocó hospitalariamente botella y vaso al alcance de la mano del inspector.

—Este es uno de esos casos que no admite duda —explicó después de haberse metido entre pecho y espalda una buena dosis de licor—. La daga era propiedad de la señora, y la idea, evidentemente, era de hacer pasar el hecho como un suicidio. La presencia de ustedes, sin embargo, en el lugar del crimen, echó por tierra todo este bien premeditado plan. Hemos encontrado cartas en abundancia, lo cual quiere decir que el *affaire*, con el marido en la

clásica higuera, como de costumbre, no es reciente ni mucho menos. Al fin hemos dado con el último eslabón…

—¿Con el último qué? —preguntó Tommy.

—Con el último eslabón de la cadena, el fragmento del *Daily Leader*. Encaja perfectamente con el disfraz que hemos encontrado. Ya lo he dicho, un caso claro como la luz. Y a propósito, he traído conmigo unas fotografías del pedazo de la hoja de la que fue arrancado, con la seguridad de que habría de interesarles. Es raro encontrar un caso en que todas las pruebas parezcan señalar al asesino.

—Tommy —dijo Tuppence después de que su marido volviera de acompañar hasta la puerta al representante de Scotland Yard—, ¿por qué crees tú que el inspector Marriot no cesa de repetir que el caso este es de los más claros que pueda darse?

—No lo sé. Quizá por presunción.

—Nada de eso. Está tratando con ello de picarnos el amor propio. Tú sabes, Tommy, que los carniceros conocen muy bien lo que es la carne.

—¡Claro! Pero ¿qué tiene eso que ver con…?

—Y los verduleros las verduras y los pescadores el pescado, ¿verdad? —prosiguió Tuppence para no perder el hilo de su razonamiento—. Pues bien, los detectives, me refiero a los profesionales, saben muy bien todo lo referente al crimen y saben distinguir perfectamente entre lo verdadero y lo falso. La experiencia y los conocimientos de Marriot le dicen claramente que el capitán Hale no es ningún asesino. Y, sin embargo, todas las pruebas parecen estar en su contra. Como último recurso, Marriot trata de pincharnos para ver si conseguimos recordar algún otro detalle que pudiera lanzar un poco más de luz sobre el estado en que actualmente se encuentran las cosas. Tommy, ¿por qué no puede ser un suicidio, después de todo?

—No olvides lo que ella misma te dijo.

—Sí, es cierto, pero trata de enfocar el asunto desde otro punto de vista. De que quizá fuera la conducta de Bingo lo que la impulsó a quitarse la vida.

»Vamos a ver esas fotografías de Marriot. Me olvidé de preguntarle cuáles eran las declaraciones que había hecho Hale

sobre el asunto.

—Se lo pregunté yo en el vestíbulo hace un momento. Hale declaró no haber hablado con *lady* Merivale en aquella fiesta. Dice que alguien le puso un papel en la mano en el que había escrito: «No intentes hablarme esta noche; Arthur sospecha». No pudiendo mostrar dicha nota, la declaración carece por completo de verosimilitud. Además, tú y yo *sabemos* muy bien que ambos estuvieron juntos en El As de Espadas, puesto que les vimos.

Tuppence hizo un gesto de asentimiento y se puso a contemplar atentamente las fotografías. Una era la de un pequeño fragmento de papel con el título de DAILY LEA… (el resto de las letras habían sido separadas por el desgarrón). La otra era la de la página frontal del mismo diario en cuya parte superior aparecía el hueco que dejara el fragmento separado. Fragmento y hueco parecían encajar a la perfección.

—¿Qué son esas marcas que aparecen en uno de los lados? —preguntó Tommy.

—Nada. Puntos de costura donde unas hojas se empalman con las otras.

—¡Ah! Creía que sería alguna otra combinación de circulitos como los que ayer te enseñé —dijo Tommy.

Al ver a Tuppence callada, con los labios entreabiertos y la mirada fija en el vacío, experimentó un ligero sobresalto.

—Tuppence —le habló con dulzura, sacudiendo ligeramente uno de sus brazos—, ¿qué te pasa? Parece que te vaya a dar algo.

Pero Tuppence continuó inmóvil. Después exclamó con voz inexpresiva.

—Denis Riordan.

—¿Qué?

—Lo que tú dijiste. Una inocente observación y… Tommy, tráeme todos los *Daily Leader* de esta semana.

—¿Qué te propones?

—Ahora voy a ser McCarty. He estado dándole vueltas al asunto como una tonta, pero al fin creo que he dado con la clave. Esta es la página frontal de la edición del martes. Creo recordar que precisamente en los diarios de dicho día aparecían dos circulitos en la L de LEADER. Este tiene uno en la D de DAILY… y uno también

en la L. Tráeme esos periódicos que te he dicho y trataremos de asegurarnos.

Hicieron ansiosamente las comparaciones. Tuppence tenía la edición del martes.

—Pero, por Dios, Tuppence, no tenemos una absoluta seguridad. Podía haberlo sido de números pertenecientes a dos ediciones diferentes.

—Es posible, pero al menos me ha dado una idea. No puede ser coincidencia, de eso estoy segura. Sólo puede ser una cosa así, como creo, que no estoy equivocada. Telefonea a *sir* Arthur, Tommy. Pídele que venga en seguida. Dile que tengo algo importante que comunicarle. Después localiza a Marriot. Scotland Yard te dará su dirección en el caso de que se haya ya retirado a casa.

Sir Arthur Merivale, interesado por la llamada, llegó al pisito apenas media hora después. Tuppence salió a recibirle.

—Debo pedirle perdón —le dijo— por haberle molestado a una hora tan intempestiva, pero mi marido y yo hemos descubierto algo que hemos creído un deber ponerlo en su conocimiento. Siéntese, por favor. Luego, Tuppence prosiguió:

—Estará usted ansioso, ¿verdad?, por no poder probar la inocencia de un buen amigo como, según usted mismo ha dicho, lo era el capitán Hale para usted.

—Lo estaba, pero aun yo mismo he tenido que rendirme ante la evidencia de lo contrario.

—¿Qué diría usted si la casualidad hubiese colocado en mis manos una prueba que eliminara de pronto cualquier sospecha que pudiera recaer sobre el capitán Hale?

—Que me alegraría en extremo, mistress Beresford.

—Suponga usted —prosiguió Tuppence— que me hubiese encontrado con una muchacha que bailó con el capitán en cierto lugar y precisamente a las doce, hora en que, según los hechos, debía haber estado presente en El As de Espadas.

—Sería maravilloso —exclamó *sir* Arthur—. Ya sabía yo que se había cometido algún error. La pobre Veré debió de haberse suicidado.

—No es probable. Se olvida usted del otro hombre.

—¿Qué hombre?

—El que mi marido vio salir del reservado. Como usted ve, *sir* Arthur, debió haber un segundo hombre en el baile, vestido también, como el capitán Hale, de periódico. Entre paréntesis, ¿cuál era el disfraz que usted llevaba?

—¿El mío? Yo iba de verdugo del siglo diecisiete.

—Muy apropiado —dijo Tuppence con intención.

—¿Apropiado, mistress Beresford? ¿Qué ha querido usted decir con apropiado?

—Me refiero al papel que usted ha desempeñado en todo este drama. ¿Quiere que le diga cuál es mi idea sobre el particular? Un disfraz de papel de periódico es fácilmente superpuesto sobre uno de verdugo. Con anterioridad, una nota ha sido puesta en la mano del capitán Hale que dice que no trate de acercarse a la dama aquella noche. Pero esta, que nada sabe de aquella estratagema, se dirige a El As de Espadas a la hora convenida y allí ve a la persona con quien había de encontrarse. Entran en un reservado. Él la toma en sus brazos. Le da un beso, el beso de Judas, y al hacerlo, hunde en su pecho un agudo puñal. Ella lanza un apagado grito que es sofocado por la algazara y una sonora carcajada que lanza su acompañante. Él se va tranquilamente mientras ella muere con la dolorosa impresión de haber sido herida, sin ningún motivo, por el hombre a quien amaba.

Sir Arthur permanecía impasible. Tuppence prosiguió:

—Pero ella ha conseguido arrancar un fragmento del disfraz de su asaltante. El asesino se da cuenta de ello (es hombre que presta una gran atención al detalle) y para hacer el caso completamente claro en contra de su víctima, el pedazo que falta debe aparecer como arrancado del disfraz del capitán Hale, y después quema el suyo y se dispone a hacer el papel del amigo del alma. Tuppence se detuvo.

—¿Qué dice usted, *sir* Arthur?

—Que no está mal —respondió— para la fogosa imaginación de una linda joven que por lo visto dedica una gran parte de su tiempo a la lectura de novelas policíacas.

—¿Usted cree? —interpuso Tommy.

—O de un marido que vaya siempre a la rastra de lo que diga su esposa. No creo que encuentre usted a nadie en absoluto que dé

crédito a semejante patraña. Soltó una carcajada que hizo estremecer a Tuppence.

—Es la segunda vez que oigo esa inconfundible risa —añadió—. La primera fue ayer noche en El As de Espadas. Y con respecto a nosotros, creo que incurre usted en una pequeña equivocación. Nuestro nombre es Beresford, es cierto, pero tenemos otro que quiero tener el gusto de poner en su conocimiento.

Tomó una tarjeta que había sobre la mesa y se la entregó a *sir* Arthur.

—Agencia Internacional de Detectives… —leyó este con voz trémula—. ¿De modo que son ustedes detectives? ¿Y que fue por eso por lo que Marriot me trajo aquí esta mañana? Vamos… una trampa.

Se encaminó en silencio hacia la ventana.

—Veo que disfrutan ustedes de hermosas vistas desde aquí —dijo después de asomarse a ella un breve instante.

—¡Inspector Marriot! —chilló Tommy.

Una puerta de comunicación se abrió de pronto y en ella apareció la inconfundible figura del aludido. Una ligera sonrisa apareció en los labios de *sir* Arthur.

—Me lo figuré —dijo—; pero me temo que no logre cogerme esta vez, inspector. Yo también tengo mi propio procedimiento de hacer justicia.

Y antes que nadie pudiese siquiera tratar de impedirlo, apoyó las manos en el antepecho y se lanzó al vació.

Tuppence dio un grito y se tapó los oídos con las manos como tratando de amortiguar el ruido que indudablemente habría de producir el cuerpo al estrellarse contra el pavimento. Marriot masculló un taco entre dientes.

—Debiéramos haber pensado en esa ventana —dijo—; pero, en fin, lo hecho, hecho está, y yo me vuelvo a la oficina a poner en orden todo este asunto. De no haber cometido esa locura, creo que nos hubiera sido difícil probar la culpabilidad de *sir* Arthur.

—¡Pobre hombre! —comentó Tommy—. Después de todo, y si en realidad estaba enamorado de su esposa…

Pero el inspector le interrumpió con un bufido.

—¿Enamorado de su esposa? Ni mucho menos. Estaba a la

última pregunta y no sabía ya a quién acudir en busca de dinero. *Lady* Merivale tenía una gran fortuna, y con su muerte todo hubiera pasado a su poder.

—¡Ah! Conque era eso, ¿eh?

—¡Claro! Desde el principio me di cuenta de que *sir* Arthur era un granuja y que nada tenía que ver el capitán Hale con el asesinato. Sabemos perfectamente quién es quién en el Yard, aunque siempre resulta difícil luchar contra un montón abrumador de pruebas circunstanciales. Y no les molesto más. Yo, en su caso, mister Beresford, le daría a mi mujer una buena copa de coñac. Creo que la necesita.

—Verduleros —musitó Tuppence cuando la puerta se hubo cerrado después de marcharse el inspector—, carniceros, pescadores, detectives… ¿Ves como yo tenía razón? Lo sabía.

Tommy, que había estado ocupado manipulando botellas en uno de los aparadores, se acercó a Tuppence con un gran vaso en la mano.

—Bébete esto.

—¿Qué es? ¿Coñac?

—No, un combinado preparado ex profeso por tu marido para el triunfador McCarty. Sí, tenías razón. Marriot estaba enterado de todo. Una atrevida jugada por parte de *sir* Arthur.

—Pero le salió el tiro por la culata.

—Y como consecuencia, resultó imprescindible el «mutis» del Rey.

Capítulo IX
El caso de la mujer desaparecida

El timbre que había sobre la mesa de mister Blunt (Agencia Internacional de Detectives, gerente, Theodore Blunt) dejó oír su sonido que daba la señal de alarma. Al instante, Tuppence y Tommy corrieron a sus respectivos agujeros de observación desde donde podía verse lo que ocurría en la oficina exterior. Albert, fiel a su consigna, se dedicaba a su tarea de entretener a los posibles clientes con artísticas y elaboradas historietas.

—Voy a ver, caballero —decía—; pero me temo que mister Blunt estará muy ocupado en este instante. Tiene una conversación telefónica urgente con Scotland Yard.

—Bien, en ese caso esperaré —contestó el visitante—. No tengo en este momento ninguna tarjeta mía. Dígale usted que me llamo Gabriel Stavansson.

El cliente era un magnífico ejemplar de masculinidad con una altura de poco más de metro ochenta, cara bronceada, en la que se veían claramente las huellas inconfundibles de los elementos, y unos ojos azules que hacían un marcado contraste con el color moreno subido de la piel.

Tommy tomó rápidamente una determinación. Se puso el sombrero, cogió los guantes y abrió la puerta deteniéndose en el umbral.

—Este caballero desea verle, mister Blunt —dijo Albert. Tommy frunció ligeramente las cejas y consultó su reloj de pulsera.

—Debo estar con el duque a las once menos cuarto —replicó.

Después se quedó mirando fijamente al recién llegado.

—Puedo concederle todavía unos minutos. Tenga la bondad de pasar —añadió. El visitante hizo lo que le indicaban y entró en el

despacho interior donde Tuppence le esperaba, tiesa como un huso y con un grueso bloque de papel y un lápiz entre las manos.

—Mi secretaria confidencial, miss Robinson —manifestó, haciendo la presentación—. Ahora, caballero, le agradecería me explicara el objeto de su visita. Aparte del hecho de que es urgente, de que ha venido en taxi y de que ha estado usted recientemente en el Ártico, o en el Antártico, no sé nada de usted.

—¡Maravilloso! —contestó, sorprendido, el visitante—. Creí que los detectives sólo hacían estos alardes en los libros. Su mensajero no ha tenido siquiera tiempo de darle mi nombre.

—Eso no tiene importancia. Esas mismas deducciones podía haberlas hecho un niño cualquiera de la escuela. Los rayos del sol de medianoche en el Ártico tienen una acción especial sobre la piel debido a su gran cantidad de rayos aclínicos. No tardaré mucho en publicar una monografía sobre el particular. Pero veo que nos estamos alejando de nuestro punto. ¿Qué es lo que le ha traído hasta aquí en ese estado de depresión en que ahora se encuentra?

—Para empezar, mister Blunt, le diré que me llamo Gabriel Stavansson…

—¡Ah, vamos! ¿El conocido explorador que, según creo, acaba de llegar de una excursión por los helados parajes del Polo Norte?

—Sí; hace tres días que desembarqué en Inglaterra. Un amigo que estaba navegando por los mares del Norte me trajo en su yate. De otro modo habría tardado quince días más en regresar. Ahora debo decirle, mister Blunt, que antes de zarpar para esta última expedición, de esto hace ya dos años, tuve la gran fortuna de entrar en relaciones formales con mistress Maurice Leigh Gordon…

—Mistress Leigh Gordon era antes de su primer matrimonio…

—La honorable Hermione Crane, segunda hija de *lord* Lancaster —concluyó diciendo Tuppence, como muchacho que recita una lección—, que murió, si no me equivoco, en la última guerra.

Tommy le echó una mirada de complacida sorpresa. Stavansson hizo una señal de asentimiento e inmediatamente prosiguió:

—Exacto. Como decía, Hermione y yo estábamos comprometidos. Yo le ofrecí renunciar a dicha expedición, pero ella, ¡Dios la bendiga!, no quiso aceptar lo que para mí hubiese constituido un verdadero sacrificio. Es, sin duda, la clase de mujer

que en realidad corresponde a un explorador. Pues bien, mi primer pensamiento al desembarcar fue el de ver a Hermione. Le envié un telegrama desde Southampton y me vine aquí en el primer tren. Sabía que estaba viviendo en estos momentos con una tía suya, *lady* Susan Clonray, en la calle Pont, y allí me dirigí. Con gran desencanto supe que Hermy se hallaba de visita en casa de unos amigos de Northumberland, y que no regresaría hasta dentro de unos días. Como ya le dije, mi vuelta no era esperada hasta la quincena siguiente. Al preguntar por la dirección de dichos amigos observé que la vieja tartamudeaba sin acertar a decir exactamente el nombre de la familia con que Hermy se había ido a vivir temporalmente. Debo confesarle, mister Blunt, que *lady* Susan es una mujer con quien no he llegado nunca a congeniar. Es gorda, cosa que por idiosincrasia me molesta ya sobremanera en cualquier mujer, y tiene una papada absurda que le cuelga casi hasta la mitad del pecho. No lo puedo remediar; detesto la obesidad.

—Y la moda parece estar conforme con sus apreciaciones, mister Stavansson —asintió Tommy—. Todos tenemos nuestra particular aversión. La de *lord* Roberts dicen que eran los gatos.

—Tenga presente que no he querido decir con ello que *lady* Susan no sea para los otros una mujer encantadora. Eso, no; pero no lo es para mí. Siempre he tenido la sensación de que desaprobaba nuestras relaciones y de que no perdía ocasión de intrigar en mi contra en el ánimo de Hermy. Esto se lo digo a título de comentario y déle el valor que usted estime justo. Llámele prejuicio, si quiere. Y prosiguiendo con mi historia le diré que soy terco y que no salí de la calle Pont hasta lograr dos o tres direcciones de personas en cuyas casas, y a juicio de *lady* Susan, podría encontrarse Hermy. A continuación tomé el tren correo del Norte.

—Por lo que veo, es usted un hombre de acción, mister Stavansson —replicó Tommy, sonriente.

—El resultado de mi viaje fue como una bomba para mí. Mister Blunt, ninguna de las personas a quienes visité sabía nada de Hermy. Me volví a Londres a toda prisa y me dirigí de nuevo a casa de *lady* Susan. En honor a la verdad le diré que esta pareció sobresaltarse. Admitió que no tenía idea de dónde podría estar Hermy en realidad. De todos modos se opuso tenazmente a todo

intento de notificarlo a la policía. Adujo como razón que Hermy no era ya una niña, sino una mujer independiente, amiga de hacer su santa voluntad. Estaría, sin duda, llevando a cabo alguno de sus innumerables planes.

»Era perfectamente admisible que Hermy no tuviese que dar cuenta a *lady* Susan de sus pasos, pero no pude por menos de sentirme preocupado. Tenía ese vago presentimiento que se apodera de nosotros, cuando algo malo ocurre a nuestro alrededor. Me disponía a partir cuando llegó un telegrama dirigido a *lady* Susan. Después de leerlo con expresión de alivio me lo entregó. Decía así: "*He cambiado de planes. Salgo para Montecarlo, donde permaneceré una semana. Hermy*". Tommy tendió una mano.

—¿Tiene usted el telegrama consigo?

—No; pero fue puesto en Maldon, Surrey. Me fijé en este detalle y, la verdad, me chocó. ¿Qué estaría haciendo Hermy en Maldon? Jamás oí hablar de que tuviese amigos en ese rincón.

—¿Y no pensó en ir a Montecarlo?

—Sí, pero desistí de emprender ese viaje. Como usted comprenderá, mister Blunt, yo no estaba tan satisfecho del telegrama como *lady* Susan parecía estarlo. Me extrañó esa insistencia de Hermy en telegrafiar. Podía haber puesto siquiera un par de líneas de su puño y letra y de ese modo habría yo sabido a qué atenerme. Pero ¿un telegrama…? Un telegrama nada dice, puesto que, al fin y al cabo, puede ser firmado por cualquiera. Al fin decidí marcharme a Maldon. Eso fue ayer noche. Es un pueblo bastante grande, con un buen campo de golf y dos hoteles. Indagué por todas partes, pero nadie supo darme razón de una mujer que respondiese a las señas de Hermy. Volviendo en el tren leí su anuncio y pensé que lo mejor sería encomendar el asunto en sus manos. Si Hermy se ha marchado en realidad a Montecarlo, no quiero poner a la policía sobre su pista y provocar un escándalo. Pero tampoco quiero continuar corriendo como un loco de un lado para otro.

Permaneceré en Londres a la espera de que se produzcan los acontecimientos.

—¿Qué es lo que usted sospecha en realidad?

—No lo sé, pero me temo que algo malo ha debido de ocurrirle.

Con un movimiento rápido Stavansson sacó su cartera y mostró a Tommy una fotografía que guardaba en su interior.

—Esa es Hermione —dijo—. Lo demás corre de su cuenta, mister Blunt.

El retrato representaba a una mujer gruesa pero de cara agraciada, sonrisa franca y mirada atrayente.

—Ahora, mister Stavansson, ¿está usted seguro de no haber omitido nada?

—Seguro.

—¿Ningún detalle, por pequeño e insignificante que pudiera parecerle?

—Creo que no.

Tommy lanzó un profundo suspiro.

—Eso hará el trabajo dificultoso en extremo —añadió—. Habrá usted observado, mister Stavansson, que un pequeño detalle es a menudo la clave para el esclarecimiento de un misterio policíaco. Este caso, desgraciadamente, no presenta ninguna característica de relieve que pudiera servirnos de punto de partida. Creo que, prácticamente, tengo el caso resuelto, pero…, no estará de más el esperar a que el tiempo confirme mis sospechas.

Tomó un violín que había sobre la mesa e hizo correr una o dos veces el arco sobre las cuerdas. Tuppence cerró con fuerza los párpados y aun el propio explorador dio un pequeño respingo. El ejecutante volvió a dejar el instrumento en el sitio que antes ocupaba.

—Son unos acordes Mosgovskensky —murmuró muy serio—. Déjeme su dirección, mister Stavansson, para que pueda comunicarle cualquier progreso que realicemos.

Al abandonar la oficina el visitante, Tuppence cogió el violín y lo encerró bajo llave en uno de los armarios.

—Si quieres hacer el papel de Sherlock Holmes —le dijo—, te traeré una jeringa y una botella en la que ponga «cocaína», pero por lo que más quieras no se te ocurra volver a tocar el violín. Si ese explorador no hubiese sido un infeliz, se habría dado perfecta cuenta de que tú no eras un detective, sino un mentecato. ¿Insistes todavía en seguir haciendo el papel de Sherlock Holmes?

—Creo que hasta la fecha no lo he hecho del todo mal —

respondió Tommy con un dejo de complacencia en sus palabras—. No me negarás que las deducciones que hice fueron del todo acertadas. Hube de arriesgarme a mencionar lo del taxi porque después de todo es la forma más natural de locomoción para venir a un lugar tan apartado como este.

—Lo que ha sido una gran suerte es que se me ocurriese leer las notas de sociedad en el *Daily Mirror* y enterarme de la formalización de sus relaciones con esa señora —observó Tuppence.

—Sí, sí, no te lo niego. Ese fue un golpe teatral para levantar el prestigio de los brillantes detectives de Blunt. Este es decididamente un caso para Sherlock Holmes. No es posible que ni aun tú hayas podido dejar de ver la similitud que existe entre este caso y la desaparición de *lady* Francés Carfax.

—¿Esperas, acaso, encontrar el cuerpo de mistress Leigh Gordon en algún sarcófago?

—Lógicamente, la historia acostumbra a repetirse. En realidad…, ¿qué es lo que crees tú?

—Pues te diré —respondió Tuppence—. La explicación más plausible parece ser la de que, por la razón que fuere, Hermy, como él la llama, teme encontrarse con su prometido y de que *lady* Susan, también con sus motivos, es la patrocinadora de ese misterioso juego al escondite.

—Eso mismo se me ha ocurrido a mí —dijo Tommy—, pero creí conveniente hacer ciertas comprobaciones antes de ir a Stavansson con una explicación así. ¿Qué te parece si nos diésemos un salto a Maldon, encanto? Tampoco estaría de más llevarnos unos cuantos palos de golf.

Habiendo aceptado Tuppence, la Agencia Internacional de Detectives quedó bajo el exclusivo cuidado del joven y despejado Albert.

Maldon, si bien considerado como un excelente lugar de residencia, no se distinguía precisamente por su extensión. Tommy y Tuppence, después de hacer cuantas indagaciones su ingenio pudiera sugerirles, se encontraron con que no habían conseguido adelantar un solo paso en su misión. Fue ya al decidirse a volver a Londres cuando a Tuppence se le ocurrió una idea genial.

—Tommy, ¿por qué pusieron Maldon, Surrey, en el telegrama?

—¿Por qué lo habrían de poner, idiota? Porque Maldon está en Surrey.

—Veo que el idiota eres tú; no era eso lo que yo quise decir. Si tú recibes un telegrama de…, digamos Hastings o Torquay, nunca ponen el Condado tras el nombre de la ciudad. Pero, en cambio, cuando es Richmond ponen siempre Richmond, Surrey. ¿Por qué? Porque hay dos Richmond —contestó Tuppence.

Tommy, que es quien iba al volante, aminoró la marcha del coche.

—Tuppence, creo que hay algo de cierto en lo que acabas de decir. Vamos a hacer algunas averiguaciones en la próxima estafeta.

Se detuvieron frente a un pequeño edificio que había en medio de la calle principal de la villa. Pocos minutos fueron suficientes para aclarar el hecho de que en realidad había dos Maldon: Maldon Surrey y Maldon Sussex. Este último, si bien menor que el anterior, provisto de su correspondiente oficina de telégrafos.

—¿Lo ves? —dijo, excitada, Tuppence—. Stavansson sabía que Maldon estaba en Surrey. Así es que apenas si miró la palabra que empezando también en S seguía después de Maldon.

—Mañana —añadió Tommy— iremos a Maldon Sussex. Maldon Sussex era totalmente diferente de su homónimo de Surrey. Estaba a algo más de seis kilómetros de la estación del ferrocarril y tenía dos tabernas, dos pequeñas tiendas, oficina postal y telegráfica combinada con la venta de tarjetas postales y dulces de todas clases, y unas seis o siete no muy espaciosas ni lujosas viviendas. Tuppence se encaminó a las tiendas mientras Tommy lo hacía en dirección al bar El Gallo y el Gorrión. Media hora después volvieron a encontrarse.

—Buena cerveza —contestó Tommy—, pero ninguna información.

—Más vale que pruebes en el otro bar. Yo me vuelvo a la oficina de correos. Hay allí una vieja bastante áspera, pero he oído que la llamaban para comer.

Al llegar allí se puso a curiosear las tarjetas. Una muchacha jovencita, de cara sonrosada, masticando aún, apareció en la puerta que comunicaba con la trastienda.

—De momento quiero estas tres —dijo—. ¿Tienes la bondad de

esperar un momento? Quisiera llevarme unas cuantas más. Mientras lo hacía no cesaba de hablar.

—¡Qué pena que no me hayan podido ustedes dar la dirección de mi hermana! —se lamentó—. Sé que vive por estos alrededores, pero he perdido la carta en que estaban sus señas. Su nombre es Leigh Gordon.

La muchacha movió la cabeza en sentido negativo.

—No, no recuerdo ese nombre. Y no será porque aquí recibamos muchas cartas. Aparte de La Granja, no hay casas aquí que estén habitadas por forasteros.

—¿Qué es La Granja? —preguntó Tuppence—. ¿Y a quién pertenece?

—Es una especie de clínica del doctor Horriston. Para casos nerviosos, en su mayoría. Hay señoras que vienen aquí para esas curas que llaman de reposo. Y eso sí que pueden hacerlo porque no hay una villa en todo el Condado tan tranquila como esta.

Tuppence seleccionó al azar unas cuantas postales, pagó y se disponía a marchar cuando oyó decir a la muchacha:

—Ese coche que viene hacia aquí es el del doctor Horriston. Tuppence se acercó presurosa a la puerta en el momento en que pasaba frente a ella un pequeño *coupé* guiado por un hombre de barba negra bien recortada y una cara de facciones duras y expresión desagradable por demás. El coche se dirigía calle abajo.

En aquel momento Tommy la cruzaba en dirección a Tuppence.

—Tommy —le dijo tan pronto este llegó a su lado—, creo que tengo lo que buscamos. La clínica del doctor Horriston.

—He oído hablar acerca de ella en el bar La Cabeza del Rey, pero si crees que ha tenido un ataque nervioso o algo por el estilo, lo más probable es que su tía o alguna de sus otras amistades estuviesen enteradas de ello.

—Claro, pero no quise decir eso. Tommy, ¿te has fijado en el hombre que iba sentado al volante? —Si, un tío con una cara de bruto que no se podía tener.

—Ese era el doctor Horriston. Tommy lanzó un agudo silbido.

—Pues parece muy atareado. ¿Qué dirías, Tuppence, si nos fuéramos a echarle un vistazo a esa Granja?

Lograron encontrar el sitio, un inmenso caserón rodeado de

terreno inculto y una alberca que corría a lo largo de la parte posterior del edificio.

—¡Qué clínica más tétrica! —dijo Tommy—. Me dan escalofríos de verla. No sé por qué, pero tengo la idea de que esto va a resultar un asunto más serio de lo que nos figurábamos.

—Sí, si, creo, como tú, que esa mujer está corriendo un grave peligro en estos momentos.

—Bien, pero trata de sujetar esa imaginación tan fogosa que tienes.

—No lo puedo remediar. Desconfío de ese hombre. ¿Qué hacemos? Creo que no sería mala idea la de que yo fuera sola primero y preguntase por mistress Leigh Gordon. La cosa sería perfectamente natural y así podríamos ver qué respuesta nos dan. Tuppence llevó a cabo su plan. Tocó el timbre. La puerta se abrió casi inmediatamente, apareciendo en ella un criado con cara de pocos amigos.

—Deseo ver a mistress Leigh Gordon, si es que está lo suficientemente bien para recibirme.

Creyó ver un momentáneo destello en los ojos del sirviente, pero no tardó en responder:

—Aquí no hay nadie con ese nombre, señora.

—¡Qué raro! ¿No es esta acaso La Granja, la clínica del doctor Horriston?

—Sí, señora; pero le repito que no tenemos ninguna paciente que se llame Leigh Gordon.

Chasqueada, Tuppence creyó prudente batirse en retirada y celebrar una nueva consulta con su marido, que la esperaba fuera del cerco.

—Quizá dijera la verdad. Al fin y al cabo nada sabemos con certeza.

—Pues yo estoy segura de lo contrario. De que mentía.

—Esperemos hasta que vuelva el doctor —sugirió Tommy—. Después me presentaré yo como un periodista ansioso de discutir su nuevo sistema de cura de reposo. Eso me dará oportunidad de penetrar en el interior y estudiar la topografía del terreno.

El doctor volvió media hora más tarde. Tommy esperó cinco minutos más, al final de los cuales se acercó a su vez a la puerta

principal. Como Tuppence, hubo de volver con el rabo entre las piernas.

—Dicen que el doctor está ocupado y que no puede recibir a nadie. Mucho menos a un periodista. Tuppence, creo que tienes razón. Hay algo en este establecimiento que no me acaba de gustar. Está idealmente situado, de eso no hay duda, pero ¡qué sé yo!, me huele a misterio todo lo que en su interior ocurre.

—Vamos —dijo con determinación.

—Voy a saltar por el muro e intentaré acercarme a la casa sin que nadie se entere.

—Está bien. Yo voy contigo.

La alta maleza del jardín les proporcionó abundantes lugares de refugio. Tommy y Tuppence se las compusieron para deslizarse sin ser vistos hasta la parte trasera del edificio.

Aquí había una amplia terraza con grandes cristaleras y una escalinata un tanto derruida ya por la acción del tiempo. No se atrevían a salir al descubierto y las ventanas bajo las cuales se hallaban agazapados eran demasiado altas para poder atisbar, desde donde se encontraban, su interior. Parecía que su atrevida exploración no había de dar resultado alguno. De pronto una mano de Tuppence se crispó sobre el hombro de Tommy.

Alguien hablaba en la habitación situada precisamente encima del lugar que ellos ocupaban. La ventana estaba abierta y a sus oídos llegó claramente el siguiente fragmento de una conversación:

—Entre, entre y cierre la puerta —dijo, irritada, la voz de un hombre—. ¿Dice usted que hace una hora vino una mujer aquí preguntando con cierto interés por mistress Leigh Gordon?

La voz que contestó fue reconocida al instante por Tuppence. Era la del impasible sirviente.

—Sí, señor.

—Respondería usted, como es natural, que no se encontraba aquí.

—Sí, señor.

—¡Y ahora nos viene este periodista! —bufó el otro asomándose un instante a la ventana.

Atisbando por entre las matas, los dos de abajo reconocieron en él al doctor Horriston.

—Es la mujer la que más importa —continuó el doctor—. ¿Qué aspecto tema?

—Joven, bastante agraciada y elegantemente vestida, señor. Tommy dio un pequeño codazo a su mujer.

—Exactamente —replicó el doctor entre dientes—. Como me lo temía. Alguna amiga, sin duda, de mistress Leigh Gordon. El asunto se va haciendo difícil por momentos. Será preciso dar los pasos necesarios…

La frase quedó sin terminar. Tommy y Tuppence oyeron el ruido que produjo una puerta al cerrarse. Después reinó el silencio.

Con gran cautela el matrimonio inició la retirada. Al llegar a un pequeño claro, ya mi tanto lejano del edificio, habló Tommy:

—Tuppence, encanto mío, parece que esto se está poniendo serio. Aquí hay gato encerrado y lo mejor que podríamos hacer es volvernos a la ciudad e ir a ver inmediatamente a mister Stavansson.

Con gran sorpresa de Tommy, Tuppence se limitó a mover negativamente la cabeza.

—No, no. Hemos de quedarnos aquí —añadió—. ¿No le oíste decir «que iba a dar los pasos necesarios»? Quizá quiso decir algo con ello.

—Lo peor de todo es que ni siquiera puede decirse que tenemos un caso para la policía.

—Escucha, Tommy, ¿por qué no telefoneas a Stavansson desde la villa? Yo me quedaré por estos alrededores.

—Posiblemente tengas razón —asintió su marido—; pero oye, Tuppence…

—¿Qué?

—Ten mucho cuidado.

—Claro que lo tendré, tonto. Vamos, lárgate ya. Transcurrieron dos horas antes de que Tommy estuviese de vuelta. Tuppence le esperaba junto a la puerta trasera del jardín.

—No pude comunicarme con Stavansson. Llamé a *lady* Susan y también estaba fuera. Después se me ocurrió llamar a Brady para pedirle que buscase el nombre del doctor Horriston en esta especie de consultorio médico que ellos tienen.

—¿Y qué dijo Brady?

—Recordó al instante el nombre. Me dijo que hubo un tiempo en que este había sido un doctor de los que pudiéramos llamar «de buena fe», pero que después se descarrió dedicándose a prácticas de carácter dudoso. Según Brady, se ha convertido en un curandero sin escrúpulos y cualquier cosa sería de temer en él. La cuestión ahora está en determinar pronto lo que vamos a hacer.

—Quedarnos aquí —respondió resueltamente Tuppence—. Tengo el presentimiento de que algo va a ocurrir esta noche. A propósito, el jardinero ha estado cortando la hiedra que hay pegada a las paredes de la casa, y he visto dónde ha puesto la escalera.

—Bien, Tuppence —dijo su marido con satisfacción—. Entonces esta noche…

—En cuanto oscurezca…

—Veremos…

—Lo que haya que verse.

Le tocó el turno a Tommy de vigilar mientras Tuppence se dirigía al pueblo a tomar un pequeño refrigerio.

Cuando volvió, prosiguieron juntos la guardia. Al dar las nueve, decidieron que era ya lo suficiente de noche para comenzar las operaciones. Lograron dar una vuelta completa a la casa sin la menor dificultad.

De pronto Tuppence se detuvo, sujetando con fuerza el brazo de su marido.

Volvió a oírse distintamente el ruido que le había producido tal alarma. Era un quejido de mujer. Doloroso. Tuppence señaló en dirección a una ventana que había en el piso superior.

—Vino de esa habitación —murmuró. De nuevo el quejido volvió a romper el silencio de la noche. Los dos escuchas decidieron poner en práctica su plan original. Tuppence guio la marcha hasta el sitio en que estaba la escalera y entre los dos la transportaron al lugar de donde, según su opinión, había partido el lamento. Todas las ventanas del entresuelo se hallaban cerradas, pero no así la del cuarto que precisamente había despertado su interés.

Tommy apoyó la escalera sin hacer ruido sobre el costado de la casa.

—Yo subiré —murmuró Tuppence—. Tú quédate abajo. A mí me es más fácil encaramarme por este artefacto y en cambio a ti te será

más fácil que a mí sujetarlo. Además, y en caso de que al doctor se le ocurriese asomar las narices por el jardín, tienes mejores puños que yo para proceder a ajustarle las cuentas.

Tuppence trepó con ligereza los primeros peldaños, luego se detuvo unos instantes, y después prosiguió lentamente la ascensión. Permaneció Junto a la ventana unos cinco minutos y volvió a descender.

—Es ella —dijo casi sin aliento—. Pero ¡oh, Tommy!, es horrible. Está tumbada en la cama quejándose como un niño y volviéndose constantemente de un lado para otro. Al llegar a la ventana vi entrar a una mujer vestida de enfermera que le puso una inyección y volvió a salir sin pronunciar una palabra. ¿Qué hacemos?

—¿Está inconsciente?

—Creo que no. Es decir, estoy casi segura de que no lo está. En lo que no me fijé fue en si estaba amarrada a la cama. Voy a subir otra vez y, como pueda, me meto en la habitación.

—Oye, Tuppence…

—No tengas cuidado, chillaré si ocurre algo. Hasta luego. Y para evitar más consideraciones unió la acción a la palabra. Tommy vio cómo llegaba a la ventana y la levantaba suavemente. Un segundo después había desaparecido a través de ella.

Los minutos que a continuación siguieron fueron de verdadera agonía para Tommy. Al principio nada consiguió oír. «Tuppence y mistress Leigh Gordon deben estar hablando en voz baja», pensó. Poco después llegó a sus oídos un confuso murmullo. Respiró. De pronto todo volvió a quedar en silencio.

—¿Qué estarán haciendo?

De pronto una mano se posó sobre su hombro y de las sombras brotó la voz de Tuppence que decía:

—¡Vámonos!

—¡Tuppence! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Saliendo por la puerta principal. Vámonos.

—¿Que nos vayamos?

—Eso es lo que he dicho.

—Pero… ¿y mistress Leigh Gordon?

En tono de indescriptible amargura, Tuppence replicó:

—¡Adelgazando!

Tommy la miró, sospechando que una reveladora ironía se encerraba en aquella palabra.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído. Adelgazando, desengrasando, reduciendo. Como lo quieras mejor. ¿No oíste a Stavansson que ha estado ausente? Su Hermy se ha echado encima unos cuantos kilos de más. Sintió pánico al enterarse del súbito regreso de aquel y se apresuró a someterse a un nuevo tratamiento del doctor Horriston. Se trata de no sé qué inyecciones, que él las guarda en el mayor secreto, y por las que carga a sus pacientes unas cantidades fabulosas. Es un charlatán, no hay duda, pero con suerte, puesto que aún hay gente que está convencida de la eficacia de su sistema. Stavansson se presenta en Londres con dos semanas de anticipación, cuando ella hacía sólo unos días que había empezado el tratamiento. *Lady* Susan, que había jurado guardar el secreto, desempeña a maravilla su papel de confidente y henos aquí a nosotros como dos tontos, haciendo el más espantoso de los ridículos.

Tommy aspiró el aire con fuerza.

—Creo, Watson —dijo con dignidad—, que mañana hay un magnífico concierto en el Queen's Hall, y que estamos aún a tiempo de conseguir unas buenas localidades. En cuanto a lo ocurrido, te agradeceré borres este caso de nuestros registros. Le falta, ¿cómo te diré yo?, clase, carácter distintivo.

Capítulo X
Jugando a la gallina ciega

—Bien —dijo Tommy colgando de nuevo el teléfono. Después se volvió a Tuppence.

—Era el jefe. Me ha comunicado algo de sumo interés para nosotros. Parece ser que los sujetos tras los cuales vamos se han enterado de que no soy, en realidad, el verdadero Theodore Blunt, y es posible que ocurra algo serio de un momento a otro. El jefe te pide, como favor especial, que te vayas a casa y te quedes allí tranquila sin mezclarte más en este asunto. Aparentemente el avispero que hemos puesto en conmoción es más grande de lo que en principio nos imaginamos.

—Dile a tu jefe que no estoy dispuesta a concederle el favor que me pide —contestó Tuppence con decisión—. Conque quedarme en casa, ¿eh? ¿Y quién cuidaría entonces de ti, monada? Además, sabes que soy partidaria de la emoción. El negocio ha estado bastante paralizado durante esta última temporada.

—Supongo que no pretenderás que tengamos asesinatos y robos a diario —replicó Tommy—. Sé razonable y escucha mi plan. Cuando el negocio flojea lo que deberíamos hacer es un poco de ejercicio.

—¿Ah, si? ¿Tumbarnos de espaldas y echar las piernas al aire? ¡Qué bonito!

—No seas tan literal en tu interpretación. Cuando hablo de ejercicios me refiero a los que exige nuestra profesión. Reproducciones de los grandes maestros. Por ejemplo… —Hizo una breve pausa.

Del cajón que había a su lado Tommy extrajo una formidable visera de un color verde oscuro, que se ajustó. Después sacó el reloj

que tenía en el bolsillo.

—Rompí el cristal esta mañana —observó—. Eso allanó el camino para que mis sensitivos dedos pudiesen palpar con facilidad su esfera.

—¡Cuidado! —dijo Tuppence—. Has estado a punto de arrancar una de las saetas.

—Dame tu mano —le pidió Tommy, que a continuación hizo ademán de tomarle el pulso. Escuchó con atención.

—¡Ah! —prosiguió—. ¡Prodigios del sexto sentido! ¡Esta mujer no padece del corazón!

—¡Supongo —dijo Tuppence— que estás tratando de imitar a Thorniey Colton!

—Exactamente. El ciego problemático. Y tú eres la recogida, la secretaria de negros cabellos y mejillas color de manzana. Y Albert, Honorarios, alias El Camarón. Apoyado en la pared, junto a la puerta, está el fino y hueco bastón que sujeto entre mis sensitivos dedos, tanto habrá de decirme.

No hizo más que levantarse cuando se dio de bruces contra una silla.

—¡Demonio! —exclamó—. Me había olvidado de que esa silla estaba allí.

—Debe de ser horrible el ser ciego —comentó Tuppence con pena.

—Bastante. Y más lo siento por los pobres que perdieron su vista en la guerra que por otro cualquiera. Pero dicen que viviendo en las tinieblas es cuando se desarrollan los sentidos especiales, que es precisamente lo que yo deseo probar. Sería interesante poder ser de utilidad desde las sombras. Ahora, Tuppence, procura ser un buen Sydney Thames. ¿Cuántos pasos hay desde aquí hasta donde está el bastón?

Tuppence hizo un cálculo precipitado.

—Tres de frente y cinco a la izquierda. Tommy avanzó incierto y Tuppence le hizo detener con un grito. Un paso más y se daría de cara contra la pared.

—Es difícil —explicó Tuppence— calcular exactamente los pasos que deben darse.

—Pero interesante —arguyó Tommy—. Dile a Albert que venga.

Voy a tocaros las manos y ver si puedo decir quién es quién.

—Está bien —respondió Tuppence—, pero Albert tendrá que lavárselas primero. Con toda seguridad las llevará pringadas de tanto caramelo como come.

Albert, introducido en el juego, mostró un vivísimo interés. Tommy, después de un leve palpamiento, sonrió complacido.

—El sexto sentido nunca miente —murmuró—. La primera era de Albert, la segunda tuya, Tuppence.

—Conque el sexto sentido no engaña, ¿eh? ¡Estás tú bueno! Te dejaste guiar por mi anillo de boda, pero yo tuve la precaución de colocarlo en el dedo de Albert.

Se llevaron a cabo nuevos experimentos con resultados, en general, poco satisfactorios.

—Todo se andará —declaró Tommy—. No podemos esperar un éxito absoluto en la primera prueba. ¿Sabes lo que te digo? Que es hora de comer. ¿Qué te parece si nos fuéramos al Blitz, Tuppence? El ciego con su lazarillo. Creo que así podemos hacer experimentos bastante más interesantes.

—Por Dios, no te metas en ningún lío, Tommy.

—No tengas cuidado. Me portaré como un buen niño. Pero te aseguro que vas a quedarte asombrada de mis deducciones.

Media hora más tarde el matrimonio se hallaba instalado en un confortable rincón del Salón Dorado del Blitz. Tommy posó ligeramente los dedos sobre la minuta.

—Filetes de lenguado y pollo al horno para mí —murmuró. Tuppence hizo su elección y el camarero se retiró.

—Hasta ahora todo va bien —dijo Tommy—. Probemos ahora algo de mayor envergadura. ¡Qué bonitas piernas tiene esa mujer de la falda corta que acaba de entrar!

—¿Cómo lo has sabido, Tom?

—Las piernas bonitas transmiten una vibración particular al suelo, que es recogido por este bastón hueco que llevo en la mano. O, hablando seriamente, se supone que en cualquier restaurante hay siempre una muchacha de piernas bonitas en la puerta a la espera de unos amigos, y con faldas lo suficientemente cortas para sacarle el mejor provecho posible a su privilegiado don. Empezaron a comer.

—Me figuro que el hombre que está sentado a dos mesas de la nuestra es un rico especulador. Y si me apuras, judío por añadidura.

—No está mal —convino Tuppence—. ¿Cómo lo has sabido?

—No esperarás que cada vez satisfaga tu curiosidad. Me echarías a perder el número. El *maítre* está sirviendo champaña en una mesa que hay a mi derecha y una mujer gorda, vestida de negro, está a punto de pasar a nuestro lado.

—¡Tommy! Pero ¿cómo es posible que…? —¡Ajá! Ya empiezas a darte cuenta de lo que es capaz de hacer tu marido. Una muchacha preciosa con traje pardo acaba de levantarse de la mesa que está situada detrás de ti.

—¡Pifia! —dijo Tuppence—. Es un joven vestido de gris.

—¡Oh! —exclamó desconcertado momentáneamente Tommy.

En aquel preciso instante dos hombres que se hallaban sentados no lejos del lugar ocupado por el matrimonio y que habían estado observándoles detenidamente se levantaron, cruzaron el comedor y se acercaron a la pareja.

—Perdone —dijo el más viejo de los dos, un hombre alto, elegantemente ataviado, con monóculo y bigotito gris pulcramente recortado, dirigiéndose a Tommy—. Alguien me ha dicho que era usted mister Theodore Blunt, ¿es esto cierto?

Tommy, después de titubear unos momentos, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y respondió:

—En efecto. Yo soy mister Blunt.

—Entonces, ¡qué gran suerte la mía! Precisamente pensaba telefonearle en este instante. Estoy en un apuro, en un grave apuro. Pero, dispense, ¿le ha ocurrido a usted algún percance en los ojos?

—Señor mío —contestó melancólicamente—, soy ciego, completamente ciego.

—¿Qué?

—¿Se sorprende usted? Supongo que no ignorará que existen detectives ciegos.

—En ficción, sí; pero no en la vida real. Además, nunca oí que fuese usted ciego.

—Son pocos los que conocen este detalle y hoy he decidido ponerme esta visera para protegerme los ojos contra el brillo de luces. Sin ella, son pocos los que llegan a darse cuenta de mi

enfermedad, si así queremos llamarla. Y dejando aparte este tema, ¿quiere usted que vayamos a mi oficina, o prefiere usted darme los detalles de su caso aquí? Creo que esto último sería lo más conveniente para ambos.

Un camarero acercó dos sillas extras y los dos caballeros tomaron asiento. El otro, que hasta ahora no había pronunciado ni una palabra, era más bajo, fornido y muy moreno.

—Es un asunto sumamente delicado —dijo el primero bajando confidencialmente la voz y mirando desconfiadamente en dirección a Tuppence.

—Permítame que primero le presente a mi secretaria confidencial, miss Ganges —se adelantó a responder Tommy como adivinando los temores de aquel—. La recogí siendo aún niña, abandonada en las riberas de un caudaloso río en la India. Es una triste historia. Podría decir que los de miss Ganges son, en realidad, los únicos ojos que yo poseo. Me acompaña siempre dondequiera que yo vaya.

El extraño acogió la presentación con una ligera inclinación de cabeza.

—En ese caso hablaré con entera libertad. Mister Blunt, mi hija, una muchacha de dieciséis años, ha sido raptada en circunstancias un tanto especiales que me impidieron ponerlo en conocimiento de la policía. Lo descubrí hará sólo una media hora y preferí llamarle a usted. Alguien me dijo que había salido a comer y que no volvería hasta las dos y media; así es que decidí venir en compañía de mi amigo el capitán Harker…

El aludido saludó con una violenta contorsión de cabeza y murmuró entre dientes palabras que no llegaron siquiera al oído de ninguno de los presentes.

—He tenido la gran fortuna de que acudieran ustedes al mismo restaurante que yo acostumbro a venir. No perdamos tiempo. Volvamos a mi casa inmediatamente.

Pero Tommy, cautelosamente, trató de demorar la invitación.

—Podré estar con usted dentro de media hora. Debo, primero, volver a la oficina.

El capitán Harker, volviéndose para mirar a Tuppence, debió sorprenderse de ver la media sonrisa que de pronto pareció

dibujarse en los labios de la muchacha.

—No, no, de ningún modo. Usted ahora debe venir conmigo. El caballero de pelo gris sacó una tarjeta de su bolsillo y la puso en manos de Tommy, que la palpó unos instantes.

—Mis dedos no están suficientemente sensibilizados para poder leer una cosa así —dijo pasando sonriente la tarjeta a Tuppence.

—El duque de Blairgowrie —leyó esta en voz baja y mirando luego con gran interés al nuevo cliente. El duque de Blairgowrie era conocido como uno de los más altaneros e inaccesibles títulos de la nobleza, que se había casado con la hija de uno de los grandes carniceros de Chicago, mucho más joven que él y dotada de un carácter vivaz y frívolo que nada bueno vaticinaba para la armonía conyugal. Circulaban ya rumores de una posible ruptura.

—Vendrá usted en seguida, ¿no es verdad, mister Blunt? —insistió el duque poniendo un leve tono de acritud en sus palabras.

Tommy hubo de ceder ante lo inevitable.

—Miss Ganges y yo iremos con usted —replicó serenamente—. Espero que perdonará si me detengo el tiempo preciso para tomarme una buena taza de café. Lo traerán inmediatamente. Padezco de fuertes dolores de cabeza, consecuencia, sin duda, de mi mal, y el café consigue aplacar mis nervios.

Llamó a un camarero y dio la orden correspondiente. Después habló, dirigiéndose a Tuppence.

—Miss Ganges, almuerzo aquí mañana con el prefecto de la policía de París. Sírvase tomar nota del menú y déselo al *maítre* con instrucciones de reservarme mi mesa habitual. Estoy ayudando a mi camarada en una importante investigación. Los honorarios… —hizo una pausa después de recalcar la palabra— son de cuidado.

—Puede usted empezar —dijo Tuppence sacando su estilográfica.

—Empezaremos con una ensalada de *camarones* —nuevo recalque—, que es un plato especial de la casa. A esto seguirá, eso es, *seguirá* una tortilla a la Blitz y quizás un par de *tournedos á l'étranger*. ¡Oh, sí! *Soufflé en surprise*. Creo que es todo. Es un hombre muy interesado, este prefecto francés. Quizá lo conozca alguno de ustedes. ¿No es así?

Los otros respondieron negativamente mientras Tuppence se

levantaba y salía al encuentro del *maítre*. Volvió al mismo tiempo que llegaba el café.

Tommy paladeó el contenido y se lo bebió a pequeños sorbos. Después se levantó.

—Mi bastón, miss Ganges. Gracias. Instrucciones, por favor. Fue un momento difícil, de angustiosa agonía para Tuppence.

—Uno a la derecha y dieciocho hacia delante. Al quinto paso encontrará un camarero sirviendo una mesa de la izquierda.

Moviendo el bastón con viveza, Tommy se puso en marcha. Tuppence se situó Junto a él con objeto de poderle guiar. Todo fue bien hasta el momento de atravesar la puerta principal de salida. Un hombre entró precipitadamente y antes de que Tuppence pudiese advertir al ciego mister Blunt del peligro que corría, este había chocado ya con violencia contra el recién llegado. Siguieron explicaciones y frases de disculpas. En la puerta del Blitz esperaba un elegante coche berlina. El propio duque ayudó a mister Blunt a penetrar en el lujoso vehículo.

—¿Ha traído usted su automóvil, Harker? —preguntó mirando por encima del hombro.

—Sí; está a la vuelta de la esquina.

—Pues tenga la bondad de llevar en él a miss Ganges. Sin dar tiempo a cruzar palabra adicional alguna, saltó ligero dentro del vehículo y se sentó junto a Tommy. El coche se puso suavemente en movimiento.

—Se trata de un asunto delicadísimo. Pronto podré darle toda clase de detalles. Tommy se llevó una mano a la cabeza.

—Creo ya innecesario el seguir usando esta visera —observó complacido—. Era sólo el resplandor de las luces artificiales lo que me obligaba a su uso.

Pero una mano le obligó a bajar el brazo sin miramiento alguno. Al mismo tiempo sintió que algo duro y redondo se apoyaba con fuerza contra sus costillas.

—No, querido mister Blunt —dijo la voz del duque, voz, sin embargo, completamente diferente a la que antes oyera—. No se quite usted esa visera. Quédese como estaba, sin hacer, a ser posible, el más mínimo movimiento. ¿Entendido? No quisiera tener la necesidad de hacer uso de la pistola que llevo en la mano. Como

usted podrá comprender, no soy en realidad el duque de Blairgowrie. Escogí este nombre por considerarlo muy a propósito para la ocasión, sabiendo que no se negaría usted a acompañar a tan distinguido cliente. Yo soy algo más prosaico, un comerciante de jamones que ha perdido a su esposa.

Sintió el ligero estremecimiento que corrió por el cuerpo del otro.

—Parece que esto le dice algo —añadió riendo—. Querido joven, ha cometido usted una gravísima equivocación, y me temo que no podrá en lo sucesivo seguir dedicándose a sus actividades. Poco después el coche aminoró la marcha hasta detenerse.

—Un momento —dijo el falso duque. Retorció un pañuelo y se lo introdujo diestramente en la boca, que cubrió después con otro de seda que llevaba al cuello.

—Es para evitar que cometa usted la torpeza de pedir auxilio —le explicó con suavidad.

La puerta del automóvil se abrió y apareció el chofer en actitud expectante. Entre él y su amo cogieron a Tommy y se lo llevaron casi en volandas por las escaleras de una casa cuya puerta se cerró tras ellos.

Había en el ambiente un rico olor a perfume oriental. En el suelo una mullida alfombra en la que los pies de Tommy se hundieron. Del mismo modo que antes, fue obligado a subir más de prisa un tramo de peldaños y a entrar en un cuarto que, a su juicio, estaba en la parte posterior de la casa. Aquí los dos hombres le amarraron las manos a la espalda. Salió el chofer y el otro le quitó la mordaza.

—Puede usted hablar ya con entera libertad —le anunció complacido—. Supongo, joven, que tendrá muchas cosas que decirme.

—Espero que no me hayan perdido el bastón —dijo Tommy después de aclararse la garganta—. Me costó mucho dinero el conseguir que lo ahuecasen.

—No sé si creer que es usted un pobre loco o un caradura de lo más grande que he visto en mi vida. ¿No comprende que está usted completamente en mi poder? ¿Qué es muy posible que ninguno de sus conocidos vuelva a verle de nuevo… con vida?

—¡Oh, por Dios! Dejemos la parte melodramática. ¿O es que

espera que yo exclame: «Villano, te haré apalear por esto»?

—¡Ah! ¿Lo toma usted a broma? ¿Y la muchacha?, ¿no se le ha ocurrido pensar en ella?

—Pensando durante mi forzado silencio —dijo Tommy— llegué a la conclusión de que ese a quien usted llamó Harker es su compinche y que mi infortunada secretaria, por lo tanto, no tardará en incorporarse a esta agradable reunión.

—Su conclusión ha sido acertada en lo que respecta a mister Harker. En cuanto a mistress Beresford, ya ve que estoy bien enterado de su personalidad, no será traída aquí como usted dice. Es una pequeña precaución que juzgué oportuno tomar. Se me ocurrió que quizás alguno de sus amigos de los altos cargos estaría vigilándole y lo he organizado de modo que le sea imposible seguir la pista de ambos a la vez. A usted me lo he reservado para mí; conque ¡ya puede empezar! Se detuvo al abrirse la puerta. Entró el chofer y dijo:

—Nadie nos ha seguido, señor. El campo está libre.

—Bien. Puede marcharse, Gregory. Volvió a cerrarse la puerta.

—Hasta este instante, todo parece salir a pedir de boca —añadió el «duque»—. Y ahora, mi querido míster Beresford Blunt, ¿qué es lo que cree que voy a hacer con usted?

—Lo primero, quitarme esta maldita visera —contestó Tommy.

—Nada de eso. Sin ello podría usted ver tan bien como yo, y eso no conviene para el pequeño plan que tengo preparado. Porque tengo un plan, ¿no lo sabe? Usted es muy amigo de las emociones, míster Blunt, y este juego que usted y su esposa estaban llevando a cabo hoy lo prueba. Pues bien, yo he dispuesto asimismo otro pequeño entretenimiento, algo que, en cuanto se lo explique, verá que no carece de ingenio.

»Sepa usted que el suelo sobre el que se halla en estos momentos es de metal y que desparramados en su superficie existen una serie de contactos. Sólo hay que dar a una palanca, así. Se oyó el inconfundible clic de un conmutador.

—Ya está dada la corriente. Pisar ahora en uno de esos pequeños botoncitos que sobresalen en el suelo significa… ¡el adiós a la vida! ¿Me comprende bien? Si usted pudiese ver… la cosa sería sencilla por demás. Pero así… En fin, ya conoce usted el juego, la gallina

ciega… Con la muerte. Si consigue llegar a salvo a la puerta, significa su libertad. Así, pues, en marcha.

Se acercó a Tommy y le desató las manos. Después le entregó el bastón haciéndole una cómica reverencia.

—Veamos si el ciego problemático puede resolver este problema. Yo me quedo aquí con la pistola en la mano. Como levante una mano intentando quitarse la visera, disparo. ¿Está claro?

—Clarísimo —respondió Tommy palideciendo, pero con gesto de determinación—. A propósito, ¿me permite que fume un cigarrillo? El corazón me da unos saltos que parece querer salírseme del pecho.

—Si no es más que eso… —dijo el «duque» encogiéndose de hombros—; pero cuidado con intentar treta alguna. No olvide que tengo el dedo en el gatillo.

Tommy extrajo un cigarrillo de la pitillera. Después se palpó los bolsillos tratando de buscar su caja de fósforos.

—No crea que intento sacar un revólver —dijo—. Sabe bien que no voy armado. De todos modos quiero decirle que ha olvidado usted un punto muy importante.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es, si puede saberse? Tommy sacó un palito de la caja y lo acercó al raspador.

—Yo estoy ciego y en cambio usted ve. Admito que la ventaja está de su parte. Pero ¿qué haría si los dos estuviésemos a oscuras? ¿Cuál sería su ventaja entonces?

Aplicó el fósforo al raspador y lo encendió. El «duque» se echó a reír despectivamente.

—¿Piensa usted acaso disparar contra el interruptor de la luz y dejarnos a oscuras? Pruébelo si quiere.

—No —replicó Tommy—. Ya sé que es imposible. Pero ¿y si diera más luz?

Al decir estas palabras acercó la llama a algo que tenía entre los dedos y que dejó caer rápidamente al suelo. Un brillo cegador iluminó de pronto la habitación. Durante unos segundos, cegado por la intensidad del resplandor, el «duque» cerró los ojos, cubriéndoselos con la mano que empuñaba el arma.

Al volverlos a abrir sintió que algo agudo se clavaba dolorosamente en su pecho.

—Suelte esa pistola —ordenó Tommy—. ¡Pronto! Sabía que un

palo hueco no habría de servirme de gran utilidad en un caso como este. Así que decidí cambiarlo por un bastón estoque. ¿Qué le parece la idea? Tan útil, quizá, como lo fue hace un momento un pequeño alambre de magnesio. ¡He dicho que suelte esa pistola!

Obediente ante la amenazadora punta de aquella espada, el falso noble dejó caer el arma que tenía entre sus manos. A continuación dio un salto hacia atrás soltando una triunfante carcajada.

—Aún sigo siendo el más fuerte de los dos —dijo—, porque yo aún veo y en cambio usted no.

—Ese es precisamente el detalle al que antes hice referencia y que por lo visto no entró en sus cálculos, pero que ahora puedo revelárselo sin temor alguno. Veo perfectamente. Esta visera no es opaca como, para fines de mi comedia, pretendía hacer creer a Tuppence. Podría haber llegado fácilmente a la pared sin tropezar con ninguno de esos contactos que tan hábilmente ha diseminado usted por el suelo. Pero no creí nunca en su buena fe y sabía que mi intento hubiera resultado inútil. No habría salido con vida de esta habitación… ¡Cuidado!

Esta exclamación le salió de los labios al ver que el «duque», ciego de furia y sin mirar dónde ponía los pies, se había lanzado imprudentemente en su dirección.

Sonó un chasquido acompañado de una brillante llamarada azul. Se tambaleó unos instantes y al fin dio pesadamente con su cuerpo en tierra. Un fuerte olor a ozono mezclado con otro tenue de carne quemada se esparció por toda la habitación.

Tommy lanzó un agudo silbido y se secó el frío sudor que de pronto había perlado su frente.

Luego se movió cauteloso tomando toda suerte de precauciones, llegó a la pared e hizo girar el interruptor que había visto manipular al «duque».

Después cruzó la habitación, abrió la puerta y miró cautelosamente en todas direcciones. No había nadie. Bajó las escaleras y salió sin perder un solo segundo.

Ya a salvo en la calle, miró a la casa sin poder reprimir un estremecimiento de horror y anotó su número. A continuación se dirigió a la cabina telefónica más próxima.

Hubo un momento de angustiosa espera, pasado el cual

respondió la voz que con tanta ansia esperaba escuchar.

—¡Bendito sea Dios, Tuppence! ¿Conque eres tú?

—Sí, hombre, soy yo —contestó la voz—. Entendí lo que me quisiste decir: «*Honorarios, Camarón, venga al Blitz y sigo a los dos extraños*». Albert llegó a tiempo y al ver que nos separábamos optó por seguirme a mí, vio dónde me conducían y telefoneó inmediatamente a la jefatura.

—No cabe duda que Albert es un buen muchacho —dijo Tommy —; y caballeresco al haberse decidido por ti. Pero estaba preocupado. Voy en seguida, pues tengo muchas cosas que contarte. Y lo primero que haré cuando llegue es extender un bonito cheque para el pobre Saint Dunstan. No sabes, Tuppence, lo horrible que debe ser verse privado de un don tan preciado como es el de la vista.

Capítulo XI
El hombre de la niebla

Tommy no estaba satisfecho de la vida. Los brillantes detectives de Blunt habían experimentado un revés que les afectó tanto al bolsillo como a su orgullo personal. Llamados profesionalmente a dilucidar el misterio del robo de un collar de perlas en Adlington Hall, Adlington, los brillantes detectives de Blunt fracasaron en la empresa. Mientras Tommy, disfrazado de pastor protestante, seguía la pista de una condesa muy aficionada por cierto a la ruleta y al bacará y Tuppence a un sobrino de la casa, el inspector local, sin grandes esfuerzos, había arrestado a uno de sus lacayos, pájaro bien conocido en jefatura y que al instante admitió su culpabilidad.

Tommy y Tuppence, por lo tanto, hubieron de retirarse mohínos y apenados y se hallaban ahora tomando sendos combinados en el salón de bebidas del Hotel Adlington. Tommy llevaba aún su disfraz de clérigo.

—Veo que esto de representar al padre Brown —dijo este con lúgubre acento— tiene también sus problemas.

—Naturalmente —respondió Tuppence—. Lo que hace falta es saber crearse una atmósfera apropiada desde el principio. Obrar con naturalidad. Los acontecimientos vienen después por sí solos. ¿Comprendes la idea?

—Sí. Bien, creo que es hora ya de que volvamos a la ciudad. ¡Quién sabe si todavía el destino nos deparará alguna sorpresa antes de que lleguemos a la estación!

El contenido del vaso que había acercado a sus labios se derramó súbitamente bajo el impulso de una fuerte palmada que alguien, inopinadamente, le había dado por la espalda, mientras una voz, que hacía perfecto juego con la acción, le saludaba

ruidosamente.

—¡Pero si es Tommy! ¡Tuppence! ¿Dónde demonios os metéis que, según mis cálculos, hace varios años que no os veo?

—¡Bulger! —exclamó Tommy con alegría, dejando en la mesa lo que había quedado de su combinado y volviéndose para mirar al intruso, hombre de unos treinta años, corpulento y vestido con ropa de jugar al golf.

—Oye, oye —dijo Bulger (cuyo nombre, diremos de paso, no era Bulger, sino Mervin Estcourt)—; no sabía que te hubieses ordenado. La verdad, me sorprende verte con esa ropa.

Tuppence soltó una carcajada que acabó por desconcertar a Tommy. De pronto, ambos se dieron cuenta de la presencia de una cuarta persona.

Era una joven alta, esbelta, de cabello rubio y ojos grandes y azules, llamativamente hermosa, vestida con elegante contraste de raso negro y pieles de armiño, y largos pendientes cuajados de valiosas perlas. Sonreía con esa complacencia que da la seguridad de ser quizá la mujer más admirada de Inglaterra. Tal vez del mundo entero. Y no es que fuese vana, no. Simplemente, lo sabía. Eso era todo.

Tommy y Tuppence la reconocieron al instante. La habían visto tres veces en *El secreto del corazón* y otras tantas en su gran éxito *Columnas de fuego*. No había actriz en Inglaterra que tuviese la habilidad de cautivar al auditorio como Gilda Glen. Estaba considerada como la mujer más hermosa de Inglaterra. También se rumoreaba que su belleza corría parejas con su estupidez.

—Antiguos amigos míos, miss Glen —dijo Estcourt con un matiz de disculpa en su voz por haberse, siquiera por un solo instante, olvidado de tan radiante criatura—; Tommy y mistress Tommy, permítanme que les presente a miss Gilda Glen.

El timbre de orgullo que había en su voz era inconfundible. El mero hecho de ser visto en compañía de la famosa artista debía parecerle un honor, el más grande.

—¿Es usted verdaderamente sacerdote? —preguntó la joven.

—Pocos, en realidad, somos lo que aparentamos ser —contestó Tommy cortésmente—. Mi profesión no difiere grandemente de la sacerdotal. No puedo dar absoluciones, pero sí escuchar una

confesión. Yo…

—No le haga caso —interrumpió Estcourt—. Se está burlando de usted.

—No comprendo entonces por qué razón viste de ese modo. A menos que…

—No —se apresuró a declarar Tommy—. No soy ningún fugitivo de la justicia, sino todo lo contrario.

—¡Oh! —exclamó ella frunciendo el ceño y mirándole con ojos de sorpresa.

«No sé si me habrá entendido», se dijo Tommy para sí. Y añadió en voz alta, cambiando de conversación:

—¿Sabes a qué hora pasa el próximo tren para Londres, Bulger? Tenemos que salir sin pérdida de tiempo. ¿Cuánto hay de aquí a la estación?

—Diez minutos a pie. Pero no tengas prisa. Son las seis menos veinte y el próximo no pasará hasta las seis treinta y cinco. Acabamos de perder uno.

—¿Por dónde se va a la estación?

—Primero tomas a la izquierda y después… espera, sí, lo mejor es que vayas por la avenida Morgan…

—¿La avenida Morgan? —interrumpió miss Glen con violencia y mirándole con ojos espantados.

—Ya sé en lo que piensa —dijo Estcourt, riendo—. En el fantasma. La avenida Morgan linda por uno de sus lados con el cementerio y existe la leyenda de que un policía que falleció de muerte violenta sale de su tumba y monta su guardia como de costumbre a lo largo de la avenida Morgan. Será una ridiculez, pero lo cierto es que hay muchas personas que juran haberlo visto.

—¿Un policía? —preguntó miss Glen estremeciéndose—. Pero ¿es que hay todavía quien crea en semejante tontería?

A continuación se levantó y se despidió dando un vago y general adiós.

Durante toda la conversación había hecho caso omiso de Tuppence, y al marcharse ni siquiera se dignó echar una mirada en su dirección.

Al llegar a la puerta se tropezó con un hombre alto, de cabellos grises y cara arrebolada, que lanzó una exclamación de sorpresa al

verla. Posó una mano sobre el brazo de la actriz y ambos salieron, charlando animadamente.

—Hermosa criatura, ¿no te parece? —dijo Estcourt—. Pero con menos sesos que un mosquito. Corre la noticia que va a casarse con *lord* Leconbury. Ese con quien precisamente acaba de encontrarse.

—No es ningún tipo como para enloquecer a nadie —observó Tuppence. Estcourt se encogió de hombros.

—No, pero tiene un título y es rico por añadidura —comentó—. ¿Qué más puede pedir una mujer así? Nadie conoce su pasado ni a qué clase social pertenece. Hay quien supone que viene del arroyo. Su presencia en este lugar es un tanto misteriosa. No se hospeda en el hotel y al preguntarle yo dónde lo hacía, me contestó con modales propios de una verdulera, por lo visto los únicos que ella ha aprendido. ¡Que me maten si la entiendo!

Estcourt se encogió de hombros. Consultó su reloj y lanzó una exclamación.

—Tengo que marcharme. Vaya, me alegro de haberos visto y espero que volvamos a encontrarnos una noche en la ciudad. ¡Hasta pronto!

No hizo más que despedirse, cuando se presentó un botones con una bandeja y un sobre en ella. No llevaba dirección alguna.

—Es para usted, señor —dijo a Tommy—. De parte de miss Gilda Glen. Tommy lo rasgó y leyó con curiosidad su contenido. Decía:

> *No estoy segura de ello, pero creo que podría ayudarme. Ya que va usted camino de la estación, ¿sería tan amable de pasar por la Casa Blanca de la avenida Margan a las seis y diez? Su afectísima,*
>
> *GILDA GLEN*

Tommy hizo una señal afirmativa al botones, que partió. Después pasó la nota a Tuppence.

—Extraordinario —comentó ella—. Quizá siga creyendo que eres un sacerdote.

—No —dijo Tommy pensativamente—. Yo creo que es

precisamente porque ha adivinado que no lo soy. ¡Hombre! ¿Quién es este?

«Este» era un joven de cabellos rojizos, mentón firme y contraído, aspecto belicoso y vestimenta deplorablemente descuidada y sucia. Había entrado en el salón y se paseaba de arriba abajo, murmurando entre dientes palabras ininteligibles.

De pronto se dejó caer sobre una silla que había junto a la joven pareja y la contempló fijamente durante unos instantes.

—¡Al cuerno con todas las mujeres! —exclamó mirando ferozmente a Tuppence—. ¡Sí, señora, lo digo yo! ¿Tiene usted algo que objetar? ¿Por qué no llama a un camarero y dice que, me echen del hotel? No seria la primera vez que lo han hecho. ¿Acaso no ha de poder uno decir nunca lo que piensa? ¿Por qué hemos de ser unos meros autómatas y hablar siempre como hablan los demás? ¿Por qué tratar de parecer cortés y afable cuando mi mayor satisfacción ahora sería la de agarrar a alguien por el cogote y oprimírselo hasta que exhalara su último suspiro? Se detuvo.

—¿Se refiere usted a cualquiera o a alguien en particular? —le preguntó sonriente Tuppence.

—A alguien en particular —respondió el Joven con mirada torva.

—Eso me suena a algo interesante —insistió Tuppence—; ¿por qué no nos dice algo más de lo que pasa?

—Me llamo Reilly —prosiguió el malhumorado muchacho—, James Reilly. Quizás hayan oído ustedes hablar de mí. Escribí un pequeño volumen de poemas pacifistas, no del todo malos, aunque me esté mal el decirlo.

—¿«Poemas pacifistas»? —interrogó Tuppence.

—Sí, ¿por qué no? —interrogó agresivamente mister Reilly.

—¡Oh, no, no, por nada…! —se apresuró a contestar Tuppence.

—He sido siempre partidario de la paz —añadió mister Reilly con fiereza—. ¡Al demonio con todas las guerras! ¡Y con las mujeres también! ¡Mujeres! ¿Vio usted una muchacha que no hace mucho salió por esta puerta? Dice llamarse Gilda Glen. ¡Gilda Glen! ¡No sabe usted cómo he querido a esa mujer! Y ella a mí, se lo aseguro. Si le queda un solo vestigio de corazón, ha de ser mío por fuerza, y como intente vendérselo a ese mamarracho de Leconbury le juro

que la mato, como me llamo Reilly.

Al acabar de decir estas palabras volvió a levantarse y abandonó el salón de la misma forma como había entrado. Tommy enarcó las cejas.

—¡Vaya un caballero más excitable! —murmuró—. Bueno, Tuppence, ¿nos vamos?

Al salir del hotel, una densa bruma iba extendiéndose lentamente por todos los alrededores. Siguiendo las instrucciones de Estcourt, se dirigieron a la izquierda, y a los pocos minutos llegaron a un cruce con un poste indicador que decía: «Avenida Morgan». Al lado izquierdo de la avenida se alzaban los altos muros del cementerio. A su derecha, una hilera de pequeñas casas seguidas por un crecido seto que se perdía en la niebla.

—Tommy —dijo Tuppence—, empiezo a estar nerviosa. ¡Esa neblina y este silencio…! Me hace el efecto de que estamos en un desierto.

—No te preocupes —le contestó Tommy—. Es consecuencia de no poder ver con claridad.

Tuppence asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto.

—¿El qué?

—Me pareció oír unos pasos detrás de nosotros.

—Como no contengas esos nervios, no tardarás en ver el alma del policía ese que nos contaba Bulger. Cálmate, mujer. ¿Temes acaso que se presente y te agarre de pronto por la espalda?

Tuppence emitió un agudo chillido.

—¡Por lo que más quieras, Tommy, no vuelvas a mencionar a ese fantasma!

Volvió la cabeza tratando de penetrar el espeso sudario que en blandos jirones parecía amenazar envolverles.

—¡Otra vez los pasos! —susurró como temerosa de oír el sonido de su propia voz—. No, ahora los oigo por delante. ¡Oh, Tommy, no me digas que tú no los oyes!

—Sí, sí que los oigo; pero no delante, sino detrás. Quizás alguien que, como nosotros, vaya camino de la estación. Me gustaría…

Se paró de pronto, escuchando atentamente, mientras Tuppence sofocaba el grito que estuvo a punto de salírsele de la garganta.

La cortina de bruma que había frente a ellos se abrió de pronto como por arte de encantamiento y a seis metros apareció la gigantesca figura de un policía. Después, y a medida que iba acentuándose el desgarro producido en el blanco velo, pudieron ver a la derecha los vagos contornos de una casa pintada de blanco.

—Vamos, Tuppence —dijo Tommy—. Como ves, no hay nada que temer.

Pero al ir a ponerse en movimiento, un nuevo rumor de pasos les obligó a prolongar su quietud unos instantes. Un hombre pasó de largo no lejos del lugar en que ellos se encontraban, abrió la verja de hierro de la casa blanca, subió los pocos escalones que conducían hasta la puerta y la golpeó ruidosamente con la aldaba que colgaba de ella. Le fue permitida la entrada en el momento que el matrimonio llegaba junto al policía que, al parecer, había también observado con curiosidad la escena.

—El caballero, por lo visto, tiene mucha prisa —comentó el agente de la ley.

Hablaba con voz reposada, como si encontrase dificultad en coordinar sus pensamientos.

—Sí, es de esos que parecen llegar siempre tarde a todas partes —observó Tommy.

La mirada del policía, lenta y suspicazmente, fue a posarse en la cara de Tommy.

—¿Amigo suyo, por casualidad? —preguntó con intención.

—No —respondió aquel—. No es amigo mío, pero da la circunstancia de que le conozco. Se llama Reilly.

—¡Ah! —exclamó el policía—. Bien, voy a continuar mi ronda.

—¿Puede usted decirme primero cuál es la Casa Blanca?

—Esa misma —dijo acompañando las palabras con un gesto de la cabeza—. La casa habitada por mistress Honeycott.

Se detuvo y añadió, evidentemente con la idea de dar una valiosísima información:

—Es una neurasténica. Siempre soñando con ladrones y pidiéndome que vigile la casa. Cuando las mujeres llegan a cierta edad se vuelven insoportables.

—¿Dice usted que de cierta edad? ¿Y no sabe usted si hay alguna joven con ella?

—¿Una joven? —contestó el policía, reflexionando unos instantes—. No…, no recuerdo a ninguna en este momento.

—Quizá no vive aquí, Tommy —interpuso Tuppence—. De todos modos, es posible que no haya llegado todavía. Salió del bar casi al mismo tiempo que nosotros.

—¡Ah! —dijo de pronto el policía—. Ahora que me acuerdo… Sí, una joven entró hace poco por esa puerta. La vi en el preciso momento en que tomé esta dirección. Hará de esto unos tres o cuatro minutos.

—¿Recuerda usted si llevaba unas pieles de armiño? —preguntó Tuppence con ansiedad.

—Sí, llevaba algo así como una piel de conejo blanco alrededor del cuello.

Tuppence se echó a reír. El policía se alejó por donde había venido y la pareja se dispuso a franquear la verja de hierro de la Casa Blanca.

De pronto se oyó un apagado grito que partía del interior de la casa y casi inmediatamente después se abrió la puerta y apareció Reilly, que bajó apresuradamente los escalones que daban acceso a la misma. Tema las facciones desencajadas y un extraño fulgor brillaba en sus pupilas.

Pasó tambaleándose junto a Tommy y Tuppence, al parecer sin verles, y mascullando asustado para sí:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Se apoyó unos instantes en la verja y después, como impulsado por un súbito terror, echó a correr en la dirección que tomara antes el policía.

Capítulo XII
El hombre de la niebla (Continuación)

Tommy y Tuppence se miraron, sorprendidos.

—Algo ha sucedido en esa casa —dijo Tommy— para haberse asustado de ese modo nuestro amigo Reilly.

Tuppence pasó distraídamente un dedo por los barrotes de la verja.

—Ha debido mancharse la mano con pintura encarnada en alguna parte —observó.

—¡Hum! —gruñó Tommy—. Creo que lo mejor será que entremos inmediatamente. No me gusta nada ese asunto.

En la puerta de la casa una sirvienta con blanca cofia permanecía muda de indignación.

—¿Ha visto usted una cosa semejante, padre? —estalló con furia en el momento que Tommy ascendía los escalones—. Ese hombre viene aquí, pregunta por la señorita y, sin esperar a que le dieran permiso, se lanza escaleras arriba. De pronto, oímos un grito, ¿qué otra cosa podía haber hecho la pobre niña al ver a un lunático así?; y vemos que baja de nuevo, esta vez pálido como un difunto. Que Dios me castigue si entiendo lo que significa todo esto.

—Aquí está la señora —anunció inmediatamente Ellen. Se hizo a un lado y Tommy se encontró frente a frente con una mujer de mediana edad, cabellos grises, ojos azules e inexpresivos y cuerpo enjuto vestido de negro, salpicado de abalorios del mismo color.

—Mistress Honeycott —dijo Tommy—, he venido a ver a miss Glen.

Mistress Honeycott miró primero a Tommy y después a Tuppence, a esta con más detenimiento y como tomando buena nota de los detalles de su apariencia personal.

—¿Ah, sí? —respondió—. Entonces tengan la bondad de pasar. Les condujo a lo largo del vestíbulo hasta una habitación situada en la parte posterior de la casa. Daba al jardín y, aunque de tamaño mediano, parecía más pequeña debido al número de mesas y sillas esparcidas en ella. Un gran fuego ardía en la chimenea. El papel que cubría las paredes era de color gris con un festón de rosas que circundaba su parte posterior. Una gran cantidad de grabados y cuadros colgaban de las paredes.

Era una salita imposible de asociar con la lujosa personalidad de miss Gilda Glen.

—Siéntense —indicó mistress Honeycott—. Comenzaré diciendo que no me sorprende la presencia de un sacerdote en mi casa, sobre todo en estos momentos. Gilda, falta quizá de sólidos principios, ha escogido un mal camino. Dios ilumine su cerebro.

—Tengo entendió, mistress Honeycott, que miss Glen está aquí.

—Así es. Tenga presente que yo no apruebo su conducta. Un casamiento es un casamiento y el marido es siempre el marido. Y quien siembra vientos, acabará tarde o temprano por recoger tempestades.

—No comprendo bien lo que me dice —replicó Tommy un tanto confuso.

—Me lo figuro. Por eso les hice pasar a esa habitación. Podrá usted ir a ver a Gilda después de que les haya puesto en antecedentes. Vino a mí, ¡figúrese, después de tantos años!, y me pidió que la ayudara. Quería que yo fuese a ver a ese hombre y le convenciera sobre la necesidad de aceptar un divorcio. Le dije, sin embargo, que nada tenía yo que ver con esa cuestión. El divorcio es un pecado. Sin embargo, era mi hermana y no pude por menos que recibirla en mi casa.

—¿Su hermana? —exclamó Tommy.

—Sí. ¡Gilda es mi hermana! ¿No se lo ha dicho acaso? Tommy se quedó con la boca abierta. La cosa parecía fantásticamente imposible. Después recordó que aquella belleza angélica de Gilda Glen había estado en boga durante un buen número de años. Él mismo había sido llevado a verla cuando aún era un niño. Sí, era posible. Pero ¡qué contraste! ¿De modo que era de esta sencilla, pero respetable, familia de donde Gilda procedía? ¡Qué bien había

sabido guardar el secreto!

—Aún no entiendo claramente lo que acaba de decir —dijo Tommy—. ¿Dice usted que su hermana está casada?

—Se escapó para casarse cuando aún no había cumplido los diecisiete —explicó sucintamente mistress Honeycott—. Un muchacho vulgar muy por debajo de su condición. ¡Y teniendo por padre, como tenía, un pastor! ¡Una verdadera desgracia! Después abandonó el domicilio conyugal para dedicarse a las tablas. ¡Una cómica! ¡Qué vergüenza! No recuerdo haber pisado un teatro en mi vida. Y ahora, después de transcurridos tantos años, quiere divorciarse del hombre a quien voluntariamente escogió como compañero para casarse, según dice, con uno de esos vejancones de la nobleza. Pero el marido sigue firme en sus trece. No se aviene a componendas de esa clase y no seré yo quien trate de disuadirle de su determinación. Al contrario; se lo apruebo.

—¿Cómo se llama el marido, señora? —preguntó de pronto Tommy.

—Pues… no me acuerdo. Hace ya cerca de veinte años que no he vuelto a oír su nombre. Mi padre prohibió que fuese pronunciado en esta casa.

—¿No sería, acaso, Reilly?

—Pudiera ser, pero no lo afirmo. Se me ha ido de la memoria.

—Me refiero al hombre que acaba de salir.

—¿Quién? ¿Ese desquiciado? No, por Dios. Yo había estado en la cocina dando órdenes a Ellen. Acababa de entrar en esta habitación cuando se me ocurrió pensar en Gilda. «¿Habrá vuelto ya?», me pregunté. No necesitaba llamar, puesto que llevaba consigo su llave. De pronto, oí sus pasos. Debió detenerse uno o dos minutos en el vestíbulo y después prosiguió escaleras arriba. Unos tres minutos después hubo una especie de conmoción. Alguien aporreaba violentamente la puerta. Salí al vestíbulo a tiempo de ver a un hombre subir apresuradamente las escaleras. Luego sonó un grito y segundos más tarde vi bajar al intruso, pálido como un difunto, y salir disparado como alma que lleva el diablo. Tommy se levantó.

—Mistress Honeycott, creo que debiéramos enterarnos de lo que sucede. ¿Hay algo pintado recientemente de rojo en la casa?

—No, nada.

—Me lo temía… —dijo Tommy con gravedad—. Por favor, no perdamos tiempo y llévenos a las habitaciones de su hermana.

Silenciada momentáneamente, mistress Honeycott hizo lo que le pedían. Subió las escaleras seguida de Tommy y de Tuppence y abrió la primera puerta que daba al rellano. De pronto emitió un agudo chillido y retrocedió, espantada. Una figura inmóvil, vestida de negro, yacía tendida grotescamente en el sofá. Su cara estaba intacta, cerrados los ojos como si durmiese un apacible sueño. La herida, con fractura del cráneo, aparecía a un lado de la cabeza y había sido producida, sin duda, por un objeto liso y romo. Un charco de sangre manchaba el suelo y una parte de la alfombra que había extendida bajo el sofá.

Tommy examinó conmovido la postrada figura.

—Después de todo —murmuró—, no la ha estrangulado como decía.

—¿Qué quiere usted dar a entender? ¿Quién dijo eso? —preguntó extrañada mistress Honeycott—. ¿Está muerta acaso?

—Sí, mistress Honeycott, está muerta. Asesinada. Y la pregunta es: ¿Por quién? No es que existan grandes dudas, pero nunca me figuré que un hombre tan exaltado y vocinglero Fuese capaz de cometer un acto así.

Se detuvo unos instantes. Después se volvió a Tuppence con decisión.

—Vete a buscar a un policía o telefonea al prefecto desde cualquier parte.

Tuppence asintió. Estaba intensamente pálida. Tommy condujo de nuevo a mistress Honeycott al piso inferior.

—No quiero que exista la más mínima equivocación acerca de lo que voy a preguntarle —dijo—. ¿Recuerda usted con exactitud la hora en que vino su hermana?

—Si, la recuerdo perfectamente, porque fue en el momento en que, como todos los días, acostumbro a poner en hora el reloj del comedor. Siempre adelanta unos cinco minutos. El mío, que es un verdadero cronómetro, marcaba las seis y ocho minutos.

Tommy hizo un gesto afirmativo. Concordaba perfectamente con lo dicho por el policía. Este había visto a la mujer de las pieles blancas atravesar la puerta de la verja unos tres minutos antes de

que él y su esposa llegasen a su lado. También recordaba haber consultado su propio reloj y haber anotado que pasaba un minuto de la hora de la cita.

Había también la remota posibilidad de que alguien hubiese estado esperando en el cuarto de Gilda. Pero, de ser así, era forzoso que siguiera oculto en algún rincón del mismo. Con excepción de Reilly, no se había visto salir de él a nadie. Volvió a subir las escaleras e hizo un detenido examen de la habitación. No había nadie.

Más tarde comunicó la noticia a Ellen, quien después de hacer infinidad de aspavientos e invocar a todos los santos del calendario, se avino a contestar algunas preguntas.

¿Si aquella tarde había venido alguien preguntando por miss Glen? No, nadie. ¿Si había estado ella en las habitaciones superiores? Como siempre, a descorrer las cortinas. Serían las seis, o minutos después de esta hora. De todos modos, siempre antes de que aquel loco viniese a turbar la paz de la casa con sus aldabonazos. Fue ella quien contestó a la llamada. ¿Qué le parecía el escandaloso visitante? Un asesino de pies a cabeza.

Tommy renunció a seguir el interrogatorio. Sentía una curiosa piedad por Reilly, una repugnancia al admitir su culpabilidad. Sin embargo, nadie sino él podía haber asesinado a Gilda Glen, con excepción, muy improbable por cierto, de Ellen y de mistress Honeycott.

Oyó un rumor de voces en el vestíbulo y, al salir, se encontró con Tuppence acompañada del policía que encontraron rondando por los alrededores. Este sacó su libro de notas y un despuntado lápiz que se llevó a los labios. Subió a la habitación y examinó a la víctima. No hizo más observación que la de no querer tocar el cadáver, por temor, decía, a una seria repulsa de su jefe. Escuchó las confusas e histéricas explicaciones de miss Honeycott, haciendo de vez en cuando una breve anotación.

Tommy logró que saliera al rellano y habló con él unos minutos.

—Escuche —dijo Tommy—; usted ha afirmado que vio a la víctima entrar por la puerta de la verja, ¿no es así?

—Sí.

—¿Está seguro de que iba sola?

—Segurísimo. No había nadie con ella.

—Y en el espacio de tiempo que medió entre ese momento y el de encontrarnos a nosotros, ¿vio usted a alguien salir de la casa?

—A nadie.

—De haber salido, forzosamente tendría usted que haberlo visto, ¿no es así?

—Naturalmente. Sólo vi al loco ese de quien me hablaron ustedes.

La majestad de la ley descendió gravemente las escaleras. Salió y se detuvo breves instantes frente a los blancos barrotes de la puerta del jardín, en los que claramente se veía la impresión sangrienta de una mano.

—No cabe duda que es un novato —dijo compasivamente—. ¡Miren que dejar tras sí una huella como esta…!

A continuación se alejó, dispuesto a comunicar su mensaje a la jefatura.

El día siguiente del crimen, Tommy y Tuppence continuaban en el Gran Hotel, si bien Tommy había juzgado conveniente desprenderse de su disfraz clerical.

James Reilly había sido arrestado y se hallaba bajo la custodia de la policía. Su abogado, mister Marvell, acababa de terminar una larga conversación con Tommy acerca de lo ocurrido.

—Nunca hubiese creído una cosa así de James Reilly —dijo—. Siempre ha sido violento en el modo de hablar, lo admito; pero no un asesino. Tommy asintió.

—Es verdad. Quien se va mucho de la lengua no acostumbra a tener energías para la acción. Lo que sí veo es que me obligará a testificar en su contra. Aquella conversación que tuvo conmigo poco antes de que ocurriera el crimen le perjudica considerablemente. Y a pesar de todo no puedo negar que me es simpático, y que si lográsemos encontrar otro sospechoso, no vacilaría en declararle inocente. ¿Cuál ha sido su versión de los hechos?

—Declara que, al llegar él, la mujer estaba ya muerta. Pero eso es imposible, como es natural. Ha echado mano de la primera mentira que le ha venido a la cabeza. De otro modo, habría que suponer que fue mistress Honeycott la responsable de esa muerte, lo cual me parece fantástico en extremo. No, no cabe duda, él es el

culpable. Recuerde, además, que la doncella oyó gritar a miss Glen.

—¿La criada…? ¡Ah, sí!

Tommy quedó silencioso unos instantes. Después dijo, pensativamente:

—¡Qué crédulos somos, en realidad! Aceptamos las pruebas como si estas fueran el evangelio. ¿Y qué son, a fin de cuentas? Sólo una impresión llevada al cerebro a través de los sentidos. ¿Y si esta fuese errónea? El abogado se encogió de hombros.

—Sí, todos sabemos que hay testigos poco dignos de crédito, testigos que van recordando nuevos, detalles a medida que pasa el tiempo y que, sin embargo, no tienen intención alguna de falsear la situación.

—No me refería sólo a esos. Me refería a todos nosotros en general, que decimos cosas que difieren de la realidad sin darnos siquiera cuenta de ello. Por ejemplo, usted y yo, sin duda, habremos oído un doble golpe de aldaba y el crujido que produce un papel al pasar por la abertura del buzón. De diez veces, nueve tendríamos razón: sería el cartero; pero posiblemente la décima sería sólo un golfillo que había querido gastarnos una broma. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, sí —contestó mister Marvell arrastrando las palabras—. Pero ¿adónde quiere usted ir a parar con su razonamiento?

—Creo que ni yo mismo lo sé. No obstante, parece que empiezo a ver las cosas con mayor claridad. Es como lo del bastón, Tuppence. ¿Recuerdas? Un extremo señala en una dirección, el otro en la contraria. Todo consiste en que lo agarres por el lado que más convenga. Las puertas se abren, pero también se cierran. La gente acostumbra a subir las escaleras, pero también suele bajarlas.

—¿Y qué quieres decirme con todo ello? —inquirió Tuppence.

—Es muy fácil —respondió Tommy—; y, sin embargo, hace sólo un instante que se me ha ocurrido. ¿Cómo sabes que una persona ha entrado en tu casa? Porque oyes abrir y cerrar una puerta, y si además la esperas, estarás convencida de que es ella. Pero ¿quiere esto decir que, en realidad, alguien ha entrado? ¿No podía haber sido todo lo contrario? ¿Que alguien hubiese salido? —Pero miss Glen no salió.

—No, ya lo sé. Pero pudo muy bien haberlo hecho el asesino.

—¿Y cuándo entró ella?

—Cuando mistress Honeycott hablaba con Ellen en la cocina. No la oyeron entrar. Mistress Honeycott volvió a la sala y, en el momento en que se disponía a poner en hora el reloj, le pareció oír ruido en la puerta y creyó que era su hermana que acababa de llegar. Y después, así lo creyó también, la oyó subir las escaleras.

—Tú mismo lo acabas de decir. Oyó que alguien subía las escaleras.

—Sí, pero no fue Gilda, sino Ellen, la que subió a correr las cortinas de las otras habitaciones. Recordarás que mistress Honeycott dijo que su hermana se había detenido unos instantes antes de empezar a subir. Esa pausa fue precisamente el tiempo que Ellen necesitó para venir desde la cocina hasta el vestíbulo. De un pelo estuvo que esta no viera salir al asesino.

—Pero, Tommy —exclamó Tuppence—, ¿y el grito que ella dio?

—El grito lo dio James Reilly. ¿No te fijaste en lo chillona que este tiene la voz? En momentos de gran emoción son muchos los hombres que gritan exactamente igual que una mujer.

—Pero ¿y el asesino? Tendríamos que haberlo visto.

—Y le *vimos*. Y hasta hablamos con él. ¿Recuerdas la forma súbita en que apareció el policía? Eso fue porque acababa de salir de la verja y en el preciso momento en que se hacía un claro en la niebla. Te acordarás de que nos dio el gran susto. Al fin y al cabo, y aunque nunca pensemos en ellos como tales, son hombres como nosotros. Aman y odian como los demás. Se casan y…

»Yo creo que Gilda Glen encontró a su marido en la misma puerta del jardín. Le hizo entrar para resolver de una vez el asunto que entre ambos había pendiente. Debieron reñir. Acuérdate de que no es hombre de palabras violentas como Reilly. Debió ofuscarse. La porra que llevaba en la mano debió entrar en juego y…

Capítulo XIII
El crujidor

Tuppence —dijo Tommy—, tenemos que cambiarnos a una oficina mayor.

—¡Bobadas! —contestó esta—. Se te ha subido el humo a la cabeza y te crees un millonario sólo porque has resuelto un par de casos de pacotilla y con una suerte que verdaderamente no te mereces.

—¿Por qué no le llamas talento en vez de suerte?

—Claro que si te figuras que eres un Sherlock Holmes, un Thorndyke, un McCarty, unos hermanos Okewood, o un compendio de todos a la vez, no tenemos más que hablar. Personalmente te diré que prefiero la suerte a toda la sabiduría del mundo.

—Quizá no hayas dicho ninguna tontería —admitió Tommy—. Necesitamos varios centenares de metros más en estanterías si queremos que Edgar Wallace esté representado como se merece.

—Pero si todavía no hemos tenido ningún caso del corte de Edgar Wallace.

—Ni creo que lleguemos a tenerlo. Si te fijas bien, no da al detective aficionado la más mínima oportunidad. Todos son asuntos para un Scotland Yard. Nada de pacotillas. Albert, el mensajero de la oficina, apareció en la puerta.

—El inspector Marriot desea verle —anunció.

—El hombre misterioso de Scotland Yard —murmuró Tommy.

El inspector avanzó hacia ellos con cara radiante de satisfacción.

—Qué, ¿cómo anda el negocio? —preguntó sonriente.

—No del todo mal —respondió Tuppence.

—Bien, Marriot, ¿qué viento le trae hoy por aquí? —inquirió Tommy—. Supongo que no habrá venido para enterarse sólo del

estado de nuestros nervios.

—No —dijo el inspector—. He venido a traer trabajo al brillante mister Blunt.

—¡Ja! —contestó Tommy—. Permítame que responda también con mi brillante monosílabo.

—He venido a hacerle una proposición, mister Beresford. ¿Qué le parece la idea de hacer una redada a una distinguida banda de malhechores?

—¿Banda? Pero ¿es que existen todavía cosas de esas en el mundo?

—¿Cómo que si existen?

—Creí que eso de las bandas era exclusivo de las novelas policíacas, como los ladrones de levita y los super criminales.

—El ladrón de levita no es corriente en estos días —convino el inspector—, pero lo que es bandas de maleantes, las hay a centenares.

—No sé qué papel haré yo en eso de las bandas —comentó Tommy—. El crimen vulgar, el crimen que se desarrolla en el seno de una familia corriente y tranquila, ahí es donde yo me luzco. En dramas de profundo interés doméstico. Esa es mi especialidad, con Tuppence a mi lado para proporcionar esos pequeños detalles femeninos que son tan importantes y tan frecuentemente olvidados por el profundo cerebro del varón.

Su elocuencia fue interrumpida por el impacto de un almohadón que Tuppence lanzó certeramente contra su cabeza.

—Parece que les ha hecho gracia mi oferta —dijo Marriot sonriendo paternalmente—. Y si no lo toman a ofensa les diré que me place ver a dos jóvenes disfrutando de la vida como ustedes lo hacen.

—¿Cree usted que nos divertimos? —replicó Tuppence mirándole sorprendida—. A decir verdad no habíamos pensado en ello. Pero puede que tenga usted razón… quizá nos estamos divirtiendo.

—Bien, volviendo a lo de la banda —dijo Tommy—. A pesar de mis muchas obligaciones con duquesas, millonarios y lo más selecto del gremio de cocineras, quizá me decida a echarle una mano. No me gusta ver a Scotland Yard en apuros. Usted dirá. —Como dije

antes, pueden seguir divirtiéndose. El asunto es el siguiente: hay en este momento una cantidad enorme de billetes falsos de la Tesorería en circulación, millares de ellos. Y además verdaderas obras de arte. Aquí tiene usted uno de ellos. Sacó del bolsillo un billete de una libra y se lo entregó a Tommy.

—¿Verdad que parece bueno? Tommy examinó el billete con gran interés.

—Nunca hubiese sospechado que este billete fuera falso —exclamó.

—Y a muchos les ha ocurrido lo mismo. Ahora compárelo usted con este otro, que es genuino. —Parecen idénticos.

—Yo le diré la diferencia que hay entre ambos. Es casi insignificante, pero aprenderán a conocerla sin dificultad. Tome usted esta lente de aumento.

Cinco minutos de adiestramiento bastaron para convertir a Tommy y a Tuppence en dos verdaderos expertos en la materia.

—¿Y qué quiere usted que hagamos, inspector? —preguntó Tuppence—. ¿Esperar a que algunos de esos billetes lleguen a nuestras manos?

—Algo más mistress Beresford. Tengo fe en ustedes y sé que sabrán llegar con éxito al fondo de este escabroso asunto. Hemos descubierto que estos billetes salen a la circulación procedentes del West End. Alguien que por lo visto se mueve en las altas esferas es quien se encarga de su distribución y posiblemente de hacerlos pasar también al otro lado del Canal. Hay una persona que nos interesa muy especialmente. Un tal comandante Laidlaw, quizás hayan oído ya mencionar su nombre.

—Me parece que sí —contestó Tommy—. ¿No es alguien muy relacionado con las carreras de caballos?

—El mismo. Su nombre parece muy familiar en todos los hipódromos. Nada tenemos en realidad contra él, pero existe la impresión general de que se las ha pasado de listo en dos o tres transacciones de carácter un tanto dudoso. Personas que al parecer están al corriente de ellas, sonríen significativamente al oír pronunciar su nombre. Nadie sabe con certeza quién es ni de dónde viene. A su esposa, una linda francesita, se la ve en todas partes acompañada siempre de una cohorte de admiradores. Estos Laidlaw

parecen gastar mucho dinero, y Scotland Yard tiene interés por saber de dónde procede.

—Posiblemente de esta cohorte de admiradores que acaba usted de citar —sugirió Tommy.

—Esa es la idea general. Particularmente no estoy muy seguro de ello. Quizá sea una mera coincidencia, pero un buen número de billetes parecen proceder de un elegante club de juego que suele ser muy frecuentado por el matrimonio y su camarilla.

—¿Y que quiere usted que hagamos?

—Lo siguiente. Tengo entendido que son ustedes muy amigos de Mr. y Mrs. Saint Vincent. Estos, a su vez, están en buenas relaciones, o al menos lo estaban no hace mucho, con la pareja Laidlaw. No les será difícil, a través de ellos, entrar en buenas relaciones con ese grupo; en cambio a ninguno de nosotros nos seria posible intentarlo sin despertar las correspondientes sospechas. No creo que con ustedes ocurra lo mismo.

—¿Y qué es exactamente lo que nosotros hemos de averiguar?

—De dónde consiguen ese dinero, si es que en realidad son ellos los que lo hacen circular.

—Entendido —dijo Tommy—. Mister Laidlaw sale con una maleta vacía. Al regresar, esta viene llena hasta los topes de billetes de la Tesorería. ¿Cómo se verifica el milagro? Eso es lo que precisa averiguar. ¿No es así?

—Más o menos. Pero no descuiden a la mujer, ni al padre de esta, mister Heroulade. Recuerden que los billetes circulan a ambos lados del Canal.

—¡Mi querido mister Marriot! —exclamó Tommy en tono de reproche—. Los brillantes detectives de Blum desconocen el significado de la palabra «descuidarse». El inspector se levantó.

—Buena suerte —dijo, y abandonó la estancia.

—¡Oh, Tommy! —aulló, entusiasmada. Tuppence—. ¡Por fin tenemos un caso a lo Edgar Wallace!

—Y que lo digas. Estamos tras las huellas del Crujidor y hemos de dar con él, pese a quien pese.

—¿Crujidor? ¿Qué palabra es esa?

—Una nueva palabra que he inventado yo que describe a la persona que pone en circulación billetes falsos. ¿No cruje el billete

cuando se le manosea? Pues eso, el que lo hace crujir, es un crujidor.

—No está mal, pero a mi me hubiera gustado más el de «Buscavidas». Es más gráfico y si quieres hasta mucho más siniestro.

—No —dijo Tommy—. Yo dije primero «El Crujidor» y ese es el que vale.

—Como quieras. ¡Ay, cómo me voy a divertir, Tommy! ¡Figúrate! ¡Clubes nocturnos a montones! ¡Y bebidas! Tendré que comprarme rimel para las pestañas.

—¡Pero si las tienes ya suficientemente negras! —objetó Tommy.

—No importa, así lo estarán más. ¡Ah y una barra de labios color cereza! ¡La clase más brillante, la mejor!

—¡Tuppence! —dijo su marido—. Eres una descocada. Menos mal que has tenido la suerte de casarte con un hombre sobrio y de experiencia como yo.

—Ya veremos lo que te dura la sobriedad cuando hayas estado unas cuantas veces en el Club Python.

Tommy sacó de un aparador botellas, copas y un mezclador de combinados.

—Pues empecemos ahora mismo —dijo—. Vamos tras de ti, Crujidor —añadió—; conque, ¡prepárate!

Capítulo XIV
El crujidor (Continuación)

Trabar conocimiento con los Laidlaw fue lo más sencillo del mundo. Tommy y Tuppence, jóvenes, bien trajeados, ansiosos de vivir y aparentemente con dinero que gastar, pronto se hicieron amigos de todas las camarillas frecuentadas por los Laidlaw.

El comandante Laidlaw era un hombre alto y rubio, de apariencia típicamente inglesa y modales desenvueltos. Sin embargo, la dureza y las líneas que bordeaban sus ojos y una mirada inquieta y aviesa, no acababan de combinar con su supuesta personalidad.

Tenía fama de ser un habilísimo jugador de cartas, y Tommy observó que rara vez, en especial si las apuestas eran elevadas, se levantaba perdiendo de la mesa.

Marguerite Laidlaw era algo totalmente diferente. Una criatura encantadora, grácil como las ninfas de los bosques y una cara digna de un Greuze. Su exquisito chapurreo del inglés añadía un nuevo encanto a los muchos que ya poseía. No era, pues, de extrañar que la mayor parte de sus admiradores se convirtiesen gustosos en sus esclavos. Parecía haber sentido, desde el principio, una viva simpatía por Tommy, quien, fiel a su consigna, no vaciló en adherirse al numeroso grupo de ardientes seguidores.

—Mi querido Tommy —solía decir—. Positivamente no puedo estar sin mi querido Tommy. Su pelo es del color de una puesta de sol, ¿no les parece?

Su padre, en cambio, era una figura que tenía algo de siniestra. Muy correcto, muy estirado, con su barba negra y recortada y ojos cerrados y observadores.

Tuppence fue la primera en registrar una victoria. Se acercó a

Tommy con diez billetes de una libra en la mano.

—Échale un vistazo a esto. Son falsos, ¿no es verdad? Después de examinarlos, Tommy confirmó el diagnóstico de Tuppence.

—¿De dónde los has sacado?

—Del joven Jimmy Fauikener. Marguerite Laidlaw se los dio para que apostara por ella en una de las carreras de caballos. Le dije que yo necesitaba billetes pequeños y se los cambié por uno de diez.

—Todos nuevos y crujientes —dijo Tommy pensativamente—. Se ve que no han pasado por muchas manos. Supongo que el joven Fauikener está a salvo de toda sospecha.

—¿Quién, Jimmy? Es un encanto de muchacho y somos ya los más grandes amigos.

—Sí, ya lo he visto —respondió fríamente Tommy—. ¿Crees tú que se necesita tanta aproximación?

—Oh, esto no es oficial, Tommy —replicó alegremente Tuppence—. Esto es mero entretenimiento. Es muy bueno y estoy contentísima de librarle de las garras de esa mujer. No tienes idea del dinero que le está costando.

—Me da la impresión de que se está convirtiendo en un pegote, Tuppence.

—Hay veces que hasta a mí se me ocurre lo mismo, pero ¿qué quieres? Es siempre agradable el saber que una es todavía joven y atractiva, ¿no te parece?

—Tuppence, tu sentido moral es deplorablemente bajo. Miras estas cosas desde un punto de vista equivocado.

—Hace tantos años que no me divierto, Tommy —añadió ella con tono de descaro—; y de todos modos, ¿qué has de decir de ti? Me paso los días enteros viéndote pegado, como lo estás, a las faldas de Marguerite Laidlaw.

—Es mi trabajo —replicó secamente Tommy.

—Pero no me negarás que es atractiva.

—No es mi tipo.

—¡Embustero! —dijo Tuppence riendo—. De todos modos creo que me casaría antes con un embustero que con un loco.

—Supongo —contestó Tommy— que no es imprescindible que un marido haya de ser ninguna de las dos cosas.

Entre el séquito de admiradores de mistress Laidlaw había un

sencillo pero opulento caballero. Se llamaba Hank Ryder.

Mister Ryder venía de Alabama, y desde el primer momento se mostró dispuesto a hacer de Tommy su gran amigo y confidente.

—Es una mujer estupenda, caballero —dijo Ryder siguiendo a Marguerite con ojos embelesados—. No se puede con *la gaie France*. Cuando estoy cerca de ella me parece que el resto del mundo no existe ya para mí.

Al compartir Tommy cortésmente con él sus sentimientos, Ryder se creyó obligado a ampliar su información.

—Es una vergüenza que una criatura así haya de tener inquietudes de carácter monetario.

—¿Acaso cree usted que las tiene?

—¿Que si lo creo? Estoy seguro. Tiene miedo a su marido. Ella misma me lo ha dicho. Ni siquiera se atreve a ponerle al corriente de sus pequeñas cuentas.

—¿Está usted seguro de que son pequeñas?

—¡Cuando yo se lo digo! Después de todo, a una mujer le gusta lucir vestidos, y no es justo que ande por ahí con modelos de la temporada anterior. La suerte tampoco parece acompañarle en el juego. Anoche perdió conmigo cincuenta libras esterlinas.

—Pero había ganado doscientas de Fauikener la noche anterior —añadió Tommy.

—¿Ah, sí? Entonces eso sirve para tranquilizar un tanto mi conciencia. Y a propósito, parece que hay un gran número de billetes falsos circulando por su país en estos momentos. Ingresé un fajo de ellos en el banco esta mañana y el cajero me informó que veinticinco eran falsos.

—Una cantidad bastante elevada, ¿no le parece? ¿Sabe usted si eran nuevos?

—Recién salidos de la imprenta. Y si no me equivoco eran del montón que recibí anoche de mistress Laidlaw. Posiblemente vendrían de alguna de las ventanillas de pago del hipódromo.

—¿Sí? Muy probablemente —contestó Tommy.

—Sepa usted, mister Beresford, que esto es algo completamente nuevo para mí. Puede decirse que hace sólo unos días que conozco a todas estas personas. Vine a Europa con el único objeto de disfrutar de esta clase de vida tan llena de atractivos.

Mientras tanto, y por segunda vez, Tommy tuvo la prueba de que los billetes circulaban en sus propias narices y de que Marguerite Laidlaw era, sin duda, una de las encargadas de su distribución.

La noche siguiente hubo una selecta reunión en el lugar mencionado por Marriot. Aunque el pretexto era el baile, la verdadera atracción la constituían dos grandes salas de juegos veladas al público por regios cortinajes y en las que grandes sumas cambiaban diariamente de manos con prodigiosa celeridad.

Marguerite Laidlaw, levantándose para salir de ellas, pasó a Tommy un montón de billetes de pequeña cuantía.

—Por favor, Tommy —dijo—, tenga la bondad de cambiármelos por uno grande. Fíjese. No caben en mi pequeño bolso.

Tommy le entregó el billete de cien libras que le pedía. Después, en un solitario rincón, examinó detenidamente el lote. Como esperaba, más del veinticinco por ciento eran falsos.

¿De dónde sacaría aquella mujer esta morralla?, se preguntó sin lograr encontrar respuesta satisfactoria. ¿Del comandante Laidlaw? Imposible. Albert vigilaba sus más insignificantes movimientos y nada encontró en él que pudiera dar lugar a tal sospecha.

Tommy pensó a continuación en el melancólico mister Heroulade. Este hacía frecuentes viajes al continente. ¿Qué trabajo le costaría traerse cada vez un buen cargamento de billetes con los baúles y maletas? ¿Cómo? Un discreto doble fondo y…

Salió del club absorto en estos pensamientos, cuando algo inesperado distrajo su atención. En la calle, y en un estado que ciertamente no podía calificarse de sobrio, estaba mister Hank P. Ryder tratando de colgar su sombrero en el radiador de un coche.

—Esta condenada percha, esta condenada percha —decía en tono lastimero—, no es como las que tenemos en los Estados Unidos. Allí puede uno colgar su sombrero todas las noches, sí, señor, todas las noches. ¡Hombre! ¿Por qué lleva usted dos sombreros?

—Seguramente porque tendré también dos cabezas —respondió gravemente Tommy.

—Pues es verdad —replicó Ryder—. Es la primera vez que veo a un hombre con dos cabezas. Bueno, vamos a tomarnos un

combinado. Cualquiera. El que más rabia le dé. De coñac, de ginebra, de vermut… Los mezclamos todos en una jarra de cerveza… y ¡adentro! ¿Qué? ¿Cree usted que yo no puedo? Pues le apuesto…

Tommy le interrumpió tratando de calmarle.

—No, no; le creo, pero ¿qué le parece si nos fuéramos a casa?

—Yo no tengo casa —dijo Ryder echándose a llorar.

—Bueno, ¿en qué hotel se hospeda?

—Yo no puedo ir a casa —prosiguió Ryder—. He de ir a la caza del tesoro. Buena ocupación, ¿verdad? Pero no soy yo. Es ella quien la hace. En Whitechapel, ¿sabe usted?

—Bien, bien, dejemos eso —interrumpió nuevamente Tommy—. ¿Dónde quiere usted…?

Ryder pareció resentirse por la poca atención que Tommy prestaba a sus palabras. Se irguió de pronto y con un milagroso y perfecto dominio de sus palabras, añadió:

—Joven, escuche usted lo que le digo. Fue Marguerite quien me llevó. En su coche. A la caza del tesoro. Todos los de la aristocracia inglesa lo hacen. Está bajo unos guijarros. Quinientas libras. ¿Lo oye? Se lo digo porque ha sido bueno para mí y quiero que participe de este gran hallazgo. Nosotros los estadounidenses…

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Tommy poco ceremoniosamente—. ¿Que mistress Laidlaw le llevó en su coche?

El estadounidense movió la cabeza afirmativamente, con la solemnidad de un búho.

—¿A Whitechapel? Nuevo movimiento de la cabeza.

—¿Y dice que encontró allí quinientas libras?

—No, yo no —corrigió—. Ella. A mi me dejaron fuera. En la calle. Como siempre.

—¿Sabría volver a ese sitio?

—¡Claro! Hank Ryder nunca olvida su rumbo. Tommy se lo llevó casi a empellones, lo metió en el coche y salió a toda prisa en dirección al Este. El aire fresco de la noche pareció reanimarle. Después de haber permanecido unos instantes recostado sobre el hombro de Tommy se irguió con la cabeza despejada.

—Eh, joven, ¿dónde estamos? —preguntó.

—En Whitechapel. ¿Fue aquí donde usted vino esta noche con

mistress Laidlaw?

—Si, sí; el sitio me es familiar —admitió Ryder mirando a su alrededor—. Me parece que torcimos a la izquierda en una de esas calles. Ah, sí, en aquella.

Tommy obedeció mientras Ryder continuaba dando sus instrucciones.

—Sí, esta es. Ahora a la derecha. ¡Uf, qué peste hace aquí! Siga usted y pare en la esquina que hay después de esa taberna. Tommy se apeó y ayudó a Ryder a hacer lo propio. Después avanzaron a lo largo de un oscuro callejón a cuya izquierda daban las traseras de una fila de ruinosas viviendas, la mayor parte de las cuales tenían puertas que comunicaban con el pasadizo. Mister Ryder se detuvo frente a una de ellas.

—Aquí es —declaró sin titubear—. Me acuerdo perfectamente.

—Es extraño, porque todas me parecen iguales —dijo Tommy—, y me trae a la memoria el cuento del soldado y la princesa. ¿Recuerda que tuvieron que marcar con una cruz la puerta para poder reconocerla después? ¿Qué le parece si hiciéramos ahora lo mismo?

Riéndose sacó una tiza del bolsillo e hizo lo que acababa de sugerir. Después se puso a observar una hilera de pequeñas sombras que se paseaban en lo alto de los muros lanzando escalofriantes maullidos.

—Parece que abundan los gatos por esta localidad —comentó.

—Por lo visto —respondió Ryder—. ¿Qué? ¿Entramos?

—Sí, pero adoptemos las debidas precauciones. Miró primero a ambos lados del callejón y se encontraron frente a un oscuro patio que Tommy inspeccionó unos instantes con ayuda de una linterna eléctrica que previsoramente se había echado al bolsillo.

—Parece que oigo pasos en el callejón —dijo Ryder retrocediendo de pronto.

Tommy permaneció inmóvil unos segundos, y al no ver confirmadas las sospechas de Ryder, prosiguió su camino atravesando el patio hasta llegar a otra puerta, esta ya de comunicación con el interior y que, como la primera, nadie, por lo visto, se había tomado la precaución de cerrar con llave.

La abrió suavemente y una vez dentro volvió a detenerse

escuchando con atención.

De pronto sintió que unos brazos le envolvían y le arrojaban al suelo con violencia.

Al encenderse un pequeño mechero de gas, Tommy vio cuatro caras patibularias que le miraban amenazadoras.

—Ah, vamos —dijo complacido después de haber echado una rápida ojeada a su alrededor—; por lo visto, me encuentro en el cuartel de los excelentes artistas de la imprenta.

—Cierre el pico —aulló uno de sus feroces aprehensores.

La puerta se abrió tras Tommy y una voz harto conocida dijo:

—Conque por fin le habéis echado el guante, ¿eh? Vaya, vaya. Ahora, señor polizonte, se dará cuenta de la tontería que ha cometido al venir aquí.

—¡Caramba! ¡Si es mi simpático amigo, mister Hank Ryder! ¡Esto sí que es una sorpresa!

—No se esfuerce en convencerme. Le creo. ¡Si supiera lo que me he reído viéndole venir aquí como un cordero! Conque tratando de engañarnos, ¿eh? Yo supe quién era usted desde el primer momento, y, sin embargo, le dejamos incluso alternar con nuestro grupo. Pero cuando se le ocurrió sospechar seriamente de la linda Marguerite, me dije: «Creo que ya es tiempo de darle una pequeña lección». Me temo que esta vez sus amigos tardarán bastante tiempo en tener noticias de usted.

—¿Planean acaso liquidarme?

—No, por Dios. Somos enemigos de procedimientos radicales. Nos limitaremos a retenerlo en nuestro poder el tiempo que creamos conveniente.

—¿Ah, sí? Pues no sabe usted lo que me molesta el que me retengan contra mi voluntad.

Mister Ryder sonrió displicentemente mientras de lo lejos llegaba el melancólico eco de un concierto de voces gatunas.

—¿Está usted especulando sobre el resultado que le ha de dar la cruz que dibujó en la puerta trasera? —le dijo—. No se preocupe. Yo también conozco la historia del soldado y la princesa, y cuando volví al callejón hace un rato, lo hice sólo para representar el papel de un enorme perro con los ojos tan grandes como ruedas de carro. Si pudiese salir un momento vería que todas las puertas están

marcadas con una cruz idéntica a la que puso en la nuestra. Tommy dejó caer la cabeza con desaliento.

—Se creyó usted muy listo, ¿no es verdad? —preguntó Ryder.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó fuera una fuerte conmoción, un ruido desacostumbrado.

—¿Qué es eso? —preguntó asustado. Un asalto simultáneo se estaba verificando a ambos lados de la casa. La puerta trasera cedió sin gran esfuerzo y a los pocos instantes la figura del inspector Marriot apareció en el umbral de la habitación ocupada por Ryder y sus secuaces.

—Acertó usted, Marriot —dijo Tommy—. Este es el distrito. Aquí tengo el gusto de presentarle a mister Hank Ryder, que al parecer conoce unas historias muy interesantes para Scotland Yard.

»Como usted ve, mister Ryder —prosiguió—, yo también tenía mis sospechas acerca de usted. Albert, mi mensajero, no sé si le conocerá, tenía órdenes de seguirme en motocicleta si a mí se me ocurría la idea de salir de paseo en su compañía. Y mientras ostentosamente, y para llamar su atención, marcaba con una cruz blanca la puerta del patio, no se dio usted cuenta que derramaba en el suelo el contenido de un frasco que llevaba escondido en la mano. Era esencia de valeriana, que, aunque no huele muy bien, es un manjar para los gatos, e hizo que todos los de la vecindad se congregaran frente a esta casa, dando así su posición exacta para cuando llegara la policía.

Contempló unos instantes al sorprendido mister Ryder y después se puso en pie.

—Prometí, «Crujidor», que caería usted en mis manos —dijo—, y he cumplido mi palabra.

—¿De qué demonios está usted hablando? —preguntó Ryder—. ¿Qué quiere usted decir con Crujidor?

—Lo sabrá cuando salga el próximo diccionario de criminología —contestó Tommy—. Etimología dudosa.

Miró a su alrededor con cara radiante de felicidad y añadió:

—Buenas noches, Marriot. Debo marcharme al dulce hogar, donde generalmente terminan los cuentos. No hay recompensa como el amor de una buena mujer, y esta es la que a mí me espera en casa. Vamos, me lo figuro, porque en estos tiempos modernos no

puede uno fiarse de nada ni de nadie. Esta ha sido una misión un poco peligrosa para mí, Marriot. ¿Conoce usted al capitán Jimmy Fauikener? ¡Baila maravillosamente, y en cuanto a su gusto por los combinados…! Le repito, Marriot, ha sido una misión demasiado peligrosa para mí.

Capítulo XV
El misterio de Sunningdale

—¿Sabes dónde vamos a ir a comer hoy, Tuppence?

Mistress Beresford reflexionó unos instantes.

—¿Al Ritz? —respondió.

—Vuelve a pensar.

—¿A aquel rinconcito del Soho?

—No —dijo Tommy dándose importancia—. Si te he de decir la verdad, a una de las tiendas del ABC. A esta misma que aquí ves, para ser más exacto.

La condujo diestramente al interior del establecimiento y se sentaron frente a una mesa de mármol situada en un apartado rincón.

—Como ves, el lugar es inmejorable —dijo Tommy con satisfacción—. ¿Se puede pedir algo mejor?

—Oye, oye —preguntó su esposa—. ¿Cómo te ha entrado tan de repente ese amor por la simplicidad?

—Tú sabes ver, Watson, pero no observar. Ahora quisiera saber si alguna de esas altivas damiselas se digna fijar su atención en nuestras humildes personas. Ah, si, veo que una se dirige hacia aquí. Parece angustiada, pero estoy seguro de que en su subconsciente siguen bullendo las ideas de los huevos fritos y de los potes de té. Señorita, tenga la bondad de traer unas chuletas con patatas fritas para mí y una taza grande de café, un panecillo, mantequilla y una ración de lengua para la señora.

La camarera empezó a repetir desdeñosamente la orden, pero fue interrumpida por la voz de Tuppence, que le dijo:

—No, no, nada de chuletas con patatas fritas. Al caballero tráigale una tarta de queso y un vaso de leche.

—Una tarta de queso y un vaso de leche —repitió la camarera en tono más desdeñoso aún que la vez anterior.

—No era absolutamente preciso que me pusieras en ridículo —observó fríamente Tommy.

—Ya lo sé, pero no me negarás que tengo razón. ¿No has dicho que ahora eres «el viejo del rincón»? ¿Dónde tienes el pedazo de cuerda?

Tommy sacó de uno de sus bolsillos un enmarañado cordón e hizo dos nudos en él.

—Como ves, completo hasta el último detalle —murmuró.

—Sin embargo, cometiste un pequeño error al ordenar tu comida.

—Las mujeres sois tan literales en vuestro modo de discernir… —añadió Tommy—. Si hay algo que odio en este mundo es la leche y las tartas de queso. Las dos cosas tienen la virtud de revolverme la bilis.

—Sé un artista, Tommy, y contémplame cómo ataco a este plato de fiambre. No cabe duda de que la lengua es estupenda. Bien, ahora ya me tienes dispuesta a hacer el papel de Polly Burton. Haz otro nudo algo más grande y empieza.

—Antes de nada —dijo Tommy—, y hablando estrictamente en el terreno no oficial, permíteme que haga unas pequeñas divagaciones. El negocio no anda muy bien últimamente, y si este no viene a nosotros, tendremos que ser nosotros quienes vayamos a él. Fijemos nuestras mentes en uno de los grandes misterios públicos del momento; en el Sunningdale, pongo por caso.

—¡Ah! —exclamó Tuppence con profundo interés—. ¡El misterio de Sunningdale!

Tommy sacó del bolsillo un arrugado recorte de periódico y]o extendió sobre la mesa.

—Este es el último retrato del capitán Sessle tal como apareció en el *Daily Leader*. Muy borroso, por cierto. Y al llamarle antes «misterio» me equivoqué. Debía haber dicho el presunto misterio de Sunningdale. Quizá lo sea para la policía, no lo niego, pero no para una persona que se precie de inteligente.

—Vuelve a tejer otro nudo —le aconsejó Tuppence.

—No sé hasta qué punto recordarás el caso —prosiguió

reposadamente Tommy.

—Me lo sé de memoria —replicó sonriente Tuppence—. Pero no quiero interrumpir tu elucubración.

—Hará poco más de tres semanas —empezó a relatar Tommy— que tuvo lugar el fúnebre hallazgo en las pistas de un famoso club de golf. Dos miembros del mismo se hallaban jugando a primera hora de la mañana, cuando de pronto se detuvieron horrorizados ante el cuerpo de un hombre que yacía boca abajo en el séptimo *tee*[1]. Aun antes de darle la vuelta habían reconocido en él al capitán Sessle, figura bien conocida de todos y que siempre llevaba una llamativa chaqueta de brillante color azul.

»Era frecuente ver al capitán Sessle practicando en las pistas a primera hora de la mañana y la creencia original fue que había muerto instantáneamente, víctima de una afección cardiaca. Pero un examen detenido del doctor reveló el hecho siniestro de haber sido asesinado, apuñalado en el corazón con un estilete muy significativo, el alfiler de un sombrero de mujer. También se comprobó que llevaba muerto más de doce horas.

»Esto dio un aspecto completamente diferente a la cuestión; no tardaron en aparecer nuevos datos que arrojaron un poco más de luz sobre el asunto. Prácticamente la última persona que vio con vida al capitán Sessle fue mister Hollaby, su amigo, y socio en la Compañía de Seguros Porcupine, que relató la historia de la forma siguiente:

»Sessle y él habían jugado juntos una ronda completa horas antes del suceso. Después de tomar el té, aquel sugirió la idea de jugar unos cuantos agujeros más antes de que oscureciese, cosa a la que Hollaby accedió. Sessle parecía de excelente humor y estaba en magnífica forma para el juego. Hay una vereda pública que cruza las pistas y se hallaban ya en la sexta meseta cuando Hollaby se dio cuenta de la presencia en ella de una mujer que se encaminaba en dirección al lugar en que ellos se encontraban. Era alta y vestía un traje de color marrón. Era todo cuanto podía recordar, ya que, a su juicio, ni él ni el capitán prestaron gran atención a su persona.

»La vereda en cuestión cruza frente al séptimo *tee* —continuó Tommy—. La mujer había pasado de largo y se detuvo a cierta distancia como en actitud de espera. El capitán Sessle fue el primero

en llegar al *tee*, pues Hollaby se había dirigido al agujero a reponer este espigón. Cuando este último se dirigió al *tee* se sorprendió al ver que Sessle y la mujer discutían animadamente. Cuando se encontró más cerca, ambos se volvieron de pronto y Sessle chilló por encima del hombro: "Estaré de vuelta dentro de un minuto".

»Dice que a continuación se alejaron caminando juntos y enfrascados en una acalorada conversación. La vereda deja allí el terreno de juego y pasando por entre dos estrechos setos que bordean unos jardines viene a salir al camino de Windiesham.

»Fiel a su promesa y con gran satisfacción de Hollaby, reapareció el capitán Sessle en el momento en que otros dos nuevos jugadores se acercaban tras él y la visibilidad iba haciéndose cada vez menor. Reanudaron el juego y al punto Hollaby se dio cuenta de que algo grave debió haber ocurrido a su compañero. No sólo fallaba lamentablemente las tiradas, sino que en su cara se manifestaban síntomas de una fuerte inquietud y apenas si se dignaba contestar a las observaciones que con toda la buena fe se dignaba hacerle su compañero.

»Completaron el séptimo y octavo agujero y después el capitán Sessle declaró de modo brusco que no veía y que deseaba retirarse a su casa. Del sitio en que entonces se hallaba partía una especie de atajo que conducía directamente a la carretera de Windiesham, y Sessle lo tomó para llegar antes a su pequeña residencia. Hollaby habló con el comandante Barnard y mister Lecky, que eran los otros dos jugadores a quienes antes he hecho referencia, y les mencionó el súbito cambio que se había operado en su amigo. También estos le habían visto hablar con la mujer del vestido color marrón, pero no estuvieron lo suficientemente cerca para poder verle la cara. Como aquel, se preguntaban qué motivos podría haber tenido Sessle para haberse trastornado de aquel modo tan incomprensible como radical.

»Regresaron juntos a la "Casa Club" y, por lo que se ha podido deducir, fueron las últimas personas que vieron con vida al difunto capitán. Ocurrió ello en un miércoles, que es el día en que expiden los billetes económicos para Londres. El matrimonio que se encargaba de la casita de campo de Sessle había ido a la ciudad según su costumbre y no volvieron hasta ya bien entrada la noche.

Entraron en la casa, y, creyendo dormido a su amo, se retiraron tranquilamente a sus habitaciones. Mistress Sessle, su esposa, se encontraba en aquellos momentos ausente.

»Durante nueve días, el asesinato del capitán fue la comidilla de muchos hogares. Nadie podía sugerir un motivo plausible para el crimen. La identidad de una mujer alta con el vestido color marrón continuaba siendo un misterio. La policía, como siempre, fue acusada de negligencia. El tiempo, sin embargo, vino a probar lo contrario. Una semana después, una muchacha llamada Doris Evans fue arrestada y acusada de haber asesinado al capitán Sessle.

»Pocas eran las pruebas que la policía logró aportar para el esclarecimiento de la verdad. Un pelo rubio encontrado entre los dedos del difunto, y unas cuantas hilachas de lana color rojizo, prendidas en uno de los botones de su chaqueta azul. Indagaciones hechas en la estación del ferrocarril y otros puntos aportaron los siguientes datos:

»Una muchacha vestida con chaqueta y falda de color rojizo había llegado por tren a eso de las siete de la noche y había preguntado por el camino que conducía a la casa del capitán Sessle. La misma mañana reapareció en la estación dos horas más tarde. Traía el sombrero ladeado y la cabellera en desorden y parecía hallarse presa de una viva agitación.

»En muchos aspectos nuestra policía es admirable. Con tan escasas referencias, consiguieron arrestar a la muchacha e identificarla como una tal Doris Evans. Se le acusó de asesinato advirtiéndole que cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra. Ella, no obstante, persistió en hacer una declaración que, con insignificantes variantes, fue la misma que repitió en otros interrogatorios.

»Su versión fue la siguiente: era mecanógrafa de profesión. Trabó conocimiento una tarde en el cine con un hombre bien vestido que, al parecer, se había prendado de ella. Su nombre, dijo, era Anthony, y sugirió que le fuese a visitar a su casita de campo de Sunningdale. No tenía la menor idea de que este hombre fuese casado. Habían convenido en que ella iría el miércoles, día, como recordarás, en que criados y esposa estarían ausentes. Por fin le confesó que su nombre completo era Anthony Sessle y le dio

asimismo el nombre y señas de su casa.

»Se presentó en ella el día prefijado y fue recibida por Sessle, que acababa de llegar del campo de golf. Trató, dijo Doris, de mostrarse afable y cortés, pero había algo extraño en sus modales que casi le hizo arrepentirse de haber efectuado el viaje.

»Después de una comida frugal, preparada ya de antemano, Sessle sugirió la idea de un paseo. La muchacha consintió y juntos salieron a lo largo de la carretera internándose por el atajo que habría de conducirles a los campos de golf. De pronto, y cuando cruzaban frente al séptimo *tee*, dice que Sessle sacó un revólver y lo agitó amenazador en el aire.

»Todo ha terminado para mí, exclamó. Estoy arrumado, vencido, loco. Debo desaparecer, y tú conmigo. Mañana encontrarán nuestros cuerpos…

»Y así una serie de estupideces más. Había sujetado a Doris Evans por un brazo, y, comprendiendo esta que se las había con un demente, hizo esfuerzos desesperados por librarse de sus garras, o, en su defecto, de apoderarse del arma que llevaba en las manos. En la lucha debió perder alguna hebra de sus cabellos, así como hilachas de su vestido, que quedarían prendidas en los botones de la chaqueta de Sessle.

»Finalmente, y con un esfuerzo supremo, dice que logró desasirse de sus brazos y correr como una loca a través de las pistas en espera siempre de la bala que habría de poner fin a sus esperanzas de salvación. Cayó dos veces de bruces sobre la hierba, pero logró rehacerse y llegar ilesa a la estación sin ser objeto, como temía, de alguna nueva persecución.

»Esta es la historia relatada por Doris Evans y que, sin grandes variantes, ha repetido cuantas veces ha sido interrogada. Niega obstinadamente haber hecho uso de arma alguna en propia defensa, cosa que hubiese sido natural, dadas las circunstancias, y si me apuras, lo que más hubiese podido aproximarse a la verdad. En apoyo de su historia se ha encontrado un revólver entre unas matas que había no lejos del lugar en que fue encontrado el cadáver. Ninguna bala del mismo había sido disparada.

»No tardará en celebrarse el juicio, pero el misterio sigue siendo tan impenetrable como antes. Si hemos de creer en su declaración,

¿quién apuñaló al capitán Sessle? ¿La otra mujer? ¿La del vestido color marrón que tanto pareció contrariarle? Hasta ahora nadie ha podido explicarse la relación que esta desconocida pudiera tener con el caso. Apareció como por arte de encantamiento por una de las veredas que cruzan las pistas y luego desapareció con Sessle por el atajo, sin que haya vuelto a saberse nada de ella. ¿Quién era? ¿Una residente de la localidad? ¿Una visitante de Londres? Y si fue esto último, ¿cómo llegó aquí? ¿En automóvil? ¿En tren? No había nada de extraordinario en ella con excepción de su estatura, ni nadie puede aportar ningún dato adicional. No podía haber sido Doris Evans, puesto que, como todos sabemos, esta es pequeña y además acababa de llegar en aquel preciso momento a la estación.

—¿La esposa? —sugirió Tuppence—. ¿Qué me dices de la esposa?

—Es la primera sobre la que, como es natural, recaen las sospechas. Pero no olvides, Tuppence, que mistress Sessle es asimismo pequeña. Además, Hollaby la conoce muy bien, sin contar, como ya hemos dicho, que se hallaba ausente en dicho día. Hay algo, sin embargo, que ha trascendido al público y que es muy digno de tenerse en cuenta. La Compañía de Seguros Porcupine está en quiebra. El examen de los libros revela una escandalosa apropiación indebida de fondos, lo cual parece confirmar las palabras que Doris Evans oyó de labios del capitán Sessle. Ni mister Hollaby ni su hijo tenían conocimiento de dicha sustracción. Se dice que están prácticamente arruinados.

»El caso, pues, puede presentarse como sigue: el capitán Sessle estaba arruinado y a punto de ser descubierto. Un suicidio hubiera sido la solución más natural, pero el carácter de la herida descarta toda sospecha en ese sentido. ¿Quién lo mató? ¿Fue Doris Evans? ¿Fue la mujer del traje color marrón?

Tommy se detuvo, tomó un sorbo de leche, torciendo el gesto, y mordió cautamente un pedazo de tarta de queso.

Capítulo XVI
El misterio de Sunningdale (Continuación)

—Claro —murmuró Tommy— que me doy perfecta cuenta de cuál es la principal dificultad del caso.

—¿Ah, si? —preguntó ansiosa Tuppence.

—Si. Pero lo que no acabo de encontrar es la solución. ¿Me preguntas que quién mató al capitán? Pues no lo sé.

Sacó del bolsillo nuevos recortes de periódico.

—Aquí tienes los retratos de mistress Sessle, de Hollaby, de su hijo y de Doris Evans.

Tuppence estudió detenidamente el último de los citados.

—No creo que esta mujer haya cometido el asesinato —comentó —. Al menos con un alfiler de sombrero, como dicen.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ah, un detalle a lo *lady* Molly. Sencillamente, porque lleva el pelo muy corto. Sólo una mujer, de cada veinte, usa esa clase de alfileres en estos días, lleve o no largo el cabello. Los sombreros hoy se adaptan perfectamente sin necesidad de prendedor alguno.

—Pero ¿quién sabe si ella lo llevaba?

—¡Mi querido Tommy, las mujeres no acostumbramos a llevar esas cosas como si fuesen recuerdos de familia! ¿Qué demonios pensaría hacer ella con esa aguja en Sunningdale?

—Entonces no nos queda otro remedio que achacar el crimen a la del vestido marrón.

—De haber sido esta baja, yo hubiera dicho que se trataba de su mujer. Siempre he sospechado de las esposas que están ausentes cuando algo les ocurre a los maridos. Si ella hubiese encontrado al suyo conversando amigablemente con otra muchacha, es posible

que hubiese sido ella la que hubiese echado mano de un arma como la que acabamos de mencionar.

—Por lo que veo tendré que andar con sumo cuidado —observó Tommy.

Pero Tuppence se había metido en profundos pensamientos y no quería que por ningún motivo se la distrajera.

—¿Cómo son los Sessle? —preguntó de pronto—. ¿Qué es lo que la gente dice acerca de ellos?

—Por lo que he podido comprobar, son muy populares. Y por lo visto, un matrimonio perdidamente enamorado el uno del otro. Eso es lo que hace la actuación de esta muchacha un poco sospechosa. Es lo último que hubiera podido esperarse de un hombre como Sessle. Como sabes, era un ex soldado. Recibió al retirarse una buena cantidad de dinero y lo invirtió en el negocio de seguros. ¿No te parece extraño que un hombre así se convierta en un ladrón de la noche a la mañana?

—¿Hay pruebas irrefutables de que sea un ladrón? ¿No podrían haber sido los otros dos los que hicieron la sustracción?

—¿Los Hollaby? Dicen que están arruinados.

—Si, si, eso es lo que ellos dicen. ¿Y quién me asegura que no tienen su dinero en algún banco y bajo nombre supuesto? Sé que es arriesgado esto que acabo de decir, pero… ¿tú me entiendes, verdad? Supongamos que hubiesen estado especulando con el dinero de la Compañía sin saberlo Sessle, como es natural, y que lo hubiesen perdido. ¿No crees que la muerte de Sessle, en el momento en que ocurrió, les habría favorecido grandemente?

Tommy golpeó el retrato de los Hollaby con uno de sus dedos.

—¿Te das cuenta de que estás acusando a este caballero de haber asesinado a su socio y amigo? ¿Te olvidas de que se separó de Sessle a la vista de Barnard y Lecky y de que pasó con ellos la noche en el Hotel Dormy? Además, te olvidas también del pequeño adminículo.

—¿Qué adminículo?

—El alfiler.

—Oh, vete a paseo. ¿Tú crees que ese alfiler delata el hecho de que el crimen fuese cometido por una mujer?

—Naturalmente. ¿Y tú no lo crees?

—¡No! Los hombres son siempre dados a lo arcaico. Tardan años en desprenderse de ideas preconcebidas. Asocian siempre los alfileres de sombrero y los de gancho con el sexo débil y los llaman «armas femeninas». Quizá lo fueran en el pasado, pero están ya en desuso en la actualidad. No recuerdo haber llevado uno de esos alfileres en los últimos cinco años.

—¿Entonces tú crees…?

—Que fue *un hombre* quien mató a Sessle. El alfiler lo utilizan para hacer recaer las sospechas sobre una mujer.

—Hay algo de cierto en lo que acabas de decir, Tuppence —dijo pausadamente Tommy—. Es extraordinario cómo cambian de aspecto las cosas a medida que van desmenuzándose.

Tuppence asintió con un movimiento de cabeza.

—Todo ha de ser perfectamente lógico si lo miramos desde un punto de vista perfectamente natural. Y recuerda lo que cierta vez dijo Marriot acerca del punto de vista del detective aficionado: que tenía cierta nota de intimidad. Conocemos algo acerca de las personas como el capitán Sessle y su esposa. De lo que son capaces de hacer y de lo que no lo son de ninguna manera. Tommy se echó a reír.

—¿Quieres decir —preguntó— que eres suficiente autoridad para saber lo que una mujer de pelo corto puede llevar consigo y de lo que una esposa es capaz de sentir en un momento determinado? —Algo por el estilo.

—¿Y de mí? ¿Qué es lo que yo puedo saber acerca de los maridos? ¿De que escogen muchachas para sus escarceos y…?

—No —respondió gravemente Tuppence—. Tú conoces bien el terreno en que se cometió el crimen. Has estado en él, no como detective en busca de pruebas, sino como jugador de golf. Conoces bien el juego y sabes, por lo tanto, que algo grave debió ocurrir para que aquel hombre cambiara de pronto su forma de juego y decidiera por fin abandonar el terreno.

—Efectivamente, algo muy grave debió ser. Sessle tiene un *handicap* de dos agujeros, y desde el séptimo *tee* dicen que jugó como un principiante.

—¿Quiénes lo dicen?

—Barnard y Lecky. Venían jugando tras él, como recordarás.

—Sí, eso fue después de encontrarse con aquella mujer, la del vestido color marrón. Le vieron también hablar con ella, ¿verdad?

—Sí…, o por lo menos.

Tommy se calló de pronto y se quedó mirando fijamente el pedazo de cuerda que tenía entre las manos.

—Tommy, ¿qué te pasa? —le preguntó sorprendida Tuppence.

—No me interrumpas —dijo aquel—. Estoy jugando el sexto agujero de Sunningdale. Sessle y Hollaby están sin avanzar en la plataforma del sexto agujero que hay frente a mí. Empieza a anochecer, pero distingo claramente la brillante chaqueta azul de Sessle. Y en la vereda que hay a mi izquierda veo acercarse a una mujer. No viene de la derecha. Y cosa rara, ¿cómo apareció de súbito sin que antes la viera, estando en el quinto *tee*, pongo por caso? Se detuvo unos instantes.

—Acabas de decir que yo conocía el terreno. Pues bien, tras el sexto *tee* hay una especie de choza o refugio subterráneo en el que cualquiera podría haber esperado hasta el momento que él juzgase oportuno y en el que fácilmente podía uno, caso de creerlo necesario, hacer un cambio radical en su aspecto exterior. Quiero decir…, oye, Tuppence, y ahora es cuando necesitamos de nuevo tus conocimientos especiales sobre ciertas cosas. ¿Sería muy difícil para un hombre el caracterizarse de mujer y luego volver de nuevo a su indumentaria original? ¿Podría, por ejemplo, ponerse unas faldas sobre los pantalones bombachos?

—¡Claro que sí! La mujer parecía un tanto corpulenta, pero nada más. Digamos una falda larga color marrón, un jersey del mismo color y de corte análogo al que usan los hombres, un sombrero de señora, de fieltro, y unos montoncitos de rizos cosidos en este a modo de peluca. Eso sería todo cuanto haría falta; me refiero, como es natural, para producir un relativo efecto a distancia que supongo que es a lo que tú quieres referirte.

—¿Y el tiempo requerido para la transformación?

—De mujer a hombre, un minuto y medio escaso, quizá menos. De hombre a mujer, un poco más. Tendría que arreglarse un poco el sombrero y los rizos, y estirarse la falda, que, como es natural, tendería a pegarse a los pantalones de golf.

—Eso no me preocupa. Lo que me interesa es el tiempo que

tardaría para lo primero. Como te decía, estoy jugando en el sexto agujero. La mujer del traje color marrón ha llegado ahora al séptimo *tee*. Lo cruza y espera. Sessle, con su chaqueta azul, se dirige al sitio en que está ella. Hablan durante un minuto y luego se alejan juntos y desaparecen por el atajo que conduce a la carretera de Windiesham. Hollaby permanece solo en el *tee*. Pasan dos o tres minutos. Ahora ya estoy en el césped. Regresa el hombre de la chaqueta azul y reanuda su juego, esta vez en forma torpe e inconcebible. La luz se hace cada vez más escasa…, mi compañero y yo proseguimos la partida… y el hombre vuelve a desaparecer, esta vez definitivamente, por el atajo. ¿Qué le ocurrió para que así cambiara su juego y diera la impresión de ser un hombre totalmente diferente?

—Quizá la solución esté en la mujer, o en el hombre, si, como tú supones, era un hombre vestido con un traje de color marrón.

—Exactamente. Recuerda, además, que el sitio por donde se retiraron primero es un lugar oculto a la vista de cualquier curioso, y de que en él hay unas matas de tojo donde fácilmente se puede esconder un cadáver hasta el momento oportuno de poder efectuar su traslado a un lugar conveniente.

—¡Tommy! ¿Crees que fue entonces cuando…? Pero ¿cómo es que nadie oyó…?

—¿Oyó qué? Todos los doctores convienen en que la muerte fue instantánea. He visto morir a muchos así en la guerra. Nunca gritan, por lo general. Sólo oyes un apagado estertor, un gemido, quizá sólo un suspiro, una débil tos. Sessle viene en dirección al séptimo *tee* y la mujer se adelanta y habla con él. Este la reconoce y se sorprende de ver a un hombre bajo semejante disfraz. Curioso por saber el motivo de aquella mascarada, se deja conducir fuera del alcance de la vista del resto de los jugadores. Un pinchazo en el corazón con la mortífera aguja y Sessle se desploma, muerto. El otro oculta el cuerpo bajo las matas. Se desprende rápidamente de sus atavíos de mujer. Los esconde. Se pone la conocida chaqueta azul y vuelve de nuevo al *tee*. Le bastaron tres minutos para realizar todo el programa. Los jugadores que vienen detrás no pueden ver bien su cara, pero sí, en cambio, su clásica prenda de vestir. No dudan de que sea Sessle, *pero todos convienen en que su forma de jugar es la de*

un hombre totalmente diferente. Y nada de particular tenía esta apreciación, puesto que en realidad lo *era*.

—Pero…

—Punto número 2. Su acción de llevar a la muchacha a aquel lugar es también la acción de *un hombre diferente*. No fue Sessle quien se encontró con Doris en la puerta del cine y quien la indujo a ir a Sunningdale. Era un hombre que decía llamarse así. Recuerda que Doris Evans *jamás llegó a ver el cadáver*. De haberlo visto habría sorprendido a la policía con la declaración de que aquel hombre no era el mismo que la llevara a las pistas de golf la noche de autos y que en forma tan vehemente le hablara de suicidarse. Se trataba de un plan preconcebido con sumo cuidado. Invitar a la muchacha a casa de Sessle el miércoles (día en que esta estaría vacía), y ejecutar después el crimen con el objeto que haría indudablemente desviar las sospechas en dirección a una mujer. El asesino se encuentra con la muchacha, la lleva a la quinta, le da de cenar y después la saca de paseo hasta llegar a la escena del crimen, donde, mediante una bien ideada pantomima, consigue ponerla en fuga. Una vez ella ha desaparecido, todo cuanto tiene que hacer es sacar el cuerpo de la víctima y dejarlo boca abajo en un sitio en que más tarde fuera encontrado. El revólver lo tira bajo unos arbustos. Después envuelve cuidadosamente falda y sombrero, y ahora he de admitir que lo que sigue es una mera conjetura, se dirige con toda probabilidad a Woking, que está solo a ocho o nueve kilómetros del lugar, y de allí se vuelve de nuevo a la ciudad.

—Un momento —dijo Tuppence—. Hay una cosa que todavía no has explicado. ¿Qué se hizo de Hollaby?

—¿De Hollaby?

—Sí. Admito que los jugadores que venían detrás no pudieron comprobar si se trataba en realidad de Sessle. Pero no me dirás que un hombre que estuvo constantemente a su lado quedara hipnotizado por la chaqueta hasta el extremo de no ver siquiera las facciones de aquel suplantador de Sessle.

—Querida Tuppence —le contestó Tommy con aire triunfal—. Ahí es donde sin duda alguna está la clave del misterio. Hollaby sabía muy bien quién era el impostor. Como ves, estoy adoptando tu teoría, la de que Hollaby y su hijo eran en realidad los

desfalcadores. El asesino debía de ser alguien que tenía acceso a la casa y conocía perfectamente sus usos y costumbres. Así se comprende lo de la elección del día y de que, asimismo pudiera obtener con facilidad una copia de la llave de la entrada. Creo que Hollaby hijo responde casi por entero a la descripción. Tiene más o menos la misma edad y estatura que Sessle y ambos llevan la cara totalmente rasurada. Es posible que Doris Evans haya visto alguna de las fotografías del difunto publicadas por los periódicos, pero, como tú misma pudiste observar, lo borroso de la copia hacía poco menos que imposible la identificación. —¿Y no vio nunca a Hollaby en el juzgado?

—El hijo no apareció para nada en el caso. ¿Y para qué, si no tenía declaración alguna que hacer? Fue el viejo Hollaby quien dio la cara durante todo el curso del proceso. Nadie hasta la fecha se ha preocupado en inquirir acerca de los movimientos del hijo en dicha tarde.

—Sí, sí, todo lo que has dicho me parece lógico y natural —admitió Tuppence—. ¿Por qué no vas y se lo cuentas todo a la policía?

—Porque no me escucharían.

—¿Quién ha dicho que no? —preguntó inesperadamente una voz a su espalda.

Al volverse, Tommy se encontró cara a cara con el inspector Marriot, que, en la mesa próxima, hacía los honores a su suculento plato de huevos fritos con jamón.

—Vengo a menudo a comer aquí —explicó Marriot—. Como le decía, tendremos mucho gusto en escucharle. A decir verdad, hace rato que lo estoy haciendo. No me importa decirle que jamás hemos estado conformes con los balances presentados por la Sociedad de Seguros Porcupine. Aunque sin pruebas en que basarnos, teníamos también sospechas de los Hollaby, padre e hijo. Este asesinato vino a enmarcar un tanto nuestras ideas, pero gracias a lo que acabo de oír de ustedes, la posición de todos se ha aclarado considerablemente. Enfrentaremos al joven Hollaby con Doris Evans para ver si esta lo reconoce. Lo más probable es que sea así. Ha sido muy ingeniosa su idea acerca de lo ocurrido con la chaqueta y procuraré que los brillantes detectives de Blunt tengan por ello el

honor que se merecen.

—¡Oh, es usted muy amable, inspector! —dijo agradecida Tuppence.

—Se sorprenderían si supieran el alto concepto que tenemos de ustedes dos en el Yard —replicó el impasible agente de la ley—. Y, ahora, una pregunta: ¿podría decirme, mister Beresford, el significado de esa cuerda que tiene usted entre las manos?

—¡Oh, ninguno! —contestó Tommy, metiéndosela apresuradamente en uno de los bolsillos—. Rarezas mías. En cuanto a la tarta de queso y a la leche, es que estoy a dieta. Dispepsia nerviosa. Ya sabe usted que todos los hombres atareados adolecemos de este mal.

—¡Ah, vamos! —replicó el detective—. Yo creí que había usted estado leyendo… En fin, no tiene importancia.

El inspector hizo un malicioso guiño con uno de los ojos y prosiguió con su interrumpido refrigerio.

Capítulo XVII
La muerte al acecho

—¿Qué…? —empezó a decir Tuppence, pero se detuvo de pronto.

Acababa de entrar en el despacho privado del gerente de la oficina de los brillantes detectives de Blunt y quedó sorprendida al ver a su dueño y señor con un ojo pegado a la secreta mirilla desde donde podía verse con claridad cuanto ocurriese en la salita de espera adjunta.

—¡Chist…! —dijo Tommy aplicándose un dedo a los labios y hablando en voz queda—. ¿No has oído el timbre? Es una muchacha, bonita por cierto, o al menos a mí me lo parece. Albert le está contando la consabida historia de mis compromisos con Scotland Yard.

—Déjame echar un vistazo —le pidió Tuppence. Aunque reacio a hacerlo, Tommy hubo de ceder a los deseos de su esposa, quien a su vez se puso a inspeccionar a la recién llegada por el disimulado orificio de observación.

—No está mal —admitió—. Y su vestido es sencillo, pero elegante.

—¿Cómo que no está mal? Está estupenda, querrás decir. Es una de esas mujeres que nos describe Masón en sus obras. Ya sabes a cuáles me refiero. Esas tan simpáticas, y guapas, y de inteligencia nada común, sin llegar a sabihondas. Creo que…, mejor dicho, estoy seguro de que esta mañana tendré que hacer el papel de Hanaud.

—¡Hum…! —gruñó Tuppence—. ¿Sabes lo que estás diciendo? Ese detective es precisamente el reverso de tu medalla. ¿Puedes acaso hacer esos cambios relámpago que él hace? ¿Ser lo comediante que él es?

—Yo sólo sé una cosa —dijo Tommy—. Que soy el capitán de la nave y que, por lo tanto, a ti te toca sólo obedecer. ¿Estamos? Ahora voy a recibir a esa joven.

Oprimió el timbre que había al alcance de su mano y al poco rato entró Albert, precediendo a la cliente.

La muchacha se detuvo indecisa en el umbral. Tommy se adelantó, diciendo:

—Pase usted, *mademoiselle*, y sírvase tomar asiento. Tuppence emitió un ruido como de haberse atragantado y Tommy se volvió a ella con súbito cambio en sus modales. El tono de su voz era amenazador:

—¿Decía usted algo, miss Robinson? Me figuro que no, ¿verdad?

Tras añadir una furibunda mirada, reanudó su interrumpida entrevista.

—Prescindamos de todo formulismo —dijo—, y háble me de ello. Después estudiaremos el modo de poderla ayudar.

—Es usted muy amable —contestó—. Perdóneme la pregunta. ¿Es usted extranjero?

Nuevo azoramiento de Tuppence seguido de otra mirada incendiaria de su marido por el rabillo del ojo.

—No, exactamente —dijo con dificultad—; pero he estado algunos años trabajando en Francia. Los métodos que yo sigo son los mismos que emplea la *Sureté*. La muchacha pareció impresionarse. Era, como Tommy había indicado, encantadora. Joven y esbelta, con un dorado mechón rebelde que aparecía bajo el ala de su pequeño sombrero de fieltro, y un par de hermosos y límpidos ojos azules.

Que estaba nerviosa, saltaba a la vista. Se retorcía los dedos con impaciencia y no cesaba de manipular el cierre de su elegante bolso de laca encarnada.

—Primeramente, mister Blunt, debo decirle que me llamo Lois Hargreaves y que vivo en un vetusto caserón conocido por el nombre de Thurnly Grange y situado en plena campiña. Tenemos la aldea de Thurnly en las cercanías, pero esta es pequeña e insignificante. No obstante, el tenis en verano y las cacerías en invierno hacen que no experimentemos soledad ni tedio alguno en nuestro aislamiento. Hablando sinceramente, he de admitir que

prefiero nuestra vida a la de la ciudad.

»Le digo esto para que comprenda que en un lugar tan pequeño y apartado como el nuestro cualquier cosa que ocurra reviste siempre caracteres de sensacional. Hará una semana recibí una cajita de chocolatinas por correo. Nada en ella hacía indicar su procedencia. Como yo no soy nada aficionada a las golosinas pasé la caja a los demás de la casa con el resultado de que cuantos comieron dulces cayeron enfermos, quejándose de fuertes dolores de estómago. Enviamos a buscar al doctor, quien después de hacer varias indagaciones, resolvió llevarse las chocolatinas que quedaban a fin de que fueran sometidas a un análisis. Míster Blunt, ¡aquellas chocolatinas contenían arsénico! No lo suficiente para matar a una persona, pero sí para que esta se sintiera alarmantemente mal.

—¡Extraordinario! —comentó Tommy.

—El doctor Burlón se mostró preocupadísimo. Era la tercera vez que un caso así ocurría en la localidad y siempre en residencias de personas que pudiéramos llamar acomodadas. Parecía como si alguien, de muy bajos instintos, se entretuviese en gastar una absurda broma que nada tenía de humana, por cierto.

—Así es, miss Hargreaves.

—El doctor Burlón lo atribuyó, absurdamente, a mi modo de entender, a algún movimiento de agitación socialista. Pero lo cierto es que hay uno o dos descontentos en la villa y nada tendría tampoco de particular que estos supiesen algo del asunto. El doctor Burlón se empeñó en que pusiera el caso en manos de la policía.

—Una sugerencia muy natural —dijo Tommy—; pero por lo visto usted no lo ha hecho, ¿verdad, miss Hargreaves?

—No —replicó esta—. Odio la publicidad y el escándalo, y además conozco la forma como actúa nuestro inspector de distrito en materia de investigación criminal. He leído a menudo sus anuncios y he tratado de convencer al doctor Burton sobre la conveniencia de contratar los servicios de un detective privado.

—¡Oh!

—He visto también que mencionan, con gran profusión por cierto, la palabra «discreción». ¿He de entender por ello que… que nada se ha de hacer público sin mi consentimiento? Esta vez fue Tuppence quien hizo uso de la palabra.

—Creo —dijo sin mover un solo músculo de la cara— que lo mejor sería que miss Hargreaves contara primero *cuanto tenga que decir*.

El énfasis que puso en las últimas palabras hizo sonrojar nerviosamente a Lois Hargreaves.

—Sí —asintió Tommy—. Miss Robinson tiene razón. Debe usted decirnos cuanto sepa acerca del particular en la seguridad de que lo consideraremos como declaración estrictamente confidencial.

—Gracias. Le advierto que vine ya decidida a hablar con entera franqueza. Tengo una razón para no haber acudido, como me pidieron, a la policía. Mister Blunt, aquella caja de chocolatinas había sido enviada por alguien que vive en mi propia casa.

—¿Cómo lo sabe usted, *mademoiselle*? —Muy sencillamente. Tengo el hábito infantil de dibujar tres peces entrelazados en cualquier pedazo de papel que caiga en mis manos. Hará unos días llegó de Londres un paquete que contenía medias de seda. Estábamos desayunando. Acababa de resolver un crucigrama que venía en el periódico de la mañana y, sin darme cuenta, y antes de abrirlo, me puse a dibujar los dichosos pececillos en la etiqueta que venía pegada en la parte superior. No volví a acordarme de la ocurrencia hasta que al fijarme en el papel que envolvía las chocolatinas observé en él la punta de una etiqueta, el resto había sido arrancado, al parecer, y sobre ella, casi entero, mi ridículo dibujo. Tommy acercó su silla.

—Es muy serio lo que acaba de referir —dijo—. Crea, como usted ha dicho bien, una fuerte sospecha de que el remitente de los dulces es alguien que vive sin duda bajo su propio techo. Sin embargo, le ruego me perdone si insisto en decirle que no veo todavía motivo alguno que justifique su decisión de no acudir a la policía.

Lois Hargreaves le miró durante unos instantes serenamente a los ojos.

—Yo se lo diré, mister Blunt. Quizá necesite mantener este asunto en el más absoluto secreto.

—En ese caso —respondió Tommy, volviéndose a alejar—, ya veo que no está dispuesta a hacernos partícipes de sus sospechas.

—No sospecho de nadie en particular —dijo—. Admito sólo que

existe la posibilidad.

—Bien. Ahora, ¿quiere usted hacerme el favor de describirme detalladamente a todos cuantos hoy viven en la casa?

—Los sirvientes, con excepción de la doncella, son antiguos criados que han permanecido en la familia un gran número de años. Debo explicarle, mister Blunt, que he crecido junto a mi tía *lady* Radcliffe, cuyo marido le dejó al morir una inmensa fortuna. Fue él quien compró Thurnly Grange, pero a su muerte, ocurrida dos años después de haberse establecido allí, mi tía envió a buscarme y decidió que me quedase a vivir con ella. Al fin y al cabo, era yo el único pariente que le quedaba con vida. El otro huésped de la casa era Dennis Radcliffe, sobrino de su marido, y a quien siempre he llamado primo, no obstante no ligarme a él lazo alguno de consanguinidad. Tía Lucy tenía el propósito, con excepción de una pequeña suma destinada a atender mis gastos, de dejar todo su dinero a Dennis. Era dinero de los Radcliffe, decía, y a un Radcliffe, por lo tanto, debía ir a parar. Sin embargo, al cumplir Dennis los veintidós años, hubo una violenta disputa entre tía y sobrino, según creo por ciertas deudas que este había contraído, y al morir tía Lucy un año después quedé sorprendida al enterarme de que, contrariamente a lo que en principio decidiera, había testado a mi favor. Fue, lo sé, un gran golpe para Dennis y nadie como yo sintió tanto lo ocurrido. Quise hacer una declaración de renuncia, pero Dennis no la aceptó. No obstante, y cuando llegué a la mayoría de edad, me apresuré a hacer un testamento, poniéndole todo de nuevo a su nombre. Es lo menos que podía hacer por él. Así, si algo me ocurre, volverá Dennis a disfrutar de lo que en justicia le pertenece.

—Y…, ¿cuándo cumplió usted su mayoría de edad, si puede saberse?

—Hace exactamente tres semanas.

—¡Ah! —exclamó Tommy—. ¿Quiere usted darme ahora toda clase de particularidades acerca de los que viven en la casa en estos momentos?

—¿Criados o…?

—De todos.

—Los sirvientes, como he dicho, y con una sola excepción,

llevan muchos años en la casa. Está la vieja mistress Holloway, cocinera, y su sobrina Rose como ayudanta. Luego hay dos criados, también de edad, y Hannah, que lo fue de mi tía y que a mí me tiene un gran afecto. La doncella se llama Esther Quant, y parece una buena muchacha. En cuanto a no sirvientes, están miss Logan, que fue compañera de tía Lucy y que prácticamente es la que lleva la casa; Dennis, el capitán Radcliffe, de quien ya le he hablado, y una joven llamada Mary Chilcott, amiga mía del colegio, que ha venido a pasar una temporada con nosotros.

Tommy quedó pensativo unos instantes.

—Bien, todo parece estar claro, miss Hargreaves —dijo después —. Admito que no tenga usted un motivo especial para dudar de alguien en particular, pero…, ¿no es verdad también que existe en usted el temor de que no haya sido precisamente un criado quien haya tenido la mala ocurrencia de enviar esas chocolatinas?

—Eso es cierto, mister Blunt; pero sigo sin tener la menor idea de quién pudo haber sido el que empleó el pedazo de papel al que antes he hecho referencia.

—Entonces sólo queda una cosa por hacer, y es que yo me persone en el lugar del suceso. La muchacha le miró sorprendida.

—Sugiero —prosiguió Tommy después de pensar unos momentos— que prepare usted el camino para la llegada a su casa… digamos de Mr. y Mrs. Van Dusen, amigos suyos de Estados Unidos. ¿Podrá hacer esto sin despertar sospechas?

—¡Claro! ¿Cuándo vendrán ustedes? ¿Mañana… o pasado?

—Mejor mañana. No conviene que perdamos tiempo.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La muchacha se levantó y tendió una mano en señal de despedida.

—Una pequeña advertencia, miss Hargreaves. Ni una palabra a nadie, ¿me entiende usted bien?, a nadie, acerca de nuestra verdadera personalidad.

—¿Qué te parece todo esto, Tuppence? —preguntó Tommy después de haber acompañado a la visita hasta la puerta.

—Que no me gusta —respondió decididamente Tuppence—. En especial lo de que las chocolatinas hayan tenido esa cantidad tan

pequeña de arsénico.

—¿Qué quieres decir?

—¿Pero no lo ves, acaso? Todas esas chocolatinas las está distribuyendo alguien para dar la sensación de que hay un maníaco en la localidad. Así, cuando la muchacha fuese envenenada, que lo será tarde o temprano, todos creerían que se trataba meramente de la obra de un irresponsable. A no ser por ese pequeño detalle de los peces, ¿quién se habría imaginado que el envío de los dulces se había hecho desde la propia casa?

—Tienes razón. ¿Crees entonces que se trata de un complot contra la muchacha?

—Me temo que sí. Recuerdo haber leído algo acerca del testamento de *lady* Radcliffe y de la enorme cantidad de dinero que se relacionaba con él. Esa muchacha ha entrado en posesión de una inmensa fortuna.

—Si, y ya la has oído. Hace sólo tres semanas que testó en favor del capitán Radcliffe. ¿No te parece algo sospechoso? Este es el único que sale ganando con su muerte.

Tuppence asintió con un movimiento de cabeza.

—Y lo malo es que, por lo visto, ella lo sabe. Así se comprende que no haya querido poner el asunto en manos de la policía. Debe de estar muy enamorada de él para obrar en la forma que lo ha hecho.

—En ese caso —dijo Tommy, pensativo—, ¿por qué diablos no se casa con ella? La solución sería más sencilla y más segura.

Tuppence le miró fijamente unos segundos.

—Creo que has dicho una gran verdad —observó.

—¡Claro! ¿Por qué apelar al crimen cuando hay un medio legal de conseguir el mismo fin? Tuppence quedó pensativa.

—Ya lo tengo —anunció de pronto—. Con toda seguridad se habría casado con alguna camarera durante su estancia en Oxford. Esto explica asimismo el motivo de la riña con su tía.

—Entonces, ¿por qué no haber enviado también unos cuantos dulces a la camarera? —sugirió Tommy—. Habría sido lo más práctico. Por lo que más quieras, Tuppence, no tengas esa mala costumbre de establecer conclusiones antes de tiempo.

—No son conclusiones —replicó Tuppence con dignidad—. Son

deducciones. ¡Cómo se ve que esta es tu primera corrida, queridísimo esposo! Cuando lleves, como yo, algún tiempo en la arena…

Tommy le tiró a la cara el primer almohadón que halló a mano.

Capítulo XVIII
La muerte al acecho (Continuación)

Oye, Tuppence, ven en seguida. Era la hora del desayuno de la mañana siguiente. Tuppence abandonó apresuradamente sus habitaciones y se presentó en el comedor. Tommy se paseaba nervioso a lo largo de la estancia con un periódico entre las manos.

—¿Qué ocurre?

Tommy le entregó el diario señalándole uno de los encabezamientos de la primera plana. Decía así:

> *CASO MISTERIOSO DE ENVENENAMIENTO MUERTES PRODUCIDAS POR INGERIR EMPAREDADOS DE PASTA DE HIGOS*

Tuppence leyó al detalle la noticia. Esta misteriosa intoxicación por tomainas había ocurrido precisamente en Thurnly Grange. Los informes de las muertes ocurridas hasta el momento de la publicación se referían a miss Lois Hargreaves, la dueña de la casa, y a la camarera, Esther Quant. También decía que un tal capitán Radcliffe y una cierta miss Logan se hallaban en estado grave. La causa del cataclismo se atribuía a la pasta de higos empleada para la confección de unos emparedados. Una tal miss Chilcott, que se había abstenido de comerlos, no experimentó molestia alguna.

—Debemos salir al instante para Thurnly Grange —dijo Tommy —. ¡Esa muchacha! ¡Pobrecilla! ¿Por qué no se me habría ocurrido ir ayer en vez de hoy?

—De haberlo hecho —replicó Tuppence—, seguramente te habría dado la mala idea de probar los emparedados y estarías ya en el otro mundo. Bueno, no lo pensemos más. Aquí dice que Dennis Radcliffe es otro de los que resultaron intoxicados.

—¡El muy cochino…! No te quepa duda de que está haciendo

una comedia.

Llegaron a Thurnly Grange casi al mediodía, y una mujer entrada en años y con los ojos enrojecidos por el llanto, salió a abrirles la puerta.

—Óigame —se adelantó a decir Tommy—, no soy ningún periodista ni nada que se le parezca. Miss Hargreaves fue a visitarme ayer y me suplicó que viniese. ¿Hay alguien en la casa con quien yo pudiera entrevistarme?

—Si quiere usted hablar con el doctor Burton —contestó la mujer, muy recelosa—, está aquí en estos momentos. También está miss Chilcott. Ella es la que se encarga de recibir las visitas. Pero Tommy optó por la primera invitación.

—Prefiero hablar con el doctor Burton —dijo con acento autoritario—. Y, a ser posible, al instante.

La criada le condujo a un pequeño saloncito. Cinco minutos después se abrió la puerta y entró un hombre alto, canoso, de hombros encorvados y una honda preocupación reflejada en el rostro.

—¿Doctor Burton? —inquirió Tommy, entregándole su tarjeta profesional—. Miss Hargreaves me visitó ayer con referencia a unas chocolatinas envenenadas y vengo a investigar el asunto a requerimiento suyo. Demasiado tarde, por lo que tengo entendido.

El doctor Burton le miró con fijeza.

—¿Es usted el propio míster Blunt?

—Sí. Y esta es mi ayudante, miss Robinson.

El doctor hizo una ceremoniosa reverencia a Tuppence.

—En las presentes circunstancias, no creo necesario recurrir al empleo de la reticencia. De no ser por el episodio de las chocolatinas, yo hubiese dicho que las muertes se debieron a una fuerte intoxicación por tomainas; tomainas, dicho sea de paso, de un carácter en extremo virulentas. En todos los casos hay una gran inflamación intestinal, seguida de hemorragias. Antes de hacer mi dictamen, he decidido llevarme la pasta de higos para proceder a su debido análisis.

—¿Sospecha usted de intoxicación por arsénico?

—No. El veneno, si es que en realidad lo hay, es algo mucho más activo y de acción rápida. Más bien parece una potente toxina

vegetal.

—¡Ah! Quisiera preguntarle, doctor Burton, si está usted seguro de que el capitán Radcliffe sufre los efectos de una intoxicación análoga a la que usted acaba de citar. El doctor le miró fijamente unos instantes.

—El capitán Radcliffe no sufre ya los efectos de ninguna clase de envenenamiento.

—¡Ah! —exclamó Tommy—. Ya me…

—El capitán Radcliffe murió esta mañana a las cinco.

Tommy se quedó de una pieza.

—¿Y la otra víctima, miss Logan? —añadió el detective al ver que el doctor se disponía a partir.

—Habiendo sobrevivido hasta este momento, tengo todas las razones para creer que se repondrá totalmente. Siendo como es ya vieja, parece que el veneno no ha actuado con tanta virulencia. Ya le comunicaré el resultado del análisis, míster Blunt, mientras tanto, espero que miss Chilcott podrá ponerle al corriente de todo cuanto desee.

Al acabar de pronunciar esas palabras se abrió de nuevo la puerta y en ella apareció una joven. Era alta, con piel quemada por el sol y grandes y profundos ojos azules. El doctor hizo las necesarias presentaciones.

—Me alegro de que haya usted venido, míster Blunt —dijo Mary Chilcott—. Esto ha sido algo horrible. ¿Puedo serle de utilidad?

—Sí. ¿Se sabe de dónde vino esa pasta de higos?

—De Londres. Es una clase que, según parece, la piden aquí con frecuencia. Nadie sospechó que este tarro en particular difiriese en lo más mínimo de los demás que hasta ahora se han venido recibiendo. A mí personalmente me desagrada el sabor del higo. A ello se debe realmente mi inmunidad. Lo que no puedo comprender es cómo pudo resultar afectado Dennis habiendo salido precisamente a tomar el té fuera de casa. A no ser, claro que cabe en lo posible, que se le ocurriese tomar un emparedado a la vuelta.

Tommy sintió en el brazo la presión de los dedos de Tuppence.

—¿A qué hora regresó? —preguntó.

—No lo sé exactamente, pero en seguida puedo averiguarlo.

—No hace falta, miss Chilcott. Muchas gracias. ¿Tendría usted

inconveniente de que ahora interrogara a los criados?

—¡Claro que no! Puede usted hacer cuanto guste, míster Blunt. Y siento no poder ayudarle como quisiera, porque estoy deshecha. Dígame, usted no cree que haya habido aquí…, ¿cómo le diré…?, una mano criminal, ¿verdad?

—No sé qué pensar. Pronto lo sabremos.

—Sí, he oído decir al doctor Burton que piensa mandar analizar la pasta…

Dando una excusa, salió por el ventanal para dar unas órdenes a los jardineros.

—Tú ocúpate de los criados, Tuppence, mientras yo voy a echar un vistazo a la cocina. ¡Ahí!, oye, miss Chilcott dijo que estaba «deshecha», pero a mi no me lo pareció. ¿Y a ti?

Tuppence hizo un gesto de duda, pero se marchó sin responder.

Marido y mujer se reunieron media hora más tarde.

—Ahora confrontemos nuestros resultados —dijo el detective—. Los emparedados fueron servidos con el té y la camarera se comió uno de ellos. Todos sabemos cuáles fueron las consecuencias. La cocinera está segura de que Dennis Radcliffe no había vuelto a la hora en que salió a recoger el servicio. Qué extraño, ¿verdad? ¿Cómo pudo entonces haberse envenenado?

—Dennis llegó a las siete menos cuarto —añadió Tuppence—. La criada le vio desde una de las ventanas. Tomó un combinado antes de cenar, en la biblioteca. Hace sólo un momento que iban a retirar la copa, pero afortunadamente llegué a tiempo y se la quité a la criada de las manos. Dicen que fue después de tomar el combinado cuando Radcliffe empezó a sentirse mal.

—Bien —dijo Tommy—. Se la llevaremos al doctor Burton dentro de un momento. ¿Algo más?

—Me gustaría ver a Hannah, la criada de confianza de *lady* Radcliffe. He oído decir que es un poco rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—En que no anda muy bien de la cabeza.

—Bueno, vamos a verla.

Subieron al primer piso, donde Hannah tenía su propio saloncito de descanso. Allí la encontraron sentada en un amplio sillón de alto respaldo y con una Biblia abierta sobre las rodillas. Ni siquiera alzó

la mirada al entrar los dos desconocidos. Continuó leyendo para sí, aunque esta vez en voz alta.

—Dejad que ascuas encendidas caigan sobre sus cabezas y los sepulten en el Averno para que no puedan volver a levantarse jamás.

—¿Puedo hablar con usted unos minutos? —preguntó Tommy.

Hannah hizo un impaciente gesto con la mano.

—No es el momento oportuno —respondió—. El tiempo apremia. *Seguiré a mis enemigos y no me volveré hasta haberlos alcanzado y destruido*. Así está escrito. La palabra del Señor ha llegado hasta mí. Soy el azote del Señor.

—¿No te lo he dicho? —murmuró Tuppence al oído de su marido—. Loca como un cencerro.

Tommy cogió un libro que yacía abierto y boca abajo sobre una mesa. Miró el título, lo cerró y se lo puso tranquilamente en el bolsillo.

De pronto la vieja se levantó y se volvió a ellos en actitud amenazadora.

—¡Salgan de aquí! ¡La hora se acerca! El viento sopla hacia donde él quiere. Así destruyo yo. Perecerán los impíos. Esta es la morada del mal, ¡del mal, lo digo yo! ¡Guardaos de la cólera del Señor, cuyo instrumento soy!

Avanzó furiosa y Tommy, juzgando prudente no llevarle la contraria, optó por retirarse. Desde la puerta la vio sentarse de nuevo y continuar con la lectura.

—Me gustaría saber si esta vieja ha estado siempre así —dijo pensativo al abandonar la estancia.

De pronto sacó el libro que había guardado en el bolsillo y se lo entregó a Tuppence, diciendo:

—Fíjate en eso, y dime si no es lectura un tanto extraña para una criada ignorante.

—*Materia Médica* —leyó Tuppence—. Por Edward Logan. Un libro relativamente antiguo. ¿Qué te parece si nos fuésemos a ver a miss Logan? Dijo el doctor que se hallaba fuera de todo peligro.

—¿Quieres que se lo digamos a miss Chilcott?

No. ¿Para qué? Más vale que nos hagamos anunciar por medio de una cita.

Después de una breve espera, les anunciaron que miss Logan estaba dispuesta a recibirles. Entraron en una espaciosa alcoba cuyas ventanas daban al jardín. En la cama estaba acostada una anciana de blancos cabellos y una cara de facciones delicadas en las que se veían las huellas de un prolongado sufrimiento.

—He estado muy enferma —dijo con voz débil—, y no puedo hablar mucho tiempo. Ellen me dice que son ustedes detectives. Eso quiere decir que Lois fue a consultarles, ¿verdad? Me dijo que pensaba hacerlo.

—Es cierto, miss Logan —respondió Tommy—. Seremos lo más breves posible, pero quisiéramos que contestara a unas cuantas preguntas. ¿Cree usted que la criada Hannah está en sus cabales?

—¡Naturalmente! Quizá peque de un exceso de religiosidad, pero… nada más.

Tommy mostró el libro que había encontrado en el cuarto de aquella.

—¿Es esto suyo, miss Logan?

—Sí. Perteneció a mi padre, que era un eminente doctor. Fue uno de los introductores de la sueroterapia. En la débil voz de la anciana vibraba una nota de orgullo.

—Ya decía yo que recordaba ese nombre —mintió piadosamente Tommy—. ¿Se lo dejó usted a Hannah por casualidad?

—¿Yo? ¿A Hannah? —replicó la anciana irguiéndose con altivez —. ¿Acaso lo habría entendido? Todo cuanto hay en él es eminentemente técnico.

—Sí, ya lo he visto. Pero lo cierto es que lo encontré en las habitaciones de Hannah.

—¡Es una vergüenza! —añadió miss Logan—. Les tengo dicho que no me gusta que los criados anden tocando mis cosas.

—¿Dónde cree usted que debería estar?

—En el estante de mi saloncito de descanso. Espere… Es posible que me lo pidiera Mary. Esta muchacha ha sido siempre muy aficionada a la herboristería. Ya lleva hechos uno o dos experimentos en mi pequeña cocina. Porque tengo mi cocinilla propia, ¿no lo sabe?, donde acostumbro a hacer licores y conservas según la antigua usanza. La querida Lucy, me refiero a *lady* Radcliffe, estaba enamorada de una tisana que yo preparaba para

sus resfriados. La pobre Lucy era muy propensa a los constipados. Y también Dennis. ¡Pobre Dennis! Su padre era primo hermano mío.

Tommy interrumpió súbitamente esta clase de divagaciones.

—¿Dice usted que esa cocinilla es suya? ¿Hay alguien más que la use, aparte de miss Chilcott y de usted, como es natural?

—Sí, Hannah acostumbra a hacer aquí nuestro té matinal.

—Gracias, miss Logan —dijo Tommy—. Es cuanto tengo que preguntarle de momento y espero no haberla fatigado en exceso.

Abandonaron la alcoba y descendieron de nuevo al piso inferior.

—Aquí hay algo que no acabo de comprender —dijo Tommy frunciendo el ceño.

—A mí me da miedo la casa —contestó Tuppence, que no pudo reprimir un involuntario estremecimiento—. Más vale que salgamos a ver si el aire puro nos despeja un poco y podemos pensar con mayor claridad.

Tommy asintió, y el matrimonio se puso en marcha. Fueron primero a casa del doctor, donde dejaron la copa en que Dennis bebió su último combinado. Después se dedicaron a caminar a campo traviesa, discutiendo punto por punto todos los aspectos del caso.

—No sé por qué —arguyó Tommy—, pero me siento un poco culpable de lo ocurrido.

—¡Niñerías! —respondió Tuppence—. ¿Acaso no has hecho lo que has podido? ¿No recomendaste a Lois Hargreaves que pusiera el asunto en manos de Scotland Yard? De no haber venido a nosotros, puedes tener la seguridad de que tampoco hubiese hecho nada.

—Y el resultado habría sido el mismo. Sí, tienes razón, Tuppence. Es morboso reprocharse a sí mismo cosas que en realidad no se pueden evitar. Lo único que ahora quisiera es dar con la clave de este misterio.

—Lo cual no es tan fácil como parece.

—Tú lo has dicho. Son muchas las posibilidades, pero ninguna consigue llegar a la categoría de probable. Una de ellas, por ejemplo, la de que hubiese sido Dennis Radcliffe quien pusiera el veneno en los emparedados. Sabía de antemano que no iba a estar presente en el té. Todo perfectamente admisible, ¿verdad?

—Sí —replicó Tuppence—, pero contra eso hay el hecho de que

él mismo resultó envenenado, lo cual le elimina por completo de la lista de sospechosos. Hay una persona, sin embargo, que no debemos olvidar ni por un momento, y esta es Hannah.

—¿Hannah?

—Hay personas que cometen toda suerte de rarezas cuando están atacadas de manía religiosa.

—Es cierto, y creo que debiéramos poner nuestras dudas en conocimiento del doctor Burton.

—Pero, según miss Logan —prosiguió Tuppence—, nunca, con seguridad, había dado muestras de perturbación mental.

—Es así precisamente cómo esta enfermedad se manifiesta en cierta clase de sujetos. A lo mejor se pasan años sin mostrar más síntomas que el de cantar himnos, pongo por caso, encerrados en sus habitaciones, y de pronto y sin causa justificada alguna, se tornan violentos y cometen toda suerte de atrocidades.

—Existen, en realidad, más pruebas contra Hannah que contra cualquier otra —dijo pensativa Tuppence—; pero tengo una idea. Se detuvo.

—Di… —le animó a proseguir Tommy.

—No es totalmente una idea. Se trata más bien de un prejuicio.

—¿Un prejuicio contra alguien?

Tuppence asintió con un significativo movimiento de cabeza.

—Tommy, ¿te gustó Mary Chilcott? Tommy reflexionó unos instantes.

—Creo que si —respondió—. Me dio la sensación de ser una muchacha cabal y práctica, quizá demasiado práctica, pero digna de toda confianza.

—¿No te extrañó un poco verla tan tranquila y como si nada hubiese ocurrido?

—Sí, pero eso más que perjudicarla la favorece. De haber hecho algo, sin duda se habría mostrado más inquieta y preocupada.

—También yo lo creo así —dijo Tuppence—. De todos modos, no veo qué ventaja podría haber sacado de esa masacre.

—Supongo que las criadas nada tendrán que ver con este asunto.

—No creo. Lo que sí me gustaría saber es cómo era Esther Quant, la camarera. Oye, ¿te fijaste en una serie de manchitas encarnadas que miss Logan tenía en el brazo?

—No. ¿Qué tienes que decir de ellas?

—Nada, sino que parecían señales de inyecciones hipodérmicas —contestó Tuppence.

—Se las habrá puesto, sin duda, el doctor.

—¿Tantas? —¿Por qué dices «tantas»?

—Porque eran por lo menos treinta o cuarenta.

—Quién sabe si es aficionada a los estupefacientes… —sugirió Tommy.

—Fue en lo primero que pensé —respondió Tuppence—, pero en los ojos no tenía ese extraño fulgor que generalmente acompaña al uso de la cocaína o de la morfina. Además, no me parece el tipo apropiado para esa clase de degeneraciones.

—Es verdad —convino Tommy.

—Esto está resultando más difícil de lo que me figuré —dijo Tuppence—. Hemos hablado y hablado, pero no adelantamos un solo centímetro de terreno. Lo mejor es que pasemos ahora mismo por la casa del doctor.

Al llegar a ella abrió la puerta un joven larguirucho de unos quince años de edad.

—¿Míster Blunt? —inquirió—. Sí, el doctor ha salido; pero dejó esta nota para usted.

Le entregó un papel que Tommy abrió sin perder un instante. Decía así:

> *Querido míster Blunt:*
>
> *Hay motivos para creer que el veneno fue el ricino, foxalbumosa vegetal de gran potencia. Sírvase guardar reserva sobre este particular de momento.*

—¿Ricino? —murmuró—. ¿Sabes algo de él, Tuppence? Tú estabas versada en todas estas materias.

—¿Ricino? —se preguntó ella, pensativa—. Sí, creo que se extrae del aceite del mismo nombre.

—Y que, dicho sea de paso, no fue nunca santo de mi devoción —comentó Tommy—. Y con lo que acabo de enterarme, mucho menos.

—El aceite está bien; pero el ricino en sí puede extraerse directamente de las mismas semillas de la planta. Creo haber visto algunas de estas en el jardín esta mañana, unas plantas grandes con hojas muy lustrosas y brillantes.

—¿Quieres decir que alguien se entretuvo en extraer el veneno en esta misma casa? ¿No habrá sido Hannah? Tuppence movió negativamente la cabeza.

—No, es demasiado ignorante para intentar hacer una cosa así.

De pronto, Tommy lanzó una exclamación.

—¡El libro! —dijo—. ¿Lo tendré todavía en el bolsillo? Sí, aquí está.

Lo sacó y se puso a hojear ansiosamente las páginas.

—¿Puedes descifrar algo de estos jeroglíficos que hay aquí? —preguntó—. Yo, no.

—Sí, hombre, está tan claro como el agua —contestó Tuppence.

Se puso a caminar abstraída en la lectura y con una mano sobre el hombro de Tommy, que le servía como de lazarillo. Después de un buen rato cerró el libro con estrépito. Habían llegado de nuevo a la casa.

—Tommy, deja este asunto en mis manos. Por una vez quiero ser el toro que lleva ya más de veinte minutos en la arena. Tommy asintió.

—Bien. Tú serás la capitana de la nave —dijo con seriedad—. Es preciso llegar pronto al fondo de este misterio.

—Primeramente —explicó Tuppence al mismo tiempo que cruzaban el umbral de la fatídica morada—, deja que entre sola a hacerle unas cuantas preguntas a miss Logan.

Subió las escaleras seguida de Tommy, que se detuvo en el descansillo. Después de golpear con los nudillos en la puerta, Tuppence penetró resueltamente en la estancia.

—¡Ah!, ¿es usted, querida? —exclamó la enferma—. ¿No le parece que es demasiado joven y bonita para desempeñar un cargo tan repulsivo como el de detective? ¿Ha encontrado usted algo?

—Sí —contestó Tuppence—, bastante.

Miss Logan la miró expectante.

—De bonita sé muy bien que no tengo nada —comentó Tuppence—, y aunque joven, debo decirle que he prestado servicios

como enfermera durante la guerra y conozco, por lo tanto, algo acerca de la sueroterapia. Sé, por ejemplo, que cuando el ricino es inyectado hipodérmicamente, y en pequeñas dosis, en el organismo, se consigue la inmunización del sujeto sometido al experimento. Usted también lo sabe, miss Logan, y por eso se ha estado inyectando ricino durante algún tiempo. Para poder someterse sin peligro al mismo envenenamiento que sufrieron los demás. Usted ayudaba a su padre en su trabajo y conocía las propiedades del ricino y hasta el modo de extraerlo de las semillas de la planta. Usted escogió precisamente el día en que Dennis salió a tomar el té fuera de casa. ¡Claro! No convenía que fuese envenenado al mismo tiempo que los demás por temor a que su muerte ocurriese antes que la de Louis Hargreaves. Muriendo ella primero, él heredaba una fortuna que a su muerte, pasaría, indudablemente, a poder de su pariente más próximo. ¿Quién? No se olvide que usted misma nos dijo esta mañana precisamente el parentesco que le unía con los Radcliffe.

La anciana se quedó mirando a Tuppence con ojos centelleantes.

De pronto, una figura siniestra apareció en el umbral de la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Era Hannah, que llevaba en la mano una antorcha encendida que agitaba amenazadoramente.

—La verdad ha hablado. Esa es la malvada. La vi leyendo un libro, sonreírse para sí, y supuse lo que estaba pensando. Encontré después libro y página, que nada decían para mí. Pero la voz del Señor ha sonado en mi oído. Esta mujer odiaba a mi señorita Lois. Pero los réprobos han de perecer consumidos por el fuego, y aquí estoy para cumplir las órdenes del Señor.

Dando un salto se dirigió presurosa al lecho ocupado por la anciana, la cual, asustada, empezó a proferir aullidos de espanto.

—¡Llévensela de aquí, llévensela! —gritó—. ¡Es cierto lo que dice, pero llévensela!

Tuppence se lanzó sobre la iracunda Hannah, pero antes de que consiguiese arrancar la antorcha de sus manos y apagarla contra el suelo, esta había conseguido prender fuego a los cortinajes que pendían sobre la cama. Sin embargo, la conmoción llegó a oídos de Tommy, que penetró rápidamente en la estancia y, arrancando las

colgaduras, consiguió evitar que el fuego se propagara al resto de los objetos que había en la alcoba. Después acudió en ayuda de Tuppence y entre los dos lograron subyugar a Hannah en el momento en que el doctor, advertido del estrépito, subía apresuradamente las escaleras.

Pocas palabras fueron suficientes para ponerle al corriente de los hechos.

Corrió al lado de miss Logan, pero al tomarle el pulso lanzó una pequeña exclamación.

—El choque del fuego ha sido demasiado fuerte para su corazón. Ha muerto. Después de todo, y dadas las circunstancias, creo que es lo mejor que le podía haber sucedido. Se detuvo unos instantes y luego añadió:

—Había cierta cantidad de ricino también en el vaso que me enviaron.

—Ha dicho bien el doctor —dijo Tommy después de haber dejado a Hannah bajo el cuidado de Burton, y como se encontrara de nuevo a solas con su mujer en el descansillo de la escalera, añadió—: Es lo mejor que podía haberle ocurrido. Tuppence, has estado como de costumbre, sencillamente maravillosa.

—Como has visto, no ha habido necesidad de representar el papel de Hanaud —replicó Tuppence.

—No, el asunto era muy serio para andarse con teatralerías. Pero vuelvo a repetirte: has estado inconmensurable. Empleando una cita muy inteligente, te diré: «Que es una gran ventaja la de ser inteligente sin parecerlo».

—Tommy —le contestó Tuppence, echándole una mirada de basilisco—, eres un perfecto animal.

Capítulo XIX
Coartada irrebatible

Tommy y Tuppence estaban entretenidos en leer su correspondencia. De pronto, Tuppence lanzó una exclamación y pasó a su esposo la carta que en aquel momento tenía entre las manos.

—Un nuevo cliente —dijo con orgullo.

—¡Ja! —respondió Tommy después de haberse enterado de su contenido—. ¿Qué consecuencia podemos sacar de su lectura, Watson? Muy poca, con excepción del hecho de que mister…, ¿cómo dice que se llama? ¡Ah, si!, Montgomery Jones, es un educado a lo rico, a juzgar por su deplorable ortografía.

—¿Montgomery Jones…? —se preguntó Tuppence—. ¿Qué es lo que sabemos acerca de alguien que se llame Montgomery Jones? ¡Ah, sí, ahora me acuerdo! Creo haber oído mencionar este nombre a Jane Saint Vincent. Su madre era una tal *lady* Aileen Montgomery, muy encopetada y llena de condecoraciones, que se casó con un hombre muy rico.

—Vamos, la vieja historia. ¿A qué hora dice que quiere vernos este mister J. M.? ¡Ah!, a las once y media.

Exactamente a la hora indicada, un joven muy alto, de aspecto amable e ingenuo, entró en el recibidor y se dirigió a Albert, el mensajero de la oficina.

—Escuche, jovencito. ¿Puedo ver… a mister Blunt?

—¿Tiene usted alguna hora convenida previamente para verle? —preguntó Albert.

—Pues… le diré. Si, creo que sí. Quiero decir que le escribí una carta y…

—¿Cuál es su nombre, caballero?

—Míster Montgomery Jones.

—Voy a comunicárselo a mister Blunt. Volvió después de un breve intervalo.

—Dice que tenga la bondad de esperar unos instantes. Míster Blunt está ahora ocupadísimo con una importante conferencia.

—Bien, bien. Esperaré.

Habiendo, así lo esperaba, impresionado suficientemente a su cliente, Tommy oprimió el pulsador que había en su mesa y Albert condujo a mister Montgomery Jones al despacho privado de su jefe.

Tommy se levantó y, después de estrechar calurosamente la mano del visitante, le hizo señas de que tomase asiento.

—Ahora, mister Montgomery Jones, usted dirá a qué debo el honor de su agradable visita —añadió Tommy vivamente.

Mister Montgomery Jones dirigió una inquieta mirada en dirección al tercer ocupante de la habitación.

—Esta es mi secretaria confidencial, miss Robinson —dijo Tommy—, y puede usted hablar delante de ella con entera libertad. Supongo que el asunto que le trae aquí es familiar y de naturaleza un tanto delicada, si me permite calificarlo así.

—Pues… no, no es eso exactamente —contestó mister Montgomery Jones.

—Me sorprende —replicó Tommy—. Espero que no se trate de algún grave aprieto personal. —¡Oh, no!

—En ese caso le agradecería se sirviera exponerme los hechos con la mayor sencillez posible.

Esto, sin embargo, era algo que, aparentemente, mister Montgomery Jones no sabía hacer.

—Es algo enrevesado lo que tengo que comunicarle —dijo con cierto titubeo—, y no sé cómo empezar a relatárselo.

—Quiero poner en su conocimiento que no nos dedicamos a asuntos en que vaya involucrado el divorcio —advirtió Tommy.

—¡Oh, no!, no se trata de nada de eso. Se trata simplemente de… no sé cómo llamarlo… de una especie de… broma.

—¿Alguna broma pesada de carácter un tanto misterioso?

—No, tampoco.

—Entonces —añadió Tommy batiéndose discretamente en retirada— tómese el tiempo que crea conveniente y díganos después

de qué se trata. Hubo una pausa.

—Pues —prosiguió al fin mister Jones— el caso ocurrió durante una cena. Yo estaba sentado al lado de una muchacha.

—Muy bien —añadió Tommy tratando de alentarle.

—Ella es, no sé cómo describirla, es la mujer más simpática y desenvuelta que he conocido en mi vida. Venía de Australia y comparte con una amiga un pisito de la calle Clarges. No puedo explicar la impresión tan profunda que esa muchacha llegó a producir en mí.

—Nos la podemos imaginar, mister Jones —intercaló Tuppence.

Veía claramente que era inútil tratar de extraer nada definitivo del joven Montgomery sin añadir un toque femenino al método tosco y materialista empleado por su marido.

—Sí, le comprendemos perfectamente —añadió.

—Como les digo, todo ocurrió sin que ni siquiera me diese cuenta de cómo ni por qué. Había en mi vida otra muchacha, mejor dicho, dos. Una era alegre y festiva, pero con una barbilla que no me acababa de gustar. Bailaba maravillosamente, eso sí. La otra era una artista del Frivolity. Muy simpática, muy cariñosa, pero del corte de las que producen grandes fricciones en el seno de una familia como la mía. No es que en realidad tuviese yo ganas de casarme con ninguna de ellas, pero…, ¿qué quería usted? Seguí disfrutando de su amistad hasta que un día, como por arte de encantamiento, me encontré sentado Junto a la joven a que antes hice referencia y…

—No siga —interrumpió Tuppence—. Un nuevo mundo pareció surgir ante sus ojos.

Tommy se agitó impaciente en su silla. Estaba un tanto aburrido de oír aquella insípida historia de los amores del joven Montgomery.

—Usted lo ha dicho, señorita —respondió este—. Es exactamente lo que yo sentí en aquel momento. Sólo que… ella no pareció fijarse mucho en mí. Era natural. ¿Quién era yo para una mujer tan encantadora como aquella? Esta es la razón por la que he decidido seguir adelante con este asunto. Es mi única oportunidad. Se trata de una señorita incapaz de echarse atrás en su palabra.

—Bien, tenga la seguridad de que le desearemos toda la suerte

del mundo en su empresa —insistió Tuppence con amabilidad—, pero…, ¿se puede saber qué es lo que quiere que hagamos nosotros?

—¡Ah!, ¿no lo he dicho?

—Que yo sepa, no —contestó Tommy.

—Pues es lo siguiente. Estábamos un día hablando de historias policíacas. Una, así se llama la joven, es una gran aficionada a este género de novelas. Discutimos acerca de una cuyo argumento giraba alrededor de una coartada. Después dije, no ella, mejor dicho, no recuerdo, no sé con seguridad quién de los dos…

—No importa quién lo dijera. Siga usted —interpuso Tuppence.

—Yo decía que la coartada era una cosa sumamente difícil de preparar. Ella opinaba lo contrario. Llegamos a acalorarnos y de pronto ella exclamó: «No se hable más del asunto. Voy a hacer una proposición un tanto arriesgada para mí. ¿Qué se apuesta a que soy capaz de forjar una coartada que nadie pueda rebatir?».

»—Lo que usted quiera —contesté.

»—No. Le concedo el derecho de elección.

»—Pues bien. Lo que usted pide contra… contra su mano. ¿Acepta?

»Ella se echó a reír.

»—No sé si sabrá que vengo de familia de jugadores —dijo—. Acepto.

—¿Y bien…? —insinuó Tuppence al ver que aquel se detenía y la miraba con ojos de súplica.

—¿Acaso no ven lo que quiero decir? El asunto está ahora en mis manos y es la única oportunidad que tengo de conseguir a una mujer como esa. No tienen ustedes idea de lo decidida que es. El verano pasado salió a pasear en lancha con unos amigos y alguien apostó a que no se atrevería a lanzarse vestida al mar y nadar hasta la orilla. Pues lo hizo.

—Es una proposición muy curiosa —dijo Tommy—, pero todavía no acabo de comprender su alcance.

—No puede ser más sencilla —añadió Montgomery Jones—. Se trata de algo que estarán ustedes cansados de hacer a diario. Destruir coartadas.

—Sí, sí, claro —contestó Tommy—. Esa es una de las fases de nuestro trabajo.

—Alguien ha de hacerlo por mí, porque yo, señores, me siento completamente incapaz de resolver problemas de esta naturaleza. Para ustedes esto no pasa de ser un mero juego infantil. Para mí, en cambio, es asunto de suma importancia. Pagaré, como es natural, toda suerte de gastos en que incurran, y si los resultados son satisfactorios, cualquier cantidad que se dignen ustedes estipular.

—Está bien —dijo Tuppence—. Creo que mister Blunt se encargará de su caso.

—Sí, sí —corroboró Tommy—. Me haré cargo de él.

Mister Montgomery Jones soltó un suspiro de alivio, sacó un montón de papeles del bolsillo y separó uno.

—Aquí está —dijo—. Es de ella y reza así: «Le envió una prueba de cómo logré estar en dos sitios diferentes al mismo tiempo. Según una de las versiones, yo comí sola en el restaurante Bon Temps, del Soho, y fui al teatro Duke y cené en el Savoy con mister Le Marchant. Pero también estuve en el Hotel Castle, en Torquay, y no volví a Londres hasta primera hora de la mañana siguiente. A usted le corresponde probar cuál de las dos historias es la verdadera y el modo como me las compuse para llevar a cabo la otra».

»Bien —prosiguió Montgomery Jones al terminar de leer—. Supongo que sabe ya lo que tiene que hacer.

—Sí, sí —respondió Tommy—. Es un problema reconfortante, y de lo más ingenuo que pueda darse, por añadidura.

—Aquí tiene usted un retrato de Una. Le será muy útil llevarlo consigo.

—¿Cuál es el nombre completo de la joven? —inquirió Tommy.

—Miss Una Drake. Y sus señas, calle Clarges, numero180.

—Gracias —dijo Tommy—. Tenga la seguridad de que pondré todo mi empeño en su caso y espero que no he de tardar en poder comunicarle algo satisfactorio.

—Muchísimas gracias —respondió Montgomery Jones levantándose y estrechándole la mano—. No sabe usted el peso que me ha quitado de encima.

Después de acompañar hasta la puerta a su cliente, Tommy volvió al despacho interior, donde encontró a Tuppence, atareada en revisar detenidamente los clásicos de la biblioteca.

—Inspector French —dijo Tuppence.

—¿Eh?

—Nada. Que es un caso a propósito para el inspector French. Siempre anda ocupado en la destrucción de coartadas. Conozco su sistema. Hemos de leer detenidamente los detalles y luego comprobarlos uno por uno. Por muy naturales que nos parezcan, no resisten, por lo general, un escrupuloso análisis.

—No creo que tengamos gran dificultad en resolver este jeroglífico —asintió Tommy—. Quiero decir que, sabiendo que una de las historias es falsa, tenemos ya un buen punto de partida. Pero hay una cosa que me preocupa.

—¿Cuál?

—La muchacha. Vamos a obligarla a casarse con ese hombre, lo quiera o no.

—Entonces, veo que eres todavía un perfecto pipiolo. Las mujeres no son nunca lo arriesgadas que pretenden aparentar. De no haber estado dispuesta a casarse con ese hombre, por muy calabacín que pueda parecerte, jamás habría aceptado una proposición así. Créeme, Tommy, ella se casará con él con más entusiasmo y respeto si gana la apuesta, que esperando un arranque que jamás ha de llegar. —Cualquiera diría que eres doña Sabelotodo.

—Pues lo soy, aunque tú no lo creas.

—Está bien. Ahora examinemos nuestros datos —dijo Tommy recogiendo los papeles—. Primero la fotografía. ¡Hum! Estupenda muchacha, y estupenda reproducción.

—Debes llevar también las de otras muchachas.

—¿Las de otras muchachas? ¿Para qué?

—Para enseñárselas todas juntas a los camareros y ver si consiguen reconocer a la verdadera.

—¿Y esperas que lo hagan? —preguntó Tommy.

—Al menos eso es lo que ocurre casi siempre en los libros.

—Es una pena que la vida real sea tan diferente de la ficción. Pero sigamos. ¿Qué es lo que tenemos aquí? Ah, sí, este es el lote de Londres. Comió en el Bon Temps a las siete treinta. Fue al teatro Duke y vio el *Delphiniums Bine*. Incluye la entrada. Cenó en el Savoy con mister Le Marchant. Creo que podríamos entrevistarnos con mister Le Marchant.

—¿Para qué? —objetó Tuppence—. ¿No comprendes que si es un amigo de ella forzosamente habrá de seguirle el juego? Descartemos cuanto este pueda decir de momento.

—Bien, entonces vamos al capítulo de Torquay. A las doce tomó el tren en Paddington, comiendo en el vagón restaurante. Adjunta recibo del mismo. Se hospedó en el Hotel Castle durante la noche. También incluye la cuenta correspondiente.

—Todo esto me parece poco consistente. Cualquiera puede comprar una entrada de teatro sin acercarse siquiera a él. La muchacha se limitó a ir a Torquay. Todo el asunto de Londres es una farsa.

—Si es así, tenemos tarea para rato —contestó Tommy—. Insisto en que veamos primero a ese mister Le Marchant.

Este resultó ser un joven campechano y jovial que no mostró sorpresa alguna al verse objeto de la atención del matrimonio.

—Sí, es cierto que Una se trae algo entre manos —repuso—. ¿Qué? No lo sé.

—Tengo entendido, mister Le Marchant —inquirió Tommy—, que miss Drake cenó con usted en el Savoy el martes pasado.

—Es cierto. Recuerdo que fue el martes porque Una lo recalcó y hasta me lo hizo escribir en mi librito de notas.

Con cierto orgullo mostró un pequeño apunte hecho con lápiz que decía así: «Cenando con Una, Savoy, martes, 19».

—¿Sabe usted dónde estuvo miss Drake antes de esa hora?

—Sí, viendo una función que se llamaba *Pink Peonies* o algo por el estilo. Un desastre, según ella misma me confesó.

—¿Está usted completamente seguro de que miss Drake estuvo con usted la noche que he mencionado? Le Marchant le miró sorprendido.

—¡Hombre, qué pregunta! ¿No le acabo de decir que sí?

—Quizá lo dijera usted por mera insinuación de ella —intercaló Tuppence.

—No. lo que he dicho es la pura verdad. Ahora bien, en el curso de la cena ocurrió algo que me llamó verdaderamente la atención. Me dijo algo así como: «Tú crees que estás cenando ahora conmigo, ¿verdad, Jimmy? Pues en realidad yo estoy cenando en estos momentos a trescientos kilómetros de aquí. En Devonshire». ¿No les

parece a ustedes algo raro todo esto? Y lo gracioso es que un amigo mío que estaba allí precisamente, un tal Dicky Rice, dice haberla visto esa misma tarde.

—¿Quién es ese míster Rice?

—Ya le he dicho, un amigo mío. Había ido a Torquay, a casa de una tía suya. Una anciana que hace años que se está muriendo, pero que no acaba de morirse. Dicky había ido allí para desempeñar el papel de pariente abnegado y cariñoso. Al volver me dijo: «He visto a esa muchacha australiana que dicen que se llama Una. Quise hablar con ella, pero mi tía no me dejó». Y yo le pregunté: «¿Cuándo fue eso?». «Ah, el martes, a la hora del té», me contestó. Le dije, como es natural, que se había equivocado, pero…, ¿no encuentra usted un poco raro todo esto después de lo que me dijo Una?

—Si, muy raro —contestó Tommy—. Dígame, míster Le Marchant, ¿había algún conocido suyo cerca, la noche que cenaron juntos en el Savoy?

—En la mesa inmediata a la nuestra estaba la familia de los Ogiander.

—¿Conocen a miss Drake?

—Si.

—Bien, si no tiene usted nada más que contarnos, míster Le Marchant, sólo nos resta darle las gracias y despedirnos.

—O ese joven es un solemnísimo embustero y un artista consumado —dijo Tommy al llegar a la calle—, o habría que admitir que es verdad cuanto acaba de contar.

—SÍ —hubo de reconocer Tuppence—. He cambiado de opinión. Ahora tengo casi la seguridad de que Una Drake cenó aquella noche con Le Marchant en el Savoy.

—Bueno, vamos al Bon Temps y echemos un poco de lastre en los estómagos que falta nos hace. Pero primero tratemos de encontrar esos otros retratos de que me hablaste.

Esta tarea resultó un poco más difícil de lo que en principio se creyó. El fotógrafo a quien acudieron se negó rotundamente a acceder a su ruego y los despidió con cajas destempladas.

—¿Por qué todas estas cosas han de ser tan fáciles en los libros y en cambio no lo son en la vida real? —se lamentaba Tuppence—.

¿Has visto cómo nos miraba ese mamarracho? ¿Qué creería él que íbamos a hacer con las fotografías en nuestro poder? Lo mejor será que vayamos a ver a Jane.

Esta, al menos, los recibió complacida y les permitió seleccionar unos cuantos retratos de antiguas amigas, arrinconados en uno de los cajones de su armario.

Armados con esta galaxia de bellezas femeninas se dirigieron al Bon Temps, donde nuevos y más costosos contratiempos les aguardaban. Tommy hubo de entrevistarse separadamente con cada uno de los camareros y enseñarles los retratos. Los resultados fueron desoladores. Por lo menos tres de las muchachas fueron señaladas como presentes en el restaurante en la noche del martes. Volvieron a la oficina y Tuppence se enfrascó en la lectura de una guía de ferrocarriles.

—Paddington a las doce. Torquay a las tres treinta y cinco. Ese es el tren que debió tomar para que el amigo de Le Marchant, míster como se llame, la viera allí a la hora del té.

—No olvides que no hemos comprobado todavía esta declaración —dijo Tommy—. Si, como tú dijiste al principio. Le Marchant es amigo de Una Drake, es muy posible que haya sido él quien inventara esa historia.

—Bien, tratemos de encontrar a ese amigo de Le Marchant, porque tengo el presentimiento de que cuanto este ha dicho es verdad. No, lo que ahora trato de compaginar es lo siguiente.

Una sale de Londres en el tren de las doce, toma el tren de vuelta y llega a Londres a tiempo para asistir al Savoy. Hay un tren a las cuatro cuarenta que la deja en Torquay, y alquila una habitación en el hotel. Después llega a Paddington a las nueve y diez.

—¿Y después? —preguntó Tommy.

—Después —añadió Tuppence frunciendo el ceño— la cosa vuelve a ponerse difícil. Hay un tren que llega de Paddington a las doce de la noche, pero… No creo que hubiese podido tomar ese.

—¿Y qué me dices de haber hecho la travesía en un coche, un coche potente y rápido?

—¡Hummm! —gruñó Tuppence—. Son por lo menos trescientos kilómetros.

—He oído decir que los australianos son muy temerarios conduciendo.

—Sí… es posible. De ese modo habría llegado allí a eso de las siete.

—Pero, oye, ¿tú crees que a esa hora haya podido llegar al Hotel Castle y se haya metido en la cama sin que nadie la viera?

—Tommy —dijo Tuppence—, somos unos idiotas. No tuvo necesidad de volver para nada a Torquay. Lo único que sin duda haría es mandar a un amigo para que recogiera el equipaje y pagase la cuenta. Así se explica lo del recibo fechado y firmado por el administrador del hotel. ¿Qué te parece?

—Que la teoría, en conjunto, no carece de lógica —respondió Tommy—. Lo inmediato ahora es tomar mañana el tren de las doce que sale para Torquay y comprobar allí nuestras brillantes conclusiones.

Provistos de una cartera que contenía las fotografías, Tommy y Tuppence se instalaron a la mañana siguiente en el tren y reservaron dos asientos para el segundo turno del vagón restaurante.

—Lo más probable es que los sirvientes del comedor no sean los mismos que los del último martes —observó Tommy—, y que tengamos que repetir el viaje, vete a saber cuántas veces, para encontrarlos.

—Este asunto de la coartada va a acabar por convertirse en algo fastidioso —contestó Tuppence—. Y lo gracioso es que en los libros se resuelve todo en un abrir y cerrar de ojos.

La suerte, sin embargo, pareció favorecerles esta vez. El camarero que los servía resultó ser el mismo que había estado de turno el martes precedente. Después entró en acción el «golpe», como le llamaba Tommy, de los diez chelines y Tuppence sacó a relucir su cartera.

—Quiero saber —dijo Tommy— si alguna de estas señoritas comió aquí el martes pasado.

En forma complaciente, digna de la mejor ficción detectivesca, el hombre escogió sin titubear la fotografía de Una Drake.

—Sí, señor, recuerdo haber visto a esta señorita, como también recuerdo que fue el martes, pues ella insistió en dicho detalle

diciendo que era precisamente el día de suerte para ella.

—Hasta ahora todo está en regla —dijo Tuppence al encontrarse de nuevo en el compartimiento—; y probablemente nos encontraremos con que en realidad se inscribió en el libro de registro de hotel. Lo difícil de comprobar va a ser su vuelta a Londres, aunque quizás alguno de los mozos de estación la recuerde.

Aquí la cosa no fue tan bien. Después de un reparto preliminar de medias coronas a todos los empleados, sólo dos de estos consiguieron escoger fotografías que, a su juicio, tenían una *vaga semejanza* con dos personas que tomaron el tren de las cuatro cuarenta para Londres en la mencionada tarde. Ninguna de las dos resultó ser la que buscaban con tanto afán.

—Esto no quiere decir nada —dijo Tuppence después de salir de la estación—. Es posible que haya viajado en dicho tren y que nadie se haya dado cuenta de su presencia.

—O también que subiera en Torre, que es la siguiente estación —observó Tommy.

—También —asintió Tuppence—. En fin, espero que todo esto lo podamos resolver cuando lleguemos al hotel.

El Hotel Castle era un hermoso edificio situado al borde mismo de la playa. Después de haber solicitado una habitación y firmado en el registro, Tommy hizo al desgaire la siguiente observación:

—Si no me equivoco, creo que una amiga nuestra estuvo aquí el martes pasado; ¿no es así? Miss Una Drake.

La joven que atendía la recepción dibujó una de sus más encantadoras sonrisas.

—Sí —contestó—; la recuerdo muy bien; australiana, ¿verdad?

A una señal de Tommy, Tuppence sacó a relucir la consabida fotografía.

—¿Qué le parece este retrato?

—¡Oh, magnífico! Es ella, no hay duda.

—¿Permaneció aquí mucho tiempo?

—No, sólo una noche. Salió a la mañana siguiente en el expreso de Londres. Por lo visto a estas australianas no les asustan las distancias.

—Si, son muy amigas de la aventura —respondió Tommy—.

¿Fue aquí donde salió a cenar con unos amigos y donde el coche en que iban cayó en una zanja y les impidió regresar hasta la mañana siguiente?

—No —respondió la empleada—. Miss Drake cenó aquí, en el hotel.

—¿Esta usted segura? —preguntó Tommy—. Quiero decir, ¿cómo lo sabe usted?

—Porque la vi.

—Lo preguntaba porque tenía entendido que cenó con unos amigos en Torquay.

—No, señor, cenó aquí —replicó la joven ruborizándose ligeramente—. Recuerdo que llevaba un precioso traje de muselina de margaritas.

—Tuppence, esto echa por tierra todas nuestras teorías —dijo Tommy al hallarse a solas con su esposa en el cuarto que les habían destinado.

—Así parece —respondió Tuppence—. Claro que también es posible que esa mujer se haya equivocado. Se lo volveremos a preguntar luego al camarero. No creo que haya habido aquí mucha gente en esta época del año.

Al llegar la hora de cenar fue Tuppence quien inició el ataque.

—¿Puede usted decirme —dijo al camarero que se acercó a servirles— si el martes cenó aquí una amiga mía? Se llamaba Una Drake y vestía un traje con adornos de flores, creo que margaritas.

Al propio tiempo le enseñó la fotografía.

—Esta es la señorita a quien me refiero —añadió. El camarero rompió al instante en almibaradas sonrisas de reconocimiento.

—Sí, sí, miss Drake. Lo recuerdo muy bien. Me dijo que venía de Australia.

—¿Cenó aquí?

—Sí. El martes último. Me preguntó después si había en el pueblo algo digno de verse.

—¿Ah, sí?

—Sí. Le dije que el teatro, el Puvilion, pero al final optó por quedarse en el hotel oyendo nuestra orquesta. Tommy masculló entre dientes una interjección.

—¿Recuerda usted a qué hora cenó? —interrogó Tuppence.

—Creo que un poco tarde. Debió ser a eso de las ocho.

—¡Maldita sea nuestra estampa! —dijo Tuppence cuando ella y Tommy se encontraron fuera del comedor—. Parece que el mundo entero se haya confabulado totalmente contra nosotros.

—Ya podías suponerte que esto no sería cuestión de coser y cantar.

—¿Hay algún tren que hubiese podido tomar después de esa hora?

—Sí, pero no para llegar a tiempo de ir al Savoy.

—Bien. Como último recurso aún queda el de interrogar a la camarera. Una Drake tuvo su cuarto en el mismo piso en que estamos nosotros.

La camarera resultó ser una mujer voluble e informadora. Sí, recordaba perfectamente a miss Drake. Muy simpática y muy charlatana. Le había hablado mucho de Australia y de los canguros. Sí, la fotografía era de un parecido extraordinario.

Había tocado el timbre a eso de las nueve y media para pedir que le cambiaran la botella de agua caliente de la cama y que la llamasen a las siete y media de la mañana, con servicio de café en vez de té.

—Cuando usted la llamó, ¿estaba en la cama?

La camarera la miró sorprendida.

—Naturalmente que sí, señora.

—No, lo decía porque hay gentes que se levantan temprano para hacer un poco de ejercicio —se excusó Tuppence.

—Bien —dijo Tommy cuando se hubo marchado la camarera—. Creo que ya no nos queda nada que hacer en Torquay. El asunto está claro como el agua y sólo puede sacarse de él una conclusión. La de que todo lo de Londres es una pura farsa.

—Quizá míster Le Marchant sea más embustero de lo que en principio creímos.

—Hay un modo de comprobar sus declaraciones. Dijo que sentados junto a ellos había una familia que conocía ligeramente a Una Drake. ¿Cómo dijo que se llamaban? Ah, sí, los Ogiander. Tenemos que encontrarles y hacer también una visita al pisito de la calle Clarges.

A la mañana siguiente pagaron la cuenta del hotel y salieron un

tanto decepcionados del resultado de sus gestiones.

Localizar a los Ogiander fue empresa fácil con la ayuda de una guía telefónica. Esta vez Tuppence asumió el papel de representante de una revista ilustrada. Visitó a mistress Ogiander y le pidió detalles de la «distinguida» cena que había tenido lugar el martes precedente en el Savoy. Mistress Ogiander satisfizo complacida su curiosidad. En el momento de despedirse, Tuppence añadió mecánicamente sin tratar de darle más importancia que la de mera rutina al asunto:

—Perdone la curiosidad. ¿No estaba miss Una Drake sentada a una mesa cercana a la de ustedes? ¿Es cierto el rumor de que va a casarse con el duque de Perth? Supongo que conoce a la persona de quien hablo, ¿verdad?

—Sí, la conozco superficialmente —respondió mistress Ogiander —. Encantadora muchacha. En efecto, estaba sentada a la mesa inmediata a la nuestra, con míster Le Marchant. Mis hijas podrían darle más detalles que yo.

—No, no hace falta, mistress Ogiander. Muchísimas gracias. El siguiente punto de llegada fue el pisito de la calle Clarges. Aquí fue recibida por miss Marjory Leicester, la amiga con quien Una Drake compartía alojamiento.

—¿Querría usted ser tan amable de explicarme lo que significa todo ese jeroglífico? —preguntó miss Leicester—. Hace días que, en efecto, parece que Una se trae algún juego entre manos. Pero sí, sí, durmió aquí el martes por la noche.

—¿La vio usted en el momento en que ella llegaba?

—No. Ella tiene su llave y yo me había acostado ya. Creo que vino a eso de la una de la madrugada. —¿A qué hora fue cuando usted la vio?

—A las nueve de la mañana siguiente, o quizá ya cerca de las diez.

Al abandonar la estancia, Tuppence se dio casi de bruces con una mujer alta y delgada que al parecer tenía la intención de entrar.

—Perdone, señorita —dijo esta.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó Tuppence.

—Sí, señorita, vengo todos los días a encargarme de la limpieza y a hacer otros varios menesteres. —¿A qué hora suele usted venir

por la mañana?

—Mi hora es a las nueve, señorita.

Tuppence deslizó una moneda de media corona en manos de la sirvienta y añadió:

—¿Estaba aquí miss Drake el martes, cuando usted llegó?

—Naturalmente que sí. Y dormía como un tronco. No sabe usted lo que me costó despertarla cuando le traje el té.

—Gracias —contestó Tuppence, y se alejó desconsoladamente escaleras abajo.

Había convenido con Tommy en que se reunirían a la hora de comer en un pequeño restaurante del Soho y que allí compararían sus hallazgos respectivos.

—He visto a ese muchacho. Rice —dijo Tommy—. Es verdad que vio a Una Drake a cierta distancia en Torquay.

—Bien —respondió Tuppence—. Entonces puede decirse que hemos comprobado una por una todas las alegaciones de esta charada. Ahora dame un lápiz y un pedazo de papel. Vamos a poner en orden los hallazgos como corresponde a detectives de nuestra categoría.

1,30 Una Drake es vista en el vagón restaurante del tren.

4,00 Llega al Hotel Castle.

5,00 Es vista por míster Rice.

8,00 Es vista cenando en el hotel.

9,30 Pide una botella de agua caliente.

11,30 Vista en el Savoy con míster Le Marchant.

7,30 a. m. Es llamada por el camarero en el Hotel Castle.

9,00 Es llamada por la sirvienta en su piso de la calle Clargues.

Se miraron el uno al otro.

—Tengo la idea —dijo Tommy— de que los brillantes detectives de Blunt están haciendo en este momento el más espantoso de los

ridículos. Me temo que esta vez irá mal.

—No, Tommy, no hay que desesperarse. Alguien miente en todo este embrollo, y es preciso que lo encontremos.

—Discrepo de tu teoría, Tuppence. Yo, por el contrario, creo que todos han dicho la verdad.

—Y, sin embargo, tiene que haber un enigma. ¿Cuál es? No lo sé. He pensado hasta en el empleo de aeroplanos, pero esto tampoco nos da la solución.

—Yo estoy dispuesto ya a creer en la teoría de la proyección astral.

—Lo mejor será que nos acostemos esta noche y pensemos en ello —observó Tuppence—. El subconsciente trabaja mejor durante el sueño.

—¡Humm! —replicó Tommy—. Si en el plazo de esta noche consigues que tu subconsciente te dé una respuesta satisfactoria a este galimatías, tendré que quitarme el sombrero ante ti como muestra de consideración y respeto.

Permanecieron en silencio durante toda la tarde. Una y otra vez Tuppence repasó aquella incomprensible correlación de hechos. Hizo anotaciones en pedazos de papel. Murmuraba palabras incoherentes, comparando interesada los horarios de todo el servicio de ferrocarriles. Al final se levantaron convencidos de lo inútil de sus elucubraciones.

—Esto es de lo más desesperante que puede verse —dijo Tommy.

—Es la tarde más horrible que recuerdo haber pasado en toda mi vida —añadió Tuppence.

—Debiéramos haber ido a algún teatro de variedades —observó el primero—. Unos cuantos buenos chistes acerca de las suegras, de los hermanos gemelos y de las botellas de cerveza, quizá nos hubiesen servido para disipar un tanto nuestro malhumor.

—No, tú verás cómo este esfuerzo de concentración que estamos haciendo acabará por dar sus frutos. ¡Verás lo ocupados que estarán nuestros subconscientes durante las próximas ocho horas!

Y alimentando esta efímera esperanza, decidieron entregarse al descanso.

—Bien —dijo Tommy al levantarse a la mañana siguiente—.

¿Qué tal ha trabajado ese subconsciente?

—Tengo una idea —respondió Tuppence.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de idea?

—Una que quizá te parezca un poco rara y que en nada se parece a las que por lo general traen las novelas policíacas. Y si te he decir la verdad, fuiste tú quien me la metió en la cabeza.

—Ah, pues debe ser buena. Venga, desembucha.

—No, ahora, no. Primero he de mandar un cable para comprobarla.

—Entonces —dijo Tommy— me voy a la oficina. No conviene dejarla desatendida. Y ya lo sabes, dejo este asunto en manos de mi encantadora y eficiente secretaria.

Cuando Tommy volvió aquella tarde a eso de las cinco y media, encontró a Tuppence eufórica.

—Lo conseguí, Tommy. He resuelto el misterio de la coartada. Ya puedes preparar una sustanciosa cuenta a míster Montgomery Jones y decirle al propio tiempo que puede empezar a disponerlo todo para los esponsales.

—¿Cuál es la solución? —preguntó impaciente Tommy.

—La más sencilla que puedas imaginarte. Gemelas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Era la única solución. Te dije ya que fuiste tú quien me dio la idea al mencionarme anoche lo de las suegras, las botellas de cerveza y los hermanos gemelos. Cablegrafíe a Australia y obtuve la información que buscaba. Una tiene una hermana gemela. Vera, que llegó de Australia el último lunes. A eso se debió el que pudiera hacer la apuesta tan espontáneamente. Pensó sin duda que era un excelente modo de atormentar a su apocado pretendiente. Su hermana fue a Torquay mientras ella permanecía en Londres.

—¿Y no crees que la pérdida de la apuesta pueda exacerbar el amor propio de esa mujer?

—No. Te di ya mis puntos de vista sobre esta cuestión. Ella acabará por conceder todo el mérito del descubrimiento a nuestro buen amigo, míster Montgomery Jones. Siempre he creído que el respeto y admiración por la habilidad del marido es el verdadero fundamento para la armonía conyugal.

—No sabes lo que me alegra inspirarte esas ideas, Tuppence.

—No creas que, en realidad, sea una solución muy satisfactoria —observó Tuppence—. Al menos no es de la talla que corresponde a un hombre como el inspector French.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Te fijaste acaso en la forma como presenté yo las fotografías a todos los camareros?

—Sí, pero tuvimos necesidad de emplear una infinidad de monedas de media corona y de billetes de diez chelines para lograr nuestro objetivo.

—No te preocupes. Se las cargaremos, con intereses, al afortunado Montgomery Jones. Ten la seguridad de que estará en un estado tal de éxtasis amoroso, que no pondrá objeción a nuestros honorarios, por exorbitantes que le puedan parecer.

—Y es lo que le corresponde hacer. ¿No han terminado acaso los brillantes detectives de Blunt brillantemente el asunto? ¡Oh, Tommy, creo que somos unos portentos!

—El próximo caso lo resolveremos al estilo Roger Sheringham, y tú, Tuppence, serás Roger Sheringham.

—Tendré que hablar muchísimo —dijo esta.

—Magnífico. Así no tendrás necesidad de esforzarle —replicó el marido—, y ahora sugiero que llevemos a cabo mi fallido programa de ayer noche y nos vayamos a un salón de variedades, donde oigamos toda clase de chistes acerca de las suegras, las botellas de cerveza, y, muy en especial, de los hermanos o hermanas gemelas.

Capítulo XX
La hija del clérigo

Me gustaría —dijo Tuppence paseándose pensativamente a lo largo del despacho— que pudiésemos proteger o amparar a la hija de algún clérigo.

—¿Por qué? —preguntó Tommy.

—Quizás hayas olvidado el hecho de que yo precisamente fui una de ellas. Y recuerdo perfectamente lo que esto significó para mí. Así comprenderás ese impulso altruista que yo siento por las de los otros; ese…

—Veo que estás ya dispuesta a convertirte en Roger Sheringham, y si me permites una pequeña crítica, te diré que es posible que hables tanto como él, pero nunca tan bien.

—Al contrario —repuso Tuppence—, hay en mis palabras sutileza, un artificio, un no sé qué, que ningún varón puede aspirar a poseer. Tengo, además, fuerzas desconocidas para mi prototipo. ¿He dicho prototipo? Las palabras en sí no tienen ningún valor. A menudo suenan bien, pero significan lo contrario de lo que uno piensa.

—Sigue —dijo amablemente, Tommy.

—Iba a hacerlo. Me detuve sólo para tomar aliento. Haciendo uso de estos poderes, es mi deseo el de poder ayudar hoy mismo a la hija de algún clérigo. Tú verás, Tommy, como la primera que se enrole solicitando la ayuda de los brillantes detectives de Blunt, ha de ser precisamente lo que yo digo.

—Te apuesto lo que quieras a que no.

—Aceptada la apuesta —contestó Tuppence—. Shisst. Cada uno a su puesto. ¡Oh, Israel! ¡Aquí viene una!

Un furioso tableteo de máquinas de escribir dio la sensación de

que las oficinas estaban en plena actividad.

Albert abrió de pronto la puerta y anunció:

—Mistress Mónica Deane. Una Joven delgada, de pardos cabellos y un tanto pobre en el vestir, entró y se detuvo vacilante. Tommy se adelantó a recibirla.

—Buenos días, miss Deane. ¿Quiere tener la bondad de sentarse y decirnos lo que desea? A propósito, permítame que le presente a mi secretaria confidencial, miss Sheringham.

—Encantada de conocerla, miss Deane —dijo Tuppence—. Su padre pertenecía a la Iglesia, ¿no es verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Oh, tenemos nuestros métodos para averiguarlo. Espero que no se habrá molestado al ver que me meto donde quizá no me corresponde. Pero a míster Blunt le gusta oírme hablar de vez en cuando. Dice que acostumbra a sacar buenas ideas de mi charla.

La muchacha se la quedó mirando con ojos que revelaban una gran ansiedad.

—¿Quiere usted contarnos su historia, miss Deane? —preguntó Tommy.

Esta se volvió a él dibujando una triste sonrisa.

—Es una larga historia que quizá le parezca un poco rara —comentó la muchacha—. Me llamo Mónica Deane y mi padre fue rector de Littie Hampsley en Suffolk. Murió hace tres años dejándonos a mi madre y a mí poco menos que en la miseria. Yo me puse a servir de gobernanta pero quedó inválida mi madre y hube de regresar a casa para atenderla. Estábamos ya casi al borde de la desesperación cuando un día recibimos una carta de un notario participándonos la existencia de un legado que una tía de mi padre había hecho, al morir, a mi favor. Años atrás había oído hablar de esta tía, de sus peleas con mi padre y de que ocupaba una posición bastante desahogada. Creí que aquella herencia habría de poner fin a nuestros apuros, pero no fue así. Heredé, en efecto, la casa en que había vivido, pero dinero no hubo más que el estrictamente necesario para pagar derechos y gastos generales ocasionados por el papeleo. Supongo que lo perdería durante la guerra o que se había visto precisada a vivir del capital. No obstante, teníamos la casa de la que no tardamos en recibir una proposición de compra, por cierto

bastante aceptable. Algo, sin embargo, que todavía no he podido explicar, me obligó a rechazar la oferta. Como el departamento en que vivíamos era en extremo reducido, decidí trasladarme a La Casa Roja, era así como se llamaba la propiedad, y donde además de mayor comodidad para mi madre disponíamos de suficientes habitaciones cuyo alquiler habría de proporcionarnos dinero suficiente para ayudar a los gastos.

»Llevé a cabo mi plan, a pesar de una nueva oferta hecha por el mismo caballero que pocos días antes había hecho la proposición de compra. Al principio todo fue bien. Llovieron huéspedes contestando al anuncio que mandé insertar en los periódicos, y entre la vieja sirvienta de mi tía, que había decidido también continuar sus servicios con nosotras, y yo podíamos llevar a cabo todos los menesteres. De pronto empezaron a ocurrir cosas inexplicables.

—¿Qué cosas?

—No sé. La casa parecía estar encantada. Se caían los cuadros de las paredes, volaban objetos de loza por el aire y luego se rompían, y una mañana encontré que todos los muebles, sin excepción, habían sido cambiados de lugar. Al principio creí que se trataba de una broma, pero no tardé en desechar la posibilidad de esa explicación. Un día en que todos estábamos sentados a la mesa, oímos un terrible estrépito en el piso superior. Subimos y no encontramos a nadie. Sólo un mueble se encontraba fuera de su sitio y había sido arrojado al suelo con violencia.

—¡Ah! —exclamó Tuppence con interés—. Eso debe ser lo que los espiritistas llaman un *poltergeist*.

—Sí, eso mismo fue lo que dijo el doctor 0'Neill, aunque yo no sé en realidad lo que es.

—Una especie de espíritu maligno que se entretiene en molestar a las personas —explicó Tuppence que, a decir verdad, tampoco entendía gran cosa acerca de esa clase de cuestiones.

—Bien, de todos modos, el efecto fue desastroso. Nuestros huéspedes abandonaron la casa tan pronto como les fue posible y lo mismo ocurrió con sus sucesores. Yo estaba ya desesperada, y para colmo de desdichas, nuestras pequeñas rentas cesaron de pronto debido a la quiebra de la compañía en la que habíamos depositado

nuestros pequeños ahorros.

—¡Pobrecilla! —exclamó Tuppence, compasiva—. ¡Qué malos ratos ha debido usted pasar! ¿Quería usted, acaso, que mister Blunt se encargara de investigar esas cosas raras que ocurren en su casa?

—No es eso, precisamente. Hace unos días vino a visitarme un caballero que dijo llamarse doctor 0'Neill. Nos dijo que era un miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, que había oído hablar de las curiosas manifestaciones que tenían lugar en nuestra casa y que estaba dispuesto a comprarla para hacer en ella sus propios experimentos. Al principio me entusiasmó la idea. Parecía el único modo de poder salir del apuro en que nos hallábamos. Sin embargo…

—¿Qué?

—Quizá me crean ustedes una soñadora. Y tal vez lo sea, pero… ¡No, no, estoy segura de no haberme equivocado! ¡Era el mismo hombre!

—¿Qué hombre?

—El mismo que había querido comprarla con anterioridad. ¡Oh, estoy completamente segura de todo lo que digo!

—¿Y qué razón se figura usted que había para que no lo fuera?

—Se lo diré. Los dos hombres eran completamente diferentes. El primero era joven, moreno y elegantemente vestido. El doctor 0'Neill, si no los ha cumplido, ronda los cincuenta años, tiene barba gris, lleva lentes y camina un tanto encorvado. Pero al hablar con él observé que en uno de los dientes llevaba una corona de oro y que, por cierto, sólo la enseña cuando se ríe. Recordé que el otro hombre llevaba también un diente de oro, exactamente en el mismo lugar, y se me ocurrió mirarle las orejas. Menciono este detalle porque las del primero eran de una forma muy peculiar y carecían de lóbulo. Las del doctor 0'Neill eran idénticas. ¿No les parece que esto era mucha coincidencia? Estuve pensando y pensando y al fin decidí contestarle dándole largas al asunto. Yo había leído ya uno de los anuncios de míster Blunt, a decir verdad en un viejo periódico que usé para forrar uno de los cajones de la cocina, así es que, sin pensarlo ni un momento más, lo recorté y me vine con él a la ciudad, para confiar a ustedes mi caso.

—Muy bien hecho —dijo Tuppence moviendo vigorosamente la

cabeza—. Es asunto que vale la pena de investigar.

—Un caso muy interesante, miss Deane —observó Tommy—. Lo estudiaremos con verdadero cariño, ¿no es verdad, miss Sheringham?

—Sí, sí —repuso esta—, y tenga la seguridad de que, más tarde o más temprano, llegaremos al fondo de este aparente misterio.

—Creo haber entendido, miss Deane —prosiguió Tommy—, que los moradores de la casa consisten en usted, su madre y una vieja criada, ¿verdad?

—Así es.

—Bien. ¿Podría usted darme algunos detalles acerca de esta criada?

—Se llama Crockett, y ha estado al servicio de mi tía durante más de diez años. Es ya bastante vieja, desagradable en sus modales, pero buena sirvienta. Siente cierta inclinación en darse importancia porque, según dicen, una hermana que tiene se casó con un hombre de posición muy superior a la suya. Crockett tiene un sobrino a quien siempre designa con el pomposo nombre de «un perfecto caballero».

—¡Hum…! —gritó Tommy sin saber qué decir de momento.

Tuppence, que había estado observando detenidamente a miss Deane, habló de pronto con súbita determinación.

—Creo que el mejor plan que en este momento se me ocurre, miss Deane, es el que nos fuéramos a comer juntas. Así tendrá usted tiempo para darme toda clase de detalles.

—Excelente —repuso Tommy.

—Perdone mi curiosidad —dijo Tuppence después que se hubieron sentado a la mesa en un pequeño restaurante de la vecindad—. ¿Existe alguna razón especial por la que usted quisiera ver este asunto resuelto?

Mónica se sonrojó.

—Pues… le diré…

—Cuéntemelo sin miedo.

—Hay dos hombres que…, que al parecer quieren casarse conmigo.

—Vamos, la eterna historia. Uno rico, el otro pobre, pero es a este a quien usted quiere en realidad. —¿Cómo lo sabe usted?

—No se asuste, es una especie de ley de la naturaleza —explicó Tuppence—. Es lo que les sucede a todas. Lo que me sucedió a mí, sin ir más lejos.

—Como usted ve, ni aun vendiendo la casa tendríamos suficiente para vivir. Gerald es buenísimo, pero pobre como una rata, si bien hay que admitir que es un ingeniero muy inteligente y que, de haber tenido un pequeño capital, con gusto le habrían aceptado como socio en la compañía en que trabaja. Pero…

—No siga usted —le interrumpió cariñosamente Tuppence—. La comprendo. Podría usted estar enumerando todo un día sus virtudes sin que eso le sirviera para adelantar un ápice en el terreno de la solución. Mónica movió la cabeza afirmativamente.

—Bien —dijo Tuppence—. Lo mejor será que vayamos después a su casa y estudiemos el asunto sobre el terreno. ¿Cuál es su dirección?

—La Casa Roja, Stourton sobre el Marsh.

Tuppence escribió las señas en su libro de notas.

—No le he preguntado —empezó a decir Mónica— acerca de… de sus honorarios.

Se ruborizó ligeramente al pronunciar las anteriores palabras.

—El pago se hace siempre según los resultados —contesto gravemente Tuppence—. Si la solución del secreto de la Casa Roja es remunerativo, y así lo espero a juzgar por el ansia que hay en adquirir esa propiedad, cobraremos un pequeño porcentaje. De otro modo, absolutamente nada.

—Muchísimas gracias —contestó la muchacha agradecida.

—Y ahora —dijo sonriente Tuppence—, no vuelva a pensar en ello. Disfrutemos de la comida y hablemos de cosas más amenas, que todo saldrá bien, ¡se lo aseguro!

Capítulo XXI
El misterio de la casa roja

Bien —dijo Tommy asomándose a una de las ventanas de la hostería de La Corona y el Ancla—. Ya estamos en las quimbambas, o como quieras llamarle a este dichoso pueblucho.

—¿No te parece que deberíamos hacer un pequeño análisis del caso? —sugirió Tuppence.

—Si, sí, claro —respondió Tommy—. Para empezar y dando, como me corresponde, la opinión preliminar, te diré que sospecho de la madre inválida. —¿Por qué?

—Mi idolatrada esposa, ten en cuenta que todo eso del *poltergeist* no es más que un infundio que alguien ha hecho correr con objeto de persuadir a la muchacha de que debe vender la casa. Esta dice que todos estaban presentes cuando ocurrieron esas cosas, menos la madre, que, como inválida que es, se quedaría en sus habitaciones.

—Si, pero siendo inválida como acabas de decir, no veo cómo se las compondría para tirar y cambiar de sitio los muebles.

—¿Y si fuera fingido lo de la invalidez?

—¿Con qué objeto?

—¡Ah! A eso ya no puedo contestarte —confesó al fin Tommy—. Me limitaba a seguir el bien conocido principio de sospechar de aquellos en quienes, por lo general, nadie fija su atención.

—Déjate de bromas, Tommy —dijo Tuppence con severidad—. Debe de haber algo que hace que esas personas estén tan ansiosas de poder conseguir la casa, y si a ti no te importa llegar hasta el fondo de este asunto, a mí, si. Me gusta esa muchacha y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla.

—Y yo también —repuso Tommy poniéndose serio de pronto—, pero sabes que me gusta hacerte rabiar de vez en cuando. Si, no

cabe duda de que algo raro está ocurriendo en esa casa. Ese afán por comprarla indica que algo oculto y difícil de encontrar hay en ella. Qué es, no lo sé, ¿quién sabe si se trata de alguna mina de carbón en las entrañas del jardín?

—¡Por Dios, Tommy! ¡Una mina de carbón!, ¿no te parece más romántico la idea de un tesoro escondido en algún rincón del jardín?

—¡Quién sabe! En ese caso lo mejor será que me vaya a ver al gerente del banco local, le explique que pienso quedarme aquí hasta las Navidades, que posiblemente me decida a comprar la casa, y le pregunte el modo de hacer una transferencia a su sucursal.

—Pero…

—Tú déjame hacer a mí.

Al cabo de media hora, Tommy estaba de vuelta. Los ojos le brillaban de satisfacción.

—¡Avanzamos, Tuppence, avanzamos! —dijo—. Nuestra entrevista versó sobre los temas que ya te indiqué, y como quien no quiere la cosa, le pregunté si habían recibido muchos pagos en oro de los pequeños agricultores que, como sabes, tienen la inveterada costumbre de esconderlo por todos los rincones. De ahí, pasamos a hablar de las chocheces de ciertas viejas. Tuve que inventar una tía que, al estallar la guerra, se fue con su coche a los almacenes del Ejército y de la Armada y no paró hasta volverse con veinte buenos Jamones de York. Inmediatamente me mencionó él a cierta cliente del banco que había insistido en sacar hasta el último penique de su cuenta corriente, en oro a ser posible, y quiso que se le entregaran todos sus cupones y demás títulos de valor, dando como razón que estarían más seguros bajo su propia custodia. No tardó en confesarme que se trataba precisamente de la antigua propietaria de La Casa Roja. ¿Comprendes, ahora, Tuppence? Sacó su dinero y lo escondió en alguna parte. Recuerda que Deane misma se sorprendió de la insignificante cantidad en metálico que aparecía en el legado. Sí, no cabe duda de que el tesoro está en La Casa Roja y hay alguien, te diré su nombre si me apuras, que está perfectamente enterado del hecho.

—¿Quién?

—La vieja Crockett. ¿No te parece que lo probable es que

estuviese al tanto de todas las peculiaridades de su ama?

—¿Quién era, entonces, el doctor O'Neill?

—¿Quién va a ser sino su «distinguido» sobrino? Pero ¿dónde demonios lo habrá escondido? Tú, como mujer, quizá pudieras darme una idea.

—¡Qué sé yo! Como no fuera entre medias o enaguas o debajo de los colchones.

Tommy asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede que tengas razón, pero…, ¿no crees que, de haber estado en un sitio así, la Crockett lo habría hallado con facilidad? Sin embargo, tampoco puedo imaginarme a una pobre vieja levantando las tablas de los suelos o cavando fosas en el jardín. De que está en algún rincón de La Casa Roja no hay la menor duda, como tampoco de que la Crockett y su sobrino están enterados y de que, si logran comprar la propiedad, no dejarán piedra sin remover hasta encontrar lo que buscan. Es preciso ganarles el juego por la mano, Tuppence. Vámonos ahora mismo a La Casa Roja.

Mónica Deane salió a recibirles y, para justificar un recorrido de todas las habitaciones, dependencias y jardín, les presentó a su madre y a Crockett, como presuntos aspirantes a la compra de la mansión. Tommy nada dijo a Mónica acerca de las conclusiones a que habían llegado y se limitó a hacer varias preguntas que él consideraba de sumo interés. Se enteró de que algunas de las ropas y objetos personales de la difunta se habían dado a Crockett, y otros fueron repartidos entre familias pobres de la vecindad. El registro en este sentido podía considerarse como completo.

—¿Había algunos papeles?

—La mesa estaba llena de ellos, así como también uno de los cajones de su cómoda, pero nada encontramos que dijese lo más mínimo sobre el particular.

—¿Los tiraron?

—No, mi madre es muy contraria a desprenderse de esas cosas. Había entre ellos antiguas recetas de dulces y licores que, según me dijo, tiene intención de probar.

—Bien —dijo Tommy dando muestras de aprobación. Después, señalando a un viejo que trabajaba en el jardín, preguntó:

—¿Es ese el jardinero que estaba allí en vida de su tía?

—Sí, antes venía tres veces por semana, pero ahora lo hace sólo una vez. Es todo cuanto nos permiten nuestros escasos medios.

Tommy guiñó un ojo a Tuppence como para indicarle que permaneciese al lado de Mónica mientras él se alejaba en dirección a donde trabajaba el jardinero. Después de unas cariñosas frases de encomio a su labor y de inquirir sobre el tiempo que llevaba al servicio de la casa, le preguntó:

—¿No es cierto que por orden de la señora enterró usted hace algún tiempo una caja en este jardín?

—¿Yo? ¿Y Para que había de enterrarla? No, nunca he hecho nada de lo que dice.

Tommy movió la cabeza preocupado y regresó a la casa frunciendo el entrecejo. De no encontrar nada entre los papeles de la anciana, el problema no presentaba grandes garantías de solución. La casa en sí era vieja, pero no tanto como para suponer que existían en ella cuartos o pasadizos secretos.

Antes de partir, Mónica les trajo una gran caja de cartón amarrada con un recio bramante.

—Aquí están todos los papeles que he podido encontrar —dijo —. Si quieren pueden llevárselos a su casa y así los podrán ustedes examinar detenidamente. Sin embargo, creo que perderán el tiempo. No hay entre ellos uno solo que pueda arrojar la más mínima luz en este…

Sus palabras fueron interrumpidas por un gran estrépito que procedía de la habitación situada directamente encima de sus cabezas. Tommy subió sin perder tiempo. Un jarro y una palangana yacían hechos pedazos en el suelo, pero el cuarto estaba desierto.

—Parece que el fantasma ha vuelto a sus antiguos ardides y continúa haciendo de las suyas —murmuró, sonriente.

Regresó pensativo al lugar en que dejara a su esposa y a miss Deane.

—¿Podría interrogar unos instantes —preguntó, dirigiéndose a esta última— a la sirvienta Crockett?

—Claro que sí. Espere un momento que voy a llamarla.

Al volver en compañía de la persona solicitada, dijo Tommy con amabilidad:

—Estamos pensando en comprar la casa y mi esposa desea saber

si estaría usted dispuesta a continuar a nuestro servicio —le preguntó.

La cara de Crockett no registró emoción alguna.

—Le agradezco su atención —contestó—, pero quisiera que me diese tiempo para reflexionar. Tommy se volvió a Mónica.

—Me encanta la casa, mis Deane, y estoy dispuesto a pagar cien libras más de lo que, según usted misma ha dicho, ha ofrecido el otro comprador.

Mónica murmuró unas cuantas palabras de las que acostumbraban a decirse en momentos como aquel, y el matrimonio Beresford se despidió.

—Tenía yo razón —exclamó Tommy al tiempo que cruzaban el jardín en dirección a la puerta—. La vieja está en el ajo. ¿Te fijaste que estaba casi sin aliento? Pues eso era de resultas de la carrera que acababa de dar por la escalera de servicio después de romper el jarro y la palangana. Es muy posible también que, secretamente, haya introducido a ratos a su sobrino en la casa y que este se haya encargado de hacer las veces de duende mientras ella permanecía inocentemente al lado de sus amos. Ya verás como 0'Neill enmienda su oferta antes de que finalice el día. Tengo ese presentimiento.

Como confirmación a esta sospecha, recibieron después de comer una nota de Mónica que decía así:

Acabo de recibir noticias del doctor 0'Neill. Dice que eleva su oferta en ciento cincuenta libras.

—¿Lo ves? Este hombre tiene dinero por lo que veo —comentó Tommy. pensativo—. Y añadiré otra cosa, Tuppence. Lo que buscan es algo que, sin duda alguna, vale la pena.

—¡Ay. si pudiéramos encontrarlo!

—Pues manos a la obra.

Examinaron todos los papeles que, sin ningún orden ni concierto, estaban acumulados en la caja que se llevaron consigo, y cada cuatro o cinco minutos se detenían a discutir los hallazgos.

—¿Qué novedades hay, Tuppence?

—Dos viejas cuentas pagadas, tres cartas sin importancia, una receta para conservar las patatas nuevas y otra para hacer pasteles de limón y queso. ¿Y las tuyas?

—Una cuenta, una poesía a la primavera, dos recortes de

periódico: «Por qué las mujeres compran perlas. Excelente inversión» y «El hombre de las cuatro mujeres. Historia sensacional», y otra receta además sobre el modo más apropiado de guisar una liebre.

—Esto es desesperante —exclamó Tuppence volviendo de nuevo a la carga.

Al fin quedó vacía la caja y el matrimonio se miró con desconsuelo.

—Pongo esto aparte —dijo Tommy separando una pequeña hoja de papel—, porque es lo único que ha conseguido llamar un poco mi atención. No tengo, sin embargo, esperanzas de que tenga relación alguna con lo que buscamos.

—Veamos. Oh, es una de esas cosas raras que creo le llaman anagramas, charadas o algo por el estilo. Se puso a leerlo en voz alta:

Prima-prima es cual total

La prima-tres no he metido

Lo que dos-una la charada

Prima-dos-tres siempre ha sido

—¡Hum…! —gruñó Tommy, rascándose la cabeza—. Como poesía es bastante mala.

—No veo qué es lo que has podido encontrar de particular en esta paparruchada. Hace cincuenta años, no te digo que no. Entonces acostumbraban a coleccionarlas y eran el gran entretenimiento de invierno cuando la familia se reunía alrededor del hogar.

—Fíjate primero en la nota que hay escrita al pie de la charada. Son esas palabras las que verdaderamente nos han llamado la atención.

—San Lucas. XI, 9 —leyó Tuppence—. Eso hace referencia a un pasaje de la Biblia.

—Precisamente. ¿No te extraña que una mujer tan religiosa como, según parece, era la tía de Mónica se entretuviese, sin ningún

motivo, en hacer una anotación de esa índole?

—Sí, es raro —respondió Tuppence, quedándose pensativa.

—Supongo que tú, como buena hija de un clérigo que eres, tendrás alguna Biblia a mano.

—Pues la tengo. No te esperabas esa respuesta, ¿verdad? Un momento.

Se dirigió a una maleta, extrajo de ella un pequeño volumen con cubiertas encarnadas y acto seguido volvió a la mesa. Después de hojearlo unos instantes se detuvo.

—Aquí está —dijo—. San Lucas, capítulo XI, versículo 9. ¡Oh, Tommy, mira!

Tommy se inclinó sobre el libro y miró donde el pequeño dedo de Tuppence acababa de señalar.

—*Busca y encontrarás*.

—Eso es —aulló Tuppence con alegría—. ¡Por fin lo tenemos! Resuelve el criptograma y el tesoro será nuestro; mejor dicho, de Mónica.

—Bueno, vamos a trabajar en el criptograma, como tú lo calificas. «*Prima-prima* es cual total». ¿Qué palabras tenemos de dos silabas repetidas que lo expresan todo?

—Hombre, no muchas. Tenemos *papá, mamá, bebé*…

—Bueno, ya veremos cuál ha de escogerse. Sigamos. «*La prima-tres* no he metido». ¿Qué querrá decir con eso? «Lo que *dos-una* la charada, *prima-dos-tres* siempre ha sido». Pues no caigo.

—Trae acá, hombre. ¡Si es muy fácil…! Tuppence se apoltronó en uno de los sillones y se puso a musitar palabras que, a su parecer, carecían de coherencia.

—No, no, ya veo que es muy fácil —murmuró irónicamente Tommy después que hubieron pasado más de treinta minutos.

—¡No cacarees tanto! Lo que pasa es que no somos de la generación que se dedicaba a esta clase de pasatiempos. ¿Qué te apuestas a que voy a una cualquiera de nuestras momias y nos lo resuelve en menos que canta un gallo?

—Bien, vamos a intentarlo una vez más. Fueron interrumpidos por la aparición de una menuda sirvienta que anunció que la cena estaba servida.

—Miss Rumiey desea saber únicamente —añadió— si quieren

ustedes las patatas fritas o simplemente hervidas con su piel. Tiene preparadas de las dos clases.

—Hervidas —replicó rápidamente Tuppence—. Me encantan las patatas…

Se detuvo de pronto con la boca abierta de par en par.

—¿Qué te pasa, Tuppence? —preguntó, asustado, Tommy—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Tommy —gritó Tuppence—. ¡Ya lo tengo! La palabra quiere decir ¡*Patata! Prima-prima* es cual total: papa: papa. Sin acento. La *prima-tres* no he metido *pata*. Lo que *dos-una* la charada: *tapa. Prima-dos-tres* siempre ha sido: ¡pa-ta-ta!

—Tuppence, eres una lumbrera, de eso no hay duda, pero creo que hemos estado perdiendo lastimosamente el tiempo. «Patata» no parece encajar en nada que se refiera al desaparecido tesoro. Pero… espera, espera. ¿Qué es lo que leíste hace un momento cuando revisábamos los papeles de esa caja? Algo acerca del modo de conservar las patatas nuevas.

—Si, acuérdate. Busquemos esa receta. Quién sabe si en ella encontraremos algo que complete esa idea sin sentido de la patata.

Revolvieron de nuevo los papeles hasta que al fin Tommy encontró lo que deseaba.

—Aquí está —dijo—: «MODO DE CONSERVAR LAS PATATAS NUEVAS. Pónganse las patatas nuevas en latas y entiérrense estas en el jardín. Aun en mitad del invierno sabrán igual que si se hubiesen recientemente extraído».

—¡Ya lo tenemos! —exclamó agitadamente Tuppence—. El tesoro está en el jardín enterrado en una lata.

—Pero el caso es que ya se lo he preguntado al jardinero y este dice que él no ha enterrado nada en el jardín.

—Sí, lo sé; pero es debido a que la gente nunca contesta en realidad a lo que tú preguntas sino a lo que ellos se figuran que has querido decir. Él sabía que no había enterrado nada que saliese de lo corriente. Volveremos a verle mañana y esta vez le preguntaremos directamente dónde ha enterrado las patatas.

El día siguiente era la víspera de Navidad. A fuerza de inquirir consiguieron encontrar la choza en que vivía el viejo jardinero. Tuppence abordó el asunto después de unos minutos de

conversación.

—Me gustaría tener unas cuantas patatas nuevas para las Navidades. ¿Verdad que saben bien con el pavo? ¿No acostumbra la gente de por aquí a enterrarlas en latas? Dicen que se conservan muy bien.

—Y que lo diga —respondió el viejo—. La vieja miss Deane acostumbraba a enterrar siempre tres latas en La Casa Roja, pero a veces se olvidaba de volverlas a sacar.

—Supongo que lo haría en el jardín, ¿verdad?

—No, al pie del abeto que hay junto al muro del huerto. Habiendo obtenido la información que deseaban, se despidieron del viejo después de darle cinco chelines como aguinaldo de Pascuas.

—Y ahora vámonos a ver de nuevo a Mónica —ordenó Tommy.

—Tommy, tú no tienes sentido dramático. Déjame este asunto a mí, que tengo ya concebido un gran plan. ¿Crees que podrás componértelas para pedir prestados o robar una pala y un azadón?

Fuese como fuese, lo cierto es que Tommy logró encontrar lo que su esposa pedía, y aquella noche, y a hora ya avanzada, dos figuras se deslizaron furtiva y silenciosamente en el jardín de La Casa Roja. El lugar indicado por el jardinero fue fácil de localizar y en él se puso Tommy a cavar con todas sus fuerzas. No tardó la azada en dar contra un objeto, que emitió un sonido metálico. Siguió con cuidado y a los pocos minutos logró extraer una gran caja de hojalata de las que corrientemente se emplean como envase para la venta de bizcochos y galletas. La tapa estaba sellada con una fuerte banda de esparadrapo que Tuppence se apresuró a abrir valiéndose de un pequeño cortaplumas que llevaba su marido. A continuación lanzó un suspiro de desaliento. La lata apareció llena de patatas. Vació, en previsión, todo su contenido, pero… ¡nada!, ¡patatas… y más patatas!

—Sigue cavando, Tommy.

Pasó algún tiempo antes de que la aparición de una nueva lata premiase otra vez sus esfuerzos.

—¿Bien…? —preguntó con ansia Tommy.

—Nada —respondió Tuppence después de abrirla—. ¡Otra vez patatas!

—¡Maldita sea! —exclamó Tommy, reanudando con furia su

labor.

—A la tercera va la vencida —dijo Tuppence tratando de animarle.

—Yo creo que todo esto del tesoro es pura fantasía morisca —replicó Tommy sin cesar de dar golpes de azadón—; pero… Una tercera lata hizo su aparición.

—¡Otra vez pata…! —empezó a decir Tuppence, pero se detuvo de pronto—. ¡Oh, Tommy, al fin lo encontramos! Las patatas ocupan sólo un pequeño espacio en la parte superior. ¡Mira!

De su mano colgaba un bolso de terciopelo encarnado.

—Márchate a casa en seguida —gritó Tommy—, porque aquí hace un frío que pela. Yo me quedaré unos instantes para poner otra vez esta tierra en su lugar. Llévate el bolso, pero no olvides que como se te ocurra abrirlo antes de que yo llegue, ¡te retuerzo el pescuezo!

—No tengas cuidado, te esperaré. Bien, adiós, porque si tardo un minuto más en irme tendrías que llevarme en calidad de sorbete.

Al llegar a la hostería no tuvo que esperar largo tiempo. Tommy iba casi pisándole los talones, y sudando pese a lo poco apacible e intensamente fría que se mostraba en aquellos momentos la temperatura.

—Vaya —dijo Tommy—. No podrán quejarse de los brillantes detectives de Blunt. Ahora, mistress Beresford, puede usted empezar a descubrir el botín.

Dentro del bolso había un paquete forrado en seda engomada y un pesado maletín de piel de ante. Abrieron este primero. Estaba lleno de libras esterlinas. Doscientas en total.

—Seguramente era la asignación máxima en oro que podía hacer el banco. Ahora el paquete.

Este estaba lleno de billetes apilados con sumo cuidado. Tommy y Tuppence se entretuvieron en contarlos. Ascendían exactamente a veinte mil libras.

—¡Fiu…! —silbó Tommy—. ¿No crees que Mónica tiene suerte de que ambos seamos ricos y honrados? ¿Qué es eso que está envuelto en papel de seda?

Tuppence deshizo el pequeño bulto y de él extrajo un magnífico collar de perlas.

—No soy muy entendido en alhajas —dijo Tommy—, pero me figuro que este ha de valer por lo menos otras cinco mil libras. Fíjate en el tamaño y en el oriente de las perlas. Ahora comprendo el porqué de aquel anuncio que hablaba de las perlas como una buena inversión. Debió haber vendido todos sus títulos negociables y los convirtió en joyas y dinero contante y sonante.

—¡Oh, Tommy! ¿No crees que es admirable lo que acabamos de hacer? ¡Pobre Mónica! Ahora podrá casarse con el hombre a quien ama y vivir tan feliz como vivo yo.

—Eso me gusta. Tuppence. ¿Eres feliz conmigo?

—Que conste que se me ha escapado sin querer, ¿en? Pero sí, te lo confieso con toda sinceridad, lo soy.

—Si en realidad me quieres, demuéstramelo contestando a una pregunta que te voy a hacer.

—Hazla, pero sin triquiñuelas.

—¿Cómo supiste que Deane era la hija de un clérigo?

—Oh, muy fácilmente —replicó Tuppence echándose a reír—. Abrí la carta en que solicitaba la entrevista. Leí la firma y recordé que un teniente cura de mi padre se llamaba Deane y que también tenía una hija, unos cinco años más joven que yo, y con el nombre de Mónica.

—¡Tuppence, eres una desvergonzada al pretender engañar de esa manera a un marido tan amable y confiado como yo! ¡Caramba! Están dando las campanadas de las doce. ¡Felicidades, Tuppence!

—¡Felicidades. Tommy! Y también serán unas felices Pascuas para Mónica, ¿no lo crees así? ¿Me creerás, Tommy, si te digo que cuando pienso en ella se me hace un nudo en la garganta?

—¡Querida Tuppence! —dijo Tommy abrazándola con fuerza.

—Oh, Tommy, ¿no crees que nos estamos volviendo un poco sentimentales?

—La Navidad sólo se da una vez al año —respondió sentenciosamente aquel—. Es lo que acostumbraban a decir nuestras abuelas, y creo que había un gran fondo de verdad en esta afirmación.

Capítulo XXII
Las botas del embajador

Randolph Wilmott, el embajador estadounidense —dijo Tommy leyendo la carta que acababa de entregarle su mujer—. ¿Qué querrá?

—No lo sé. Ya nos lo dirá cuando venga mañana a las once. A la hora anunciada, mister Randolph Wilmott, embajador estadounidense en la Corte de Saint James, fue introducido en forma que debía serle habitual y dijo:

—He venido a hablar con usted, mister Blunt. Es decir, supongo que es mister Blunt a quien tengo el honor de dirigirme en estos momentos.

—En efecto —contestó Tommy—. Yo soy mister Blunt. El director de esta empresa.

—Como iba diciendo, mister Blunt, el asunto que aquí me trae me tiene un tanto preocupado. Como creo que se trata de una simple equivocación, no me ha parecido prudente poner el asunto en manos de Scotland Yard. Sin embargo, hay algo en todo ello que me gustaría poner en claro.

Hizo un relato un tanto lento de los hechos y oscurecido por la constante tendencia a la exageración en el más pequeño detalle.

—Vamos a ver —dijo Tommy tratando de hacer un resumen—. Si no he entendido mal, nuestra posición es esta: usted llegó hará aproximadamente una semana en el trasatlántico *Nomadic*. Por la razón que fuese, y dado el hecho de que su maletín de mano y el de mister Ralph Westerham son idénticos y llevan además las mismas iniciales, hubo una pequeña confusión. Usted se llevó por equivocación el de él, y viceversa, él el de usted. Mister Westerham, tan pronto se dio cuenta del error, se apresuró a hacer todo lo que

usted me acaba de decir ¿cierto?

—Exactamente. Yo mismo no me di cuenta de lo ocurrido hasta que me lo advirtió mi criado y mister Westerham, senador y hombre por el que yo siento una verdadera admiración, hizo la correspondiente enmienda a su precipitada maniobra.

—Bien, entonces no veo…

—Ahora lo verá. Eso es sólo el principio de la historia. Ayer, por casualidad, me encontré en la calle al senador Westerham y se me ocurrió mencionarle el incidente. Con gran sorpresa me enteré de que desconocía por completo el hecho. Aún más. Lo consideró completamente irrealizable, puesto que ningún maletín de mano aparecía entre la lista de artículos de su equipaje.

—¡Sí que es raro!

—Lo es. Si alguien hubiese querido robar mi maletín, podía haberlo hecho sin necesidad de recurrir a esa clase de maniobras. Por otra parte, y admitiendo que se tratara de una equivocación, ¿porqué habían usado el nombre del senador Westerham? Supongo que no pasará de ser una tontería, pero tengo curiosidad por llegar al fondo de todo ese asunto. ¿Cree usted que el caso vale la pena de ser investigado?

—Sí, sí, ya lo creo. Es un pequeño problema que, como usted dice, puede tener una inocente solución. Pero… ¡quién sabe! Lo primero que hemos de averiguar es el motivo de esa inexplicable sustitución. ¿Dice usted que no faltaba nada del maletín cuando este fue devuelto?

—Mi criado, que es quien lo sabe, dice que no.

—¿Qué había en él, si es que puede saberse?

—En su mayor parte, botas.

—¿Botas? —contestó desconcertado Tommy.

—Sí, botas. Es extraño, ¿verdad?

—Perdone usted mi pregunta —dijo Tommy—, pero…, ¿no llevaba algún papel secreto en la suela o en el tacón? La pregunta pareció recrear al embajador.

—Creo que el secreto diplomático no ha tenido todavía necesidad de descender a esa clase de procedimientos.

—En ficción, sí —replicó Tommy con sonrisa y gesto de querer enmendar su poco acertada deducción—. Dígame, ¿quién fue a

recoger el maletín, el otro, me refiero?

—Supongo que uno de los sirvientes de Westerham. Un hombre corriente, por lo que oí decir al mío.

—¿Sabe usted si lo llegaron a abrir?

—No puedo decírselo. ¿Por qué no se lo pregunta a mi criado? Él podrá darle toda clase de detalles. —Creo que será lo más acertado, mister Wilmott.

El embajador escribió unas cuantas líneas en una de sus tarjetas y se la entregó a Tommy.

—Supongo que preferiría usted ir a la Embajada y hacer allí su interrogatorio, ¿verdad? En caso contrario, enviaré a mi hombre, se llama Richards, al sitio que usted me designe.

—No, gracias, mister Wilmott; es mejor que yo vaya a la Embajada.

El embajador echó una rápida mirada a su reloj.

—¡Demonios! —dijo levantándose—. Voy a llegar tarde a una cita. Adiós, mister Blunt. Quedamos, entonces, en que usted se encargará del asunto.

Después que hubo desaparecido, Tommy miró a Tuppence, que, durante todo aquel tiempo, había permanecido muy seria tomando apuntes en su cuaderno de notas.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Que no tiene ni pies ni cabeza.

—Exacto. Y es de ahí precisamente de donde han de partir nuestras deducciones. O mucho me equivoco, Tuppence, o algo muy profundo se encierra en esa, al parecer, insignificante equivocación.

—¿Tú lo crees así?

—Es una hipótesis muy aceptable por lo general.

—Pero ¿acaso puede sacarse alguna deducción de unas botas?

—¿Y por qué no?

—¡Qué sé yo! ¿Quién puede desear calzarse las botas de otro?

—Podían simplemente haberse equivocado de maletín —sugirió Tommy.

—Sí, cabe en lo posible. Pero si eran papeles lo que ellos buscaban, lo más lógico sería que se hubiesen equivocado de cartera, no de maletín. Insisto en que las botas nada tienen que ver con este asunto.

—Bien —dijo Tommy exhalando un profundo suspiro—. Nuestro primer paso ha de ser el de entrevistarnos con el amigo Richards. Quizás él pueda arrojar un poco de luz en este misterio.

Al presentar la tarjeta de mister Wilmott, Tommy fue admitido en uno de los saloncitos de la Embajada, donde poco después se presentó un joven pálido y de modales respetuosos que, con voz apagada, hizo su presentación y se dispuso a ser sometido a un interrogatorio.

—Yo soy Richards, caballero. El sirviente de mister Wilmott. Me ha dicho mi señor que deseaba usted interrogarme.

—Sí, Richards. Míster Wilmott fue a visitarme esta mañana y me sugirió que le hiciese unas cuantas preguntas acerca de cierto incidente ocurrido con un maletín.

—Sé que mister Wilmott está algo preocupado por el caso, pero no sé por qué. Que yo sepa, nada se ha perdido. Por el hombre que vino a hacer el cambio supe que el suyo pertenecía al senador Westerham.

—¿Cómo era ese hombre?

—De unos cuarenta y cinco o cincuenta años, pelo gris y de aspecto bastante distinguido. Creo que era el ayuda de cámara del senador.

—¿Llegó usted a abrir la maleta?

—¿Cuál, señor?

—Me refería a la que trajo usted del barco, pero no estará de más que también me dé usted algunos detalles acerca de la de mister Wilmott. ¿Cree usted que esta llegó a ser desempaquetada?

—No lo sé. Su aspecto era de que no. Estaba tal cual yo la dejé en el barco. Seguramente el caballero, o quienquiera que fuese, la abrió, y al ver que no era la suya volvió a cerrarla y la trajo sin pérdida de tiempo.

—¿No faltaba nada? ¿Ni el más insignificante artículo?

—No.

—Ahora vamos a la otra. ¿Llegó usted a abrirla?

—A decir verdad estaba a punto de hacerlo cuando se presentó el ayuda de cámara, o lo que sea, del senador Westerham.

—Pero ¿llegó usted a abrirla?

—Lo hicimos entre los dos para convencernos de que esta vez no

habría ya equivocación posible. El hombre dijo que estaba bien, volvió a cerrarla y se la llevó.

—¿Qué había dentro? ¿Botas también?

—No, señor. Artículos de tocador en su mayor parte. Entre ellos una gran lata de sales para el baño.

Tommy decidió, de momento, cambiar el tema de la conversación.

—¿Recuerda usted haber visto a alguien curioseando entre los objetos personales de mister Wilmott?

—No, señor.

—¿Algo sospechoso, de acto o de palabra? El hombre pareció titubear.

—Ahora que recuerdo… —comenzó.

—Sí, sí, diga…

—No creo que tuviese que ver nada con lo que hablamos, pero… Ocurrió algo, una vez, con una joven que venía en el mismo barco.

—¿Una joven? A ver, a ver, cuente.

—Una señorita muy simpática. Creo que se llamaba Eileen O'Hara. No muy alta, elegante y de cabellos negros. Su aspecto era más bien el de una extranjera.

—¿Ah, sí? ¡Hombre, esto parece interesante! —dijo Tommy preparándose a escuchar con atención.

—Le dio una especie de desvanecimiento precisamente frente a la puerta del camarote de mister Wilmott. La hice entrar y la dejé recostada en un sofá mientras yo iba apresuradamente en busca del doctor. Tardé algunos minutos en dar con él, y al volver en su compañía encontramos a miss O'Hara ya casi repuesta de su ligera indisposición.

—¡Oh! —dijo Tommy.

—Supongo que no creerá usted que…

—Es muy difícil saber exactamente lo que debe uno creer —respondió Tommy sin dar aparentemente gran importancia a lo que acababa de decir—. ¿Sabe usted si viajaba sola miss O'Hara?

—Creo que sí, señor.

—¿La ha vuelto usted a ver desde que desembarcaron?

—No, señor.

—Bien —dijo Tommy después de quedarse breves momentos

entregado a profundas reflexiones—. Creo que esto es todo. Gracias, Richards.

—Gracias a usted, señor.

De vuelta a la oficina, Tommy explicó a Tuppence la conversación sostenida con Richards. Esta escuchó el relato con la mayor atención.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó al fin.

—Que ese desmayo me huele a algo sospechoso. Tan oportuno como injustificado. Y ese nombre de Eileen O'Hara, ¿no te dice nada? Casi imposible tratándose de una irlandesa.

—Al menos tenemos ya algo en qué fundamentar nuestras pesquisas. ¿Sabes lo que voy a hacer, Tuppence? Poner un anuncio.

—¿Qué?

—Sí, un anuncio solicitando informes sobre el paradero de una tal Eileen O'Hara, pasajera del *Nomadic* en fecha tal y tal. Si es mujer de ley acudirá en persona, y si no, no faltará quien nos traiga las noticias que necesitamos.

—Pero no olvides que con eso conseguirás también ponerla en guardia.

—Sí, pero ¿qué quieres? Es preciso correr el riesgo.

—Todavía no acabo de comprender la finalidad de todo esto —dijo Tuppence—. Si una cuadrilla de ladrones se apodera de una de las maletas del embajador, la retiene una o dos horas en su poder y después la devuelve, sin haber hecho ningún uso de lo que había dentro, ¿qué han salido ganando con todo ello?

Tommy la miró fijamente unos instantes.

—Tienes razón —dijo al fin—, y aunque no lo creas, acabas de darme una idea.

Pasaron dos días, Tuppence había salido a comer y Tommy, solo en el austero despacho de mister Blunt, trataba de ampliar sus conocimientos leyendo lo más selecto de entre las últimas novelas de misterio.

Se abrió la puerta de la oficina y en ella apareció la conocida figura del joven Albert.

—Miss Cicely March desea verle. Dice que viene en respuesta a su reciente anuncio en los diarios.

—Hazla pasar —gritó Tommy, escondiendo el libro en uno de

los cajones.

Un minuto más tarde Albert introducía en el despacho a la recién llegada. Acababa apenas Tommy de apreciar que esta era rubia y extremadamente bonita, cuando ocurrió algo extraordinario.

La misma puerta por la que había entrado Albert se volvió a abrir con violencia y en el umbral apareció la pintoresca figura de un hombre fuerte y moreno, latino al parecer, con una corbata de color rojo fuego lo más escandalosamente llamativa que podía uno imaginarse. Tenía las facciones contraídas por la rabia, y en la mano empuñaba una reluciente pistola.

—¿Conque esta es la oficina de ese metomentodo a quien llaman Blunt? —dijo en perfecto inglés. Su voz era amenazadora y silbante —. ¡Arriba las manos o disparo!

La orden tenía todas las características de ser llevaba a la práctica si no se obedecía; así es que Tommy hubo, muy a disgusto suyo, de extender los brazos en dirección al techo. La joven se acurrucó contra la pared después de lanzar un apagado grito de terror.

—Esta señorita se vendrá conmigo —prosiguió el hombre—. Sí, sí, amiga mía. Usted no me ha visto en su vida, pero eso no hace al caso. No puedo permitir que mis planes corran el peligro de frustrarse por un pequeño detalle así. Además, creo recordar que usted estaba entre los pasajeros del *Nomadic*. ¿A qué ha venido aquí? A contar, sin duda, algo de lo que viera en el barco, ¿eh? Es usted muy listo, mister Blunt, pero da la circunstancia de que yo también acostumbro a leer la sección de anuncios y me he podido enterar así de este pequeño juego.

—Me interesa sobremanera lo que está usted diciendo, caballero, y le suplico que continúe —dijo Tommy.

—Me gusta su tupé, mister Blunt, pero debo advertirle que no le va a servir de nada. Desde este momento está usted señalado. Renuncie a meterse donde no le llama nadie, y todo irá bien. De lo contrario… Dios tenga piedad de su alma. La muerte no tarda en llegar para aquellos que se empeñan en cruzarse en nuestro camino.

Tommy no contestó. Miraba por encima del hombro del intruso como quien viera un alma en pena, algo irreal.

Y a decir verdad vio algo que le causó más impresión que la que

le hubiese producido la presencia de un fantasma. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar en Albert como factor decisivo en la solución del conflicto. Le suponía tendido en el suelo, sin sentido, víctima de la asechanza del siniestro visitante.

Sin embargo, y sin saber cómo, Albert había logrado escapar a la atención del intruso. Pero en vez de ir a buscar un policía como en su lugar hubiese hecho cualquier inglés normal, optó por tomar cartas directamente en el asunto. La puerta situada tras el extraño personaje se abrió lentamente y Albert se mantuvo en la abertura con un gran rollo de cuerda colgado del brazo.

Un angustioso grito de protesta iba a salir de los labios de Tommy, pero ya era tarde. Albert, loco de entusiasmo, había lanzado su lazo sobre la cabeza del asaltante y con un violento tirón le hizo perder el equilibrio y caer pesadamente cuan largo era.

Y sucedió lo inevitable. Retumbó la pistola y una bala fue a incrustarse en la pared después de rozar peligrosamente una de las orejas de Tommy.

—¡Lo cacé, señor! —gritó Albert ebrio de entusiasmo—. De algo había de servir un deporte que he venido practicando desde hace tiempo en mis ratos perdidos. ¿Quiere usted ayudarme? Este hombre es en demasía violento y no puedo con él.

Tommy se apresuró a acudir en auxilio de su fiel ayudante, pero resuelto a privarle en lo sucesivo de la mayor cantidad posible de ratos perdidos.

—¡Idiota, más que idiota! —dijo—. ¿Por qué no te fuiste a buscar a un policía? Has estado a punto, con tus impertinencias, de que este hombre me metiera con toda facilidad una bala en mitad de la cabeza.

—Pero no me negará que mi lazada ha sido impecable —continuó el jovenzuelo sin dar su brazo a torcer—. Es admirable lo que esos vaqueros pueden llegar a hacer en las praderas.

—Sí, sí, pero ten en cuenta que no estamos en las praderas, sino en una ciudad civilizada.

—Y ahora, mi querido amigo —añadió, dirigiéndose a la postrada figura—, vamos a ver lo que hacemos con usted.

Un torrente de imprecaciones en lengua extranjera fue su única respuesta.

—No comprendo una palabra de lo que dice —replicó Tommy —, pero me da en la nariz que son palabras indignas de ser pronunciadas en presencia de una dama. Usted me perdonará señorita… ¿cómo ha dicho usted que se llamaba?

—March —contestó la muchacha, que continuaba pegada a la pared, pálida y temblorosa.

Al fin se adelantó, y, poniéndose junto a Tommy, se dedicó a mirar al extraño con recelosa curiosidad.

—¿Qué van ustedes a hacer con él? —preguntó.

—Si quiere usted, ahora es cuando podría ir a buscar a un guardia —dijo Albert, dirigiéndose a su jefe.

Pero Tommy, al levantar la vista, vio el leve movimiento negativo de cabeza que hizo la muchacha y exclamó:

—Vamos a dejarle marchar por esta vez. Pero no sin antes darme el placer de echarle a patadas escaleras abajo, aunque sólo sea para enseñarle el modo cómo debe de comportarse en presencia de una dama.

Le quitó la cuerda que llevaba al cuello y, poniéndole en pie sin grandes miramientos, se lo llevó a empujones hasta la misma puerta exterior de la oficina.

Se oyeron unos gritos agudos seguidos de un batacazo sordo como el que produce un bulto al caer desde cierta altura. Tommy volvió a entrar satisfecho y sonriente.

La muchacha le miraba con ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Le… le ha hecho usted daño? —preguntó.

—Creo que sí, pero no estoy muy seguro. Esos rufianes siempre acostumbran a chillar antes de que se les toque. ¿Quiere usted que entremos de nuevo en mi despacho, miss March, y que prosigamos nuestra interrumpida conversación? No creo que nadie venga a estorbarnos de nuevo.

—Y si viene ya sabe que aquí estoy yo con mi lazo —observó Albert.

—Guarda esas cuerdas —le ordenó su jefe con seriedad. Pasaron a la oficina interior, donde Tommy se sentó ante su mesa después que la visitante lo hiciera frente a él.

—Verdaderamente no sé por dónde empezar —dijo la muchacha —. Como acaba de oír a ese hombre, yo era una de las pasajeras del

Nomadic. También lo era miss O'Hara, a quien usted hace referencia en su anuncio.

—Eso lo sabemos ya —interrumpió Tommy—, pero sospecho que usted debe conocer algo acerca de los movimientos de miss 0'Hara en el barco, pues de otro modo el caballero que acabo de echar no se habría dado tanta prisa en visitarme.

—Le diré cuanto sé. El embajador estadounidense se encontraba a bordo. Un día, al pasar yo frente a su camarote, vi a una mujer dentro que hacía algo tan extraordinario que me obligó a detenerme y a observar. Tenía una bota de hombre entre las manos…

—¿Una bota? —gritó excitado Tommy—. Perdone, señorita. Prosiga.

—Sí, una bota, en cuyo fondo, y con ayuda de unas tijeras, logró esconder algo que a la distancia a que yo me hallaba era imposible de precisar. En aquel momento el doctor y otro hombre se acercaban a lo largo del corredor y vi cómo ella se desplomaba sobre el sofá, lanzando débiles gemidos. Esperé y por lo que pude oír de la conversación comprendí que el desmayo era fingido y se trataba de una simple comedia. Tommy asintió con un movimiento de cabeza.

—Siga usted —dijo.

—Me da vergüenza explicar lo que a continuación sucedió. Sentí curiosidad. Había estado leyendo algunas de esas novelas que hoy están en boga y me figuré que habría puesto una bomba o alguna aguja envenenada en la bota de mister Wilcott. Comprendo que es absurdo lo que digo, pero fue tal como lo pensé.

De todos modos, al pasar de nuevo frente al camarote, no pude resistir la tentación, penetré en él y me puse a examinar la mencionada bota. De su forro extraje un pedazo de papel cuidadosamente doblado que me llevé apresuradamente para estudiarlo en mi cuarto con mayor detenimiento. Mister Blunt, en él no había escrito sino unos cuantos versículos de la Biblia.

—¿Versículos de la Biblia? —repitió Tommy, extrañado.

—Por lo menos, y aunque no los entendí, es lo que a mí me parecieron. Creyendo que era obra de una maníaca religiosa, no consideré imprescindible su devolución ni volví a acordarme de él hasta ayer, que se me ocurrió convertirlo en un barquito para que

jugara un sobrino mío en su bañera. Al humedecerse el papel observé que cambiaba de color y un extraño dibujo aparecía en su superficie. Lo saqué de la bañera, deshice el juguete y volví a alisarlo cuidadosamente. El agua había actuado de revelador y puso a la vista el escondido mensaje. Era algo así como un calco que representaba la boca de una bahía. Tommy se levantó de la silla como movido por un resorte.

—Esto que dice usted es muy interesante. Ahora lo veo claro. Ese calco que usted dice es sin duda el plano de alguna importante defensa costera, robado, sin duda, por esa mujer. Debió temer que alguien siguiera su pista, y no atreviéndose a esconderlo entre sus propias prendas, buscó un sitio que se acomodara más a las circunstancias. Más tarde consiguió apoderarse del maletín, sólo para encontrar que el misterioso papel había desaparecido. ¿Lo trae usted consigo, miss March? La muchacha movió la cabeza negativamente.

—Está en mi establecimiento. No sé si sabrá usted que tengo un instituto de belleza en la calle Bond. En realidad soy agente en exclusiva de los productos Cyclamen, de Nueva York. Esa es la razón de que tuviera que hacer un viaje allí. Creí que el papel era importante y decidí guardarlo en la caja fuerte hasta mi vuelta. ¿No cree usted que deberíamos ponerlo en conocimiento de Scotland Yard?

—Sin duda alguna.

—Entonces lo mejor será que nos vayamos a mi tienda, lo saquemos y lo llevemos inmediatamente a jefatura.

—Tengo mucho trabajo esta tarde —dijo Tommy adoptando la clásica postura y consultando su reloj—. El obispo de Londres me espera para tratar de la desaparición de ciertos ornamentos religiosos de gran valor, no sólo intrínseco, sino extrínseco.

—En ese caso —contestó miss March, levantándose—, iré yo sola.

Tommy levantó una mano en señal de protesta.

—No me ha dejado usted acabar. Iba a decir que el obispo no tendrá más remedio que esperar. Dejaré unas cuantas líneas a Albert. Estoy seguro, miss March, que hasta que el papel no esté a salvo en las oficinas de Scotland Yard, corre usted un gravísimo

riesgo.

—¿Cree usted eso? —preguntó la muchacha dudando.

—No es que lo crea, es que estoy seguro. Permítame un instante.

Escribió unas cuantas palabras en el bloque de papel que había frente a él, separó la hoja y se la entregó a Albert dándose aire de gran señor.

—Me llaman para un caso muy urgente —dijo—. Explícaselo así a Su Ilustrísima, si es que se decide a venir. Aquí están mis instrucciones para miss Robinson.

—Muy bien, señor —contestó Albert, siguiendo el Juego—. ¿Y qué hay de las perlas de la duquesa? Tommy agitó airadamente ambas manos.

—Eso también puede esperar —chilló. En la mitad del tramo de la escalera se encontró con Tuppence, a quien dijo con brusquedad y sin detenerse.

—¡Otra vez tarde, miss Robinson! He de salir para un caso urgente.

Tuppence se quedó mirando cómo se alejaban. Después enarcó las cejas y prosiguió su marcha ascendente.

Al llegar la pareja a la calle, un taxista se acercó solícito a ofrecer sus servicios. Tommy, casi a punto de tomarlo, pareció cambiar de opinión.

—¿Le gusta a usted andar, miss March? —preguntó quedándose serio de pronto.

—Sí, pero mejor sería que tomásemos un taxi, ¿no le parece? Llegaríamos más aprisa.

—Es cierto, pero… ¿no se ha fijado usted en el taxista ese? Acaba de rehusar un pasajero poco antes de acercarnos nosotros. Por lo visto nos esperaba. Mucho cuidado, miss March. Sus enemigos vigilan y creo que lo más prudente es que caminemos hasta la calle Bond. No se atreverán a intentar un golpe en un lugar tan concurrido como este.

—Bien —asintió la muchacha.

Como había dicho Tommy, las calles de aquel sector estaban abarrotadas de gente. El avance era lento. De pronto se detuvo, y apartando a un lado a la muchacha, la miró unos instantes compungido.

—Lleva aún impresas en la cara las huellas del susto que acaba de pasar —le dijo—. ¿Qué le parece si entráramos aquí un momento y nos tomásemos una buena taza de café? Y hasta una copita de coñac, ¿eh?

—No, no, coñac no.

—Bien. Entonces café. Yo creo que en este establecimiento no corremos el riesgo de que nos envenenen.

Tomaron lo pedido con toda calma y a continuación reanudaron la marcha, esta vez a paso más rápido que el anterior.

—Estoy absolutamente seguro de que hemos acabado por despistar a nuestros seguidores —comentó Tommy después de haber echado una rápida mirada a su alrededor por encima del hombro.

Cyclamen, Compañía Limitada era un pequeño establecimiento enclavado en la calle Bond, con cortinas de tafetán de un rosa pálido y uno o dos tarros de pasta facial y una pastilla de jabón como adorno para el escaparate.

Allí entró Cicely March seguida de Tommy. El interior era de lo más diminuto que podía darse. A la izquierda había un mostrador con preparados de tocador y tras él una mujer de mediana edad, pelo gris y cutis de adolescente que acogió la entrada de Cicely March con una leve inclinación de cabeza antes de proseguir la conversación con la cliente a quien estaba atendiendo.

La parroquiana era una mujer baja y morena a la que, por su posición de espaldas, no podía vérsele la cara. Hablaba el inglés con gran dificultad. A la derecha había un sofá, dos sillas y una mesa en la que aparecían esparcidas unas cuantas revistas. Las sillas estaban ocupadas por dos hombres, dos aburridos y resignados maridos, sin duda, en espera de sus respectivas esposas.

Cicely March cruzó la diminuta estancia y desapareció por una puerta que había al fondo y que mantuvo entreabierta a fin de que Tommy pudiese seguirla. Al ir a entrar este la parroquiana exclamó: «¡Ah, pero si es un amigo mío!», y corrió tras ellos insertando su pie en la abertura para evitar que la puerta volviese a cerrarse. Al mismo tiempo los dos hombres se pusieron en pie. Uno pasó a la trastienda mientras el otro se dirigía a la empleada y le tapaba la boca con una de sus manos para sofocar un grito de sorpresa y

terror que estuvo a punto de brotar de su garganta.

Mientras tanto, en el interior los acontecimientos se sucedieron con sorprendente rapidez. Al pasar Tommy sintió que un trapo empapado en sofocante narcótico era aplicado con fuerza contra su cara obligándole a aspirar su emanación. Un instante después un agudo chillido de la muchacha hizo que el asaltante abandonara precipitadamente su presa.

Tommy tosió repetidas veces mientras trataba de hacerse cargo de la situación. A su derecha estaba el misterioso personaje que poco antes arrojara de la oficina, y a su lado, entregado a la rutinaria tarea de sujetarle unas esposas, uno de los «aburridos maridos» que poco antes viera sentados en la tienda. Frente a él, Cicely March hacía esfuerzos desesperados por librarse de la tenaza que los brazos de la parroquiana habían logrado echar alrededor de su cintura. Al volverse esta y desprenderse el velo que cubría su cara, Tommy reconoció al instante las inconfundibles facciones de su adorado tormento.

—Bien hecho, Tuppence —dijo adelantándose—. Déjame que te ayude. Yo en su lugar abandonaría la lucha, miss 0'Hara, ¿o prefiere usted que siga llamándola miss March?

—Este es el inspector Graves, Tommy —explicó Tuppence—. Tan pronto como leí la nota que dejaste, telefoneé a Scotland Yard, que me envió al inspector Graves y a uno de sus agentes.

—Me alegro de haber podido echar el guante a este caballerete —añadió el inspector—. Hacía tiempo que le andábamos buscando, pero vamos, jamás se nos había ocurrido pensar que tuviese algo que ver con el establecimiento. Creíamos que se trataba de un verdadero instituto de belleza.

—Y ahora se explica —prosiguió Tommy—, el porqué esos señores tuviesen tanta prisa en recuperar el maletín que, durante dos horas, había estado entre los efectos personales del embajador. ¡Claro! Sabían perfectamente que el equipaje de un diplomático no está sujeto, como los otros, al denigrante proceso de una inspección aduanera. ¿Motivo del cambio? Contrabando. Pero ¿contrabando de qué? De algo que no abultase. Y al instante pensé en los estupefacientes. Después, aquella pintoresca comedia que tuvo lugar en mi despacho. Habían leído mi anuncio y pensaron en

amedrentarme, o en apelar a procedimientos más drásticos si fracasaban en su intento. Pero dio la circunstancia de que me fijé en el espanto que se reflejó en los hermosos ojos de esa señorita cuando Albert se le ocurrió hacer aquella exhibición de su destreza en e] manejo del lazo. Esto, por lo visto, no había entrado en sus cálculos. El ataque de este pistolero de opereta se hizo con el solo objeto de asegurar mi confianza en ella. Yo desempeñé el papel de crédulo polizonte, hice ver que me tragaba su descabellada historia e hice que me trajera aquí después de haber dejado instrucciones precisas a Tuppence sobre el modo de resolver la situación. Valiéndome de varios pretextos, retrasé mi llegada para darles a todos tiempo sobrado de llegar aquí antes que yo.

Cicely March lo estaba mirando fijamente con expresión de esfinge.

—Está usted loco —dijo—. No sé qué es lo que va a encontrar aquí.

—Recordando que Richards vio una lata con sales para el baño, ¿qué le parece, inspector, si comenzáramos por examinar estas?

—Que no es mala idea —contestó el aludido. Tomó una y vació su contenido sobre la mesa. La muchacha se echó a reír.

—Cristales genuinos, ¿verdad? —dijo Tommy—. Sin embargo, nada tan mortífero como el carbonato de sosa.

—Busquen en la caja fuerte —sugirió Tuppence.

Había una de estas en uno de los rincones con la llave puesta en la cerradura. Al abrirla, Tommy no pudo reprimir un grito de satisfacción. El fondo de la caja se abría a su vez, dando acceso a una cámara excavada en el muro y llena de las mismas elegantes latas de sales que había en el primer compartimiento. Tomó una y levantó la tapa. Bajo una delgada capa de cristales rosa apareció un polvo blanco. El inspector dejó escapar una sonora interjección.

—Creo que hemos encontrado lo que tanto buscábamos —dijo —. Apuesto diez contra uno a que esa lata está llena de cocaína pura. Sabíamos que había alguien que se dedicaba a la distribución de esa droga en el West End, pero jamás pudimos localizarle. Buen golpe el suyo, mister Beresford.

—¡Más bien un buen golpe de los brillantes detectives de Blunt! —susurró Tommy al oído de Tuppence después que hubieron salido

a la calle—. Es una gran cosa esto de estar casado. Tus persistentes lecciones me han enseñado al fin a reconocer el peróxido sobre todo cuando este se aplica al cabello de una mujer. Hoy no hay rubia postiza que me la pegue a mí.

Y ahora, vamos a redactar una carta para el embajador diciéndole que su asunto ha quedado resuelto satisfactoriamente. Después… ¿qué te parece, Tuppence, si nos fuéramos a tomar una buena taza de té acompañada de tostadas bien untadas de mantequilla?

Capítulo XXIII
El número 16, desenmascarado

Tommy y Tuppence estaban encerrados con el jefe en el despacho privado de este. Su elogio había sido caluroso y sincero.

—Han llevado el caso admirablemente —dijo—. Gracias a ustedes hemos conseguido atrapar a no menos de cinco importantes personajes y obtenido una valiosísima información. Pero debo advertirles que por fuentes fidedignas nos hemos enterado de que en el cuartel general de malhechores en Moscú hay una gran alarma por la falta de noticias de sus agentes. Creo que, a pesar de todas nuestras precauciones, han empezado a sospechar que algo raro ocurre en lo que pudiera llamarse su centro de distribución, las oficinas de mister Theodore Blunt. La oficina internacional de detectives.

—Bien —respondió Tommy—; era de esperar que tarde o temprano acabarían por darse cuenta de ello.

—Así es, era de esperar. Pero estoy un poco inquieto por su esposa, Tommy.

La contestación del matrimonio fue rápida y simultánea.

—Yo me ocuparé de ella —dijo él; y ella—: Soy capaz de cuidarme a mí misma.

—¡Hummm! —gruñó mister Cárter—. El exceso de confianza en sí mismos ha sido siempre la característica de ustedes dos, y si su inmunidad hasta este momento se ha debido a la suerte o a su gran capacidad y tacto, es cosa que aún no me he parado a considerar. No olviden que la fortuna es veleidosa y que… en fin, no insisto más. Del extenso conocimiento que tengo sobre mistress Beresford deduzco que será completamente inútil pedirle que se mantenga al margen de los acontecimientos durante las dos o tres próximas

semanas.

El silencio de esta le dio a entender que no se había equivocado en su disposición.

—Entonces, lo único que me resta por hacer es darles cuanta información tengo sobre el particular. Tenemos motivos para creer que un agente especial ha salido de Moscú en dirección a este país. No sabemos ni el nombre bajo el cual viaja, ni cuándo llegará. Lo único que sabemos es que nos dio mucho quehacer durante la guerra y que es un sujeto con el don, al parecer, de la ubicuidad, puesto que siempre aparece donde menos se le espera. Es ruso de nacimiento y un acabado lingüista que le permite adoptar seis nacionalidades distintas, incluyendo la suya. Es también un experto en el arte de la caracterización. Y tiene talento. Fue él quien ideó esa clave con el número dieciséis.

»¿Cuándo aparecerá?, no lo sé, pero no ha de tardar. Lo único cierto es que no conoce personalmente a míster Blunt. Probablemente se presentará en su oficina bajo cualquier pretexto y tratará de identificarle mediante el uso de santos y señas previamente convenidos. El primero de ellos, y como ustedes no ignoran, es la mención del número dieciséis, que debe ser contestada con otra frase en la que asimismo aparezca dicho número. El segundo, del que hace sólo unos días nos hemos enterado, será el de inquirir si han pasado ustedes el Canal. A esto deberá contestar: “Estuve en Berlín el trece del mes pasado”. Y creo que eso es todo. Sugiero que para ganar su confianza, conteste usted lo más correctamente que pueda. Prolongue la farsa cuanto tiempo sea preciso y aunque le vea dudar aparentemente, manténgase en guardia. Nuestro amigo es muy astuto y sabe hacer el doble juego tan bien o mejor que cualquiera de nosotros. De todos modos espero que no ha de tardar en caer en el garlito. Desde hoy he decidido adoptar medidas especiales. Un micrófono fue instalado ayer noche en sus oficinas para que uno de mis hombres pueda oír desde abajo cuanto ocurre en su despacho. De esta forma yo estaré en constante contacto con él y podría acudir en su auxilio a la menor indicación de peligro.

Después de unas cuantas instrucciones adicionales y de una discusión general sobre tácticas, partió la joven pareja y se

encaminó rápidamente en dirección a la oficina de los brillantes detectives de Blunt.

—Es tarde —dijo Tommy consultando su reloj—. Las doce. Hemos estado mucho tiempo con el jefe. Bien, creo que no habrá quedado descontento de nuestra actuación.

—En conjunto —respondió Tuppence—, no lo hemos hecho del todo mal. El otro día hice un resumen de todas nuestras actividades. Hemos resuelto cuatro misteriosos casos de asesinato, apresado una banda de falsificadores y otra de contrabandistas.

—En total, dos bandas. Esto de «bandas» suena muy bien. ¿No te parece?

—Un caso de robo de alhajas —prosiguió Tuppence haciendo uso, en el recuento, de sus dedos—, dos casos de muerte violenta, un caso de desaparición de una dama que trataba meramente de reducir sus voluminosas formas, otro de protección de una joven desamparada, una coartada destruida y (¿por qué no reconocerlo?) también un espantoso fracaso. El resultado, como promedio, es altamente satisfactorio. Hay que reconocer, pues, que somos verdaderamente inteligentes.

—Por lo que veo te lo has creído —le dijo Tommy—. Siempre te oigo repetir lo mismo. Sin embargo, yo tengo la convicción de que en una o dos ocasiones ha sido la suerte quien ha representado el papel principal.

—Tonterías —replicó Tuppence señalándose la frente—. Todo se ha debido a esa cantidad de materia gris que tenemos aquí dentro.

—¿Ah, si? ¿Y qué dices de cuando Albert le dio por hacernos aquella exhibición de lazo? ¿Tampoco querrás admitir que fue suerte, y no poca, la que tuve al escapar de un balazo en mitad de la cabeza? Pero oye, Tuppence, parece como si hablases ya de cosas pasadas.

—Y lo son —contestó bajando la voz—. Esta es nuestra última aventura. Cuando hayamos atrapado a ese super espía por las orejas, los dos grandes detectives se dedicarán a la cría de abejas en gran escala o a la siembra de calabacines.

—¿Estás cansada ya de esa vida?

—Si… sí, creo que lo estoy. Además, temo que un día u otro cambie la suerte y…

—Pero ¿no decías hace un momento que la suerte en nada había influido en nuestros éxitos?

En aquel momento entraban por la puerta del edificio en que estaban instaladas las oficinas de la Agencia Internacional de Detectives y Tuppence, con extraordinaria habilidad, eludió la respuesta.

Albert montaba guardia en el saloncito exterior y entretenía su ocio tratando de hacer equilibrios con una regla que se había colocado perpendicularmente encima de su chatita nariz.

Lanzándole una despectiva mirada de reproche, el grave mister Blunt pasó de largo y penetró en su despacho particular. Desprendiéndose del abrigo, abrió el armario sobre cuyos estantes reposaban los tomos de su clásica biblioteca de grandes maestros en la ficción.

—La elección va haciéndose cada vez más difícil —murmuró Tommy—. ¿A quién trataré de personificar hoy?

La voz de Tuppence, y más que la voz su extraña entonación, le hizo volverse súbitamente.

—Tommy —dijo ella—, ¿te acuerdas a qué día del mes estamos hoy?

—Espera… a once… ¿Por qué lo preguntas? —Mira el calendario.

Colgado de la pared había uno de esos calendarios en los que hay que arrancar a diario una de las hojas. La que ahora aparecía señalaba el domingo, día dieciséis.

—¡Qué extraño! ¡Como no sea Albert quien se haya entretenido en hacer esa mamarrachada!

—No creo, pero podemos preguntárselo. Al ser interrogado aquel, quedó tan sorprendido como el matrimonio. Juró que sólo había arrancado una, la del día anterior. Su declaración fue sustanciada por el hecho de que la hoja se encontró hecha un ovillo tras el guardafuegos, mientras las sucesivas yacían limpiamente en el fondo de la papelera.

—¡Vaya! Un criminal, por lo visto, metódico y cuidadoso —comentó Tommy—. ¿Quién ha venido aquí esta mañana? ¿Algún cliente, quizá?

—Sí, una enfermera que parecía sobresaltada y muy ansiosa de

verle. Dijo que esperaría hasta que llegase usted y le hice pasar a la sección de «Empleados» para que estuviese allí más caliente.

—¡Claro! ¡Y para que pudiera pasar a mi despacho sin que nadie la viese! ¿Cuánto tiempo hace que se marchó la tal enfermera?

—Una media hora, señor. Dijo que volvería con toda seguridad esta misma tarde. Era una mujer de aspecto verdaderamente maternal.

—Conque maternal, ¿eh? ¡Quítate ahora mismo de mi vista!

Albert se retiró, ofendido.

—¡Qué principio más raro! —comentó Tommy—. Y al parecer sin finalidad alguna. Bien. Estemos en guardia. Supongo que no habrá ninguna bomba escondida en la chimenea o en alguno de esos rincones.

Después de inspeccionar detenidamente toda la habitación, se sentó a la mesa y se dirigió a Tuppence.

—*Mon ami* —dijo—, hacemos frente a un asunto de suma gravedad. ¿Recuerdas el hombre que aplastamos como una cascara de huevo, con la ayuda de fuertes explosivos, *bien entendido*, y que decía llamarse el número cuatro? Pues bien, este es nuestro hombre actual, corregido y aumentado. Es el número dieciséis. ¿*Avez-vous compris*?

—Perfectamente. Estás haciendo en estos momentos el papel de Hércules Poirot.

—Exactamente. Sin bigotes, pero con una cantidad enorme de materia gris.

—Tengo el presentimiento de que esta aventura habrá de llamarse «El triunfo de Hastings».

—Eso si que no. Hay que seguir siempre una pauta en todos estos asuntos. Y a propósito, *mon ami*, ¿no podrías hacerte la raya en medio en vez de a un lado, como la llevas? El efecto presente es deplorable y carente en absoluto de simetría.

Sonó el zumbador que había en la mesa de Tommy. Al devolver la señal apareció Albert en la puerta con una tarjeta en la mano.

—El príncipe Vladiroffsky —leyó Tommy en voz baja. Después miró a Tuppence y añadió—: ¿Quién será? Hazle pasar, Albert. El hombre que entró era de estatura regular, movimientos elegantes, barba poblada rubia y de unos treinta y cinco años de edad.

—¿Míster Blunt? —preguntó. Su inglés era perfecto—. Me ha sido usted altamente recomendado y quisiera que se encargase de un caso que tengo entre manos.

—Si es usted tan amable de darme los detalles… son necesarios…

—Ciertamente. Se refiere a la hija de un amigo mío que ahora tiene dieciséis años. Quisiéramos, en lo posible, evitar el escándalo, ¿me comprende?

—Caballero —respondió Tommy haciendo una reverencia—, los dieciséis años de éxito ininterrumpido de esta firma se deben precisamente a la estricta atención que siempre hemos dado a este detalle.

Le pareció ver que un ligero destello iluminaba, por una fracción de segundo, las pupilas del visitante.

—Tengo entendido que tienen ustedes sucursales al otro lado del Canal.

—¡Oh, si! A decir verdad —pronunció estas palabras de un modo ponderativo— yo mismo estuve en la agencia de Berlín el trece del mes pasado.

—En ese caso —añadió el recién llegado—, huelga todo rodeo y podemos, por lo tanto, descartar a la hija de mi amigo. Ustedes saben quién soy, o por lo menos veo que han tenido aviso de mi llegada.

Señaló con la cabeza el lugar ocupado por el calendario.

—Así es —contestó Tommy.

—Amigos míos, he venido a hacer una pequeña investigación. ¿Qué es lo que ha estado ocurriendo aquí?

—Alguien nos ha traicionado —exclamó Tuppence, incapaz ya de seguir guardando silencio por más tiempo.

—¡Ajá! —dijo—. ¿Conque una traición? Habrá sido Sergius por supuesto.

—Creo que sí —replicó Tuppence con la mayor desvergüenza.

—No me sorprendería. Pero supongo que sobre ustedes no habrá sospecha alguna, ¿verdad?

—Oh, no. Llevamos una cantidad muy grande de negocios perfectamente en regla. El ruso asintió con un movimiento de cabeza. —Muy buena idea. De todos modos sería conveniente que

yo no volviese a aparecer por aquí. Me hospedo temporalmente en el Blitz y allí me llevo ahora a Marise, ¿no es acaso Marise, la señorita?

Tuppence asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y aquí cómo la llaman?

—Miss Robinson.

—Muy bien, miss Robinson, vendrá usted conmigo y comeremos juntos en el Blitz. Después nos encontraremos todos en nuestro cuartel general a las tres en punto. ¿Entendido? Al decir esto último miró a Tommy.

—Entendido —respondió este interesado por conocer dónde podría estar ese cuartel general.

Pensó que, sin duda, sería el mismo punto que el inspector Cárter tenía tanta ansia por descubrir.

Tuppence se levantó y se puso el largo abrigo negro con cuello de piel de leopardo. Después, gravemente, anunció que estaba preparada para acompañar al príncipe.

Al quedar solo Tommy empezaron a asaltarle los más extraños pensamientos. ¿Y si el dictáfono, por la razón que fuese, no hubiese funcionado? ¿No podía la misteriosa enfermera haber tenido noticia de su instalación y buscado el modo de inutilizarlo?

Cogió el teléfono y marcó un determinado número. Después de unos breves momentos de espera respondió una voz bien conocida:

—Todo va bien. Póngase inmediatamente en camino para el Blitz.

Cinco minutos más tarde Tommy y Cárter se encontraban en el patio de las palmeras del hotel. El jefe trató de animarle diciendo:

—Lo han hecho ustedes maravillosamente. Ahora están en el comedor, pero no se inquiete. Allí están dos de mis hombres actuando de camareros. Sospeche o no, yo me inclino a creer lo segundo, y le tenemos como quien dice en zurrón. Hay dos más arriba con instrucciones de vigilar las habitaciones y otros dos con el de seguirles donde quiera que fuesen. Vuelvo a repetirle que no se preocupe por su esposa. Esta vez he decidido no correr riesgo alguno y he ordenado que no la pierdan de vista.

De vez en cuando un agente del servicio secreto venía a comunicar su informe. La primera vez fue uno de los mismos

camareros que había recibido el encargo de servirles unos combinados. La segunda, una joven elegantemente vestida que, al parecer, se paseaba ociosa por las diversas dependencias.

—Van a salir —dijo Cárter—. Ocultémonos tras aquel pilar por si se les ocurre sentarse en alguno de estos sillones. Lo más probable es que se la lleve con él arriba. ¿Lo ve? Tal como yo decía.

Desde su puesto de observación Tommy vio al ruso y a Tuppence cruzar el vestíbulo y entrar en uno de los ascensores.

Pasaron unos cuantos minutos y Tommy empezó a sentirse inquieto.

—¿No cree usted que… Quiero decir… solos en esa habitación…?

—Uno de mis hombres estará dentro, escondido detrás del sofá. Calma muchacho, calma. Un camarero se acercó a míster Cárter.

—Me dieron la señal de que subían, señor, pero todavía no han aparecido. ¿Está todo bien, señor?

—¿Eh? —contestó Cárter, volviéndose súbitamente—. Yo mismo les vi entrar en el ascensor. ¿Y dice usted que…?

El ascensor había vuelto a bajar en aquel preciso instante y Cárter interrogó al botones.

—¿No ha subido usted al segundo piso, hará de esto sólo unos pocos minutos, a un caballero de barba rubia y a una dama?

—No al segundo, señor. El caballero me pidió que les dejara en el tercero.

—¿Qué…?

Cárter se metió dentro, haciendo seña a Tommy de que le siguiera.

—Subamos al tercer piso, por favor —murmuró en voz baja—, pero no pierda los estribos. Tengo todas las salidas del hotel vigiladas y también otro hombre en el tercero, en cada uno de los pisos para ser más exactos. Ya le he dicho que no quiero correr esta vez riesgo alguno.

La puerta del ascensor se abrió al llegar al punto solicitado y los dos hombres se precipitaron corriendo a lo largo del pasillo. A mitad de camino, otro agente disfrazado de camarero les salió al encuentro.

—Todo bien, jefe —explicó—. Están en el número 318.

Cárter lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Tiene esta habitación alguna otra salida?

—Es un departamento. Sólo dos puertas dan a este corredor. Para salir de él tendrían forzosamente que pasar frente a nosotros.

—Está bien. Telefonee a la Dirección y pregunte quién es el ocupante de esas habitaciones.

El camarero regresó después de uno o dos minutos.

—Mistress Cortiandt van Snyder, de Detroit —dijo. Cárter se quedó pensativo.

—¿Será mistress Van Snyder un cómplice o…?

Dejó la frase sin terminar.

—¿No ha oído usted ningún ruido extraño en el interior? —preguntó de pronto.

—Nada. Las puertas son macizas y encajan muy bien —respondió el agente—; por tanto es muy difícil que se pueda oír nada desde fuera.

Míster Cárter pareció tomar una súbita determinación.

—No me gusta nada este asunto —dijo—. Será mejor que entremos. ¿Ha traído consigo la llave maestra?

—Sí.

—Pues llame a Evans y a Clydesiy.

Reforzado por estos dos hombres, avanzó en dirección a la puerta del departamento que se abrió sin ruido al insertar la ganzúa en la cerradura.

Se encontraron con un pequeño vestíbulo a cuya derecha estaba el cuarto de baño y enfrente el recibidor. A la izquierda había una habitación cerrada, de donde partían unos apagados quejidos. Cárter abrió la puerta y entró.

Era un dormitorio con una gran cama matrimonial cubierta por una magnifica colcha rosa y oro. Sobre ella, amarrada de pies y manos, con una fuerte mordaza en la boca y unos ojos que parecían querer saltarse de las órbitas, yacía una mujer de mediana edad y elegantemente ataviada.

A una lacónica orden de míster Cárter los agentes se distribuyeron por los distintos cuartos de que constaba el departamento. Sólo Tommy y su jefe permanecieron en la alcoba. Mientras se dedicaban a la tarea de deshacer los nudos, la mirada

de Cárter recorría inquieta todos los rincones de la estancia. Con excepción de una enorme cantidad de artefactos de viaje genuinamente estadounidenses y esparcidos desordenadamente por el suelo, nada había en ella digno de mención. Ni rastro del ruso ni de Tuppence.

Pasado un minuto volvió apresuradamente el camarero a informar que nada se había encontrado en el resto de las habitaciones. Tommy se asomó a la ventana, pero hubo de retirarse de ella con un gesto de desaliento. No había escalerilla de escape.

—¿Está usted seguro de que es aquí donde entraron? —preguntó Cárter perentoriamente.

—Segurísimo —respondió con firmeza el agente—. Fuera de…

Hizo un gesto con la mano, señalando a la mujer que había en la cama.

Con la ayuda de un cortaplumas, Cárter logró seccionar la pañoleta que amenazaba con sofocarla, y una vez libre de sus trabas se vio que los padecimientos no consiguieron privar a mistress Cortiandt van Snyder del uso de la palabra.

Pasados los primeros momentos de excitación, Cárter juzgó prudente intervenir.

—¿Quiere usted decirnos exactamente lo que ha sucedido, señora? Desde el principio, a ser posible.

—Esto ha sido un atropello sin nombre. Un atentado del que haré responsable al hotel. Estaba yo buscando mi botella de Killagrippe, cuando un hombre saltó sobre mí por la espalda, rompió una pequeña ampolla de cristal bajo mis narices y antes de darme siquiera cuenta de lo que ocurría sentí que perdía el conocimiento. Al volver en mí me encontré, como vio, tendida en esa cama. ¡Dios sabe lo que habrán hecho con mis alhajas!

—No se inquiete, señora —dijo Cárter con sequedad—, no eran alhajas lo que buscaba esa gente. Se volvió a recoger algo que brillaba en el suelo.

—¿Era aquí donde estaba usted cuando la atacaron?

—Aproximadamente —respondió mistress Van Snyder. Se trataba de un fragmento de cristal fino que Cárter, después de olfatearlo unos instantes, se lo entregó a Tommy.

—Cloruro de etilo —murmuró—. Anestésico instantáneo, pero

cuya acción dura sólo unos cuantos segundos. Seguramente ese hombre estaría todavía en la habitación cuando usted volvió en sí, ¿no es cierto mistress Van Snyder?

—¿No es eso acaso lo que estoy diciendo? Creí volverme loca al verle salir y no poder hacer nada para impedirlo.

—¿Salir? —preguntó Cárter—. ¿Por dónde?

—Por otra puerta —señaló una que había en la pared opuesta—. Iba con una muchacha que se tambaleaba como si también hubiese sido narcotizada. Cárter echó una mirada interrogadora a su subordinado.

—Comunica con el próximo departamento, señor. Pero es doble puerta y se supone que tiene el pestillo echado por ambos lados.

Míster Cárter la examinó. Después se volvió en dirección a la cama.

—Mistress Van Snyder —dijo reposadamente—. ¿Insiste usted en afirmar que el hombre salió por esa puerta?

—Claro que sí. ¿Y por qué no había de salir?

—Porque se da la circunstancia de que tiene el pestillo echado por este lado —dijo Cárter con sequedad.

Para corroborar sus palabras hizo girar repetidas veces el pomo.

Una expresión de asombro se reflejó en la cara de mistress Van Snyder.

—A menos que alguien la cerrara después, es imposible que esa puerta hubiese podido quedar así.

Se volvió a Evans, que en aquel momento acababa de entrar en la habitación.

—¿Está usted seguro de que no hay nadie escondido en el departamento?

—Nadie.

—¿Alguna otra puerta de comunicación?

—Ninguna.

Cárter echó una mirada en todas direcciones. Abrió el armario, miró bajo la cama, en la chimenea y tras todas las cortinas. Finalmente se le ocurrió una súbita idea, y sin hacer caso de los gritos de protesta que profería mistress Van Snyder, abrió el baúl guardarropa e inspeccionó rápidamente lo que había en su interior.

De pronto, Tommy, que había estado examinando la puerta de

paso, lanzó una exclamación.

—Venga y mire esto, míster Cárter. Ahora veo que es posible que salieran por aquí.

El pestillo aparecía seccionado por una sierra muy fina, sin duda a la altura del casquillo, dando así la impresión de que estuviese encajado.

Salieron de nuevo al pasillo y con ayuda de la llave maestra penetraron en el departamento contiguo. Estaba desocupado. Al llegar a la puerta de paso vieron que una operación análoga había tenido allí efecto. El pestillo estaba seccionado en la misma forma que el otro y la puerta cerrada con llave, esta retirada para dar mayor viso de realidad a la maquinación. Pero por ningún lado se encontraba rastro de Tuppence o del barbudo ruso que la acompañaba.

—No hay otro acceso al corredor que el de la puerta por donde hemos entrado —dijo el agente disfrazado de camarero— y es totalmente imposible que salieran a través de ella sin que yo les viera.

—¡Entonces habrá que admitir que se han desvanecido como el humo! —exclamó agitado Tommy.

Cárter, sereno, sopesaba en su cerebro todos los pros y los contras de la situación.

—Telefoneen abajo y pregunten quién o quiénes fueron los últimos ocupantes de este departamento y fecha en que lo abandonaron.

Evans, que les había acompañado, dejó a Clydesly de guardia en el otro departamento y se dirigió a cumplimentar la orden. A los pocos momentos dejó el aparato.

—Un jovenzuelo francés, inválido, llamado Paúl de Vareze, acompañado de una enfermera del hospital. Salieron esta misma mañana.

—¿Un… muchacho inválido? —tartamudeó palideciendo—. ¿Una enfermera…? Pues sí… se cruzaron hace unos minutos conmigo en el pasillo. Nunca pude imaginarme que tuvieran nada que ver con este asunto. Les he visto merodear con frecuencia por estos alrededores.

—¿Está usted seguro de que eran los mismos de las veces

anteriores? —gritó Cárter—. ¿Seguro? ¿Les miró usted bien?

—Sí he de decir la verdad… no. Toda mi atención estaba concentrada en los otros, en la muchacha y el hombre de la barba rubia.

—Sí, sí, comprendo —replicó Cárter con un gruñido—. Con seguridad contaban ya con ello.

Tommy se inclinó de pronto y de debajo del sofá extrajo un pequeño bulto negro que al ser extendido se vio que consistía en el abrigo largo que Tuppence había usado en dicho día, sus ropas de calle, su sombrero y unas barbas rubias.

—Ahora lo veo claro —dijo con amargura—. ¡Se la han llevado, se han llevado a la pobre Tuppence! Ese demonio ruso nos ha tomado el pelo miserablemente. La enfermera del hospital y el muchacho eran sus cómplices. Se instalaron en el hotel durante un par de días sólo para acostumbrar a la gente a la idea de su presencia. El hombre debió comprender a la hora de la comida que estaba atrapado y no perdió el tiempo en llevar a cabo su plan. Probablemente contaba ya con que estas habitaciones estarían vacías, y aprovechó esa circunstancia para preparar, en la forma que vimos, los pestillos. De todos modos, no sé cómo se las compuso para enmudecer a la ocupante del departamento contiguo y a Tuppence, traer a esta aquí, vestirla con las ropas del inválido, alterar su apariencia personal y salir tranquilamente como si nada hubiese ocurrido. Las ropas estarían ya preparadas de antemano. Pero lo que no puedo comprender es cómo Tuppence se sometió sin lucha a secundarle en esta farsa.

—Yo sí lo comprendo —dijo Cárter, agachándose a recoger un pequeño objeto que brillaba en el suelo y que resultó ser una aguja hipodérmica—, porque fue narcotizada previamente.

—¡Dios mío! —exclamó Tommy—. ¡Y ese hombre habrá podido escapar!

—Eso todavía no lo sabemos —replicó rápidamente Cárter—. Recuerde que todas las salidas del hotel están vigiladas.

—Sí, al acecho de un joven y de una muchacha. No de una enfermera y de un joven inválido. ¿Qué se apuesta a que ya no están en el hotel? La sospecha de Tommy resultó ser cierta. Al indagar, se enteraron de que la enfermera y su paciente habían

tomado un taxi hacía sólo unos cinco minutos.

—Escuche, Beresford —dijo Cárter—. Sabe usted bien que removeré cielo y tierra si es preciso para encontrar a su mujer, pero ¡por lo que más quiera!, procure conservar la calma. Ahora me vuelvo a la oficina. Dentro de cinco minutos pondré en función a toda la maquinaria criminalista del departamento, y los encontraremos aunque se escondan en los mismos infiernos.

—¡Mire que ese ruso es muy listo! Basta con ver cómo ha llevado a cabo ese golpe. Sin embargo, confío en usted y… ¡Dios quiera que no lleguemos demasiado tarde!

Salió del Blitz y merodeó algún tiempo como atontado sin saber, en realidad, hacia donde dirigir sus pasos. Se sentía paralizado.

Sin darse cuenta se encontró en Green Park y allí se dejó caer pesadamente sobre uno de los bancos. En su abstracción ni siquiera se dio cuenta de que alguien se había sentado al otro extremo del mismo hasta oír una bien conocida voz que le decía:

—Hola, señor.

—Hola, Albert —contestó tristemente.

—Estoy enterado de todo, señor, pero yo en su lugar no me lo tomaría tan a pecho.

—¿Que no te lo…? ¡Ah, Albert, qué fácil es decir eso!

—Piense, señor, en los brillantes detectives de Blunt, a quienes nadie hasta ahora ha conseguido hacer morder el polvo de la derrota. Y si usted me lo permite le diré que oí lo que discutía esta mañana con la señora acerca de Poirot y de sus células de materia gris. ¿Por qué no hacer uso de ellas ahora y analizar fríamente lo que se podría hacer?

—Es más fácil usar materia gris en la ficción que en la vida real, Albert.

—Bien —insistió el adolescente casi con agresividad—. Pero no creo que haya nadie en el mundo capaz de poner a la señora fuera de combate con la facilidad que usted supone. Ya sabe cómo es; como esos huesos de goma que se compran para que los muerdan los perritos, ¡indestructibles!

—Albert —dijo conmovido—, eres realmente alentador.

—Entonces, ¿qué le parece si usamos un poco nuestras células grises?

—¿Sabes que eres terco, Albert? Bien, procuraré darte gusto. Trataremos, pues, de ordenar los hechos con un poco de serenidad y método. A las dos y diez, exactamente, nuestro sujeto entra en el ascensor. Cinco minutos después hablamos con el ascensorista y al oír lo que dice resolvemos subir al tercer piso. A las dos y… digamos diecinueve minutos entramos en el departamento de mistress Van Snyder. Vamos a ver, ¿hay algo en todo esto que pudiera llamarnos especialmente la atención? Hubo una pausa.

—¿No había por casualidad algún baúl por los alrededores?

—*Mon ami* —replicó Tommy—. Veo que no comprendes la psicología de una mujer estadounidense que acaba de regresar de París. Había por lo menos dieciocho o veinte baúles en la habitación.

—Lo que yo quise decir es uno con suficiente capacidad para esconder en él el cuerpo de una persona. No vaya a figurarse que me refiero al de la señora, ¿eh?

—Miramos en los dos únicos que realmente podían haber contenido un cuerpo. Bueno, ¿qué hecho significativo le sigue en orden cronológico?

—Ha pasado usted por alto uno, cuando la señora y el ruso disfrazado de enfermera se cruzaron con el camarero en el corredor.

—Sí, un golpe atrevido, por cierto. Podían haberse dado de bruces conmigo en el vestíbulo. Y rápido, porque… Tommy se detuvo de pronto.

—¿Qué le pasa, señor? —preguntó Albert.

—Espera, *mon ami*, espera. No hables. Acabo de tener una pequeña idea, estupenda, colosal, de esas que tarde o temprano acuden a la mente de Poirot. Pero si es así… si es como me figuro… ¡quiera Dios que no lleguemos demasiado tarde!

Echó a correr seguido de Albert, que, casi sin aliento, no cesaba de preguntarle:

—Pero ¿qué es lo que pasa, señor? No comprendo. —Al llegar de nuevo al Blitz, Tommy buscó ávidamente a Evans, quien, como siempre, montaba su guardia a lo largo del vestíbulo. Hablaron breves instantes y a continuación entraron en el ascensor acompañados de Albert, que por lo visto no quería perder los incidentes del final de tan emocionante drama.

Se detuvieron frente al departamento número 318, cuya puerta volvió a abrir Evans con ayuda de la consabida ganzúa. Sin una sola palabra de aviso penetraron en la alcoba de mistress Van Snyder, que seguía tumbada, si bien envuelta esta vez en un magnífico salto de cama. Quedó sorprendida ante lo inesperado, tanto como silencioso, del asalto.

—Perdone nuestra incorrección, *señora* —dijo Tommy, imprimiendo un marcado acento irónico a sus palabras—. Vengo en busca de mi esposa. ¿Quiere hacer el favor de bajarse de esa cama?

—¿Se ha vuelto usted loco acaso? —aulló mistress Van Snyder.

Tommy se la quedó mirando con curiosidad, con la cabeza inclinada significativamente hacia un lado.

—Es usted muy lista, señora, pero el juego ya toca a su fin. Antes miramos debajo de la cama, pero no en ella. Recuerdo haber usado de niño ese mismo escondrijo. Y el baúl, como es natural, preparado para recibir en él, y en el momento oportuno, el cuerpo de la víctima. Todo muy bien planeado. Pero esta vez hemos sido nosotros quienes nos movimos con una rapidez que ustedes no esperaban. Sus cómplices de al lado tuvieron la oportunidad de narcotizar a Tuppence y ponerla bajo las almohadas y amordazar y amarrarla a usted, eso si. Pero cuando más tarde me detuve a reflexionar acerca de ello, ya con orden y método, vi que había algo que no concordaba, y eso era el factor tiempo. ¿Cómo es posible, pensé, que se amordace y amarre a una mujer, se narcotice y se ponga ropas de hombre a otra y cambie un tercero su apariencia personal en el breve espacio de unos cinco o seis minutos? Absurdo. Y, sin embargo, había una explicación lógica. El paciente y la enfermera actuaban meramente en calidad de reclamo para que nosotros siguiéramos su pista mientras la *pobre* mistress Van Snyder quedaba sola y dueña completamente de la situación. Evans, ¿lleva usted preparada su automática? Bien, ayude usted, con un poquito de cuidado, a la señora a bajarse de la cama.

A pesar de las ruidosas protestas de mistress Van Snyder, Evans la obligó a abandonar su lugar de aparente reposo. Tommy retiró rápidamente la colcha y levantó las almohadas.

Allí, tendida horizontalmente a través de la cabecera, estaba Tuppence, con los ojos cerrados y la cara cubierta por mortal

palidez. Siguió un momento de dolorosa angustia hasta que Tommy pudo comprobar, por la palpitación y el rítmico ascenso y descenso de la cavidad torácica, que su adorada esposa seguía con vida. Estaba narcotizada, no muerta. Entonces se volvió a Albert y a Evans.

—Y ahora, *messieurs* —dijo dramáticamente—. ¡El *coup* final! Con un gesto rápido e inesperado asió a la mistress Van Snyder por su elaborada cabellera y dio un fuerte tirón. Con gran asombro de todos esta se desprendió, y quedó colgada de su mano.

—Como me figuré —exclamó—. Señores, tengo el gusto de presentarles a nuestro escurridizo número dieciséis.

Media hora más tarde Tuppence abrió los ojos y vio inclinadas sobre ella las figuras de Tommy y del doctor.

Sobre la escena que a renglón seguido tuvo lugar hubo precisión de correr un pudoroso velo. Pasado el momento sentimental el doctor se despidió, asegurando que su presencia allí era ya totalmente innecesaria.

—*Mon ami*, Hastings —dijo amorosamente Tommy—, no sabes lo que me alegro de que hayamos podido llegar a tiempo para salvarte.

—¿Conseguimos atrapar al número dieciséis?

—¿Y lo dudas? Le hemos aplastado como si se tratase de una cáscara de huevo. En otras palabras. Cárter lo tiene ya en su poder. ¡Materia gris que tiene uno! Y a propósito, voy a hacerle un buen regalo a Albert.

—¿Ah, sí? A ver, cuéntame.

Tommy le hizo una breve narración, omitiendo, como es natural, ciertos detalles.

—Debías de estar furioso contra mí, ¿verdad, cariño?

—No. Furioso no. ¿Por qué? Sabes muy bien que los detectives debemos siempre conservar la calma.

—¡Embustero! Si todavía se te conoce en la cara.

—Bueno, atormentarme sí, creo que llegaste a preocuparme. Oye, querida, ¿no te parece que es hora ya de que abandonemos esta arriesgada ocupación?

—Lo que tú quieras, mi vida.

Tommy exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—Estaba segura de que después del golpe que acabas de recibir…

—Eres un hueso de goma, como decía Albert: ¡indestructible!

—Tengo algo mejor en que pensar —continuó diciendo Tuppence—. Algo mucho más interesante y lleno de emoción. Algo…

—Te lo prohíbo. Tuppence.

—No puedes. Se trata de algo sujeto a la ley natural.

—Pero…, ¿de qué estás hablando?

—Te hablo —contestó Tuppence con solemnidad— de nuestro hijo. Las esposas de nuestros días ya no pronuncian este nombre entre suspiros entrecortados. Ahora lo proclamamos con toda la fuerza de nuestros pulmones. ¡NUESTRO HIJO! ¡Oh, Tommy! ¿No es verdad que esto es algo maravilloso que hará cambiar completamente el curso de nuestras vidas?

Notas

[1] *Tee*. Lugar en que se hacen los saques de golf, tras colocar la bola sobre un montoncito de arena. < <